Paseos por Berlín

Franz Hessel

Prólogo de Jean-Michel Palmier
Epílogo de Walter Benjamin
Traducción de Miguel Salmerón



Es éste, quizá, el libro más importante, lúcido y hermoso que se haya escrito jamás sobre Berlín. Un libro mítico sobre una ciudad y una época también míticas, los últimos años veinte. Un texto que, por suerte, se adelantó al ascenso de los nazis al poder, para hablarnos, así, de una ciudad aún lejos del horror, todavía floreciendo. Calles ideales para el paseo, para observar los rostros de la gente, los escaparates, las terrazas de los cafés, los tranvías, las estaciones de tren, tanto al despertar el día como ya en el crepúsculo, cuando, con la ayuda del vidrio y la luz artificial, como señala el propio Hessel, «aparece la mezcla feliz». Avenidas de grandes farolas, anuncios luminosos, automóviles refulgentes.

Como dijera su amigo Walter Benjamin, Hessel es uno de los mayores prototipos de «flâneur», un perfecto observador —y con una prosa tan bella como versátil— de las cosas y del tiempo, a quien la metrópoli se le presenta como un paisaje, como una multitud de lugares vividos donde ha quedado depositada la memoria impersonal y colectiva de la urbe entera. Para él, pasear no es simplemente percibir la ciudad, sino rastrearla: detectar huellas, detalles, matices, impresiones fugaces. Según Hessel y Benjamin, pasear es un arte que requiere reeducar la atención, afinarla: aprender a desplazarla desde lo obvio y llamativo a lo apenas perceptible.

En «Paseos por Berlín Hessel», tras haber vivido en París, centro de la modernidad, regresa a la ciudad de su infancia en condiciones de apreciar su reciente y acelerada modernización. El nuevo «flâneur» no merodea por las afueras en busca de la naturaleza, ensimismado, sino que está volcado hacia todo lo que le rodea, desde el centro a la periferia, pero no hacia lo aparente ni tampoco hacia lo monumental. En el complejo e inabarcable Berlín, Hessel recuperó «el dulce desorden del cuarto infantil». El orden del desorden, la acumulación, gracias a la sorpresa del hallazgo

inesperado, obró el milagro de convertir cualquier cosa en un pequeño tesoro, en un regalo.



Franz Hessel

Paseos por Berlín

ePub r1.0
Titivillus 20.12.2017

Título original: *Spazieren in Berlin*
Franz Hessel, 1929
Traducción: Miguel Salmerón
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

El *flâneur* de Berlín

por JEAN-MICHEL PALMIER

Como Ernst Weiss y tantos otros, Franz Hessel pertenece a un período trágico de la literatura alemana. Aquel en el que los autores fueron condenados al exilio o al silencio por el nacionalsocialismo. El redescubrimiento de sus obras se debe al azar o a la obstinación de otros[1]. Prácticamente desconocido en Francia, el nombre de Franz Hessel fue durante mucho tiempo olvidado en Alemania o solamente mencionado por algunos historiadores de la literatura que vivían en el exilio. Hoy reeditados principalmente por la editorial Suhrkamp, los escritos de Hessel —novelas y ensayos— han conquistado un nuevo público. El interés que despierta su obra allende el Rin[2] se comprende por la belleza de su estilo y la originalidad de su literatura intimista en la que se entreveran estrechamente sus recuerdos de infancia y el descubrimiento de la gran ciudad moderna, uniendo París y Berlín por un mismo amor. El interés que ha suscitado entre los críticos, germanistas y filósofos es asimismo indisociable de la atención merecida por la obra de Walter Benjamin, de quien fue amigo y sobre el que ejerció, sin duda, una profunda influencia. Es Hessel al que evoca el autor de *Infancia en Berlín* en el primer fragmento consagrado al Tiergarten:

> Descubrí más tarde rincones nuevos: he completado mi conocimiento de los otros. Sin embargo, alguna joven, algún evento o algún libro no pudieron decirme nada nuevo de él. Por

> esta razón treinta años más tarde, cuando un geógrafo, un natural de Berlín, se unió a mí tras una larga ausencia de ambos de la ciudad. Sus pasos surcaron ese jardín en el que él sembraba el grano del silencio[3].

Hessel fue el primero que vio en la gran ciudad un enigma, un universo de signos por descifrar. Antes que Benjamin o Sigfried Kracauer, él supo hacer de los devaneos filosóficos del *flâneur* un verdadero género literario. Sus más bellos textos se hallan ligados a su frecuente pasear por las calles, a la capacidad de leer los letreros y los carteles como las páginas de un libro, a entrever, en los detalles arquitectónicos de los monumentos, rostros e intenciones de los transeúntes así como símbolos y alegorías, aunque, al contrario de Benjamin, se atiene más a la realidad que al poder de evocación de aquéllos.

Como Aragon en *Le paysan de Paris* y su fantástica evocación del pasaje de la ópera, él sabe mejor que cualquier otro buscar «la luz moderna de lo insólito». Y los materiales que recoge son también «imágenes dialécticas» en el sentido que Benjamin da a este término en su ensayo sobre Baudelaire.

> No encontrar el camino en una ciudad no significa gran cosa. Pero perderse en una ciudad como se pierde uno en un bosque requiere una minuciosa preparación. En este caso es necesario que los nombres de las calles hablen al que se pierde con la lengua de las ramas secas que crujen, y las pequeñas calles en el corazón de la ciudad deben reflejar las horas del día tan claramente como el valle de una montaña. Este arte lo he aprendido tardíamente: él ha hecho realidad el sueño cuyos primeros indicios fueron laberintos sobre los papeles de mis cuadernos[4].

Estas palabras de Benjamin podrían manifestarse en todos los escritos de Hessel. Se halla aquí el ejemplo de la interacción que se ejercía entre los dos escritores, como también lo muestra el bello texto que escribió sobre «El difícil arte del paseo».

La admiración que sentía Benjamin por la obra y la persona de Franz Hessel queda de nuevo atestiguada en el ensayo que escribió con motivo de la aparición de *Paseos por Berlín* (1929), titulado «El retomo del *flâneur*», ensayo que él mismo califica de fragmento extraído del conjunto de los *Pasajes de París*, el gran estudio que proyectaba escribir sobre el París del

segundo Imperio a partir del tema de los pasajes cubiertos que debía introducir una arqueología de la modernidad.

Toda la obra de Franz Hessel presenta una gran unidad donde se encuentra siempre el mismo sentido del lenguaje, la misma belleza, la misma sensibilidad tras la que se esconde la peculiaridad de su personaje.

Tan familiarizado con el París de antes de la Guerra de 1914, y luego con el de los años veinte, como con Berlín, Hessel es más que un poeta de la gran ciudad. Lo que él selecciona es un extraño espejo en el que se invita a cada cual a descubrirse. Hay en él algo del *Paris vécu* de Léon Daudet, pero se piensa sobre todo en *Piéton de Paris* de Léon-Paul Fargue y en los surrealistas de los que acaso fue, en Alemania, su primer portavoz, por más que en su escritura no haya huella de éstos.

La mayoría de sus escritos tienen un carácter autobiográfico. Así «Torso», relato que data de 1922, evoca un reencuentro con la bohemia parisina de antes de 1914: los pintores que se reúnen en el Dome y en el Bateau-Lavoir en torno a Rudolf Levy, Alfred Flechtheim, André Salmon y Paul Fort, pero también a Picasso, Braque y Jules Pascin. *Romance parisino* (1920) su primera obra, aparecida en Rowohlt, está escrita en forma de cuatro cartas a un amigo y hace revivir la misma atmósfera del París de antes de la Primera Guerra Mundial. Asimismo opone, al absurdo y la crueldad de la guerra, los recuerdos y sueños de un mundo que creía preservado de todo peligro. ¿Cómo no admirar su sensibilidad paseante para los detalles y las atmósferas? La proximidad a Proust se manifiesta en textos como *Introducción al periodismo* en la que Hessel evoca un mundo desaparecido sus recuerdos de Montparnasse, los hombres que conoció, la mezcla de melancolía, de tristeza, de inquietante extrañeza que siente hacia la ciudad y sus metamorfosis. *Exhortación al placer* eleva este sentido del paseo y del ensueño a la categoría de verdadera filosofía del espacio y el tiempo. Ésta claramente evoca la relación de los surrealistas con la ciudad, los paseos que compartió con Benjamin en París y Berlín, el método de «montaje» —en el sentido en el que Bloch lo menciona en *Herencia de nuestro tiempo*— que Benjamin emplea en *Calle de dirección única*.

Berlín secreto prolonga esta relación de lo biográfico y el ensueño con la gran ciudad. Aquí aparece Hessel bajo el nombre de Clemens Kestner,

profesor de filosofía que vive como inquilino en su propio piso, y hallamos largos episodios de su vida apenas reelaborados. Cierto arraigo a su infancia —que le une tanto a Proust como a Benjamin— está presente en las fases más decisivas de su vida, como tan bien revela esta bella frase en *La puerta falsa de Bagdad*: «esto es lo que me parece que explica toda mi existencia: que siendo niño, me quedara dormido a las puertas del mundo».

¿Acaso no resume esto la belleza melancólica y soñadora presente como aureola en toda su prosa?

Paseando por Berlín lleva al corazón de la sensibilidad de Hessel. El mundo que evoca no queda como en *Infancia en Berlín* de Benjamin limitado a un gueto[5] —el oeste berlinés, el barrio del Tiergarten— y a una época, el final del siglo XIX. No tiene el componente apocalíptico de las evocaciones expresionistas de la gran ciudad ni la dimensión de violencia y de escarnio del Berlín de Alfred Döblin. Hessel evoca toda la ciudad con sus barrios burgueses y sus barrios proletarios, su lujo y su miseria, su belleza y su fealdad. Como si fuera un cuerpo vivo lo trata con tanto amor como respeto.

El *flâneur* no se pierde como en un laberinto, sino que adquiere el sentimiento de hacerse un solo ser con la ciudad. Al igual que aquel pintor chino que, según una leyenda budista, a fuerza de contemplar el paisaje que acababa de pintar, termina por perderse en él. Se diferencia del hombre apremiado pues carece de objetivo. Inquieta por su ociosidad. Todo el arte de Hessel —como el de Benjamin— obedece a esta capacidad de hacer instantáneas de las cosas. De las calles se queda tan pronto con los rostros de los transeúntes como con un organista berebere, como con el siniestro aspecto de un traspatio. Mientras que Benjamin transforma cada detalle de arquitectura —como las *loggias* evocadas en *Infancia en Berlín*— en alegorías, Hessel se ciñe mucho más a las atmósferas, a la realidad material de la ciudad: visiones de los talleres, de los obreros, del pueblo de Berlín en su diversidad. Lejos de soñar solo ante los monumentos, tiene empeño en hallar a aquellos que atestiguan acerca del pasado el presente, así como el futuro de la ciudad. Escucha su aliento, respira el perfume de las calles, oye latir su pulso. Describe las lentas metamorfosis de la ciudad: construcciones

alrededor de Potsdamerplatz la desaparición de Scheunen, el viejo barrio judío de Berlín con tanta poesía como melancolía.

En esta atención apasionada a los detalles reside el arte del *flâneur*. Benjamin lo expuso admirablemente en el ensayo consagrado al libro de Hessel y publicado en la *Literarische Welt* en 1929, «El retomo del *flâneur*», tema al que da más amplio desarrollo en su ensayo sobre Baudelaire[6] y sobre todo en los materiales destinados a su estudio inacabado sobre los pasajes parisinos[7]. El *flâneur* conserva en su relación con la gran ciudad algo de la que establece el niño con los panoramas en los que desfilan imágenes, como el que evoca en *Infancia en Berlín*. Su aparición en la literatura es inseparable de las «fisiologías» del siglo XIX, como la *Physiologie du mariage* de Balzac, en la que se evoca el arte de pasear. El descuido que estos autores muestran en sus descripciones obedece al estilo del *flâneur* cuyo origen, señala correctamente Benjamin, se remonta al París de Napoleón III, a la construcción de aceras por el prefecto Haussman, pues modifican radicalmente la relación con el espacio urbano, y, más tarde con el trazado de los pasajes parisinos, «nuevo invento del lujo industrial». Más difícil resulta describir su aparición en la literatura alemana. Y si Hessel fue el primero que hizo de la condición de *flâneur* un modo nuevo de apropiación y descubrimiento de la gran ciudad, no se puede separar su extraña experiencia de los seres y de las cosas, de su arraigo a la infancia, de un permanente sentimiento de espera y admiración. En tanto que Benjamin estaba marcado profundamente por el surrealismo, aun cuando propusiera una superación crítica de éste en los *Pasajes parisinos*, Hessel, que comparte con buen número de autores surrealistas el entusiasmo por la gran ciudad moderna, permanecerá apegado a un estilo que une estrechamente una visión intimista y naturalista. Esto es lo que da a *Paseos por Berlín* su belleza singular, mientras que con la distancia, las destrucciones de la guerra, la obsesión de las ruinas, se nos presenta, junto al *Berlin Alexanderplatz* de Döblin, como el retrato más emotivo de aquel Berlín de los años veinte y treinta que ya sólo vive a través de la literatura, las viejas fotografías y los recuerdos de quienes lo conocieron.

Aun tardío, el descubrimiento de la obra de Hessel en Francia se explica por más de una razón, pero una, por sí sola, puede despertar la curiosidad

del público francés. En 1920 Hessel había invitado a pasar una temporada con él al escritor Henri-Pierre Roché, al que había conocido en 1906 en París. Surge un violento amor entre su mujer Helen y H. P. Roché. Helen, después de una tentativa de divorcio, vuelve luego con Hessel. Este episodio no merecería la pena mencionarlo si no hubiera inspirado a H. P. Roché, a la edad de setenta y cuatro años, una sorprendente novela, publicada por ediciones Gallimard en 1953, *Jules et Jim*, que fue llevada a la pantalla grande por François Truffaut. Aunque se trata de una obra de ficción se encuentran, apenas reelaborados, largos episodios de las relaciones de triángulo, de esta amistad[8] tan extraña y tan profunda que unía contra viento y marea a estos dos hombres. ¿Cómo no reconocer, bajo los rasgos de Jules, al autor de *Paseos por Berlín* cuando, desde las primeras líneas de la novela, H. P. Roché recuerda su encuentro?:

> Era el año 1907. El pequeño y orondo Jules, un extranjero en París, le había pedido al alto y delgado Jim, que apenas le conocía, que le hiciera entrar al baile de Quat-z'Arts, y Jim le había conseguido una entrada y se lo llevó con él al sastre. Fue, mientras Jules rebuscaba lentamente entre las telas y elegía un sencillo traje de esclavo, cuando surgió la amistad de Jim por Jules. Creció durante el baile, en el que Jules estuvo tranquilo, con los ojos como bolas, llenos de humor y ternura[9].

La vida de Franz Hessel es la imagen de su tiempo: un torbellino patético[10] en el que se unen estrechamente las imágenes del París de antes de la guerra y del Berlín de los años veinte. Nació el 21 de noviembre de 1880 en el seno de la gran burguesía judía en Stettin, Pomerania, y allí pasa sus ocho primeros años. Su padre, Heinrich Hessel, comerciante de cereales había reunido una fortuna relativamente importante. Las experiencias de esta infancia se encuentran en su obra *Der Kramladen des Glücks* (El tenderete de la felicidad) y la figura de su héroe no hubiera tenido lugar sin la del propio Franz. La familia fija su residencia en Berlín a partir de 1889 en la Genthiner Strasse, y luego en el Kurfürstendamm. La madre de Franz, de soltera Fanny Kaatz, era original de Poznan (Posen). Franz Hessel tenía dos hermanos y una hermana. El mayor de los chicos, Alfred, se hizo profesor ayudante de la Universidad de Estrasburgo y más tarde llegó a ser profesor titular y bibliotecario de la Universidad de Gotinga. Murió al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Anna, la que nació primero,

murió joven, al nacer su segundo hijo. En cuanto a Hanns, el menor, se hizo banquero y sobrevivió a la guerra gracias a su mujer que no era judía y pudo evitarle, si no el internamiento, sí al menos la deportación[11].

Igual que para Benjamin, a los ojos de Hessel la infancia será para siempre un paraíso de seguridad burguesa que recordará con melancolía. En ella arraigan el gusto por el ensueño, cierta distancia con relación al compromiso que habitualmente se exige del adulto, un sentimiento de libertad infinita y esa mezcla de inocencia, de ingenuidad tan a menudo recordada por quienes frecuentaron a Hessel. También desde la infancia, como Ernst Toller, descubrirá el antisemitismo, cuando ciertos niños lo llamaban con una «palabra fea»: «¡judío…!».

El sentimiento de pertenencia al judaísmo no parece desempeñar un gran papel en esta familia profundamente asimilada a la cultura alemana. Salvo quizá cierta atmósfera y el recuerdo del piso de la abuela que traen a la mente de forma inevitable algunos fragmentos de *Infancia en Berlín* de Benjamin[12].

Después de sus estudios de enseñanza secundaria en el Instituto de Bachillerato Joachimstaler, a los que da fin en 1889, Franz se matricula en la Universidad de Friburgo, donde, curiosamente, decide estudiar derecho. A partir de esta época, escribe poemas, publicados más tarde en Munich en donde se instala el invierno de 1900-1901 y abandona pronto los estudios de derecho, que no le interesaban en absoluto, por los de arqueología[13] y filosofía. Se mezcla con la bohemia de Schwabing, el barrio de artistas de Munich, y entra en contacto con el Círculo de Stefan George. De éste adopta su pasión por la forma poética perfecta, recita sus propios poemas con la particular dicción que exige el maestro (insistiendo sobre las sílabas y no sobre el sentido). Se liga muy pronto con escritores y pintores próximos a Stefan George, Karl Wolfskehl y la célebre Franziska zu Reventlow. Mencionará a ésta en un artículo publicado en 1926 en *Literarische Welt*, «Die Gräfin» (La condesa), con ocasión de la edición póstuma de sus obras completas. Por tanto muchas personalidades a las que conocerá alrededor de Stefan George[14] marcarán también a Walter Benjamin cuando éste estudie en Munich durante la Guerra del 14. Sin embargo, Hessel nunca se relacionará muy estrechamente con otros

miembros de este Círculo aparte de con Karl Wolfskehl[15] a quien hará leer sus primeros poemas. Hessel participa en todas las actividades de la bohemia de Schwabing, en sus carnavales, en sus bailes de máscaras tal y como se narra en las novelas de la Condesa zu Rewentlow[16]. Él se cuenta entre sus admiradores y la extraña relación que mantuvo con ella prefigura la forma de las que luego mantendrá con la mayoría de sus mujeres: se convierte en un confidente, las ama y admira a distancia, prefiriendo el papel de amigo al de amante, el del que consuela al del que conquista[17]. Aceptará vivir junto a la Condesa, su amante y muchos amigos, contribuyendo generosamente a la financiación de la comunidad que representaba el estado mayor de la bohemia muniquesa[18].

Pronto, salieron para Italia hacia Forte dei Marmi. Hessel reconoció primeramente el lugar en bicicleta. Volvieron a mediados de octubre de 1904 a Munich. Pero él dejó la comunidad, pasó una temporada en casa de su madre en Berlín y vino a París.

La capital le seduce de inmediato y no podía alejarse de ella. Se aloja entonces en Montmartre en un hotel situado frente al Bateau-Lavoir. Allí conoce a Oscar A. H. Schmitz, cercano al Círculo de Schwabing y pronto ambos se instalarán en l’Isle-Adam. Hessel trabaja en una colección de noticias sobre Schwabing. Conocerá entonces a Henri-Pierre Roché[19] con quien le ligará una profunda amistad. Hessel vive más tarde en Montparnasse. Se visitan a diario y, apasionados del arte y la literatura, se inician mutuamente en sus culturas respectivas[20]. Hessel le habla de las mujeres que conoció en Munich, le muestra sus fotos. Los extractos del diario inédito de H. P. Roché, que cita Karin Grund, permiten entrever la génesis de *Jules et Jim*. Roché queda sorprendido por la extraña relación que Hessel mantiene con las mujeres tan distinta de su propio donjuanismo. Roché está ávido de conquistas, Hessel traba con las mujeres relaciones de confianza y confidencia. Por ello no existe entre ellos rivalidad alguna. Al donjuanismo de Roché se opone la gentileza, la poesía de Hessel, y, ambos, a su modo, aman a Marie Laurencin.

Juntos atraviesan Francia y Alemania. En Munich, donde pasarán una temporada en abril de 1907, Hessel presenta a Roché a su amiga de Schwabing, Luise Bücking[21], así como a la Condesa zu Reventlow[22].

Pasarán el verano de 1907 en casa de Luise, en Marburgo, y el invierno en Berlín, en casa de la madre de Hessel, antes de volver a París al inicio de 1908, con Luise Bücking. Emprenderán aún muchos otros viajes, principalmente a Italia (1909) y Grecia (1911).

Hessel se relacionó con muchos escritores y artistas alemanes que frecuentaban el Dome[23]. Por medio de Roché conoció a unos cuantos poetas franceses[24], entre éstos Paul Fort y André Salmón[25]. En la *Closerie des Lilas* conoce a J. Moréas, Jules Romains y André Gide. La atmósfera de la época está dominada por las discusiones acerca del arte moderno que mantienen en vilo durante noches enteras a pintores y poetas de Montmartre o de Montparnasse. André Salmon vive en el Bateau-Lavoir. Frecuenta a Picasso (que vivía en Montmartre), Guillaume Apollinaire, Max Jacob. Sin duda alguna Hessel estuvo entre los primeros que descubrieron el genio de Picasso. En el otoño de 1912 conoce a dos jóvenes pintoras berlinesas Augusta von Zitzewitz y Helen Grund, discípulas de Käthe Kollwitz. Él se promete casi inmediatamente con Helen Grund[26] —la protege del donjuanismo de Jim con estas simples palabras «No, ésa no»— y decide casarse con ella. Abandonaron París en la primavera de 1913 para volver a Alemania y se afincaron en Blankensee, no lejos de Berlín.

En julio de 1914, Helen y Franz volvieron a Berlín. Vivieron en un piso próximo al Tiergarten, luego viajaron a Suiza. La vida de la pareja parece ya entrar en crisis y son las confidencias de Kathe a Jim las que propician adivinar las tensiones ya entonces existentes. Helen tiene un niño, Ulrich, que, con dificultades, viene al mundo en Suiza[27]. Franz, sin duda perdido como siempre en la contemplación, extraño a lo cotidiano, le da cuenta en una carta a Thankmar von Münchhausen de la crisis de sus estados de ánimo[28].

Cuando la guerra se declara, decide volver a Alemania. Su mujer se queda en Ginebra. Como lo ha descrito admirablemente Stefan Zweig en sus memorias *El mundo de ayer*, todo un universo se derrumba. El trauma es tanto más difícil de soportar para Hessel, en cuanto que París se había convertido en su segunda patria. Su sensibilidad era inseparable de la cultura francesa, de las discusiones de Montmartre y Montparnasse. Su

admiración por esta época, en que los intelectuales de todas las nacionalidades se sentían unidos por pasiones comunes, culminará en un hermoso relato *Pariser Romanze* (Romance parisiense)[29] y con lágrimas en los ojos verá a varios de sus antiguos amigos parisinos como Paul Fort escribir desde aquel momento poemas y cantos de odio «contra los *boches*» (alemanes en sentido peyorativo). Las actitudes de Émile Verhaeren y de Ernst Lisauer son las características de uno y otro bando.

Se lo destinó al Landsturm en Estrasburgo donde cavará trincheras. Rechazando el entusiasmo guerrero al que cedieron de modo pasajero o duradero sus amigos alemanes o franceses, pronto caerá enfermo. Es destinado a la censura de correspondencias franco-alemana. En noviembre de 1914, fue a Berlín de permiso y se reúne con su mujer. Las relaciones con sus amigos parisienses, incluido H. P Roché, quedaron interrumpidas. Al comienzo de 1915 es enviado al este, no lejos de la frontera polaca, en un cuartel a orillas del Vístula y trabajará de vigilante en un hospital, luego de cartero militar. Cada vez sufrirá más por esta vida monótona y embrutecedora. Helen le visitará y sus relaciones parecerán mejorar. Pero tras su marcha, padecerá aún más la soledad, su nostalgia de los amigos parisienses. En este dolor nació *Pariser Romanze*. En cuatro cartas dirigidas a un amigo, hará revivir sus recuerdos de la bohemia de Montparnasse y del París de antes de la guerra. Grito de rebelión contra el absurdo de la guerra, contra su inhumanidad. En estas cartas hay tanto poemas llenos de ternura como el abierto rechazo de fronteras llenas de alambre de espino.

> ¿Cómo puedo vivir y asistir a la sangrante agonía de mis semejantes por ídolos que ya no tienen nombres de dioses, sino a los que sólo cabe designar con palabras científicas de sonido extraño? Estas muertes son un pecado y toda esta sangre derramada una escandalosa injusticia […]. Ahora que los logros y las empresas de las naciones juegan juntas a la Guerra Mundial, hacemos girar manivelas, accionamos sistemas de ventilación, apretamos botones y escupimos la muerte por mil cañones y circunvoluciones. Y cada cañonazo da en realidad a quien lo ha tirado[30].

A finales de mayo de 1915, Hessel vuelve a Berlín. Quebrantado por la guerra, se encierra en su soledad. Su relación con Helen se deteriora[31], aunque nazca un segundo hijo, Stéphane, en otoño de 1917[32]. En 1918 logra un empleo en los archivos de prensa de Berlín. Libre

momentáneamente de sus obligaciones trabaja en la redacción de *Pariser Romanze*.

Acogerá sin ilusiones la proclamación de la República de Weimar. El mundo que amaba ha desaparecido. Se refugia en sus recuerdos con cierta actitud contemplativa que ya no abandonará, esforzándose en limitar sus relaciones con la realidad. Los que le conocieron en esa época evocan con sorpresa a este extraño Buda sonriente. Hace gestiones para encontrar un puesto de lector en una casa editorial pues sus ingresos habían disminuido considerablemente. Helen, como cuenta *Jules et Jim*, había abandonado mientras tanto a su marido y a sus dos hijos para trabajar como temporera en casa de unos terratenientes de Poznan[33] Hessel, por su parte, vive en Hohenschäftlarn, pequeño pueblo del valle del Isar, no lejos de Munich, con sus hijos. Aprendiendo griego y latín se prepara para retraducir *La litada* y se apasiona por Hölderlin. Se afianzará así ese estilo de vida monacal[34] que chocará a cuantos le conozcan. A principios de 1920, Helen vuelve. Su vida había perdido toda la intimidad, como menciona H. P. Roché en *Jules et Jim*. Sin embargo, él se siente feliz. *Pariser Romanze* encontró por fin un editor: Ernst Rowohlt. La crítica acogerá calurosamente el libro y en agosto Henri-Pierre Roché lo visitará; después de siete años de distanciamiento, su amistad era aún igual de intensa. Sus jornadas transcurren discutiendo, trabajando o tomando baños de sol desnudos en el jardín. Roché consignó también en su diario el dramático episodio de su relación con Helen y la tentativa de matrimonio; la propia Helen tenía un diario que le dio a Roché. Así nació la idea de escribir, a partir de este doble diario, una novela que contaría su relación de triángulo[35]. Hessel vuelve luego a Berlín en unión de Helen, en tanto que Roché retoma a París. Tras la tempestad, Helen y Franz retoman la vida en común en otoño de 1921.

La inflación había hecho desaparecer la herencia paterna. La vida de bohemio a la que Franz tenía tanto apego ya no era posible y se vio forzado a pensar en sacar provecho de sus dotes literarias. El editor Rowohlt lo contrató como lector. Hessel lo persuadió para que publicase toda *La Comédie Humaine* de Balzac pese a la situación monetaria y al exorbitado aumento de los costes de impresión. Esta edición —en cuarenta y cuatro volúmenes— será, sin embargo, un éxito. Aunque la traducción fuera

realizada por varias personas[36], Hessel atendió la tarea de redactor y tradujo algunos volúmenes. La amistad entre el editor y su lector no cesó a través de los años, pese a todo lo que les oponía[37]. Baste imaginar al enorme Rowohlt, gran amante del buen comer y de los puros, abrazando a un Hessel, más bien bajito, orondo, extraordinariamente dulce, elevándolo a su altura para besar su famosa calva, como cuenta Ernst von Salomon. Admirable traductor, Hessel era también un escritor de una sutileza poco común y un notable conocedor de la lengua francesa. Junto a Ignaz Jezower, tradujo las *Memorias* de Casanova[38] y además a Stendhal, Baudelaire, Proust, Yvette Guilbert, Marcel Arland, Julien Green, Jules Romains e incluso a Albert Cohen, autor con quien cabe descubrirle ciertas afinidades. Este intenso trabajo en ediciones Rowohlt en nada disminuyó su producción literaria. En 1922 aparece *Von der Irrtümern der Liebenden* (De los errores de los amantes). *Sieben Dialoge* (Siete diálogos) se publicará al año siguiente y, en 1925, el poema dramático *Die Witwe von Ephesos* (La viuda de Éfeso), *Teigwaren leichtgefärbt* (Masa de pan ligeramente coloreada) apareció en 1926, la novela *Heimliches Berlin* (Berlín secreto) en 1927 y *Nachfeier* (Después de la fiesta) y *Spazieren in Berlin* (Paseos por Berlín) en 1929. Publicó en 1931 un texto sobre Marlene Dietrich y en 1933 la recopilación de ensayos *Ermunterung zum Genuss* (Exhortación al placer). Si a estos volúmenes añadimos las recensiones, los ensayos y los pequeños textos en prosa que publica en *Das Tagebuch* y *Die literarische Welt* no cabe sino subrayar la extrema productividad de estos años.

Cuando la célebre *Tagebuch*, editada por Stefan Grossmann y Leopold Schwarzchbild, dejó de ser publicada por Ernst Rowohlt, éste aceptó hacer realidad un proyecto muy del gusto de Hessel, la creación de una revista, *Vers und Prosa*[39], inspirada en la de Paul Fort. Hessel, que codirigía el *Tagebuch*, se ocuparía de la redacción literaria[40] y redactó el programa. Ésta debía consagrarse enteramente a la creación (literatura, poesía, teatro) abriéndose tanto a autores famosos como a desconocidos. Así publicarán en ella R. M. Rilke, Hermann Hesse e Ina Seidel. Esta revista —que prefigura la que quiso crear Walter Benjamin, *Angelus Novus*— sólo se publicó durante un año (de enero a diciembre de 1924). Deseoso de desarrollar la crítica literaria, Ernst Rowohlt pensó de inmediato en crear un equivalente

alemán de *Nouvelles Litteraires*[41]. Entre sus colaboradores contaba con críticos muy notables: Franz Hessel y también Sigismund von Radecki, Walter Kiaulehn, Alfred Polgar e incluso Walter Benjamin. Así nació en 1924-1925 el semanario *Die literarische Welt*, dirigido por Willy Haas[42].

A pesar del trabajo de Franz, la familia vive con escasez. Como muchos berlineses, están obligados a poner en alquiler algunos cuartos de su piso, tema recordado por Hessel en *Paseos por Berlín* y *Berlín secreto* al cual Chistopher Iserwood dedica algunas de sus más bellas páginas de su *Goodbye to Berlin*. Helen Hessel contribuye generosamente a los ingresos de la familia. Franz, tal y como lo describe Charlotte Wolff en sus memorias, donde también se encuentra uno de los notables retratos de Walter Benjamin, se refugia en una especie de exilio interior y vive como un inquilino en su propio piso.

> La criada me hizo entrar a una minúscula habitación donde, en una silla de madera, él estaba sentado detrás de una gran mesa. Allí había una cama cerca de la ventana y otra silla de madera junto a la puerta. Me senté allí y contemplé su rostro de Buda con sus ojos muy abiertos, y su sonrisa benévola y divertida. Su comportamiento estaba marcado por la timidez y la gentileza, no tenía nada germánico y supe de inmediato que había nacido para escuchar y para consolar[43].

Esta situación, recordada por H. P. Roché, es muy cercana a la que describe Charlotte Wolff. Ella afirma que incluso le había pedido a su mujer vivir en el cuarto de servicio, el que él prefería. Helen Hessel subrayaba así su amor por la pobreza, su incapacidad para soportar el lujo[44]. Y es verdad que, toda su vida, Franz Hessel fue de una extraña generosidad. Todos los que le conocieron señalan la impresión de la gentileza extrema, de la bondad que emanaba de su persona, hasta tal punto que Alfred Polgar afirma que, si Hessel hubiera sido su enemigo, lo habría amado pues no se podía imaginar que un hombre así pudiera tener un solo enemigo. Esta bondad irradiante, este sentido de la ironía, esta ternura, se encuentran en cada línea del retrato de Jules hecho por Henri-Pierre Roché: Franz —como Jules— parece vivir perpetuamente un sueño y soñar su vida. Su mujer, Helen, será siempre aquella cuyos labios llevan la huella de esa sonrisa griega arcaica que se contempla en una estatua. Toda su vida se rodeará de

seres extraños, famosos o insignificantes, que tenían en común haberle impresionado o haberle hecho soñar[45].

Sin duda fue Charlotte Wolff quien presentó a Benjamin y Hessel y su traducción común de Baudelaire apareció en *Vers und Prosa*. Hessel persuadió a Rowohlt para que publicara el trabajo de habilitación de Benjamin sobre el drama barroco alemán. Benjamin puso también en contacto a Hessel con Ernst Bloch, Ernst Schoen y Siegfried Kracauer. Como todos los que se acercaban a Hessel, Benjamin experimentaba para con él una mezcla de admiración y de fascinación[46].

El año 1926 quedó marcado por la colaboración entre Hessel y Benjamin en la traducción de Proust[47]. Deciden trabajar sobre ella en París, adonde Hessel llega en abril. La correspondencia de Benjamin permite imaginar un poco su vida. Rechazando la oferta de alojamiento de los Hessel[48] prefiere «una minúscula habitación, coqueta aunque fría, y bien arreglada para saborear por fin el placer de vivir en un hotel»[49]. En París encuentra a Münchhausen y a Ernst Bloch. A pesar de los ataques de depresión de Benjamin, *A l'ombre des jeunes filies en fleurs* aparece a finales de 1927.

Las reacciones de la crítica fueron muy positivas. La traducción alemana restituía admirablemente la belleza y complejidad de las frases proustianas. Es difícil saber quien tradujo realmente el libro. Helen Hessel habla de la tristeza que sintió Hessel al verse citado detrás de Benjamin como traductor cuando él había realizado lo esencial del trabajo. La correspondencia de Benjamin muestra que esta traducción era bastante secundaria para él, que temía la influencia de Proust al que se sentía bastante próximo.

Si tenemos en cuenta sus viajes y sus estados depresivos, es verosímil que fuera Hessel quien se consagrara a ella con infinitamente más ardor[50]. Continúa con la traducción de *La Côte de Guermantes* y piensa reanudar los lazos con sus antiguos amigos parisienses, no sin sentir cierta decepción[51]. En 1927, conoce junto con Benjamin a Gershom Scholem, que experimenta por él una simpatía inmediata:

> Una tarde que pasé tras la marcha de mi mujer, en el Café del Dôme en compañía de Benjamin y de Franz Hessel se me iba a quedar grabada de modo inolvidable. Hessel se distinguía por cierta serenidad de hombre de mundo. El contraste entre sus fisonomías respectivas era muy señalado y aun subrayado debido a que Benjamin estaba dotado de una espesa cabellera mientras que Hessel era totalmente calvo. Fue al observar que Hessel, igual que Benjamin, manifestaba vivísimo interés cuando evocaba dos figuras de la literatura judía, Cardoso y Berditchevski, cuando comprendí que él también era judío, algo que en absoluto se me había pasado por la cabeza[52].

Los que conoció antaño han cambiado. No puede reencontrar el París de antes de 1914, pero sigue amando a la ciudad de la misma manera. Elevando el vagar a la categoría de arte, escribe su novela autobiográfica *Heimliches Berlin* que aparece en Rowohlt en 1927. La capital francesa ocupa, por lo demás, un lugar importante en los numerosos textos que redacta para la prensa alemana.

En 1928, Hessel vuelve a Alemania y a su trabajo de lector en Rowohlt. Su mujer se queda en París con sus hijos y reanuda su relación con H. P. Roché[53]. Ésta se saldará más tarde con un nuevo fracaso. Franz acepta la situación al igual que Roché respecto a su afecto con Helen. Exige que sus hijos no se enteren de nada. Roché quedará como «amigo de la familia». Amando ser amada, Helen emprende otras relaciones. Jim no era Jules, y Roché soportó muy mal no ser el único en su vida. Las peleas se multiplicaron. Ya en Berlín, Roché no dudaba tirar por la ventana, en plena noche, un ramo de flores regalado por otro[54].

Por más que sea difícil comprenderlo, la relación de Franz y Helen resistirá a estos huracanes. Sin embargo ella afirmará más tarde:

> Cuando hoy recuerdo mi matrimonio con este hombre extraño, tengo la impresión —pese a los certificados de estado civil— de no haber estado jamás casada con él. Nuestros vínculos eran de otra naturaleza: libremente consentidos y, sin embargo, forzosos[55].

Hasta 1938, Hessel vivió en Berlín, no podía creer en una victoria duradera del nacionalsocialismo. Continúa con sus traducciones, en particular la de *Hommes de bonne volonté* de Jules Romains. Su situación, pasado 1933, no dejará de agravarse, los nazis prohíben a los editores emplear a colaboradores judíos[56]. Después de 1933, fue víctima de la

prohibición de escribir, aunque secretamente Rowohlt le encarga todavía traducciones.

En su autobiografía, *Le Questionnaire*, Ernst von Salomon, escritor de extrema derecha que participa en el asesinato del ministro Walter Rathenau, ha descrito este episodio, particularmente dramático de la vida de Hessel y las astucias desplegadas por Rowohlt para proteger a sus lectores judíos. Paul Mayer emigró cuando la situación se hizo insostenible, en julio de 1935. Hessel no podía decidirse. Como lo escribe Ernst von Salomon:

Él vivía gracias a París y a Berlín como se vive gracias a unos pulmones; era allí donde él se sentía en casa. Este hombre, ya mayor, seguía teniendo una inquebrantable modestia, fiel a su mundo, que era el de la sedosa bruma del Sena y el de las hojas secas de los castaños del Landwehrkanal. Una violenta nostalgia le hacía abandonar Berlín por París y una no menos violenta nostalgia le hacía retomar a Berlín[57].

Por otro lado con la traducción de los veintiocho volúmenes de *Hommes de bonne volonté*, Rowohlt esperaba poder emplear a Hessel durante al menos veinte años. Había convencido a Jules Romains de que él solo podría traducir su obra, suponiendo que la Cámara cultural del Reich no se atrevería a detener a un traductor recomendado por el Ministerio de Asuntos Exteriores. A pesar de su dramática situación, Hessel continúa viviendo en Berlín, vendiendo los objetos que decoran su piso para sobrevivir. En vano sus amigos y su familia le exhortan a que se marche. Se queda, escondido como un ratón en un granero, mientras el antisemitismo hace estragos.

Cuando decide ir a Francia[58], las condiciones de obtención del visado se hicieron muy difíciles. A consecuencia de las gestiones emprendidas por su mujer, logra llegar a París *in extremis* —entre los acuerdos de Múnich y el asesinato de Von Rath— gracias a la intervención de Jean Giradoux. La baronesa Alix de Rotschild obtiene para él un puesto de bibliotecario en la Biblioteca Rotschild[59]. Vuelve al trabajo, comienza una novela que durante mucho tiempo se consideró perdida, *Der Alte* (El viejo)[60]. La familia Hessel pasa el verano del 39 cerca de París, en la casa de campo del traductor de Rilke, Maurice Betz. En tomo a ellos se reconstruye un círculo de amigos con Wilhelm Uhde, Walter Benjamin, Alfred Polgar, Wilhelm Speyer, Marcel Duchamp, Gabrielle Buffet-Picabia y también Lou Albert-

Lasard[61]. Max Krell que lo encuentra por última vez durante una visita a París lo recuerda así:

> Un hombre ligeramente encorvado, vestido con un pequeño abrigo gris que flotaba al viento, con el sombrero vencido sobre la nuca, con las manos cruzadas a la espalda, desde luego el mismo viejo bonachón de Hessel que paseaba antaño por la calle de Potsdam[62].

Ni siquiera el exilio ha podido alterar su serenidad y volverle amargo. Tampoco se reunirá con los círculos de emigrados[63].

En otoño de 1939, el gobierno francés decide internar a todos los alemanes en campos como «ciudadanos enemigos». Hessel se dirige al centro de concentración, el Estadio de Colombes, con los otros exiliados. Deben dormir sobre paja y afrontar la intemperie. Dado que tenía cincuenta y nueve años de edad y un hijo mayor naturalizado francés, alumno de oficial en la escuela Saint-Maixent, pudo volver rápidamente a su casa, al igual que Walter Benjamin. Varios amigos de Hessel —Alfred Polgar y Wilhelm Speyer— refugiados en Estados Unidos intentan obtenerle un visado. En la primavera de 1940, la familia va a Sanary, para habitar el chalé de Aldous Huxley, que, habiendo partido a Hollywood, temía que éste fuera requisado por los alemanes. Sanary-sur-Mer era entonces un agradable y pequeño puerto de pesca que iba a convertirse en la capital de la literatura alemana en el exilio[64]. Hessel continúa trabajando en su novela. Cuando la guerra estalla, se le internó junto a su hijo mayor, Ulrich, en un campo, por más que Stéphane combatiera en el frente como aspirante a oficial. Lion Feuchtwanger en su relato *El diablo en Francia*[65] describió las trágicas peripecias de este internamiento en el campo de Milles no lejos de Aix-en-Provence, en un tejar[66] y la desesperación experimentada por los que habían hallado en Francia una nueva patria y deseaban combatir contra Hitler al lado de ésta. Hessel se encuentra tras el alambre de espino con otros tres mil prisioneros entre los que se halla el dramaturgo expresionista Walter Hasenclever. Feuchtwanger recuerda con sorpresa mezclada con agresividad a «este hombre bajito dulce y amable» que «vivía en Milles como si hubiera tratado del Berlín cosmopolita»[67], capaz aún de sonreír y de alegrarse del simple hecho de que el pan fuera mejor que ayer.

Tras varios meses de internamiento, Hessel pudo abandonar el campo, con su hijo mayor, el 27 de julio de 1940 y volver a Sanary… el día del cumpleaños de Ulrich[68]. Continúa escribiendo en una casa que dominaba el puerto[69]. Desgastado por las penurias del internamiento, se apagó el 6 de enero de 1941. Helen Hessel escribe: «Murió como había vivido, sin poseer nada, tranquilamente, sin quejarse y sin luchar»[70].

Reposa en el pequeño cementerio de Sanary. A su entierro asistieron no sólo emigrados alemanes, sino también gente del pueblo, pescadores y artesanos de los que se había hecho amigo. El elogio fúnebre fue pronunciado por Hans Siemsen.

Personaje poético donde los haya, Hessel ha gozado de la vida de *flâneur* y no puede menos que pensarse en él con emoción descubriendo las imágenes que recolectó en sus paseos, perdido en su infancia y sus sueños. A él, seguramente, podría aplicarse la hermosa máxima de *Calle de dirección única*:

> Pues quién puede decir en su existencia más que esto: pasó por la vida de dos o más seres tan dulce y tan íntimamente como el color del cielo.

Paseos por Berlín

A pesar de que se descubrieran las ruinas de Herculano bajo las cenizas, unos pocos años sepultan las costumbres de una sociedad más rotundamente que todo el polvo de los volcanes.

BARBEY D'AUREVILLY

El sospechoso

Caminar despacio por calles llenas de gente es un placer singular. Uno se ve envuelto por la celeridad de los otros, es como poder darse un baño durante un incendio. Pero mis queridos paisanos berlineses me dificultan hacerlo, incluso aunque uno se aparte amablemente de su camino. Siempre recibo miradas de desconfianza cuando intento «flanear» por entre los ocupados transeúntes. Me da la impresión de que me toman por un carterista.

Las presurosas y enérgicas muchachas de la gran ciudad, con sus bocas permanentemente abiertas, manifiestan su enfado cuando mi mirada se posa en sus hombros que van surcando la calle o en sus mejillas que parecen flotar. Es como si tuvieran algún problema en ser observadas. Esta visión cinematográfica y ralentizada de inofensivo espectador las irrita. Quieren comprobar que no oculto ninguna aviesa intención.

«¡Que no, que no hay nada oculto!». Quiero mirar como lo hice la primera vez. Quiero volver a mirar la ciudad en la que vivo como lo hice la primera vez o encontrar la forma de volver a hacerlo…

Tampoco las sensaciones que despierto son más agradables en los más tranquilos barrios de las afueras. Hacia el norte se encuentra una plaza con soportales de madera, los restos de un antiguo mercado y al lado mismo la tienda de comestibles de la viuda Kohlmann que también vende trastos viejos. Allí, entre paquetes de papel viejo, armazones de camas y cuero, en la baranda de madera de su tienda ha colocado unos cuantos tiestos con geranios. No puedo dejar de mirar esos geranios de rojo rabioso en un

mundo gris e indolente. La viuda me mira con malos ojos. No se atreve a insultarme, tal vez porque me toma por un número de la policía secreta y sus papeles no están en regla. La verdad es que me gustaría hablar con ella y preguntarle cómo le va el negocio y qué opina de la vida. Finalmente ve cómo me voy y cómo, en el lugar donde la calle perpendicular se empina, contemplo las curvas de unos muchachos que juegan al frontón contra un muro. Unas cuantas chicas de piernas largas los contemplan embelesadas. Golpean la pelota unas veces con la mano, otras con los pies, otras con el pecho, sus cuerpos giran sobre su eje y las corvas parecen el centro y el comienzo de sus movimientos. Percibo detrás de mí cómo la vieja de la tienda estira el cuello para observarme. «¿Sabrá el poli quién soy yo?». ¡Éste es el sospechoso papel del espectador!

Cuando empieza a atardecer, mujeres jóvenes y viejas se apoyan sobre almohadillas en los alféizares de sus ventanas. Ante este fenómeno siento que lo que los psicólogos han intentado definir con conceptos como empatía. Pero no me permiten permanecer ante ellas y esperar lo que nunca llegará, sólo esperar, sin objeto alguno.

Los vendedores callejeros que ofrecen a gritos sus artículos no tienen nada en contra de que uno se quede junto a ellos. Prefiero quedarme junto a esa mujer que, con tantos cabellos del siglo pasado en su cabeza, va dejando sus bordados sobre papel azul y ve pasar calladamente a los compradores. Yo no le gusto, no cree que vaya a comprarle nada.

A veces me gusta ir a ver casas con patio. En los barrios más antiguos de Berlín, detrás de los pisos interiores y de las casas con jardín, la vida se hace más densa y más intensa. Ésta enriquece los patios, esos patios pobres en una de cuyas esquinas crece la hierba, que tienen llamadores en las puertas, cubos de basura y fuentes que proceden de la época anterior al agua corriente. Por las mañanas me paso por allí cada vez que oigo a los cantantes y a los violinistas o al organillero, que por añadidura toca una improvisada flauta con los dedos que le quedan libres, o al asombroso individuo que por delante toca el tambor y por detrás el bombo. (En uno de los nudillos de su mano derecha ha fijado un gancho al que está atada una cuerda que llega hasta el bombo que se encuentra a su espalda y a los platillos situados encima de éste. Cuando percute el tambor un mazo golpea

el bombo y los platillos se juntan). Entonces me coloco junto a la anciana portera. Es tan anciana y está sentada en una postura tan característica en su sillita que parece la madre de todos los porteros. No le pone ningún inconveniente a mi presencia allí, ni a que mire hacia las ventanas del patio a la mecanógrafas y a las costureras de las oficinas y de los talleres que quieren escuchar este concierto. Están encantadas de hacer una pausa hasta que viene cualquiera de sus pesados jefes y tienen que volver al trabajo. Todas las ventanas están desprovistas de adornos. Sólo tras una del penúltimo piso se ven cortinas. De allí cuelga una jaula y cuando el violín solloza con toda su alma y el organillo hace retumbar sus lamentos, un canario empieza a cantar, y es la única voz que se deja oír en este conjunto de ventanas mudas. Esto es bello. Pero a veces me gustaría participar de las actividades de la tarde en estos patios, de los juegos de los niños a los que siempre llaman desde los pisos de arriba, de las llegadas a casa y de las deseadas salidas de las chicas jóvenes. Pero no tengo ni valor, ni pretextos para inmiscuirme en todo esto. Mi incompetencia se distingue de lejos.

En este país se está obligado a tener obligaciones; en caso contrario, no te está permitido hacer nada. No se puede ir a cualquier lugar, sino a un determinado lugar. Y esto no es fácil para la gente de mi condición.

Afortunadamente una amiga que me comprende me permite a veces que la acompañe cuando tiene que hacer alguna cura. Por ejemplo, vamos a una residencia de ancianos a cuya puerta se puede leer: «Se acepta a personas heridas». En este oscuro entresuelo una mujer jorobada va dificultosamente de un lado a otro de su enmohecido cuarto, al que hace más alegre el brillante color de su moqueta. La tela y los instrumentos de costura están esparcidos por las mesas y los estantes mezclados con unas pequeñas pantuflas de porcelana, unos cupidos de cerámica y unas muchachas de bronce, como rebaños que rondaran las fuentes y las viejas ruinas. Esto lo puedo observar con detalle y aprender algo de la historia de la ciudad y del mundo mientras las dos mujeres conversan.

También a veces me lleva a casa de un sastre remendón que vive en la planta baja de una vivienda de la Kurfürstenstrasse. En su casa hay un telón que no llega al suelo y separa el espacio de trabajo del destinado a dormitorio. En un paño con flecos está brillantemente representado el kaiser

Federico como príncipe heredero. «Así vino de San Remo», dice el sastre, al que observo atentamente, y, acto seguido, va sacando sus otros tesoros regios: al último Guillermo fotografiado y muy compuesto, así como la conocida fotografía del viejo káiser con sus hijos, nietos y bisnietos. Con mucho gusto le remienda a mi republicana amiga su chaqueta verde, pero de corazón sigue siendo fiel a las «viejas jerarquías», como él las llama, toda vez que la República sólo se preocupa de la gente joven. No intento replicarle. Con todos esos objetos presentes no podría comprender mis conocimientos políticos. Es muy amable con el perro de mi amiga que, ávido de novedades, lo husmea todo siguiéndole los pasos a cualquiera. Vamos, igual que yo.

Me gusta mucho ir de paseo con este pequeño *terrier*. Nos entendemos muy bien; también me da la oportunidad de detenerme con mucha más frecuencia de lo que normalmente le estaría permitido a un hombre tan sospechoso como yo.

Sin embargo, últimamente nos ha ido mal. Lo recogí de una casa en la que ambos éramos extraños. Bajamos por una escalera en la que había un armazón de reja metálica para el ascensor. Este ascensor era un sombrío intruso en la otrora amplia y tranquila escalera de la casa. Las orgullosas damas de las vidrieras miraban confundidas esa mazmorra itinerante y las joyas y los atributos se desvanecían en sus manos. Además en aquella reunión de diversas épocas había olores muy diversos, lo cual hizo que mi acompañante renunciara a su porte y buenas costumbres. Buenas costumbres que abandonó en el primer escalón de la empinada escalera que bajaba del entresuelo al pie del armazón del ascensor. Según me explicó mi amiga, algo así sólo podía haberlo hecho una criatura tan limpia como aquélla en mi presencia. Me hizo gracia cuando me lo dijo.

Me afectó más la riña que me echó el portero de la casa cuando ocurrió el penoso suceso, que por desgracia aguzó el olfato en el justo momento en el que dimos rienda suelta a nuestros instintos. Con un conocimiento justo de mi corresponsabilidad, no se dirigió al perrito, sino a mí. Con un dedo acusador señaló el lugar del delito y me espetó: «Se supone que usted es un hombre educado, ¿no?».

Aprendo

Sí, tiene razón: he de hacer algo por mi educación. No basta con deambular de acá para allá. Tengo que crear una ciencia descriptiva de este territorio, ocuparme del pasado y del futuro de esta ciudad, de esta ciudad que siempre está de camino, que siempre está en el trance de convertirse en algo diferente. Por ello es tan difícil descubrirla, especialmente para alguien que vive en ella… Quiero empezar hablando del futuro.

El arquitecto me recibe en su amplio y luminoso estudio, me lleva de mesa en mesa, me muestra planos y maquetas de plástico de construcciones en solares, fábricas y edificios para oficina, los laboratorios de una fábrica de acumuladores eléctricos, esbozos de un salón de exposición aeronáutica, dibujos de una de las nuevas urbanizaciones cooperativas que van a salvar a base de aire y luz a cientos y a miles de personas de la carestía de vivienda y de la miseria de las casas de vecindad. Además me cuenta lo que los arquitectos de Berlín están hoy en día dispuestos a proyectar y en parte a llevar a cabo. No sólo se quiere transformar el cinturón y las afueras por medio de una urbanización planificada a gran escala, también en el casco viejo de la ciudad hay que realizar innovaciones. La futura Potsdamer Platz estará rodeada de edificios de doce pisos. El barrio de Scheunen desaparecerá; entre la plaza Bülow y la Alexanderplatz surgirá un nuevo mundo constituido por bloques de edificios. Siempre se hacen nuevos proyectos para armonizar los problemas del negocio de la construcción y el tráfico. En un futuro el especulador inmobiliario y el maestro de obras no

podrán volver a deteriorar el estilo de una ciudad por medio de sus edificios aislados. Esto no lo permitirá nuestra ordenación urbanística.

El arquitecto me cuenta las ideas de sus colegas: como la ciudad irá alcanzando paulatinamente la orilla del Havel correspondiente a Potsdam, uno ha presentado un plan de ferrocarriles y líneas de tráfico en el que se incluyen las reservas de bosque y los lagos. Este plan prevé que el tramo del Havel comprendido entre Pinseldorf y Potsdam se convierta algo así como en una clara de cerveza que le sirva de refresco a la ciudad. Otro quiere construir entre la puerta de Brandenburgo y el Tiergarten una plaza representativa de tal manera que la avenida de la Victoria sea el límite del parque. En el solar destinado a muestras la ciudad de exposiciones debe tener la forma de un huevo, con una serie de pabellones dispuestos en un círculo interior y otro exterior, un nuevo palacio de deportes y un canal a cuyo fin, rodeado de terrazas ajardinadas, haya un restaurante rodeado de un estanque. Hay que desplazar los ferrocarriles de Potsdam y de Anhalt hasta la vía de servicios de la más cercana estación de las afueras, para dar paso a una nueva avenida con comercio, hoteles y grandes aparcamientos. Conforme a la finalización del canal central se modificará el trazado de las conducciones de agua corriente de Berlín, y la correspondiente modificación de las viejas orillas, puentes y dispositivos, así como la construcción de otras nuevas comportará importantes tareas. También se empleará el nuevo material de construcción: el cristal y el hormigón, el cristal en lugar de los ladrillos y el mármol. Ya hay una serie de casas cuyos suelos y escaleras se han construido, entre otros materiales, con cristal negro y cuyos muros contienen cristal opaco o alabastro. A su vez están las casas con estructura de hierro con su revestimiento de cerámica y sus remates en bronce dorado.

El arquitecto percibe mi confusión y sonríe. Por ello me imparte una pequeña clase de observación. Bajamos a la calle y nos montamos en su automóvil que parece estar esperándonos. Cruzamos Kurfürstendamm viendo sobre la marcha las antiguas infamias arquitectónicas y las nuevas soluciones y salvaciones. Nos paramos ante los edificios del cabaré y del palacio del cine, que constituyen, gracias a sus leves diferencias, una sugestiva unidad. Ambos parecen hacer círculos en el espacio, una y otra

vez muestran la sencillez de sus líneas maestras, el primero se extiende a lo ancho, el otro parece empinarse. El maestro que me acompaña declara que se trata de una obra maestra. Para demostrar lo que dicen sus palabras, me hace apearme del coche con él y me lleva por la amplia galería, por la que se percibe una difusa luz roja, hasta el interior del teatro. Una vez allí me muestra cómo se ha construido el escenario partiendo de la parte frontal del círculo y cómo los claros muros se articulan con patrones planos sin ningún tipo de adorno aislado ni aleatorio.

Después subimos por una bocacalle por una zona del barrio pequeñoburguesa de Charlottenburg y pasamos por delante del lago Lietzen hacia la torre de transmisiones y los pabellones de exposiciones que él con un par de palabras quería convertir en una gran ciudad ferial. Antes de que hubiera acabado, llegamos a la plaza del Canciller del Reich y me presenta la zona de entretenimiento que allí debe haber, los dos bloques de edificios con cines, restaurantes, salas de baile, un gran hotel y una torre luminosa que ha de destacar del conjunto. Torcemos por una calle paralela al Kaiserdamm y nos paramos delante de una amplia zona de nueva construcción. Aquí es precisamente mi guía el encargado del proyecto. Los maestros de obras vienen hacia nosotros y le ofrecen un informe. Mientras tanto, miro el gran caos que nos rodea del que tan sólo destacan los dos grandes pilones de la entrada, cuyo armazón, todavía en forma de esqueleto y sin revestir, se distingue con toda claridad. Después voy con el maestro entre los cascotes y los escombros hasta el punto detrás del cual comienza una hondonada situada en el centro de la construcción. El alzado tal y como se observa en la mesa de dibujo del plano, la partitura de esta música congelada, está delante de mí. Allí se construirán los dos grandes almacenes de depósito, las naves para los vagones del tren. Hasta aquí se prolongarán las vías. A los bordes y en forma de círculo habrá unos cuantos jardines en los cuales, bajo una serie de luminosas viviendas, jugarán los niños de los funcionarios, los conductores de tren y los cobradores. Volvemos al coche y cruzamos una de las caras del gran cuadrado. En un punto se ha concebido que surja una calle y tenemos que andar para adentramos por unos caminos más silvestres. A nuestro alrededor empieza a surgir una gran ciudad que va construyendo las palabras del proyectista.

Lo que me ha hecho ver en lo que se está construyendo me lo puede hacer ver también en lo que ya está terminado. Nuestro automóvil cruza el puente del Spree situado junto al palacio de Charlottenburg y circula a orillas del canal hasta el amplio embarcadero del oeste. Allí se obtiene una vista de los tenebrosos muros del penal del lago de Plötzen. Vamos por la interminable carretera del lago, dejando a nuestros costados muros de claustros de iglesias y casas de vecindad, y llegamos a la Müllerstrasse. De pronto emerge un gran agrupamiento urbano con muchos vagones y muchas personas. Tres pórticos construidos en hierro nos permiten un mejor acceso. Entramos por la puerta y vemos desde el interior las alas laterales de la vivienda que son de tres pisos. También vemos los cuatro pisos del cuerpo frontal y los poderosos pilones de las esquinas. Después vamos haciendo una visita general. En primer lugar, de las naves de cristal y hierro en la que los vagones tienen su habitáculo. Allí miramos arriba al tejado de la estación y abajo al extraño mundo de los paseos entre los rieles. Más tarde vamos a las oficinas de administración, a los talleres de reparación y finalmente, por unas escaleras que invitaban a subir por ellas, a alguna de las bellas viviendas.

Al visitar el complejo voy comprendiendo, aun sin poderlo explicar desde el punto de vista arquitectónico, como el artista por la repetición de determinados motivos y la acentuación de determinadas líneas, por el trazado de ángulos agudos en las superficies que se elevan y por medio de recursos similares, le ha dado a esta enorme mole de ladrillo que es al mismo tiempo estación, edificio de oficinas y vivienda, un inolvidable carácter propio y unitario.

En el ala nordeste miramos hacia la inmensidad del campo y muy cerca noto la presencia de la minúscula vecina del gigante. Se trata de una casita que, como si tuviera miedo del viento, está semihundida en el terreno. La gente la llama «la pequeña toalla de baño». La cercanía de los llamativos pabellones y esta chabola es muy característica del cinturón de Berlín.

A la tarde de este intenso día estoy invitado a casa de una anciana señora que empezó a sacar recuerdos de su secreter y de un cofre. Se trata de cosas que pertenecieron a una abuela suya que vivía en una casa antigua situada en la Stralauerstrasse. Una muñeca inglesa de buen tamaño con un

deteriorado vestido de muselina estilo imperio y con unos zapatos de seda que todavía mantienen su color rosa y que están atados por dos lazos blancos cruzados. También saca platitos y linternitas tallados en madera con las que su abuela jugaba cuando era niña muy cerca del Waisenbrücke, un puente construido en madera desde el que Menzel representó en un famoso grabado a Chodowiecki mirando al agua. Saca de sus fundas de hojalata los papeles lacrados de su familia. Me permite hojear los delicados libros genealógicos de su tataratía-abuela en los que los finísimos caracteres en arabescos de las dedicatorias poéticas se alternan con la colorida elegancia de los suaves paisajes de pintores amigos de la familia. En los paisajes se encuentra de vez en cuando la figura de un jinete vestido con un frac amarillo y botas de montar o una jinete con un vestido violeta. Los adornos son parecidos en color y forma a los que sirvieron a los lilados pinceles de los pintores en porcelana de los platos, fuentes y bandejas del «regio Berlín».

También me da una corona de novia procedente del año 1765. Se compone de un alambre enrollado en forma floral que a su vez está enfundado en seda verde. Puedo igualmente tocar una lata de tabaco de ágata. La bondadosa poseedora de todos estos tesoros descuelga de las paredes pequeños retratos familiares y me los enseña. Había cabezas de mujeres de cabellos rizados ligeramente empolvados y velos de colores suaves y señores con peluca y frac de color azul oscuro. Después empezó a hablarme del Putzstube de Berlín, el gran antepasado de todos los buenos salones de sociedad con sus muebles de caoba y sus salones rojos y azules que hemos conocido por nuestros abuelos. El vestidor era un santuario cerrado al que los niños sólo podían entrar en contadas ocasiones. Hojeamos uno de sus libros preferidos, las *Memorias de juventud de un viejo berlinés* por Felix Eberty y empezamos a leer: «Las paredes estaban pintadas en gris claro, el papel pintado sólo estaba presente en casa de los más ricos. En la pared Wilhelm Schadow, posteriormente director de la Academia de Düsseldorf y en la juventud amigo de mi padre le había pintado, como regalo de bodas, las cuatro estaciones en gris sobre fondo gris. La representación, bella y plástica, era resaltada por luces blancas de manera que parecía un relieve. Una magnífica alfombra que mostraba hojas

de fresa, flores y frutos cubría el suelo, los muebles tenían un fino acabado y habían sido construidos en madera de abedul. Tomábamos una lámpara de cuatro candeleros colgada de una cadena de cristal por una tan espléndida e incomparable obra de arte que con gusto la hubiéramos tocado con las manos si es que no nos hubiera estado estrictamente prohibido hacerlo. La posibilidad de satisfacer este deseo existía, pues la altura de la habitación permitía por medio de una silla alcanzar los brillantes trozos de cristal».

Seguimos hablando de interiores berlineses aún más antiguos. Tiene pinturas de habitaciones en las que hay mesas tapizadas estilo *L'Hombre*, *fauteils* bordados, bandejas con platos de porcelana bellamente esmaltados, relojes de repetición dispuestos sobre cómodas, en la esquina pianos lacados en buen estado procedentes de la época de Federico. También me habla de las camas altas a las cuales uno se encaramaba por etapas, de las camas con dosel *à la duchesse* y éstos *à tombeau*, de los flecos de las colchas, de los camisones y de los guantes de noche, de los tapices *en hautelisse* con personajes según dibujos franceses. Siguió desparramando más pertenencias: daguerrotipos, grabados en cobre pintados con tinta china, figuras talladas, pegadas y barnizadas en laca…

Sobre nosotros hay una lámpara de araña, un pequeño cesto de flores en bronce del que sobresalen y penden hojas de cristal verde y enredaderas de colores claros. La pieza es de los años treinta y cuarenta del siglo pasado cuando surgió la nueva afición al rococó. El viento de la noche hacía trémula la luz pues no era eléctrica sino de petróleo. Se había hecho tarde para la anciana señora. Yo noté lo cansado que estaba de tanto Berlín.

Algo acerca del trabajo

Con toda seguridad en otras ciudades el disfrute vital, el placer y la diversión son más notorios. En éstas quizás la gente es capaz de divertirse más espontáneamente y al mismo tiempo de forma más educada. Sus amigos son más visibles y mejores. En cambio Berlín también tiene su peculiar y notoria belleza a la hora de trabajar. Hay que ir a visitar sus templos de la máquina y sus iglesias de la precisión. No hay un edificio más bello que la monumental nave de cristal y hormigón férrico que construyó Peter Behrens para la fábrica de turbinas de la Huttenstrasse. Y desde ningún coro de catedral se contempla una visión más impresionante que la que desde la galería externa de esta nave se obtiene desde el asiento del conductor de una de esas grúas que empacan y transportan pesadas cargas de hierro. Mucho antes de que se comprenda que las moles metálicas que están ahí almacenadas servirán para construir otras moles similares y de otro tipo, uno queda cautivado por su mera visión: piezas de fundición y armazones, tambores de corona dentada y molinetes, bombas y generadores semiacabados, obras de taladrado y engranajes de rueda dentada preparados para su instalación, enormes y diminutas máquinas en el área de pruebas, piezas de turbogeneradores en una pileta centrifugadora de paredes de hormigón.

En esta nave en lugar de comprender algo me voy quedando perplejo. Sin embargo, en los pequeños talleres todo se hace algo más accesible. Vemos cómo el níquel es fresado y alisado en forma de varas en el badil, cómo se van disponiendo en los canales del inductor de corriente una serie

de dientes de hojalata, cómo la bobina excitadora se va enrollando en el dispositivo dentado. Visitamos la fragua donde los operarios ponen trozos de hierro candente bajo el martillo pilón de vapor que va haciendo incisiones en ellos y puliéndolos.

Estamos en el embarcadero de la fábrica de transformadores y vemos como el carbón es llevado en grúa de un barco que flota en el Spree a una especie de martillo de hierro y allí es pulverizado sin concurso alguno de la mano humana. Entramos en la nave en la que no hay nadie y vemos cómo se produce la combustión en una pileta incandescente. Después de ver las amplias zonas que ocupan las grandes máquinas, visitamos salas en las que las trabajadoras devanan alambre fino, aplanan cartón y lo prensan en capas de rollos muy ligeros, duros y planos, en las que pasa de mano en mano una pequeña plancha que debe ser recocida, engrasada y recortada.

En la fábrica de contadores una manivela de la máquina hace de la plancha de hojalata un cajetín de borde grueso, otra lo horada. Se producen muchas chispas al remacharlo y soldarlo. Finalmente se le incluyen las piezas magnéticas. Todo el edificio es una cadena de trabajo que yendo de una a otra mesa de trabajo, pasa de una planta a otra y es transportada a nuevos pequeños espacios donde se mantienen en funcionamiento a secciones con nuevos cometidos. A todas las piezas y piececillas que tienen las mujeres en sus manos les es añadido, instalado, atornillado y probado un contador. Las correas de acero se desplazan entre cajones, llevadas en forma de rollo a un ascensor y una vez allí no son elevados por la mano humana sino por una palanca. Se evita todo desaprovechamiento de fuerzas y esfuerzo debilitador. El trabajador se va convirtiendo, cada día más, en vigilante y arrancador de la máquina. Al igual que las piezas de las máquinas, por las correas también son desplazadas las tazas y las jarras en las que las muchachas han depositado su café, su té o su cacao. Después de su paso por la cocina, ellas lo vuelven a recibir caliente y listo para tomar. Todo el que allí está sentado tiene detrás de la correa giratoria tan sólo un pequeño sitio. Sin embargo, hay suficiente espacio para que la vecina que hoy cumple años amontone tazas, platos y cucharillas que permanecen detrás del dispositivo móvil.

No es necesario comprenderlo todo, basta con mirar con los ojos como está todo en proceso y se va transformando. En uno de estos lugares de enorme laboriosidad hay un metal del que te cuentan que tiene un punto de fundición extremadamente alto y se evapora muy difícilmente. Éste no puede ser fundido en hornos pues los haría saltar en pedazos. Por ello es necesario que al polvo metálico que se obtiene con la operación se le dé paulatinamente la forma de una vara y finalmente de un alambre mediante el prensado, la vitrificación, los golpes de martillo y la recocción. Entonces puedes ver cómo el alambre pasa por una serie de martillos mecánicos y prensas que se van formando a su fin afinándolo, poniéndolo incandescente y estirándolo de tal manera que se convierte en un hililllo más fino que un cabello y se utiliza para la fabricación de lámparas. Todo esto lo hacen las máquinas: las personas sólo las ponen en funcionamiento, sacan los productos y los transportan. Y mientras miles de estos alambres cada vez más delgados se van produciendo, en otras salas nacen los cuerpos de mil lámparas. Los pacientes trabajadores se sientan a la mesa redonda de las máquinas, empuñan y sueltan las manivelas y obedientemente la máquina prensa el pie de la lámpara, inserta la abrazadera, reviste el cuerpo de la lámpara, lo funde, vacía el aire, suelda, graba, sella y empaca. Pero esto es sólo una parte del trabajo. Allí se prueba, se mide y se clasifica, más allá se esmerila y se pinta.

Todo esto ocurre incesantemente en Siemensstadt, Charlottenburg, Moabit, Gesundbrunnen, tras el puente de Varsovia y el Alto Spree.

Si es magnífico ver desde la escalera y la galería la sala de las máquinas con sus movimientos giratorios y sus zumbidos, también es impresionante la visión de los cogotes y las manos de los que allí operan y el encuentro con sus ojos cuando alzan la cabeza.

Por el trabajo de estos hombres llega la luz a tu pequeño cuarto. Luz que va reflejándose en fachadas de casas a las que realza, hace presentes y transfigura. Los rayos que salen por las acanaladuras del tejado de un enorme edificio dan lugar a una forma parecida a una tienda de campaña. La iluminación de los contornos divide la fachada de una casa, la luz de reflectores irriga los escaparates, lámparas azules hacen brillar la seda del salón y la mercancía que el vendedor pone a la venta toma un colorido

como el que podría tener a la luz del sol. Fuera, los letreros móviles viajan de un lado a otro de lienzos translúcidos, las letras forman palabras y desaparecen, las imágenes aparecen y desaparecen, las ruedas de colores dan vueltas mudas.

Se pueden ver todos los detalles de casas enteras por medio de la luz. Con ello se intuye la forma que tendrá la casa del futuro, cuyas paredes y tejado serán de cristal y el resto, claridad. De día el sol penetrará en ellas, de noche la luz creada por los hombres y por las máquinas.

Con ese objetivo trabajan en las grandes naves de la industria eléctrica y la del hierro.

Mas, para comprender lo que se esfuerzan los berlineses debes darte una vuelta por las pequeñas industrias. Tienes que entrar en los complejos de edificios y patios del sudoeste. Hay que hacer visitas como la que yo hice a la fábrica de marcos para cuadros situada en el barrio de los guarnicioneros y bisuteros. Sobre el suelo estaba la madera tal y como salía del aserradero y seca por un ligero oreo. Incluso después de haber sido cortada, toda las piezas tienen en el borde algún recuerdo del bosque. Por eso es introducida en una entalladora de afilados dientes que va reduciendo las esquinas para engranar las partes del marco y los ventiladores apartan las virutas. La sierra circular va reduciendo el tamaño de los listones de longitud excesiva. Cuando, en las grandes naves llenas de máquinas los hombres parecen diminutos ante colosos y, como los alpinistas y los marineros, se mantienen distantes del poder de los elementos, dominan al animal maquinal con la mirada de un domador de fieras. No puedo apartar mi vista de un jorobado inclinado sobre la sierra circular. Un gesto de ira y de dominio se dibujaba en los músculos de su mandíbula cada vez que la cuchilla tocaba la madera.

Junto a los hirvientes peroles llenos de cola y junto al cristal y cartón que han de añadirse a los marcos, se reúne un tropel de jóvenes y mujeres de más edad. Las encoladoras son aún más rudas que las ensambladoras y las pulimentadoras. Al ver a todas ellas es interesante estudiar la relación que existe entre los movimientos de manos que tienen que hacer y las manos que los llevan a cabo. Qué dedos más finos los de la que tiene que introducir pequeños clavos en la capa de cartón que se dispone tras el marco. Qué pacientes son las largas manos de la que va lijando los listones

para que combinen con el cristal. Qué redondez más infantil la de las manitas de la rubia pálida que llena un molde de hojalata con masa de greda y deposita la húmeda forma sobre un tablero al igual que hacen los niños con sus figuras de arena en las áreas de juego. Su trabajo es una simpática curiosidad pues los ornamentos rococó que le añaden a los marcos no son tan usuales como los rectilíneos, son de fabricación más cara y no están tan de moda. Todo confiere una singular belleza a estos marcos y a su desprevenida creadora. Los miniadores trabajan en salas separadas. Tienen máscaras de gas en la cara para combatir el polvo de bronce que es peligroso para los pulmones. Desgraciadamente el público no quiere nada más que marcos de oro, y consecuentemente éstos son los que solicitan los pequeños comercios que venden estampaciones en óleo. Desde los días de la inflación el alemán necesita brillo en su choza. Incluso los marcos de fotografía deben ser dorados. Ya no se desea la vieja y noble caoba. Me cuenta algo interesante desde el punto de vista histórico acerca de los marcos de fotografía. Antes la gente prefería marcos comunes en los que cabían varias fotografías, ahora se prefiere que las fotografías sean expuestas en solitario.

Y así pasamos de los marcos a lo enmarcado. El amable director de la fábrica me lleva a la sala de exposición de oleografías. Verla es muy fructífero. Debido a que no se compra bajo circunstancias de necesidad vital la oleografía es considerada un artículo de lujo o un alimento espiritual para el pueblo. Sin embargo representa un importante papel. Se integra en el mobiliario de una interminable cantidad de cuartos y de almas.

El bestséller del ramo es desde hace años la Santa Penitente Magdalena levemente apoyada sobre su túnica azul y con cierta coquetería contemplativa mira una calavera. No sólo la gente piadosa se siente atraída por esta imagen como por otras de la Biblia y de la leyenda. También las criaturas del mundo quieren tenerla. Las imágenes de damas ligeramente ataviadas y apoyadas sobre una base tienen mucho éxito. El marco elegido para éstas, un revoltijo de nubes y cupidos, es un formato no tanto longitudinal como latitudinal, lo que hace que sea adecuado al gusto de colocarlo sobre la cama. Si las parejas jóvenes que se han comprado esta oleografía de la felicidad prevén seriamente tener descendencia, la bella del

cuadro se inclina y les procura uno o varios niños. También está bien visto que algunos animales domésticos aumenten la felicidad de la familia. Mi experimentado guía me cuenta que en una de estas damas apoyadas o sentadas tan apreciadas por la clientela se hizo, a petición de ésta, una actualización. Su poblada y rizada cabellera fue sustituida por un peinado a lo *garçon*. En otros campos los vendedores siguen siendo poco modernos. El archiconocido cuadro *Beethoven*, una colección de divanes a la luz del crepúsculo ocupados por hombres y mujeres acurrucados o tumbados que escuchan tocar un piano no ha sido todavía reemplazado por la representación de un grupo de *jazz*. Entre los famosos no hay tanta demanda del presidente del Reich desde que está vestido de civil. Durante la guerra la familia alemana lo compró mucho, vestido de uniforme.

Las estaciones con sus principales trabajos y placeres siguen teniendo éxito. Siempre gusta ver a los segadores y a los agavilladores y a los cazadores en sus correspondientes paisajes y estaciones. Me llama la atención algo que he pensado; en invierno se tienen ansias de que llegue la primavera, en otoño se siente melancolía del verano.

Comienzo a interesarme por la estadística. Quiero determinar con exactitud: cuántas Magdalenas necesita Magdeburgo, cuántas damas rodeadas de cupidos demanda Breslau, dónde es el preferido el tradicional *Silencio en el bosque* de Fritz Böcklin, cómo ha cambiado en Munich el gusto por las oleografías de 1918 a 1928, en qué provincias y ciudades es más alta la demanda de dama con niño, y la de dama con niños y animales y la de la que sólo tiene cupidos alrededor. Comienzo a interesarme por la estadística.

Al igual que el mercado de Bagdad tiene sus bazares, Berlín tiene diversos barrios para los diferentes comercios. El mercado de Spittel tiene separadas la sección de confección de la de los abrigos. En el sector de confección visito una fábrica de sombreros. Soy llevado ante los diseñadores que van cortando formas de cartón según los modelos parisinos. De ahí llego al lugar donde están las muchachas que se sirven de estos patrones para cortar estas formas en tela y en cuero. Luego entro en la ruidosa sala de las cosedoras y finalmente en una sala en la que se calientan eléctricamente las formas de hierro. En ellas el sombrero, ya cosido y

combado adecuadamente, recibe su forma definitiva. En un tubo es tratado al vapor y después introducido en una especie de homo donde se expone a fuego lento. No es irrelevante para el historiador cultural saber que ya apenas hay adornos. El acabado va paulatinamente imitando formas afiladas y *bandeaux*. Quizás también desde que llegó la moda de las boinas vascas se han fabricado muchos gorros que no son propiamente vascos sino más anchos y parecidos a los de los pajes. En esta fábrica que distribuye por la tarde el sombrero pedido por la mañana, todo se lleva a cabo en su interior: desde la mesa de dibujo hasta el empacado. Sólo una pequeña parte de los sombreros es fabricada en los talleres industriales que contratan a trabajadoras a domicilio. Me hablan del gran papel que desempeña esta forma de división del trabajo en la que los intermediarios de las grandes empresas después de ver las colecciones adquieren el material y luego lo trabajan en su propias instalaciones o se lo encargan a trabajadoras a domicilio. Estos intermediarios trabajan por ejemplo para la gran fábrica de delantales que visité en una gran casa de vecindad de la calle Köpenicker. Ésta tiene en Vogtland su propia sucursal en la que se elabora la tela. Luego el material se introduce en máquinas que cortan a la vez muchos trozos de tela. Éstos pasan posteriormente por hacendosas manos que con pequeñas máquinas hacen de un golpe vainicas, drapeados y dobladillos, cosen botones a la tela que quedan mejor fijados que si la labor fuera llevada a cabo por la mano humana. En estas industrias puedo entrar en las oficinas y conocer las mejoras en los departamentos de ventas. Allí veo las máquinas calculadoras que multiplican, las máquinas pegasellos y de impresión, los novedosos ficheros, los mapas que puestos en la pared muestran las rutas de los viajantes a los que en el garaje esperan las maletas de muestras en lotes de veinte unidades.

Sería todo un tema de investigación cómo es la distribución por zonas de los bazares de Berlín. Aparte de los grandes barrios de la carpintería del trabajo con metales, de la industria doméstica, de la industria de la lana y de la confección, hay algunas especialidades concretas. Por ejemplo, hay una calle en la que desde hace décadas se fabrican cuerpos de alumbrado: la calle Ritter. En la Plaza de Moritz hay un almacén de importación de ciertos artículos que proceden de Erzgebirge, Turingia y el norte de Bohemia. Son

artículos como caballos de balancín, muñecos de té, peines de peluquero, imágenes de Jesucristo, soldados de plomo y caballeros de goma. A lo largo de la calle Seydel se ven fantasmales, en los escaparates, las muñecas de las fábricas de bustos y cabezas de cera, las imitaciones y las «figuras de estilo» del arte del escaparate que van de un lado a otro de Alemania y fuera de ella portando camisas, vestidos, abrigos y sombreros. ¡Qué interesante es ver las caras de las cabezas de cera de los maniquíes! Con sus bocas puntiagudas te provocan, de sus pequeños ojos sale una mirada que parece gotear como si de un veneno se tratara. Sus mejillas no son leche y sangre sino de un amarillo grisáceo con sombras doradas y verdosas. Ni el agua oxigenada puede producir un rubio tan horrible como los tonos de su pelo. Muchas veces sus caras sólo están pergeñadas y los gestos que se adivinan son de especial perversidad. Tanto en su rigidez como en la deportiva elasticidad de sus movimientos hay una fría mezcla de frescura y distinción que, pobre de ti, no podrás contrarrestar. Es excitante su grado de desnudez. Rebosan desnudez dorada y despiden reflejos plateados y no tienen nada más que zapatos marrones, con los pechos descubiertos para atraerte sólo llevan puesto una especie de delantal y unas medias. También son dignas de atención las cabezas de hombres, son llamativos ese grupo de hombres de acción de expresión decidida y pequeños bigotitos adhesivos. En la medida en que tienen cuerpo y no un armazón de muñeco articulado deben esconderlo bajo un *tricot* negro, a menos que vestidos de frac y esmoquin vayan por entre las mujeres desnudas y tengan que hacer la vista gorda ante los niños vestidos con trajecitos azules y lacitos rojos al cuello.

Pero en Büstenhof también hay piernas aisladas. También hay extraños dispositivos: debajo un cubo dorado, encima un torso de mujer que acaba, por un lado, en un estilizado brazo y, por otro, en un muñón. Todo tiene su explicación práctica, pero yo me quedo absorto y perplejo ante esa cantidad de seres, de miembros de seres, dispositivos y rostros, algunos de los cuales llevan gafas.

Sobre la moda

En los periódicos se leen anuncios como «Un puesto gigante de atractivos vestiditos en todos los colores de moda» o «Mis gangas en abrigos con forro de piel». A todos ellos se añade el nombre y la dirección de una empresa de algún lugar del este. Si tenemos curiosidad por ir allí (ese nosotros lo dice la mujer que esto me cuenta) a almacenes cuya instalación se lleva acabo en míseros patios exteriores y en la que se renuncia a toda brillantez. Nos encontramos en una atmósfera que es tan favorable para la compra y la venta como la de los grandes almacenes parisienses. Aunque ningún jefe o jefe de sección tiene el conocimiento del corazón de la mujer que demuestra el parisiense al animar a la indecisa con un «Fouillez, *Madame*», aquí también se aplica el principio de dejar abiertas las esclusas al toqueteo incontrolado hasta que éste se convierte en deseo que hace saltar todos los diques de la razón e inunda la caja. Con su precio claramente marcado hay colgados vestidos de encaje, muselinas con lentejuelas, capas de terciopelo raídas de una calidad miserable y barata. Hay montones de flores en cartones, sobre una serie de bandejas hay piezas de bisutería cuya ventaja es tener daños que apenas son visibles. En grandes pilas encantadoramente entremezcladas hay ropa interior rosa y violeta guarnecida de encajes que desde lejos parece lujosa, al lado hay zapatos de noche con hebillas de diamantes y esmeraldas. El público de estos bazares o liquidaciones no sólo está compuesto por coquetas voluntarias o profesionales. También junto a tanta falsa brillantez hay artículos serios como bastas sábanas y ásperas botas de cuero, alfombrillas y estores, cuyos

precios, si bien están del todo rebajados, no pueden ser más baratos. El nombre de esas casas es también conocido en el oeste de Berlín. Éstos tienen el atractivo de lo casual, de la oportunidad ante la que las mujeres reaccionan, que les hace sentir curiosidad, aunque no se trate más que de media docena de pañuelos de bolsillo o de un par de cálidos guantes.

Por lo demás en estas calles hay comercios muy aburridos con sus escaparates sin vida que no sugieren otra cosa que un intercambio de mercancía y dinero. Volvemos a despertamos ante la brillante claridad del inmenso complejo de los grandes almacenes. Allí no está todo tan agolpado, no es tan negligentemente artístico, tan astutamente abundante como en el lugar que acabamos de dejar atrás. Por eso disfrutamos de esta ordenada riqueza de artículos de todo tipo y variedad, ante los que nuestras necesidades que siempre nos parecen tan importantes adoptan un tamaño liliputiense. Pero podemos ser ayudados. Los vendedores y las vendedoras se han estudiado de cabo al rabo «El servicio al cliente». Las empresas de grandes almacenes han puesto en marcha escuelas, en las que los profesores, que han sido previamente formados en escuelas profesionales de comercio, les dan clases prácticas a las chicas jóvenes acerca del trato a los artículos y a los clientes. No tenemos ni idea de con qué artistas de la venta y de la adecuada sugestión nos encontramos cuando las mujercitas de Wertheim y Tietz nos llevan dulcemente a sus dominios. Los grandes almacenes de Berlín no son confusos bazares en los que se producen agolpamientos, sino despejados panoramas de gran organización. Éstos miman a sus visitantes por su alto nivel de *confort*. Si de uno de los puestos de rutilante latón que nos circundan se compra un metro de cinta elástica rosa, mientras que nuestro artículo es empaquetado, nuestra visión puede posarse en el mármol, puede pasar por espejos y deslizarse por el brillante parqué. En los patios acristalados y en los invernaderos podemos sentarnos en bancos de granito con nuestro paquetito en el regazo. Las exposiciones de arte que se disponen en las áreas de descanso, interrumpen las secciones de juguetes y de artículos de baño. Entre los decorativos baldaquinos de terciopelo y seda caminamos en búsqueda de jabones y cepillos de dientes. Es curioso lo poco que se tiene en cuenta lo *kitsch* en estos grandes almacenes destinados a la gran masa. La mayoría de los artículos que se

ofrecen es casi aséptica. «Distinguido» es el adjetivo que no puede ser contrarrestado por el gusto. Sólo en las secciones de instrumentos para el trabajo manual y de artículos de bisutería se amontona lo más ambiguo. En la sección de confección se ven sólo cosas discretas y sin relieve que se aproximan a la moda con cierta irresolución y reticencia, y prefiere más evitarla que afrontarla. Hay cierta sensación de vacío en esta zona, como si faltara un elemento de transición. Allí los montones de cazos de cocina y tarteras, de abrazaderas para cortinas y de servicios de desayuno ofrecen un aspecto mucho más colorido y vivaz.

Junto a la sección de la confección hay una de las tiendas de moda más famosas de Berlín, que ocupa tres fachadas. Sus modelos atraen al gran público. Damas procedentes de todos los círculos que se interesan por la moda —excepto de los más exclusivistas— se sientan a mesas delicadamente recubiertas, ante las que desfilan las bellas maniquíes. Al sonido de una orquestina avanzan con vestidos vaporosos y ligeros y su sonrisa profesional para que se las distinga de las damas que llegan con retraso o se marchan con antelación.

Esta casa con sus legítimas pretensiones es un puesto avanzado de la moda, cuya zona empieza donde colindan el centro y el viejo oeste. En las calles Leipzig y Federico hay muchos escaparates que a menudo están situados puerta con puerta. Pero, una vez que se han dejado atrás las fachadas de los almacenes de Wertheim y los edificios de los hoteles de la Potsdamer Platz y se entra en la calle Bellevue o en la Friedrich Ebert, se acerca uno al cuartel general de la calle Lenné al borde del Tiergarten. La moda vive en el cenador. Allí por la pradera del jardín de entrada parpadean las letras doradas de los nombres que significan gusto. Allí en las últimas horas de la mañana y en las primeras de la tarde se ven filas de coches, muy cuidados, «de pura raza», recién sacados de los catálogos de las marcas, novísimos e impecables. Los serios chóferes esperan a la «misericordiosa Señora». Ésta es recibida tan devotamente por las vendedoras como si la marea de la monarquía absoluta no hubiera bajado ya. Pasando por delante de sillones estilo rococó y sobre alfombras de flores es conducida al salón, el jefe se apresura a recibir, se entabla el *small talk* acerca del tiempo, los viajes, la salud, mientras que las maniquíes llevan a cabo su transformación

ante la cliente. La mayoría de las veces el jefe mantiene una impresión de insatisfacción, aprieta los lazos, le da un nuevo arreglo a un cinturón, mueve censurante la cabeza. Es raro ver la absorta sonrisa de las vendedoras en las tiendas de moda de París que saben transmitir su ciego amor. Pero la «bien vestida» berlinesa no parece perturbar la actitud del jefe. «Usted sabe lo que me va bien», ésta es una fórmula que no se entiende como una alabanza sino como una advertencia. De todas formas nadie lo sabe mejor que él. Él ya ha visto las colecciones de los más importantes creadores de moda y ya en el *défilé* ha determinado la selección para la Señora Von X y la Señora Z. De todas formas no hay tantas posibilidades. La imagen de la alta sociedad berlinesa puede seguir siendo uniforme, mientras que a la mujer se le destine la selección de lo que se ha fijado como *crème* de la producción parisiense. Una y otra vez se produce la fatalidad de que tres o cuatro mujeres se encuentren y lleven el mismo vestido. ¿Es un consuelo que todas posean el exitazo de la temporada? Berlín sigue siendo pequeño si miramos su alta sociedad y la elegancia de la dama es de segunda mano. Pero ya aparece un nuevo tipo de mujer que triunfa sobre aquellas cuyos sastre y modista viven junto al Tiergarten. Es la joven vanguardista, la berlinesa de la posguerra. Alrededor de 1910 debió de haber un par de buenas quintas. Éstas dieron lugar a muchachas con hombros atléticos. Caminan muy bellas con sus vestidos ligeros, su piel es magnífica con un ligero brillo que le da el maquillaje, da gusto ver su sonrisa bordeando sus sanos dientes y percibir la seguridad en sí mismas por las que pasan por el tumulto vespertino de la calle Tauntenzien y del Kurfürstendamm, pasar no es la palabra adecuada. Ellas nadan a *crawl* mientras que las demás nadan a braza. Pasan de largo enérgica y rápidamente por los escaparates. ¿De dónde han sacado sus bonitos vestidos, los sombreros y los abrigos? Junto a las pocas grandes con las que ya nos hemos topado, en el barrio bávaro, en la calle de los Príncipes electores, en las calles cercanas al Kurfürstendamm, hay una gran cantidad de tiendas de moda. La mayoría de las veces se contentan con un nombre como emblema. Pueden tener un par de modelos parisienses. Se venden *Vogue* y *Femina* así como *Harpers Bazar, Art, Goût et Beauté*. La dueña de la tienda tiene dedos finos y la cliente tiene un conocimiento exacto de la

propia figura y le fascina el juego de fantasía y precisión. Esta juventud comienza a encontrar su propio estilo, bien lejos del esnobismo de la marca y de la indiferencia que se conforma con los artículos en serie. ¿Es ya cierto lo que con cada vez más fuerza y por cada vez más sitios se empieza a afirmar: que la berlinesa puede compararse en elegancia con las mejores europeas? No queremos mezquinamente comprobar la exactitud de esto. Nos debe bastar ver estos grupos de jóvenes y jovencitas, este *défilé* de juventud y frescura, con los vestidos ajustados y bien compuestos, con los sombreritos por los que se deja caer un atractivo rizo, los elásticos pasos de las piernas, para estar seguros de que Berlín va por el mejor de los caminos para convertirse en una ciudad elegante.

Acerca de la vitalidad

Esta juventud también aprende a disfrutar, lo cual no es en general sencillo para el alemán. El berlinés de ayer cayó siempre en el peligro del adocenamiento, de la cantidad, de lo colosal. Sus cafés son casas de huéspedes de pretenciosa distinción. En ningún lugar se ven los agradables y sencillos sofás de cuero, los rincones tranquilos que adora el parisiense y el vienés. En lugar de decir «camarero», se le llama por el estúpido título de «*Herr* Ober», el simple café de grano molido es denominado *mokka double*, cincuenta camareras de *night-club* son más que diez. Una y otra vez se inauguran grandes cafés con capacidad para cerca de mil visitantes. En el parterre hay una pequeña orquesta húngara, en el segundo piso dos orquestas tocan música de baile. Atracciones de primera fila se ocupan en las pausas del baile de la distracción del público. Aparecen unas singulares declamadoras. Las atracciones internacionales prometen anuncios y mensajes, comercio mundano, etc. Es cierto que se recibe algo por el dinero. «Con entrada libre y una consumición de tres marcos se disfruta ininterrumpidamente desde las ocho y media hasta las doce y media del mejor *cabaret* de Alemania. Hay un servicio de comidas vespertino en el que pueden tomarse tantos pasteles como quieran por el precio de cincuenta marcos».

¡El negocio, el negocio! Incluso los buenos viejos quieren siempre participar.

Hay que pasar un segundo día de vacaciones (de esos en los que todos salen porque también el servicio libra) en una casa de comidas monstruo.

Allí el padre puede «hacer una locura». Y una locura puede ser barata. Están los famosos *hors d'oeuvre*, platos combinados en los que hay de todo, langosta, caviar y corazón de alcachofa y todo siempre para dos personas. Raciones dobles como el gigantesco entrecot acompañado de una abundante guarnición de verduras. Hay maravillosas mezclas para los postres. Allí no falta nada. El hijo, ligeramente aburrido y sentado junto a la madre, que va ligera de ropa, ya sabe naturalmente que es más fino pedir por separado, y quizás encuentre la oportunidad de imponerle al viejo su elección especial. Se comporta con el camarero con más confianza que el padre. Preferiría sentarse allá junto a aquellas jóvenes damas solitarias. Deben ser mecanógrafas, que a pesar de los hombres, salen solas hoy. Piden con mucho gusto: guisos de verdura franceses, *chicorée* y *laitu braisé*, esto acompañado de cócteles y posteriormente agua mineral de Meringuen. Él las mira y aprende. El pelo de su nuca está rapado a la americana y no tienen ningún michelín como papá…

Los monstruosos conciertos dobles y gigantescos que la ciudad organiza para el paladar, el ojo, el oído y el pie danzante ya no pueden atraer a la nueva juventud, a nuestras jóvenes berlinesas. En lo que toca a comer, beber y fumar, ellas tienen nuevos métodos, encantadoras abstinencias, ascetismos higiénicos, principios deportivos. Se conducen con seguridad tanto por el tumulto de la calle como por las diversiones, encuentran el par de caminos de baile en la espesura de las aglomeraciones humanas, saben en qué hotel o local se puede también bailar por la tarde y celebran su fiestas de cóctel donde se puede bailar en sociedad cerrada. Es admirable cómo se sobreponen al carnaval berlinés. Para ellas no termina nada con la noche de carnaval y el miércoles de ceniza sino que todo continúa ininterrumpidamente a lo largo de la semana. Y hay noches con tres o más fiestas conocidas, una en las salas del *Zoo*, otra en *Kroll*, otra en la Academia de Charlottenburg, otra en la Filarmónica, y a todo ello se añade otra en aquel estudio tal vez más íntima y especialmente atractiva. Ellas saben elegir, saben donde toca la mejor banda, saben establecer una hábil sucesión de actos para hacer muchas cosas. Sobre todo les importa bailar bien. La adecuada pareja de baile es una importante personalidad y no debe confundirse con aquella que se ama. Su tarea es totalmente diferente. Esto

me lo han enseñado mis jóvenes amigas mientras se arreglaban para tal o cual fiesta. Esta preparación, este *Débarquement pour Cythère* es un momento significativo y para nosotros espectadores a veces más instructivo que la fiesta misma. Hay que ver sus serios gestos ante el espejo, mientras que se broncean los brazos y los hombros, se «hacen» la cara, se prueban turbantes y capas de plumas. No se apresuran, quieren darle cuidadosamente a la obra de una tarde un último toque como un artista que quiere hacer algo duradero. Inventan maravillosas figuras ambiguas entre el traje de máscaras y el vestido de alta sociedad, desnudeces inocentes, atractivas coberturas y exageraciones grotescas tras las que pueden muy bien esconderse. Allí pueden disfrutarse de su presencia con toda tranquilidad, lo cual es difícil en cualquier otro lugar. Y es que en general viven el tempo de su Berlín que dejan al nuestro sin resuello. Es sorprendente cuántos locales pueden visitar y con cuántas personas pueden tratar en una noche sin cansarse. «Ahora queremos ir a tomar el aperitivo», dicen de pronto, cuando la hora del té se ha hecho un poco aburrida. «¿El aperitivo? Yo creía que esto no lo había aquí». «Usted vuelve a minusvalorar la laboriosidad de nuestra ciudad», he de escuchar. Y al menor descuido estoy sentado junto a la más rápida de ellas en el automóvil. Recorre la Budapester Strasse pasando por las salas acristaladas donde se exponen los automóviles más aerodinámicos, nacionales y de importación, y para junto a los saurios que están tallados en los muros del acuario. Cruzamos la luna de cristal de la entrada del hotel, la plataforma luminosa con la paradisíaca inscripción. En la sala, Maria (así permite que la llamen sus amigos, a pesar de los ridículos Marys, Miez y Mias de sus parientes) intercambia un par de palabras con el joven poeta que en breve irrumpirá en el cine y se interesa por el estado de su amigo común, el boxeador que lleva tanto tiempo de baja. El joven que se apresura a acercarse a ambos y rápidamente le ha dicho algo a ella es la última promesa del cabaré. María abrevia y sigue su camino. En el vestíbulo del bar, por así decirlo en la exedra, están sentados en los sofás junto a la pared grupos de hombres en conversación, y, si estuviera más informado, reconocería a ciertos políticos y agentes de bolsa. Entramos en la agradable sala inferior con su techo de travesaños rojos. Con mucho gusto nos hubiéramos tomado asiento en los

altos taburetes, pero todos están ocupados. Por eso tengo que enterarme desde nuestra mesa, por medio de María, de quién es ese que habla inglés con su bonita camisa color arena en la mesa cercana y quién su acompañante de las patillas. A María la saludan desde la mesa de los jóvenes agregados de embajada. Y la dulce criatura a la que al rozarnos ha besado rápidamente es el nuevo milagro de las revistas que he visto en las fotos de las magazines. Junto a nosotros están sentadas dos chicas demasiado inmaduras. María cree habar visto a la de la derecha en Saint Moritz. «¿Por qué arruga la de la izquierda por segunda vez la nariz?». «Esto se hace ahora mucho. Ella (menciona un nombre de actriz) lo hace en el escenario. Es algo que se ha impuesto».

Alrededor de las mesas se cuchichea como en los mejores sitios de Europa. De hecho en el nuevo Berlín no se habla tan fuerte como en el pasado. Aquí se está como en una recepción. Pero María no aguanta más de un cuarto de hora. Tiene una cita en el Grill Neva con unos amigos que quieren ir a la Comedia. Me confía a uno de sus amigos que debe llevarme a Horcher. Allí quiere encontramos dentro de una hora. «Allí podéis comer sólida y tranquilamente como los hombres y beber Borgoña. Llegaré a tiempo para el postre».

El lenguado por el que Gert, mi compañero de mesa, se ha decidido y me ha recomendado, después de una consulta al hijo de la casa, es preparado ante nuestros ojos según el buen modo parisiense. Y cuando tomamos la Nuit Saint-Georges escucho el relato de Gert sobre la alta sociedad berlinesa. Gert es a pesar de su corta edad un hombre considerado en los círculos de banqueros y diplomáticos. La alta sociedad berlinesa es un concepto difícil de comprender y de delimitar. Las antiguas separaciones de estamentos va desapareciendo cada vez más. Puede haber todavía alguna nobleza descontenta en Potsdam y en palacios del campo que añoran los esplendores de la exclusivista sociedad cortesana, pero precisamente los más distinguidos son los que buscan entrar en contacto con la nueva época. Las casas hospitalarias reúnen al arte y a la alta burguesía y en la mesa de los grandes dueños de bancos se encuentran los diputados socialistas con los príncipes de la anterior casa regente. Los grandes clubes deportivos han creado una nueva mentalidad en la que se excluye el taconear marcando el

paso propio de los tenientes de guardia y el rigor de las asociaciones de estudiantes. El ambicioso berlinés entra con bríos de juventud en la nueva sociedad, y los ministros y los secretarios deben hacer más comidas de trabajo para que la política sea más llevadera. Pasamos a hablar de las mujeres, y Gert me cuenta una comida en la que estaba sentado entre dos de ellas, la de la derecha quería charlar con cuidado y corrección, mientras que la de la izquierda buscaba darle a toda frase un segundo sentido o proponía temas que hubieran hecho desmayarse de vergüenza a nuestras madres. Entonces aparece María y se acerca a nosotros como la reina de un nuevo estado amazónico para el que la antigua sociedad no existe ya. No continúa nuestros discursos teóricos nos quiere recoger a tiempo para ir a ver una importante película rusa.

Gert realmente quería ir a ver la del americano parisiense que fue realizada sólo con un par de instrumentos de estudio, cuellos de camisa y sus manos. Pero ésta ya la conoce María de su última estancia en París. La ha visto en una pequeña sala de las ursulinas en el Barrio Latino.

Después del cine nos sentamos en Casanova, no lejos del piano al que canta y toca toda la tarde un compositor que se ha hecho famoso por un éxito. Gert y María discuten acerca de qué podemos hacer más «¿Por qué no vais a bailar, jóvenes?», pregunto. «Yo no quiero» —dice María—, «pero Gert quizás encuentre contacto en el salón azul». «De hecho tendría que estar a media noche en Ambassadeurs». A mi inexperiencia se le advirtió que éste era la nueva sucursal de Barberina. Gert y Maria discuten acerca de la calidad de las diferentes bandas de *jazz* y orquestinas de tango en los grandes hoteles, en el Palais am Zoo, en el Valencia, etc. Con algo de timidez cuento mi modesta experiencia en la pequeña Silhouette. «¿No estaría bien que fuéramos enfrente mismo a Eldorado? Hay ahí un auténtico lío, a vosotros os gusta el caos, los esmoquin, las americanas deportivas, los travestidos, las chicas jovencitas y las grandes damas. Aunque usted prefiere lo correcto, Gert; quiere una danza y un local distinguidos, usted quiere ir a Königin». Pero finalmente nos decidimos por algo totalmente diferente.

En la zona oscura de la Lutherstrasse se ve una sola luz. Hay un par de automóviles privados a la puerta. Ya el estrecho pasillo del vestíbulo está

inundado de gente. Un amable *manager* nos muestra las posibilidades de acomodo. Y a la puerta de un segundo cuarto el dueño del local nos lleva de la mano. Es adecuado contar con su protección personal, pues aquí no todo el mundo es bienvenido. Esto significa que se puede entrar, comer y beber sin problemas, pero si no se le gusta al dueño de este curioso local, el camarero no acepta que se le pague, sino que se acerca a la mesa del extraño, le pide que se considere huésped invitado y que no vuelva. Por ello aquí hay un público escogido. ¡Aquí sí que hay cabezas! ¡Y hombros! ¡Y cejas! Allí en la esquina están sentadas esas dos, la bonachona exuberante y la delgada sonriente que cantan en la revista la canción de la mejor amiga. Y cerca del piano —imponente como tranquila espectadora— la pelirroja maestra de lo grotesco. Ésta ríe cuando en oblicuo a ella el gordo gigante del litoral, que intercambia la poesía alemana de día con las bebidas extranjeras de la noche, profiere su famoso grito de guerra con el que introduce la segunda y más vital parte de su noche. Pero el cliente de al lado pronuncia un suave *psst*, pues ahora está al piano una personita con blusa de marinero que gesticula preparando la canción de *La soltera de Camaret*, que tiene que cantar. Canta francés como su heroica compatriota, su modelo de Montparnasse. Y el que estuvo suficiente tiempo en París, comprende las peligrosas palabras de la canción que ahora se introducen con una especie de melodía eclesiástica. Los otros ríen inconsciente y agradecidamente. En el tumulto hemos estado escuchando puestos de pie. Ahora conseguimos hacemos con un sitio en un extremo del bar. Mientras Gert y María bailan echo una ojeada general. Lo poco que conozco personalmente acerca del arte y de la vitalidad está aquí. Retumbando suavemente me llama por mi nombre la estentórea voz de uno que en París de un pequeño restaurante en una esquina ha hecho el *Dome* y aquí ya es un famoso pintor. A la bella rusa que está junto a él también la conozco. Él le brinda a ella la compañía de sus amigos, y contempla a través de los cristales de sus gafas a un par de jóvenes de la novísima literatura que están sentados enfrente de él en recogido grupo. La benevolente sonrisa en esta cara de abad que ha encerrado en su bestiario a buena parte de la literatura alemana y extranjera está dedicada a las ya maduras hijas de poeta, que él vio jugar de niñas y entretanto se han hecho viajeras por el mundo y conquistadoras. Una nueva

oleada de recién llegados se agolpa en la pista de baile; al quitarse el abrigo se ve que van vestidos de hindúes e indios de ambos sexos. Vienen de una fiesta, y antes de ir a otra quieren seducimos para que nos vayamos con ellos. ¡Ah, la pulsera que tintinea en el brazo de Puck! ¡Ah, el broche con el águila en el pelo de Sonja! Pero nos quedamos. El joven coctelero despacha demasiado bien. Nos quedamos hasta que son las tres y algunas sillas ya están puestas encima de las mesas. María nos quiere llevar al club de mujeres que está cerca, pero allí no tengo suerte. Incluso hoy en el que somos acompañantes de un socio, sus puertas permanecen cerradas para nosotros. Por ello Gert, con toda tranquilidad, nos lleva al *Künstler-Eck*, donde bajo un techado gótico nos tomamos una estupendo caldo de gallina. Y así podemos seguir caminando en el amanecer. El *Schwannecke* deja una puerta lateral abierta para sus asiduos. Y por añadidura Gert conoce una asociación de locales que abren a media noche y sirven comidas hasta mediodía. También él es miembro. Entonces podríamos habernos quedado sentados entre el final de la noche y el principio de la mañana, entre cantantes y camareros, actrices y mujeres del servicio. Pero por hoy ya está bien. La consciencia de que podíamos seguir produce un sueño tan agradable.

Algunos anuncios de periódico y la publicidad portada por los hombres anuncio me han llamado frecuentemente la atención: «Waltercito, el reanimador de corazón de oro, el cañón vocal más conocido de Berlín… Día tras día el punto de encuentro de todos los abandonados… Bailes de viudas para jóvenes maduros en la lujosa y magnífica sala de la Ackerstrasse… Baile de viejo estilo alemán, sólo jóvenes maduros, música de flauta para baile… El tema de conversación de todos los días, el distinguido baile de viudos de Clärchen. Sólo en la Auguststrasse se encuentra la élite». A veces se formula sintéticamente baile de viudas de élite, con lo que élite puede aplicarse tanto a viudas como a baile. En la calle Alsacia se lee «Mujeres fabulosas, no se permite la entrada de caballeros menores de 25 años». Realmente no se les permite. A la entrada de este palacio de la danza he visto cómo uno quería demostrar su madurez enseñando sus papeles, pero el hombre de la taquilla lo rechazó altaneramente y dijo: «No merece la pena ver eso», y no lo dejó entrar.

Como ya tengo visiblemente la edad necesaria me he atrevido hace poco tiempo a entrar en un baile para la juventud madura, creo que fue en la calle del Káiser Federico en Charlottenburg. Estaba con gente que «atacaba» una botella de vino. Creo que el infortunado se llamaba Samos. Fue impresionante. Con un educado «Me permiten ustedes», se dirigió el director de la atracción hacia nosotros. Llevaba una levita similar a la que se ponía en clase nuestro profesor titular de segundo en el semestre de invierno. Él dijo que la asociación era muy reciente y que todavía sus estatutos estaban en proceso de constitución. Nosotros debíamos saber que esa casa había pertenecido a una logia francmasónica que el mismo Káiser Federico había inaugurado. Se podían ver en los muros los anillos pintados procedentes de la época de la logia. Por aquel entonces esta habitación era sala de recogimiento. (Efectivamente, junto a los brindis que se leen en los platillos para jarras de cerveza estaban estos anillos). Y abajo, donde actualmente tiene su sede la Comunidad Evangélica Sociedad Limitada, estaba en aquella época el ataúd de los juramentos.

Él se va de golpe y, con una digna dama que tiene difíciles bordados en su vestido de terciopelo y algo desiguales sus gruesas piernas, abre la polca-mazurca. Muchas parejas pudieron seguir esta danza histórica sin tener que ver los movimientos de la pareja que abrió el baile. Luego volvió con nosotros el fundador de la asociación y nos manifestó que durante el día trabajaba artesanalmente (ésta fue la forma de expresarlo) y que con la fundación de esta asociación tenía por objetivo que las personas se encontraran en un ambiente simpático y agradable. Los elementos perturbadores que eventualmente le perdieran el respeto a una dama, debían ser excluidos (éramos demasiado desconocidos como para arriesgamos a tal cosa).

Entretanto el auténtico director de danza contratado introdujo la llamada «danza del patín». Era delgado y llevaba puesto un frac. En determinados giros de la danza su compañera de baile daba unas palmadas y las otras la imitaban. El director de danza se contentaba con trazar un elegante gesto con la mano derecha. Algunas parejas tenían una graciosa forma de mantener los dedos separados y los codos en alto. Algunos señores tenían un pañuelo entre su mano y la espalda de la dama. Observé que cuanto más

madura era la juventud de los caballeros, más abajo de la espalda de la dama ponían la mano. ¿Eran éstos «elementos»? Las damas que entre ellas bailaban no manifestaban su intimidad como hemos visto en ciertos locales, sino que ironizaban con miradas y movimientos acerca de lo inusual de su pareja. A menudo había elección de damas, entonces las que estaban libres tenían el derecho de «dar palmadas»; según la expresión técnica, lo que instaba al caballero a que cambiara su pareja de baile. Esto daba lugar a escenas galantes.

Una vez que uno se ha hecho miembro, nos explicó el jefe de la asociación, el guardarropa es más barato. Después emprendió un nuevo discurso en el que comenta las ventajas de las danzas tradicionales alemanas e invitó a los asistentes a que se sintieran bien. A este bienestar contribuye la orquestina con un «salud» cuando recibe cerveza fresca.

Después de esta experiencia me he hecho una idea de los bailes para la juventud madura en Berlín que parecen desempeñar un papel en la vida de Berlín. Allí se entablan contactos. Tienen la misma repercusión social que las agencias matrimoniales cuyos anuncios se leen en los periódicos y en los carteles. Danzas giratorias excepto los lunes, jueves y sábados, baile inverso, etc.; entonces ya sé de qué se trata.

Tienen menos fines sociomorales los bailes cuya cita se concierta por los llamados teléfonos de mesa. En ellas hay fuentes colgantes y en todo momento aquello que sus anuncios denominan «buen ambiente asegurado». Prometen lo lujoso, lo artístico, lo íntimo, tienen lugar en las sedes más lujosas del mundo, sobre suelos de cristal, junto a los bares de la *high life* y las exquisitas cocinas. En la más famosa de estas lujosas salas hay una fabulosa combinación de agua y luz en plataformas giratorias de colores cambiantes. Este milagro de agua y luz tiene según el programa la función de agradar a los ojos y de subir los ánimos; también gracias a ella se produce el suministro de agua y aire. El descubrimiento de los teléfonos de mesa es psicológicamente muy sutil: el berlinés medio no está tan seguro de sí mismo, como a él le gusta aparentar. Sin embargo, al teléfono cobra ánimos. (El teléfono es lo más adecuado para él. En lugar de decir «Hasta la vista», se atreve a decir «Vuelva usted a llamar» o «Le volveré a llamar los

próximos días»). Y también le anima el verso de la dirección que encuentra en el interesante programa:

> No te cohíbas y llama,
> ya sabrás si le gusta.

Sí, la casa de baile, tal y como señala la palabra preferida de la nueva Alemania, es pintiparada para sus clientes.

A la luz difusa de lámparas, se mueven en salas y en cuartos del norte de Berlín, parejitas del mismo sexo, aquí las chicas, allí los muchachos. Hasta ahora de una manera más o menos satisfactoria las chicas se vestían de hombre y los muchachos de mujer. Su acción que antes era una audaz propuesta contra las leyes morales vigentes se ha convertido en un placer inofensivo y a estas dulces orgías son invitados también visitantes que gustan de bailar con el sexo opuesto. Aquí encuentran un ambiente favorable. Los hombres aprenden de los caballeros femeninos y las mujeres de las damas masculinas aprenden nuevos matices de la ternura y la propia normalidad es sentida como una suerte. Ah, la iluminación es emocionante. Se ven cubiertas de lámparas de madera o metal que nos recuerdan a nuestros trabajos de marquetería de la niñez.

En otro tiempo me parece que todo esto tenía que ser pecaminoso. Entonces las posibilidades de placer estaban ligadas al peligro. Donde hoy se representan las obras de cámara escogidas de Reinhardt, había una sala de baile de color púrpura y oro llena de vapores. Ante nuestros sorprendidos jóvenes ojos giran figuras encorsetadas que llevan recios trajes de baile con bustos que a veces dejan descubiertos hasta los pezones, que son tapados y realzados por el tul. El crujido de las enaguas atormenta nuestros sentidos y sufrimos cuando en un cancán algo pesado se recogieron las faldas y las estridentes voces de los cantos populares cantan sobre «los frutos de los árboles». Los más razonables encontraban alivios para el corazón en las salas de los extrarradios, en Südende y Halensee, donde unas buenas chicas con principios y oficio se ocupan de la denominada «ruptura». Tienen las manos rojas de lavárselas y llevan un singular perfume de violetas que está en permanente lucha con la naturaleza.

Ésta era la época en la que para los más despilfarradores de nosotros en la ciudad florecía el *Palais de Danse*. Allí estaban las damas de Babilonia y el Renacimiento con ciertos juegos y divertimentos prerrafaelistas. Muchas de ellas, que llegaban con el coche de alquiler o con el automóvil de su vivienda de dos habitaciones en el barrio bávaro, les daban distinguidamente al portero el dinero del conductor o del chófer y se sentaban en las sillitas del bar, han prosperado. Muchas hijas de panaderos han llegado a ser duquesas. Alguna ha debido llegar incluso a la majestad real, pero no era en tanta medida *reçue* como las nuevas condesas y duquesas. Hoy el *Palais* es casi irreconocible. ¿Qué vi la última vez que allí entré un momento? Alguna gente vital de Meseritz o Merseburg había salido con sus parientes berlineses con los que estaba de visita, para ver aquí la mitad del mundo de la que tan sólo emergía tímidamente un cuarto…

Travesía de la ciudad

A un lado y a otro de Unter den Linden, junto a la calle de Federico, se paran enormes automóviles ante los que están hombres con librea con letras doradas en sus gorras y nos invitan a una travesía de la ciudad. Por aquí una empresa se llama «Elite» y por allá otra «Queso». ¿Fue por comodidad o por reacción del pequeño burgués? El caso es que elijo «Queso».

Me senté sobre cojines de cuero rodeado de auténticos extranjeros. Los otros parecían muy seguros, llevarían todo a cabo de once a una; la unida familia de americanos de mi derecha incluso hablaba de cómo esta tarde continuarían su viaje hacia Dresde. En varios idiomas el guía pregunta a los recién llegados clientes si entienden alemán o si son duros de oído, pero esto no es una ofensa sino que le concierne al reparto de las plazas. Delante hay más luz, detrás se entiende mejor.

En una bandera blanca delante de mí hay un letrero rojo donde se lee «Sight seen». ¡Qué enfático pleonasmo! A la vez se levanta toda la mitad de mis compañeros de viaje, y yo, al igual que todos mis compañeros de la izquierda, soy obligado a prestar mi cara al fotógrafo que, desde la calzada, descubre el objetivo y me convierte en un pedazo de turismo en una foto colectiva. A lo lejos, desde el fondo una mano me extiende unas postales de colores. ¡Qué alto es nuestro trono, el de nosotros los que hacemos la travesía, nosotros los extranjeros! El joven de delante de mí, que tiene el aspecto de un dentista, adquiere un álbum, primero para el recuerdo, probablemente más tarde para la sala de espera. Él compara al viejo Fritz en papel satinado con el real en bronce por delante del cual acabamos de pasar.

Está sentado al caballo con una postura inolvidable, la mano bajo un amplio abrigo apoyada en las caderas y con el conocido tricornio algo inclinado hacia un lado en la cabeza. Él mira más allá de nosotros a las pilastras y las ventanas de la universidad, que en otro tiempo fuera el palacio de su hermano. Según el juicio que puede hacerse mirándolo desde abajo, no tiene un aspecto bonachón. Casi estamos a la altura de la cohorte de héroes y contemporáneos que hay en su pedestal. Este grupo está a medio camino entre el bajo relieve y el montón de piedras. Están protegidos por los cuatro jinetes que hay en las esquinas del zócalo que no permiten que suba nadie más. Ahora nos deslizamos por delante de la larga fachada de la biblioteca por el lado que da el sol. Bajo marquesinas de elegantes tiendas nos vemos atraídos por la seda, el cuero, lo metálico. Las cortinas de encaje delante de Hiller traen recuerdos lejanos de buenas horas, del casi olvidado olor de la langosta y el *chablis*, del viejo portero que tan discretamente sabía guiar a los *Cabinets particuliers*. Parto para ser atrapado de nuevo —¿acaso no soy un extranjero?—. Agencias de viajes, la embriaguez de los escaparates por los mapas del mundo y los globos terráqueos, la magia de los cuadernitos verdes con las hojas rojas, los seductores nombres de las ciudades extranjeras. Ah, todas las alegres partidas de Berlín. Con qué ingratitud se ha abandonado una y otra vez la ciudad querida.

Pero ahora, atención. Torcemos para entrar en la calle de Guillermo. Nuestro guía, en un extraño alemán que suena a americano, señala: «llegamos a la calle del gobierno de Alemania». Aquí hay tranquilidad, tal y como si se tratara de una calle privada. Ante las discretas fachadas pintadas en amarillo, detrás de las cuales se hace la política exterior de Alemania, hay dos lámparas de cristal grueso que nos recuerdan la hospitalidad de antaño. ¿Pudo haber ardido en ellas una suave luz de petróleo en los tiempos en que eran modernas? Una de estas puertas de color marrón adornadas con trabajos de marquetería llevaba en otra época a la vivienda de la celebrada bailarina Barberina en una época en la que ya no bailaba y se había convertido en baronesa Von Cocceji. Y poco más de un año después, de 1862 a 1878, Bismarck ha vivido aquí. Éste era el pequeño cuarto de trabajo con los postigos color verde oscuro y la alfombra de flores y junto a ésta el comedor donde se redactó el despacho de Ems. Más tarde

se mudó al Palais Radziwill, donde todavía hoy vive el Canciller Imperial, pacíficamente detrás de un jardín, como un par de casas antes lo hace el presidente del Reich. Pero nuestro guía no nos deja que nos sumamos en esta paz, nos lleva la vista hasta el sólido complejo de edificios de enfrente y proclama todo maravillado: «Todo justicia». «Y aquí —continúa—, relleno de oro desde el sótano hasta el techo, el Ministerio de economía». Ésta es una broma de la que sólo los auténticos extranjeros pueden reírse. Me consuelo mirando la bella amplitud de la Plaza de Guillermo, las banderas que ondean en el palacio imperial, los verdes arabescos de los cabrios de la pérgola de la boca de metro y la arqueada espalda de húsar del general Zieten.

Un batiburrillo de torres, desniveles, pináculos y cables, «la calle Leipzig, la más importante calle de comercio de la metrópolis». Pero tan sólo cruzamos brevemente por ella. Seguimos yendo por la calle de Guillermo, pasamos por delante de muchas tiendas de antigüedades (emergen recuerdos de la criminalmente bella época de la inflación. Te acuerdas, Wendelin, del señor Krotoschiner, en aquellos tiempos, inmóvil en su tienda, sentado en la silla de los blasones entre el armario de Pomerania y la mesa de Trento), por delante de la Casa de los arquitectos (me vienen recuerdos más viejos de la ambiciosa época juvenil en la que no había que hacer otra cosa que aprender, y aquí había muchas interesantes conferencias en la sala donde los frescos de Prell nos contemplaban con desprecio, me es especialmente inolvidable aquel hombre de los pueblos lacustres que sufrió el célebre e histórico resfriado del que habla Vischer en *También uno*).

El Palacio del Príncipe Enrique, desde el cual echamos una ojeada para ver a través de la bella sala de columnas el antiguo patio y las antiguas ventanas. Sus sencillos edificios adosados con un valor funcional están pintados del color marrón claro con el que se le ocurrió hacerlo al poeta Laforgue en muchos palacios de Berlín cuando en los años ochenta del siglo anterior estuvo en París como lector de la emperatriz. Lo llamó *couleur café au lait* y le parecía que era el color predominante de la capital. Esto es válido para el mundo de la calle de Guillermo y en mucha partes de la ciudad vieja.

Nuestro rápido coche no para junto a los bien conocidos museos de la calle Príncipe Alberto. La mayoría de los pasajeros miran hacia el gran jardín de los edificios del Parlamento regional. Miro a las ventanas, detrás de ellas están las carpetas con figurines de la magnífica colección Lipperheide que esperan en la Biblioteca artística estatal a los tranquilos espectadores. Preferiría bajarme y ver las queridas imágenes, pero hoy tengo obligaciones de extranjero, no puedo quedarme mucho tiempo en estas salas del museo de artes y oficios que tantas peregrinaciones ha experimentado. La mayor parte de las colecciones está hoy en el palacio. Y las fiestas de carnaval de los estudiantes de artes y oficios, una de las más bellas de Berlín, tienen lugar en aquella casa, ya que las escuelas de arte han sido trasladadas a Charlottenburg, y como correcto *laudator temporis acti* me parece que no pueden ser tan bellas como fueron aquí. Ah, incluso las pequeñas fiestas que tuvieron lugar después del traslado de la escuela de arte, y que se desarrollaron en el desván, son inolvidables. Nos deslizamos por el abombado alto Renacimiento del museo etnológico. Aquí todo es citado nada más que por su nombre y no se dice nada de Turfan y Gandahra, ni del inca, ni del maorí. Más bien nuestro guía nos habla de lejos y nos dice: «Patria, el Café Patria, el más grande café de la capital». Los extranjeros fijan la vista en la gran cúpula suntuosa del edificio y aquellos que ya tienen experiencias berlinesas nocturnas aconsejan a los otros ver este establecimiento monstruo con todas sus secciones, el museo popular culinario de Kempinski y sus panoramas con iluminación de noche.

Sí, eso es lo que deben hacer. ¿De qué les sirven a ellos nuestros viejos palacios y museos? Quieren ir a la Alemania monstruo. Entonces, adelante, señorías, entre en el antiguo Piccadilly, hoy Casa Patria. Allí se presenta lo patrio y lo extranjero. Si ya le ha elevado el ascensor del lujoso vestíbulo, podrá tomar el jugo de la vid de las terrazas del Rin y mirar cómodamente el panorama donde se precipitará sobre usted una tormenta de primera magnitud de viñedos, electricidad y minas. Cuando el cielo vuelva a despejarse unas chicas renanas adornadas de sarmientos bailarán ante usted y unos escolares con chaqueta de terciopelo le cantarán. Usted tiene que verlo. De ahí vaya tambaleándose por favor a la bodega[71], donde unos curiosos hombres con pañuelos en la cabeza y fajas en el estómago nos

ofrecen un aspecto ardiente para trasladarnos a una taberna española. Las dos tímidas españolas de la Ackerstrasse le levantarán el ánimo con una representación de danza que se lleva a cabo en ese rincón. Al entrar en el bar del salvaje oeste, usted sentirá según el programa todo el romanticismo de la pradera americana. Cómprese de todas todas el programa. Así sabrá como debe sentirse. ¿Qué hace con el vino joven de Grinzig la encantadora Viena? Se abre a la vista del espectador al crepúsculo. ¿Para qué se invita a vinos húngaros ante la soleada Puszta? Para pasar el rato. ¿Qué nos embarga en el Café Turco? La magia de los cuentos de *Las mil y una noches*. No deje de sentarse en los taburetes a mesas en las que hay inscritos auténticos signos árabes, ni de beber el más fuerte de todos los *moka* dobles turco-berlineses. A través de la luna que le separa del panorama del Bósforo podrá usted ver a su vecino, el señor que se liaba cigarrillos como si estuviera sentado a la mesa con el narguile que pertenece al primer plano del grabado. Pero ahora tiene sed como para beberse una cerveza y encuentra la Löwenbräu muniquesa, que según el programa «está dedicada a la alegría de vivir». Las chicas que sirven, que en honor a usted hablan más en bávaro que los bávaros, llevan sombreros de paja con pluma, chaquetas azules y faldas recogidas y a rayas y cantan *jodel* tirolés para subimos el ánimo cuando pasan cerca de la música. Ésta es tocada por los señores Buam, que van con tirantes. En las piernas del pantalón por debajo del vientre llevan bordados motivos de arte bávaro. Allí también puede verse la ventana de cristal artísticamente fabricada «con la imaginería romántica salvaje del Eibsee». Y entonces empieza la atracción. Se apagan las luces en la sala. Se enfoca la luz hacia el hotel del Eibsee. La dirección, que no para en gastos, ofrece el atardecer en los Alpes. Tan pronto como se encienden las luces en la sala, un trío, Bua, Madl y Depp, nos hace sentir como si la exposición de la explanada de la fiesta de octubre estuviera en el Kaiserdamm. Allí los dos rivales, uno frente a otro, destrozan bellas tonadas. Sí, la dirección no para en gastos. Si quiere usted ir todavía a la gran sala de baile que «está a la altura de las más brillantes del mundo», si quiere «aprovechar la posibilidad de bailar sobre el oscilante parqué», tendrá que pagar tres marcos extras que se le cargarán en la bebida y la comida. Entonces entra usted en un lugar que es como una imagen del cielo

llena de colorido, donde troncos de palmera a modo de columnas sostienen la sala. Y las *girls* alemanas, cuando se apresuran a salir a escena, le rozan a usted con sus velos de gasa. Baila para usted un fuerte joven en traje de baño con una dama que, además del traje de baño, sólo lleva una especie de sujetador. Baila con ella, la hace girar mientras ella le rodea el cuello sólo con los tobillos y él la mantiene suspendida. Las *girls* alemanas se deslizan sobre el suelo como un *ballet* de remeras y cantan sobre nuestra época, la época de los deportes.

Ahora siente usted un poco de alivio después de tanta oferta. Allá por donde está el oso de peluche de tamaño sobrenatural que abrazan las muchachas que han pasado rozándole, usted sale al balcón. Allí, en la clara noche, ve la estación de Potsdam con un aspecto berlinés antiguo, marrón amarillenta, serena y suave, la misma que ahora de día nos muestra nuestro guía.

Por la escalinata que lleva a la estación van los viajeros con faldas de colores claros y vestidos de telas lavables. Tienen suerte, es un bonito día de otoño. Algunos van por la estrecha pasarela que lleva a la pequeña estación del Wannsee. Prefiero ir detrás de ellos. Irán en velero o quizás sólo en un bote de remos. O sólo se darán una vuelta por uno de los parques de Potsdam. Potsdam y los lagos de Havel, el alma escondida, el más allá terreno de Berlín. También hoy en una jornada de diario. Pero ahora llegamos a la plaza de Potsdam. De ella ante todo hay que decir que no es una plaza, sino aquello que se denomina en París un *carrefour*, un cruce de caminos, un cruce de calles; no tenemos una palabra adecuada para ello. Aquí hubo una puerta de la ciudad, Berlín llegaba a su fin y a partir de este punto las carreteras se ramificaban. Hay que tener una visión topográfica muy educada para reconocer esto por la forma del cruce de las calles. El tráfico es oficialmente tan intenso, en un espacio tan relativamente reducido, que a veces uno se extraña lo fluido y lo suave que discurre. Dan un aspecto tranquilizador los numerosos, coloridos y floridos canastos de las floristas. Y en medio está la famosa torre del tráfico y vigila el juego de las calles como una silla de juez árbitro de tenis. Raramente dormidas y vacías se ven ahora en la claridad del mediodía las grandes letras e imágenes de anuncios en los muros de las casas y los tejados: esperan la

noche para despertar. En el Berlín más joven, la casa reformada donde se encuentra la tradicionalmente famosa pastelería Telschow traza sus líneas nítidas y lisas. El Josty-Eck nos lleva por un momento a una época antigua. Pero en la otra cara de la calle Bellevue crece —por ahora, todavía, detrás de una pared recubierta de carteles— algo totalmente nuevo, unos grandes almacenes con un nombre parisiense. ¿Llegará a ser tan bella como la obra maestra de Messel que se encuentra detrás de la arboleda de la plaza de Leipzig, la casa Wertheim? La calle Bellevue, a la que podemos echar una rápida ojeada, se va convirtiendo cada vez más en una *Rue La Boëtie* de Berlín. Las tiendas de arte se asocian a tiendas de arte. Y debido a ello también los escaparates de las tiendas de moda se hacen cada vez más escogidos, se parecen cada vez más a un bodegón. Y esto beneficia tanto a los grandes como a los pequeños automóviles privados que esperan ante el Hotel Esplanade en la zona de acceso. Sus carrocerías que cada vez se convierten en mejores combinaciones de armazón y lunas y su revestimiento es de maravillosos colores. Hay una luz verde en la torre del tráfico. Bordeamos la plaza de Potsdam y, cruzando la de Leipzig, pasamos por delante de las columnas blancas de los dos templetes de la puerta. A la izquierda y a la derecha de la estatua de bronce del general Brandenburg, que, como opina el humor popular berlinés, habla, en un *vis-à-vis*, del tiempo con el general Wrangel («¿qué tiempo hace hoy?», pregunta Wrangel y extiende hacia delante la mano con su bastón de mando de mariscal de campo; «Una auténtica mierda», contesta Brandenburg dejando la mano plana); junto a este guerrero se encuentra una larga fila de floristas. Ante nosotros están la entrada lateral, las orgullosas y finas pilastras y los adornos de metal del almacén Wertheim. La vista vaga de los nuevos y brillantes materiales de su escaparate a los recipientes de colores y los blancos, los platos y las fuentes de porcelana antigua de Berlín, allí, en la casa de la manufactura estatal que en otro tiempo fuera real.

La gran casa de los señores está vacía y como si se ofreciera en alquiler, actualmente a falta de señores se lleva a cabo allí un poco de consejo de Estado y de beneficencia pública.

También el vecino Ministerio de Guerra es bastante antiguo. La mayoría de los asuntos referentes al ejército imperial se deciden en otros sitios. Se

pueden ver como juguetes de los hijos de los príncipes de antaño en sus palacios y jardines los pequeños cañones de juguete; junto al portal hay un par de diminutos soldados de metal con un uniforme antiguo. Encima del Ministerio de Correos, que un cicerone nos muestra, unos gigantes o atlantes cargan con una sólida bola del mundo de piedra, que afortunadamente no se les caerá a la calle dificultando el tráfico. Hay varias bolas del mundo de ese tipo en Berlín, que pertenecen a los horrores de los últimos años del siglo pasado y que hoy en muchos edificios privados son liquidados en grandes operaciones de limpieza. Conozco personalmente una en la gran calle comercial de Schöneberg, en el alto edificio de la esquina, sobre una torre abombada que hace las veces de barandilla. Ésta y una no menor que se encuentra en el barrio bávaro son de cristal. Y, como no están vigiladas por fiables gigantes como en el Ministerio de Correos, me temo que alguna vez se caerán y espero que sean apartadas en la próxima limpieza general. Se las podría recoger a todas en un museo de arquitectura y escultura neoguillermina, al que se podría llevar todo aquello que molesta en el ámbito privado y público. Lo mejor de esta gran casa de la esquina está dentro y es una colección de viejos medios de circulación. Allí hay diligencias de correos y ferrocarriles antiguos, pero sobre todo una cantidad de viejos sellos postales y tampones, una fiesta del recuerdo para todos los que, cuando niños, han confundido Thurn y Taxis y la vieja Prusia y el colibrí de Guatemala y el cisne de Australia.

A la derecha y a la izquierda se arquea en este lugar la calle de la Muralla que es una agradable interrupción en este mundo del ángulo recto. Su línea circular la traza un tramo de una antigua muralla de la ciudad, y el rey soldado Federico Guillermo I, que mandó construir toda Friedrichstadt con bellas casas en filas e hileras, debió de estar desolado ante las inevitables redondeces del casco viejo de la ciudad. Antes de que hayamos visto las dos iglesias de cúpulas redondas, a la derecha la iglesia de Berlín, a la izquierda el lugar de producción e influencia de Schleiermacher, la iglesia de la Trinidad, nuestro coche sigue adelante. Y, en lugar de ver los antiguos muros de iglesias, vemos la piel, la tela, la seda y el acero de los lujosos escaparates. Pero, antes que las chicas desnudas en piedra que están sobre el portal de los enormes grandes almacenes Tietz nos puedan atraer,

torcemos en dirección al mercado de los Gendarmes. Ya desde lejos ambas cúpulas y el pequeño Pegaso verde del tejado de la Casa de la Comedia se ven iluminados por el luminoso cielo de color azul empolvado. Ahora nos paramos. Me quedo en la «Entrada del escenario». Vosotros, los otros, los auténticos extranjeros, no habéis esperado aquí, cuando erais escolares, ver salir a la majestuosa intérprete de la *Doncella de Orleans*. Os muestran ambas iglesias con las famosas torres en cúpulas gontárdicas, que Federico el Grande mandó construir, y caracterizar para que una sea la catedral alemana y la otra la francesa. Ambas destacan de sus respectivas iglesias, las cuales son más antiguas y se inclinan tímidamente ante ellas. Por ello la Casa de la Comedia, que Schinkel construyó sobre los muros que quedaron en pie después del gran incendio, constituye una maravillosa unidad. La bella escalinata que conduce al soberbio vestíbulo con las delgadas columnas jónicas. No se sube nunca por ella. Para los visitantes comunes bajo el pasaje está la salida. La escalinata estaba al final reservada para la corte, en la época en el que éste era todavía un Teatro Real. El *Schiller* de Begas es demasiado poco para este marco. Aquí sería mejor que se convirtiera en un tritón de fuente recubierto de musgo que tener que representarlo directamente vestido con toga y rodeado de pretenciosas damas subidas a un zócalo y que drama, la historia y la filosofía.

A los extranjeros se les hace centrar la atención en el banco estatal prusiano, la antigua «Sociedad Marítima Real»; entretanto yo miro de soslayo la famosa bodega donde Ludwig Devrient y E. Th. A. Hoffmann empinaban el codo. Él vivía en esta plaza en la época en la que todavía muchos edificios de construcción apresurada rodeaban el mercado de los Gendarmes. Y aquí uno se imagina la «Ventana del chaflán del primo» y a él paseando con su camisón de Varsovia y la gran pipa en la mano y echándole una ojeada al mismo tiempo al dinámico mercado berlinés.

Bordeamos la esquina y estamos de nuevo en una de estas plazas de ángulos agudos, que en las épocas de los bastiones de las murallas de la ciudad. Se llama plaza de la Prisión y antes, cerca de ella, había una casa repulsiva en los años cuarenta y cincuenta en la que estaban enrejados los presos políticos. Ahora hay un laborioso barrio comercial alrededor de él. Ya sólo sigue siendo antiguo el alzado, aquí empieza la zona de las

diferentes avenidas periféricas intramuros y la explanada del viejo Friedrichwerder. Este tercer Berlín, junto a aquel que está a ambos brazos del río y el cercano Colín del Spree. Aquí podríamos seguir a la derecha, pasando por delante de los angelitos que rezan en las cruceros de ventana del Hospital Santa Isabel, y continuar hacia la antigua calle Leipzig y los curiosos rincones del patio de Raule. En lugar de ello nuestro viaje continúa por el amplio dique hacia el norte, pasando por los muros rojizos del Banco Imperial, una obra de Hitzig, del constructor de la bolsa, que en el próspero Berlín de los años cincuenta y sesenta supuso un auténtico renacimiento para el comercio y la industria que se desligó del modesto clasicismo de los últimos discípulos de Schinkel. Esto fue siempre mejor que lo que vino después; sin embargo, preparó el camino para el juego guillermino con los viejos estilos. Por el contrario, es inocente el denominado «gótico modificado», en el que Schinkel, a finales de los años veinte, construyó la iglesia Friedrich Werder junto al mercado de Werder, nuestro próximo destino. Ésta es una buena obra de estilo prusiano antiguo, tiene el tono marrón de ladrillo que es común a toda una serie de iglesias y estaciones de nuestra querida ciudad. Éstas, más fieles a la obligación que de aspecto piadoso, exhortan más a la «Fidelidad y a la probidad» que a la mística. Un estricto arcángel mata sobre la puerta a un dragón que no tiene admitida la entrada y no mira con ojos soñadores a la inmensidad como sus más antiguos primos de madera, piedra y óleo, sino que fija la mirada en su víctima. ¿Lo miran a veces las elegantes compradoras y visitantes de las grandes casas de moda? ¿Encuentran simpático que se concentre tanto en su misión o preferirían que soñara un poco en lo incierto y en lo de aquí abajo?

Ahora pasamos por el puente de las Esclusas y la plaza del Castillo. El guía les promete a aquellos que giran la cabeza hacia el soberbio edificio que volveremos aquí, pero que primero se llevará a cabo un pequeño *tour* por el viejo Berlín. Éste se lleva a cabo algo rápido, pues todavía hay muchas cosas que hacer. Yo, sin embargo, querido extranjero y compañero de viaje, si vuelves a esta zona y tienes tiempo, te invito a perderte por aquí un momento. Aquí todavía hay callejuelas de verdad, todavía hay casitas, que se apilan unas contra otras y cuyos frontones parecen espiarse. No son conocidas más que por un par de entendidos y tampoco están tan vacías o

esporádicamente habitadas como lo están las casas que se suelen ver. No, están muy habitadas por gentes insospechadas, que, por la puerta de entrada totalmente abierta, bajan por una empinada escalera de anchos maderos o te miran a través de ventanas de bello marco apostados detrás de macetas y de jaulas de pájaro. Mira, allí a la derecha empieza una callejuela: se llama callejuela del Spree y es la «callejuela del gorrión» de Raabe, donde también está la casa en la que vivió el escritor, y justo inmediatamente al lado conozco otra que tiene unas encantadores festones de piedra sobre la ventana y una maravillosa madera color verde viejo en la puerta y en su armadura. La calle de los Hermanos, por la que ahora circulamos, tiene dinamismo, y sus casas, tanto las nuevas como las viejas, forman una curva en movimiento. Debes ir allí, hacia lo sencillo. Éste es un bello lugar berlinés que perteneció al famoso y mal afamado Friedrich Nicolai. La bella escalera barroca, que verás dentro, la mandó construir un antiguo habitante, comisario de guerra. Durante un tiempo fue posesión del «comerciante patriota» Gotzowsky, que, cuando todavía era rico, salvó a Berlín del saqueo de los rusos y posteriormente compró la manufactura de porcelanas a Federico el Grande. Esta casa fue subastada con toda su servidumbre y habitada por muchas personas hasta que la adquirió el banquero Nicolai. Entonces se convirtió en punto central de la alta sociedad berlinesa. Esto tal vez lo percibas algo cuando entres en la gran sala con los espejos y los artesonados. Sin embargo, en las habitaciones más pequeñas, que ahora albergan un museo de Lessing, unos cuantos encantadores niños jugaron y estudiaron. Esto se lee en los inolvidables diarios de Lily Partey, que fue nieta del viejo Nicolai. Muchos importantes berlineses y otros curiosos de la época intelectualmente sociable de principios del siglo XIX iban a estas habitaciones y estaban de visita en el pabellón de Partey situado en la calle de las flores, en el exterior, junto a la contraescarpa, la que en el futuro sería la Alexanderplatz.

San Pedro es el patrón de los pescadores, y tiene su nombre la iglesia que ahora rodeamos. Está en el lugar del santuario de los pescadores del viejo Colín. Hay otra santa querida de corazón por los berlineses y los de Colín. A él se le erigió en tiempos recientes un monumento sobre el puente por el que pasa el camino que lleva a Spittelmarkt. Se trata de Santa

Gertrudis, la abadesa que fundó hospitales y albergues para los viajantes. El nombre de Spittelmarkt proviene del Hospital de Santa Gertrudis, del que como resto se conservó hasta los años ochenta la pequeña iglesia de Spittel, en medio de una idílica plaza del mercado de la que con el tiempo surgió una de las más transitadas plazas de la ciudad rodeada de altos edificios comerciales. Ante la santa se arrodilla en el puente un escolar, al que ella le ofrece un trago. ¿No ve ella que lleva bajo un paño un ganso robado, o hace misericordiosamente la vista gorda? Como protectora de los peregrinos también favorece a la peregrinación de las almas de los muertos. Éstas se transforman, según una leyenda popular, en ratones, que en la primera noche posterior a su muerte van a ver a santa Gertrudis, en la segunda a san Miguel y en la tercera alcanzan su figura perenne en el más allá. De ahí que en su zócalo del monumento haya un tropel de ratones. Santa Gertrudis tiene en la mano una rueca. Es pariente del hada Holle y de la divinidad pagana de la que ésta se deriva, y protege el cultivo de lino y a las hilanderas. Las flores primaverales que se encuentran a sus pies como ofrenda son símbolo de agradecimiento de los campesinos, cuyas campiñas y sembrados son protegidos de los animales por la santa, que ella tiene bajo su hechizo. No es precisamente una obra de arte el monumento que es descrito tan detalladamente aquí, pero pasan tantas cosas con él que merece la pena contarlas como hizo Pausanias con los edificios sagrados de Grecia.

La calle de santa Gertrudis nos lleva al mercado de pescado de Colín, que en el pasado fue la plaza mayor de Colín del Spree. Aquí estuvo hasta hace treinta años el ayuntamiento de Colín. Pero un edificio muy gracioso de época antigua ha desaparecido ya hace años. Se trata de la casita de los locos a la que se llevaba antaño a los beodos para que pudieran dormir a gusto la borrachera. Aunque ya no exista la casita de los locos, no lejos de aquí hay una casa muy vieja en la que pueden entrar locos de verdad. Está al final de la calle de los Pescadores, que, dejando atrás viejas callejuelas, lleva del Mercado de pescado al canal de Federico: es la llamada Posada del Nogal. Se piensa que es la casa más antigua de la ciudad y aquí los lansquenetes celebraban sus fiestas con las fulanas de Berlín y Colín. Tiene un alto frontón procedente de la Edad Media. Aquel que quiera conocerla bien tendrá que ir ya entrada la noche. Allí hay reunida una bizarra mezcla

de clientes. Se ven unos junto a otros, en la misma mesa, blusas de seda y delantales, y mandiles de pescador y de carretero junto a levitas. En la pared, por debajo de unos antiguos diplomas de hostelería, hay auténticas enseñas de embarcación regaladas por su patrón. Aquí oí por primera la vez la recientemente modificada *Loreley* con sus estrofas de briosos finales.

Se peinaba con el peine,
se lavaba con la esponja.

Y conocí a Ludecken, que se hacia llamar a sí misma «la vieja de la lancha»; cada vez que decía algo ponía el dedo delante de la boca como si fuera secreto y, cuando estaba alegre, mostraba alternativamente sus papeles y su ropa interior blanca. Todo el mundo la invitaba a beber, pero a veces en un rincón apuraba a escondidas los restos de algunos vasos. Bailaba muchas veces con caballeros o sola, y ésta era una visión edificante. Sólo cuando venía el jefe se quedaba tranquila en su rincón. El jefe era alguien cuyos caballos Ludecken tenía que cuidar y dar de comer en la madrugada, y estar serena para ello no era fácil.

Nuestro coche va por el dique de los molinos. Éste es el puente entre Colín y Berlín, que las unía y las separaba cuando eran dos localidades diferentes. Y es que en este lugar los habitantes de las ciudades vecinas frecuentemente se golpeaban en la cabeza hasta hacerse sangre. En el extremo del puente hay dos margraves en bronce: Albrecht el oso y Waldemar. No perjudican a nadie, pero tampoco tienen por qué estar inmediatamente allí, ya tienen su emplazamiento en la avenida de la Victoria una vez que esté acabada. Según los grabados antiguos, se ve que este dique de los molinos tuvo que haber sido bonito cuando aún había aquí naves con arcos y tiendas de ropavejero. También es seguro que sena agradable ver los molinos cuando el edificio municipal de los molinos del dique estaba en esa falsa fortaleza de los años noventa que es hoy la caja de ahorros municipal. Cuando se realice el proyecto de construcción de los canales de Berlín y se reforme la esclusa del dique de los molinos para poder atender a las necesidades de barcos más grandes, entre otros se

derribará este edificio y después se plantearán buenas tareas a nuestros urbanistas y arquitectos.

Nos paramos en el Moltenmarkt. Allí nos llama la atención una bella casa del tiempo de Federico, el palacio Efraín, que el gran rey mandó edificar al impopular «judío de las monedas», el artesano de los Friedrichsdor de cinco táleros. Monedas de poco valor, denominadas «chaquetas verdes», de las que se decía en verso:

Por fuera bellas, por dentro nefastas.
Por fuera Federico, por dentro Efraín.

No se puede visitar la bella casa por dentro, donde tienen su sede organismos oficiales. Fuera, al ser casa que hace esquina, se forma un maravilloso semicírculo con sus balcones que descansan sobre columnas toscanas, las pilastras de muro corintias, los graciosos angelitos sobre el enrejado. Alrededor del Moltenmarkt está la más antigua colonia en la rivera berlinesa del Spree, y también aquí encontramos las únicas callejuelas medievales que se conservan, el Krögel, frecuentemente descrito y representado en pintura. Éste es tan famoso que nuestro coche se detiene antes de adentrarse en él y los pasajeros se bajan para seguir andando por las pequeñas callejuelas el camino hasta el agua. Originalmente debió de haber aquí un canal o un brazo del Spree que ya fuera cegado hace mucho tiempo y que sirviera de ayuda al tránsito del mercado y el depósito hasta el río. Un acceso por la puerta lleva al patio interior de la callejuela. Aquí, en la Edad Media, estaba la única casa de baños de Berlín. Allí, los que se bañaban eran atendidos por las hijas de la ciudad de las que se decía que «vivían en la deshonra». Llevaban una especie de traje profesional, un corto sobretodo, y debían llevar su pelo cortado al rape. Por eso debió de ser muy ofensivo cuando, en el año 1364, el escribano particular del arzobispo de Magdeburgo, un vividor frívolo, le propuso a una honrada hija de la ciudad acompañarle al Krögel. Y hay que comprender la ira de los ciudadanos, que fueron al ayuntamiento, donde el séquito del obispo estaba hospedado, sacaron al malhechor de la mesa y, en el mercado, lo torturaron hasta matarlo. En algunas ocasiones van las mujeres honradas al Krögel. Era

costumbre que las festividades de boda se celebraran con baños y un desayuno en ellos. Entonces una procesión colorista y llena de vida cruzaba la callejuela, delante de ella iban los músicos y los bufones. No debían de ser muy tiernas las bromas que se hacían de la novia. El viejo reloj de sol que todavía se ve en un muro recuerda una época posterior. Marcaba la hora a las cortes de los príncipes extranjeros que aquí se alojaban cuando sus señores eran huéspedes del Príncipe Elector. Hoy, en los vuelos de los pisos de arriba y detrás de las ventanas del entresuelo hay talleres y pequeñas viviendas. Uno de los habitantes de este resto de medievo posee un museo de armas, grabados y mobiliario antiguo. En verano a veces se oyen los ecos del divertido rumor de la recentísima piscina al aire libre que se encuentra frente a la orilla pasado el puente de los Huérfanos y Neukölln. Allí, con los escombros provenientes de las obras del metro se ha formado una especie de playa. Los jóvenes le han sacado provecho y han abierto la piscina Paddensprung. Por lo demás, siempre reina la tranquilidad en el Krögel y, cuando por la tarde se detiene el rumor del trabajo en los talleres, puede surgir el Berlín plenamente antiguo de los entramados de madera y los frontones.

Desde el dinámico Moltenmarkt, lleva una callejuela curva a la tranquila plaza donde se encuentra la iglesia más antigua de la ciudad: Fue dedicada al patrón de los viajantes y los comerciantes, San Nicolás. De su antiguo muro se ha conservado una enorme base de torre de sillares de granito; todo lo demás se quemó en uno de los muchos incendios que arrasaron Berlín en el año 1380. Las partes más recientes, el coro y la larga nave han sido frecuentemente reconstruidas. Aquí debes entrar a diario a mediodía cuando suena el órgano para el recogimiento. Bajo su masa se reconoce en el crepúsculo los contornos de una sepultura labrada por el cincel de Schlüter. Cuanto más tiempo se contemple, más claramente se notan las redondeces de las vasijas y de los pliegues barrocos. La sala gótica tiene muchas grandes y pequeñas capillas con monumentos de todas las grandes épocas del arte que recuerdan y veneran la memoria de algunos que se han hecho famosos mucho más allá del ámbito de la ciudad. Allí hay retratos de militares, prepósitos, eruditos, alcaldes y sus mujeres. Hay muchas cabezas con barba y gola y pelucas largas, coronadas por manos de

mujeres con laurel o por angelotes con coronas de estrellas. En las urnas el acanto enmarca escudos antiguos. Un pequeño Amor llora sobre un reloj de arena y una antorcha que bascula. Bajo las calaveras aladas con un fondo oscuro hay un retrato rodeado por la serpiente de la eternidad. La iglesia de San Nicolás, así como la iglesia de Santa María y la del Claustro, se convirtió en protestante, pero, como aquellas, ha mantenido algo del antiguo lujo, es una pena que ya no huela a incienso en sus salas. Es interesante saber que aquí predicó el indulgenciero Tetzel, rodeado del *tout-Berlin* de por aquel entonces, que lo recogió en las puertas de la ciudad con los altos dignatarios, gremios y monjes negros y blancos. La tranquila plaza que rodea la iglesia, esta isla de ensueño en medio del ruido de la gran ciudad, era y se llamaba antes patio de la iglesia de San Nicolás y esto armonizaba con los numerosos monumentos funerarios dentro de la iglesia y fuera, en sus muros. En este lugar hay un par de casitas antiguas muy pequeñas y, cuando se entra en una de ellas, se ven patios pequeños y diminutos. Unas escaleras empinadas conducen a las viviendas. Algunas de las casas no tienen fachadas independientes, sino que están pegadas a la casa del vecino. Y una que se jacta de ser la casa más pequeña de Berlín, además de no tener una mesa de comedor privada, tampoco tiene número de calle y sólo se puede entrar en ella por la casa del vecino. Vagando por el casco viejo de la ciudad podemos ver por aquí y por allá algunas de estas casas. Con frecuencia su fachada no ocupa más de la anchura de tres ventanas. La puerta de entrada tiene dos hojas: una se abre hacia la vivienda que está en el entresuelo; la otra, hacia la estrecha escalera que comienza en el umbral de la puerta y sube al piso de arriba.

Volvemos al Dique de los molinos, después cruzamos la calle del puente de los pescadores, y pasando por el puente de la isla que lleva a Neukölln am Wasser. Aquí y enfrente, en el canal de Federico hay algunas casas antiguas, en parte con puntiagudos techos de dos vertientes, en parte por bellos tejados abuhardillados de la época barroca, con rosetones bajo las ventanas y las pilastras que articulan bellamente la fachada de la casa. Nuestro coche transita muy rápidamente como para ver todo esto, tenemos que aplazarlo hasta una caminata por las calles y las callejuelas cercanas al río. Allí, junto a lo pintoresco se encuentran curiosidades, como el enorme

acanalado de una casa en una esquina del Moltenmarkt o, en una casa de la Wallstrasse, el relieve de un hombre que carga con una puerta a su espalda. Según el relato bíblico de la puerta de Gaza, se le denomina Sansón. Según una tradición, esta figura debe recordar la época en la que aquí se encontraba la puerta de Köpenick, cuyos goznes habían sido guardados en esta casa. Es más divertida todavía la interpretación que se refiere a un zapatero pobre que vivía miserablemente aquí con su familia. En tiempos de Federico el Grande, cuando su director de loterías, Casalbigi, al cual conocemos por medio de las memorias de Casanova, organizó una lotería que reportaba mucho dinero y costó mucho a sus ciudadanos, este zapatero compró un billete y, como temía que sus hijos pudieran romperlo con sus juegos por el taller, lo pegó con pez a la puerta del cuarto. Precisamente este pobre tuvo suerte y consiguió el gran premio. Para presentar su billete no le quedó otro remedio que sacar la puerta de sus goznes y cargarla sobre sus espaldas. Así anduvo para sorpresa de sus conciudadanos hacia el edificio de la lotería. Y, después de que recibiera el dinero, mandó colocar en su casa, en señal de gratitud, la imagen. De este tipo de historias relacionadas con la antigüedad hay algunas en nuestra ciudad, no precisamente rica en leyendas. La más conocida es la frecuentemente contada del mascarón de la calle del Correo que el rey soldado y buen padre de familia Federico Guillermo I mandó poner en la puerta de una casa para castigar a un vecino celoso de un laborioso orfebre.

Ahora, al pasar, queremos al menos echarle un vistazo a los puentes: el puente de los huérfanos, el puente de la isla y el bello puente del camino de caballerías que construyó el consejero de obras Ludwig Hoffmann, al que tanto debe Berlín. En ningún lugar como en este paraje el Spree se ha convertido en una parte del paisaje urbano y ha seguido siéndolo. Hoffmann y su colaboradores han comprendido que había que construir para adaptarse a lo antiguo sin caer en el historicismo y la dependencia como el urbanista «románico» Guillermo II. Estamos ahora ante una de las obras maestras de este círculo de artistas el museo de la Marca. Se llama parque de Colín el jardín donde se eleva el soberbio edificio y en la pradera hay trozos de columna y frágiles ángeles, por entre los cuales se puede pasear, ver a niños que juegan o ver la fachada del museo. Alrededor de la gran torre angular

están reunidos y trabajados en ladrillo todos los períodos estilísticos de la Marca tal y como están representados en las ciudades consideradas más ricas como: Tangermünde, Brandenburgo, etc. Y esta cantidad de accesorios se adecua al carácter de museo del conjunto. En el interior se muestra el arte patrio desde la época más antigua hasta los días de Theodor Fontane. Aquí se puede conocer la ciudad pequeñoburguesa de Hosemann, ver los interiores berlineses de la época Biedermeier, un salón como aquellos de los que habla Félix Eberty; se podría coleccionar a partir de las colecciones privadas berlinesas muchos más artículos de la época Biedermeier, todos las menudencias en estuches y cubiertos, las casitas de cajas de música de madera de limonero, imágenes de árboles genealógicos, el frecuente amarillo dorado y otoñal de los muebles de llameante abedul y la caoba de los armarios. Sí, podría imaginarme todo un museo de interiores berlineses, donde como curiosidad se pudiera ver también el tardío siglo XIX con su felpa y sus figurillas, con sus vidrios redondos ahumados, sus ángeles de escayola y sus álbumes de viaje. Una muy atractiva sección del museo de la Marca es la colección de flora y fauna: allí hay bellas variedades de cola de caballo y pastos, juncos, becerros y cereales y los caracoles y los maravillosos ornamentos de los panales de avispas.

Ante el museo hay un Rolando, que se ha hecho imitando al Rolando de Brandenburgo. Berlín perdió muy pronto a su propio Rolando. Éste debía de haber estado como símbolo de la independencia de la ciudad en el Mercado de la leche o en su cercanía. Y Federico II, el príncipe elector, que le privó a la ciudad de su independencia y puso al oso de su escudo bajo el águila de su dominio, debió de haberlo raptado y llevado a prisión. Como nunca se encontró ni un fragmento de este Roland, surgió la leyenda de que el Príncipe elector debió de haberlo tirado al Spree. De nuevo Berlín tiene hoy Rolandos. El de la plaza Kemper, que ha suplido a la fuente de nuestra infancia, la llamada fuente de Wrangel, con su verde de ensueño y sus amigables divinidades marinas. Y aquel que está ante una de las desafortunadas casas románicas de la iglesia en memoria del emperador Guillermo. Pero, según hemos oído, será apartada hacia un lado en beneficio del creciente tráfico.

Volvemos cruzando el puente de los huérfanos y a la derecha vemos, en el lugar donde fue derribado el puente de Janowitz, un maravilloso juego de ruinas y nuevas construcciones. Entre las grúas y las embarcaciones, entre las desescombradoras y las dragas flotan los restos del viejo puente en ruinas, un *ponte rotto* en medio del Spree. También se trabaja en los arcos del metro, y su muro abierto es un fragmento, ahumado por los «recuerdos» del templo del vapor, esta forma de locomoción ya superada.

Yendo por la calle de Stralau pasamos por delante del gran ayuntamiento que Ludwig Hoffmann construyó. Miramos la alta torre con su dos pisos de columnas y su cúpula latina que la cubre. Nos metemos por la calle de los judíos y, a la entrada de la sala de conmemoraciones del ayuntamiento, vemos el oso de bronce de Wbra, que aquí hace guardia como animal totémico de los berlineses. El buen oso de Berlín, que alcanzó el honor de ser animal de la ciudad por medio de una etimología popular que se fue gestando. Y es que la palabra «Berlín» no tiene nada que ver con «oso»; según dicen los eruditos, más bien significa, igual que en otras ciudades que llevan este nombre, «barrera», en lengua eslava occidental. Y esta barrera o presa de agua unía, en los tiempos de los antiguos eslavos occidentales, la rivera derecha y la izquierda del Spree. Así que, ya antes de los tiempos del Dique de los molinos, había una comunidad entre lo que luego serían las futuras comunidades de Berlín y Colín. Pero, con todo, el oso se convirtió en el animal de nuestra ciudad y el de Wbra es especialmente simpático. Ahora la puntiaguda torre verde de la iglesia parroquial se cierne sobre nosotros; en ella suena un alegre carillón los domingos y los miércoles.

En la vecina calle parroquial hay un par de viejísimas casitas que pronto serán demolidas. Son tan frágiles que el servicio de urbanismo no puede permitir por más tiempo la permanencia de personas en ese lugar. No se suele saber muy bien quién vive allí, y por eso los desconocidos habitantes son invitados por medio de bandos municipales a desalojar el lugar. Una es llamada por los vecinos la casa encantada, cuyos «inquilinos en negro» no dejan verse a lo largo del día. De allí han sido arrancadas algunas ventanas y puertas. La otra es el lugar provisional de una muy curiosa exposición. Allí un pacifista ha montado un museo de la «antiguerra». Ante la puerta de

entrada, ha colgado cascos a modo de floreros, tal y como se ven en las trincheras. En el escaparate hay máximas e imágenes prometedoras. Los escalones conducen a una habitación similar a un sótano que lleva por detrás a los restos de una casa en demolición. Una mueca macabra se ve en las fotografías de personas horriblemente heridas, las piezas de las armas, los fragmentos de los proyectiles, los avisos de movilización, las incitaciones a la guerra que prometen la edad de oro. Los casquitos y los sablecitos para los niños en Navidad, cojincitos en los que se lee bordado «A nuestro audaz guerrero», placas de identificación, caricaturas extranjeras que representan a los grandes de la Gran Época, cartillas para conseguir jabón, billetes para conseguir leña, té «alemán» junto a soldados de plomo y tazas con la inscripción «Dios castigue a Inglaterra». Se trata de una instructiva colección que esperemos encuentre una sede digna cuando todo esto sea demolido.

Un par de pasos más allá, subiendo por la calle de los judíos, entre las casas hay un pasaje que lleva al gran patio judío. Tal y como lo sugiere el adjetivo, además de éste hubo uno pequeño no muy lejos de aquí que fue víctima de una ampliación de calles. Sin embargo, el grande sigue existiendo y rodea con una docena de casas una plaza con forma de patio. Ante la más imponente de las casas, a la que conduce una escalinata con verja de metal, hay una vieja acacia. Debajo de este árbol de delante de la casa deben de haber enterrado su oro los judíos en una de sus expulsiones, a sabiendas de que el margrave o el príncipe elector que los perseguía no podría prescindir de sus «criados de cámara», como se les llamaba. Esto fue en la época en la que vivían tras puertas de hierro que eran cerradas y vigiladas por las noches. En la calle sólo podían dejarse ver con su hábito obligatorio: caftanes de diversos colores y sombreros de pico. No podían adquirir una residencia fija, tampoco podían ejercer el comercio en los mercados y en las ferias y tenían que pagar unos derechos de protección muy elevados. Sin duda les tenía que gustar estar aquí, pues siempre que pudieron volvieron después de cada una de las expulsiones, adquirieron riquezas, fueron perseguidos y torturados. En detallados relatos e imágenes se cuenta la historia de Lippold, que estaba muy considerado por la corte de su príncipe elector, pero que fue culpado por el hijo de su protector y

castigado a una muerte atroz. El verdugo, con un sombrero gris claro provisto de un franja roja, hubo de llevarlo en la carreta de los condenados a muerte, lo martirizaba cruelmente allá donde paraba y finalmente lo descuartizó en cuatro partes en la plaza del mercado. Los muchachos de las callejuelas corretearon de parada en parada, para ellos era una fiesta ver cómo el verdugo azotaba al condenado. Cuando más tarde volvieron tiempos más humanos, los judíos ocuparon barrios fuera de los viejos guetos, que ahora son rincones idílicos rodeados por el resto de la ruidosa ciudad.

Hay algo parecido a un gueto en otro lugar, pero, por cierto, por poco tiempo, pues el barrio de Scheunen, con sus muchas calles entre la Alexanderplatz y la plaza Bülow, que rodea este gueto voluntario, está a punto de desaparecer. Hay que apresurarse si todavía quiere conocerse la vida en ciudades con curiosos nombres militares que en nada recuerdan al Antiguo Testamento, como la calle de los dragones o la calle de los granaderos. Ya se elevan los nuevos bloques de casas que sobresalen de los restos mientras éstos se van convirtiendo poco a poco en ruinas. Pero todavía los hombres con sus barbas medievales y sus rizos laterales en grupos tranquilos y las hijas de carnicero en grupos más dinámicos suben y bajan por la calzada de su calle y hablan *yiddish*. A la entrada de las tiendas y los despachos de cerveza hay inscripciones en hebreo. Estas calles siguen siendo un mundo en sí mismo, y para los eternos extranjeros son una especie de patria hasta que ellos, que de golpe han venido del este, se aclimatasen tanto a Berlín que les tiente penetrar más en el oeste y dejar desaparecer los muy claros signos de su singularidad. Y es a menudo una pena porque realmente son más bellos tal y como van por el barrio de Scheunen que lo serán después en la confección o en la bolsa.

Las malas lenguas han llamado nuevo gueto a la estrecha calle privada que lleva de la calle de Potsdam, pasando por los antiguos jardines, hasta entrar en la calle de Lützow. Los que viven detrás de las rejas de este pasaje no son merecedores de esta broma, allí no se ven ni ningún caftán, ni rizos en tirabuzón a los lados de las sienes.

Nuestro coche pasa rápidamente por la calle del monasterio. No para ante las galerías del antiguo Instituto de Bachillerato del monasterio gris.

Éste surgió de un monasterio de franciscanos o hermanos grises y todavía entre sus muros hay un convento y una sala capitular. En el patio se erige la iglesia del monasterio. Quedó incólume después del gran incendio del año 1380 y sus muros albergan la mayor parte del arte medieval de las iglesias antiguas de Berlín. En el coro el visitante se quedará admirado ante las cincuenta sillas de los monjes, hechas de madera de roble, adornadas con un rico trabajo de talla. Sobre éstas, en el revestimiento de las paredes hay figuras talladas, curiosas alegorías de la pasión, un ábaco con denarios y dos cabezas apoyadas una contra otra que significan respectivamente la traición de Judas y su beso; las antorchas y las linternas recuerdan la detención nocturna en el huerto de Getsemaní; las cadenas, al aherrojamiento de Jesús; una espada y una oreja recuerdan el golpe de San Pedro al servidor del Sumo Sacerdote.

Cuando el Instituto de Bachillerato fue fundado, tan sólo se le asignó la mitad del edificio del monasterio. La otra mitad, concretamente la de detrás del almacén, fue cedida a Leonhard Thurneysser, el ecléctico artista de Basilea. Aquí tuvo en el almacén una imprenta, una fundición de tipos de imprenta y talleres de marquetería y grabado, fabricó tinturas de oro y elixires de perlas, esencias de amatista y ámbar; también fabricó perfúmenes para las damas de la alta sociedad. Cada una de ellas le pidió que no le hiciera llegar a otra la misma poción mágica que le había dado a ella. Se cuenta de él que tenía apresado a Satán en forma de escorpión en un vaso y que diariamente comían con él tres monjes de hábito negro que sin duda eran enviados del infierno.

El almacén surgió de la Casa Noble, la antigua residencia del margrave, que ocupó el primer príncipe elector que perteneció a la casa de los Hohenzollern y que sus sucesores cerraron cuando hubieron acabado su fortaleza en Cölln an der Spree. Entonces el almacén, como todo aquello que había en esta zona, se convirtió en un feudo. Todo aquel que vivía en este feudo estaba exento de impuestos, pero quedaba obligado a la defensa de la fortaleza. Del feudo surgieron las ulteriores casas libres, una serie de las cuales es reconocible por los letreros que se encuentran encima de la puerta de entrada. La historia de la Casa Noble, que luego se convirtió en almacén, es interesante: aquí fue fundada por Federico II la Orden del

Cisne. Por herencia le correspondió a un caballero de Wanderfells y después de él a una serie de nobles y religiosos. En el siglo XVII fue propiedad privada durante un tiempo, en el siglo XVIII fue academia de equitación. Después Federico Guillermo I se la cedió al ministro de Estado Johannes Andreas Kraut como almacén de productos de lana. El rey, que no quería comprar ni un solo paño extranjero para su ejército, favoreció mucho la fábrica de su protegido. Ésta empezó a decaer a principios del siglo XIX. Posteriormente las salas fueron sedes de la Administración. Durante un tiempo allí estuvo el Real Archivo secreto del Estado. Ahora en las ventanas de la planta baja de este edificio todavía imponente puede leerse «Se alquila».

Pasando por delante de los sólidos edificios de la audiencia provincial y el tribunal de primera instancia, llegamos a los arcos del metro y a la Alexanderplatz, en la que actualmente todo tiene un aspecto desordenado porque aquí se está derribando y reconstruyendo todo un barrio. No hay tiempo desde el coche de los extranjeros para indagar en las curiosidades del entorno de esta plaza. Hay que reservarse un paseo hacia el este. Un tramo de la nueva calle de Federico y un tramo de la calle del Emperador Guillermo llevan al Nuevo Mercado. A pie hubiéramos ido por la angosta callejuela de Kaland y hubiéramos recordado a los algo misteriosos *fratres calendarii*, de los que recibe su nombre y cuyo patio se encuentra a la sombra de la iglesia de Santa María. La antigua «Corporación de la Miseria» de estos ciudadanos, cuyo nombre permaneció en secreto (se duda de la interpretación que los hace proceder de *calendae*), pasó con el tiempo de ser una hermandad de «los míseros sacerdotes», cuyas reglas procedían de las costumbres de los templarios a ser un auténtico y desordenado atajo de bribones; de tal manera por «kalandear» se entiende aquí una especialmente desordenada modalidad de holgazanería.

En el Nuevo Mercado, ante la iglesia de Santa María hay un gran monumento de Lutero. Allí se puede ver al Reformador con la inevitable Biblia junto a todo su equipo. Sus compañeros de lucha están sentados y de pie sobre el amplio zócalo de la gran obra en piedra. Incluso hay dos sentados en la escalera.

En tiempos antiguos había un patíbulo destinado a soldados condenados a una muerte vergonzosa. Cuando se erigió estaba de visita Pedro el Grande de Rusia, invitado por el rey Federico Guillermo I; el zar se interesó mucho por el nuevo instrumento de ejecuciones y pidió al rey probarlo con uno de sus servidores. Cuando el rey se negó indignado; dijo Pedro: «Bueno, entonces podemos intentarlo con uno de los de mi séquito». Afortunadamente los monarcas renunciaron a este experimento. Es mucho mejor que allí ya no haya un patíbulo, sino sólo un monumento. Lo mejor de todo es que no hubiera nada, o los coloridos puestos de un mercado, como en otros tiempos. La iglesia de Santa María tiene grandes sillares de piedra, de bloques de granito, de la época anterior a la que se edificara con ladrillo en el mercado.

Querido extranjero, debes observar esta iglesia por dentro si tienes tiempo. Allí hay un maravilloso púlpito de Schlüter. Lo más impresionante de este púlpito son dos grandes ángeles que nos llevan al éxtasis de los pies a la cabeza. Cerca de sus imponentes alas de mármol se tiembla de éxtasis. En las capillas hay bellos monumentos funerarios: tras una reja de hierro forjado hay una tumba de un matrimonio de patricios ricamente adornada. Entre unos recios ángeles hay un gallardo caballero con la noble coraza abdominal de los tiempos de Wallenstein. Se le ve medio cuerpo y está rezando ante una calavera. Un angelito barroco deliciosamente ataviado señala con el dedo un retrato en relieve de un muerto. En el coro está el gran monumento funerario del Conde Sparr, que fue un benefactor de la iglesia; esto lo debió de hacer un artista de Amberes. El mariscal de campo está en una capilla rodeada de columnas, en su reclinatorio, apoyado sobre un cojín de mármol y con sus dos rodillas recubiertas por una armadura. Debajo del reclinatorio un perrito pone la pata sobre un listón y mira a su señor. En cierta ocasión, durante una guardia en el campamento le avisó ladrando del ataque enemigo y por eso ha sido enterrado a los pies de su señor. Detrás del conde hay un bello paje que le sostiene a su señor su casco adornado con plumas. La victoria de Sparr sobre los turcos es recordada por las figuras de Marte y Minerva, que allá arriba sostienen su escudo. A cada uno de sus pies se acurrucan sendos sarracenos encadenados a los cañones. Aquí, como en San Nicolás y en la Iglesia del Monasterio, se ve a la

nobleza y los patricios rodeados por las tumbas de los parientes. Todo esto constituye un mundo en sí: las lápidas funerarias en las paredes, las desgastadas placas de gres sobre las que el observador puede distinguir lentamente los escudos con sus ricos cascos, las mesas de madera con imágenes del donante rodeados de alegorías de piedra calada. Además de todas estas lápidas funerarias en la iglesia y en sus muros exteriores, hay que pensar en las tumbas de la gente del pueblo que estaban ante la iglesia en lugares en los que pastaban los ganados y que servían de secaderos y cordelerías. Cada vez estos cementerios se han ido distanciando más y más de las iglesias. Unos pocos tan sólo están en la casa de Dios, como ocurre con el cementerio parroquial. Ya bajo el mandato de Federico Guillermo I comenzaron a situarse los lugares de entierro de las comunidades fuera de las puertas de las ciudades.

En la iglesia de Santa María se encuentra todavía algo de lo que debo hablar y que está concretamente en la sala de la torre. Allí hay un fresco de más de veinte metros de longitud, que hace medio siglo se encontró bajo unas cuantas capas de pintura con que lo habían ocultado épocas iconoclastas. Ante el cielo azul y la hierba verde se mueven, entre los muertos que bailan, figuras religiosas y mundanas. Junto al púlpito de un franciscano con hábito marrón, a cuyos pies unas monstruosas caricaturas diabólicas acechantes siguen la danza y tocan música, el sacristán, vestido con un alba, inicia el corro, unido a una muerte que va cogido de su mano izquierda al siguiente religioso, ésta unido al horrible acompañante con el agustino gris, éste va de la mano a su vez de un señor eclesiástico con una sotana roja, y así todo continúa con el cartujo, el doctor —a éste la edad media también lo incluía entre los religiosos, y aquí observa con un temblor piadoso la consistencia de un líquido depositado en un vaso—, el cura gracioso, el obeso abad, el obispo lujosamente ataviado, el sombrero rojo del cardenal, hasta llegar a la triple tiara del papa. Detrás del papa está una de las esquinas de la pared y ahí la danza se ve interrumpida por la figura del crucificado, a quien alzan las manos su madre y su discípulo preferido. Después vienen los mundanos. En un primer lugar, el emperador, con su cetro y su corona y vestido de azul y oro, es conducido a la muerte por la emperatriz, que se arremanga sus vestiduras. Muy joven y con sus zapatos

de tisú claro aparece el rey. El caballero, con su arnés, y el alcalde, con su jubón orlado de piel, deben resignarse a la danza y aceptar que sólo a una muerte de distancia, el usurero, no menos distinguido y bien vestido, participa en el mismo corro. Siguen el hacendado, con cazadora y pantalones ajustados; el artesano, con su mandil, y un pobre campesino, que va tropezando. Al final del todo va el loco, que lleva campanillas en su atavío. La muerte, que siempre es la misma y siempre es distinta, que reúne a los hombres ora caminando, ora arrastrándose, ora saltando mientras eleva los pies por encima del suelo, no está representada como un atajo de huesos como ocurre en la mayoría de las danzas de la muerte, su delgado cuerpo está recubierto, no es un esqueleto. En los huesos afilados de su cara cambian frecuentemente los gestos de burla estática y dinámica. Alrededor de sus hombros va colgado como un manto que deja ver su cuerpo en sudario blanco. Y, una vez que la figura de la muerte adopta la forma que tiene ante el Santo Padre, está totalmente desnuda.

La pieza más antigua de pintura berlinesa es la que vemos caminando de un lado a otro de la pared. En el bajoalemán antiguo hay amargas rimas, en parte desaparecidas, que hablan de la inevitabilidad del corro. Ésta no es tan conocida como las danzas de la muerte de Lübeck, Estrasburgo, Basilea, etc., pero tiene un realismo sorprendente, es de una claridad y una frialdad berlinesas. Los hombres para los que fue pintado este cuadro celebraron la gran muerte y el amor a la vida en un corro auténtico que se llama «danza de la muerte». Éste surgió después de uno de los grandes años de peste, en una época en la que, como siempre que se ha superado una epidemia (y con frecuencia incluso, y a pesar de ella, mientras desata su ira), era especialmente intensa la alegría de vivir. En esta danza los jóvenes y los viejos se reunían en corro con júbilo y risas. De pronto sonó la viva música con unas estridentes disonancias; una música suave y tenebrosa se iba oyendo cada vez más hasta que empezaba a sonar una marcha fúnebre tal y como se tocaba en los entierros. Entretanto, un joven se tendía en el suelo y se quedaba inmóvil y estirado como un muerto. Las mujeres y las chicas bailaban en derredor, manifestaban su condolencia de forma cómica y sarcástica y cantaban divertidas una canción fúnebre que les hacía reír a todas. Después iban pasando una tras de otra delante del muerto e

intentaban hacerlo revivir con besos. Una ronda de toda la sociedad cerraba la primera parte de la grotesca ceremonia. En la segunda parte bailaban los hombres y los jóvenes alrededor de una que se hacía la muerta. Cuando luego se la besaba el júbilo no tenía fin.

Cruzamos la calle de Spandau. Antes de ir hacia el sur le echamos una ojeada a la capilla del Espíritu Santo. Se ha mantenido intacta mientras que se construía un nuevo edificio, la Escuela profesional de comercio y se adosó a aquélla, de tal manera que en el muy inclinado techo de ladrillo con las ventanas abuhardilladas continúa el techo de la escuela profesional. Dentro hay una sala de conferencias. Las explicaciones de balances, los libros de contabilidad y banca se extienden hacia la bóveda en forma de estrella, que en la Edad Media figuraba en el hospital de los pobres dedicado al Espíritu Santo. Una buena cantidad de hiedra se enrosca en las ventanas ojivales.

Pasamos por delante de la oficina central de correos y llegamos al ayuntamiento, la casa roja, de ladrillo y terracota. Durante nuestro viaje ya hemos visto un par de veces la alta torre con sus estrechas columnas elevada sobre los altos tejados y nos seguirá observando durante otro buen tramo. Se pueden ver algunos restos del antiguo ayuntamiento en el parque del palacio de Babelsberg en Potsdam. En lugar de aquél se erigió este edificio en los años sesenta del siglo pasado. En estos restos se van el estrado de la justicia con sus adornos alegóricos: el mono de la voluptuosidad, el águila del robo y de la muerte, el jabalí de la depravación y una extraña ave con cara de hombre y orejas de asno, el vampiro que succiona sangre y que simboliza la codicia y la usura.

Ahora nos vamos a la Königstrasse, hasta el Spree, y alcanzamos el puente largo, que ahora se llama puente de los Príncipes electores. Nuestro guía manda parar para explicamos el famoso monumento del gran príncipe elector. Mientras bajo el zócalo los esclavos se inclinan con resentimiento, uno extiende las manos encadenadas hacia el orgulloso triunfador. El guía nos habla del proyecto de Schlüter y del molde de Johann Jacobi. Yo recuerdo la leyenda popular según la cual el que está arriba, con su manto de emperador sobre su caballo de bronce al trote, al dar la duodécima campanada de la noche de año nuevo, con un salto deja su alto pedestal y

cabalga por su querida ciudad para ver qué es lo que ha sido de ella. Ante él, en la silla de montar está el niño de Fehrbellin, para quien él mismo se convirtió en ángel protector al salvarlo de una casa que se estaba quemando, en la que los suecos habían matado a todos los otros seres vivos. Cuando suena la una, él vuelve a su zócalo. Bajo éste hay un gran tesoro. Este tesoro sólo lo puede abrir el príncipe de Prusia y sólo en caso de extrema necesidad.

En parte recapitulando, en parte anunciándonos cosas de antemano, el guía nos muestra vistas de los edificios de los molinos del dique, del ayuntamiento y las zonas más antiguas del palacio, del sombrero verde y de la farmacia de palacio. También nos habla de una pequeña fortaleza del segundo príncipe elector Hohenzollern y del palacio del renacimiento que construyó Kaspar Theyss para Joaquín II. Esto lo escuchan algunos de los jóvenes que en ese momento pasan por la calle. Para ellos, nosotros, pobres extranjeros, tenemos un aspecto ridículo. Imitan los gestos de explicación del guía y proclaman: «Allí tienen ustedes el agua y los del coche son el parque zoológico».

Esperamos pacientemente hasta que el coche vuelve a salir para volver a parar ante la fuente de Neptuno y las magníficas columnas y pilastras en la fachada sur del bello edificio de Schlüter.

Tal vez deje nuestro guía transcurrir demasiado tiempo junto a la fuente a cuyo lado hay una ninfa tendida con una red de pesca en el regazo, y junto al antiguo establo real del que dice que tiene una amplitud y anchura imponentes y hoy contiene una biblioteca de la ciudad con muchos libros interesantes sobre Berlín. Durante sus explicaciones me quedo con la mirada fija en las pilastras de Schlüter, en los armazones de las ventanas y en las estatuas que se encuentran sobre la reja del balcón. Por este balcón debió de salir el 19 de marzo de 1848 el rey Federico Guillermo IV, para ver los cadáveres de ciudadanos conducidos por una enorme procesión ante el palacio. La multitud cantaba y gritaba, y todos llevaban la cabeza al descubierto, sólo el rey la llevaba cubierta; entonces se oyó un clamor conminatorio: «fuera el gorro», y se lo quitó. Los cadáveres fueron llevados por el interior del recinto del palacio hasta la catedral. En el patio interior

del castillo la procesión se paró, y otra vez el rey tuvo que salir a la galería, escuchar muchos improperios y dejar su cabeza al descubierto.

Torcemos por la esquina y nos paramos ante el portal de Eosander. Aquí nuestro guía, en lugar de dejar que nuestras miradas vaguen, nos conmina a centrar nuestra atención en el muy barroco Arco de Severo de Berlín, hacia los pliegues de piedra, las alegorías, los leones portando trofeos y las obras de reforma del monumento de Begas dedicado al emperador Guillermo I; encima del mismo una bailarina sostiene las riendas de su caballo de circo. El guía considera que el portal, y por encima la cúpula de la capilla, empezó a ser valorado después de que el monumento nacional supliera a los antiguos edificios del dominio del castillo.

Se puede ser de otra opinión y echar de menos aquella humilde obra de madera y piedra que se ve en los grabados antiguos. Sin duda realzaba el palacio real como en las viejas ciudades lo hacían los tenderetes del mercado y los grupos de casas adosadas con la catedral de la que recibían sombra y protección. Algo así como si la auténtica brillantez viviera bien rodeada de la auténtica pobreza.

Bajo el portal está la entrada en el museo de palacio. En el piso bajo y en una parte del primero, desde hace algunos años se ha instalado el museo de artes decorativas. No hace mucho tiempo que vivieron aquí los últimos miembros de la familia que construyó el palacio. Los hemos visto salir de los portales y apostarse en el balcón desde el que podían hablar al pueblo. Ahora todas las salas de esta gigantesca construcción son museo. Además de las habitaciones correctamente montadas para fines museísticos, uno puede decidir visitar sólo las otras: las cámaras reales y las habitaciones de representación e incluso las habitaciones históricas. Desgraciadamente la mayoría de las veces sólo se es acompañado por un guía. Así no le facilitan a uno ver palacios. En algunos, como en los palacetes ajardinados Monbijou, donde se encuentra el Museo Hohenzollern, se puede pasear sin que a uno lo molesten y observar con toda tranquilidad las muletillas, los relojes, la porcelana y las lujosas latas de tabaco del viejo Fritz, las habitaciones de su madre, el gabinete chino, las curiosas figuras de cera de los príncipes y las princesas, etc. Pero no es tan normal hacer una visita tan cómoda en Berlín, Charlottenburg y Potsdam, la mayoría de las veces se

hace con guía, y lo que éste cuenta está mejor contado, con más detalle y más sapiencia en los libros de viajes Baedecker. Y peor es que el tiempo de observación depende totalmente de él y de su tropa. Cuando no se tiene la posibilidad de una visita alternativa, a uno no le queda mejor placer que quedarse contemplando un buen mueble o una buena pintura, mientras que el guarda de los extranjeros profiere su discursillo sobre toda la sala. A veces también es recomendable, en lugar de disfrutar de las antigüedades, hacerlo con el cómico presente del conserje del arte y del príncipe y su tropa con pantuflas de fieltro y que confirma la presencia de algo digno de verse profiriendo curiosas exclamaciones y fórmulas. Mientras nos alegramos al recorrer las habitaciones del palacio berlinés en el que vivió el último emperador en el estado en el que lo dejaron sus antepasados, el experto que nos guía y conoció el antiguo esplendor señala que las habitaciones son ahora algo frías y describe detalladamente la riqueza que había aquí en alfombras persas extendidas, en cuadros de batallas y retratos colgados. También nos muestra el lugar donde estaban los modernísimos encendedores de cigarrillos de aquel entonces. Cuando se entra en el cuarto de la emperatriz, el amante del arte debe aprovechar todo el tiempo que aquél emplea para hablar acerca de sus costumbres y sus objetos preferidos, para contemplar con cierto detalle los magníficos watteaus que se sienten extraños en el cuarto de la dama más posiblemente ajena a Watteau que pudo haber. Y cuando en el palacio de Charlottenburg el conserje itinerante abre y hace sonar el horrible reloj de trompetas, del que él opina que mantuvo a Napoleón insomne la vez que pernoctó aquí, hay que taparse los oídos y durante este tiempo ver la suave seda que adornaba el sueño de la bella y alegre reina Luisa, sus pequeñas estufas y su elegante cuadro en traje de húsar muerto. En estas habitaciones hay que pararse yendo solo o con semejantes y cruzarse con los espíritus de aquellos para los que otrora trabajaran Schlüter y Schinkel, así como sus discípulos y ayudantes, y así vivir los grandes tiempos del antiguo Berlín, el barroco, el rococó y el clasicismo prusianos. Quizás algo quede desvelado al primer golpe de vista: el pletórico y floreciente lujo de la sala de caballeros, el grupo de Schlüter que adorna las cuatro partes del mundo, las formas puras y agradables colores de la sala de La Parole con un grupo en mármol que representa a la

joven princesa heredera Luisa y a sus hermanas, el oro y el verde del gabinete de la cúpula que fue el despacho de Federico el Grande. Y, si se desea, se puede pasar el tiempo en el patio interior del palacio ante las salas de los arcos de Schlüter. Los patios ya no están cerrados por ningún rey y los guías no nos obligan a apresurarnos.

Nos paramos delante de la fachada del palacio que da al jardín de recreo ante los dos amaestradores de caballos que el emperador de Rusia regaló al rey de Prusia en los años cuarenta. La broma popular berlinesa los llama «el progreso inhibido» y «el retroceso promovido».

De esta época proceden las columnas aisladas de granito pulido en las esquinas de la terraza sobre las que se habían colocado águilas doradas. Varnhagen, un contemporáneo que observó el edificio con ojo crítico, encontraba demasiado elegante esta decoración para un edificio tan sólido, tan pesado y tan tenebroso y pensaba que este afán por adornar era de mal gusto. «La gente —escribe él— estaba delante de él y hacía observaciones, consideraba que aquello era innecesario, lo comparaba con las charreteras de los lacayos reales, además era demasiado sencillo para el rey tenían que llevar corona». Al águila dorada de la esquina los berlineses de lengua viperina la llamaban «el más grande holgazán», alusión al muy celebrado, algo vago y borrachín precursor del mozo de cuerda berlinés. Y dicen: «ya sabemos cómo se llama el hotel *El águila dorada*». En aquella época, poco después de los días de la Revolución de 1848 había todavía muchos tumultos de grupos de obreros, estudiantes y aprendices tanto en Unter den Linden como delante del Palacio. Por eso un mayordomo jefe mandó instalar allí una verja de hierro en los portales del palacio. La guardia cívica no pudo impedir que los obreros arrancaran una gran verja y la lanzaran al Spree; otra, más pequeña, fue arrastrada por los estudiantes hasta la universidad. Más tarde todo pareció verse de manera más tranquila y la verja era considerada un monumento dedicado al 18 de Marzo. Se decía que el palacio se había convertido en una jaula; el rey era digno de compasión y fue una tontería por su parte montar verjas después de que hubiera pasado el peligro. Todavía están las águilas, las verjas han caído. Desde el jardín de recreo el palacio se ve más bello, más noble y más histórico que nunca.

La gran y amplia plaza que está enfrente del palacio, el jardín de recreo, llega hasta la escalera de entrada del antiguo museo y ésta conduce a una maravillosa isla en el medio de la ciudad. No es sólo topográficamente correcto que esta parte de la ciudad bañada por el agua protectora fuera denominada «la Isla museo». El mundo que comienza aquí con la sala de columnas jónicas de Schinkel es como el jardín de la Academia para el joven berlinés —o por lo menos lo fue para mi generación— y el principio de lo que él luego verá en el Louvre y el Vaticano y en los museos de Florencia, Nápoles y Atenas. Por ello no puedo olvidar las salas del museo antiguo y moderno e incluso las galerías detrás de la plaza y dentro junto al Museo Nuevo y alrededor de la Galería Nacional son para él una posesión firme y lugares de horas inolvidables. Pero queremos quedamos en la ciudad y en la calle. El Baedecker nos instruye magníficamente acerca de una visita de los museos; sus estrellas simples y dobles nos orientan acerca de lo que cierto *consensus gentium* considera especialmente bello y valioso, y esto no le impide a nadie que haga sus propios descubrimientos. Desde el vestíbulo del Museo Antiguo se pasa a estar bajo la curvatura de la cúpula de la rotonda, que con copias generalmente romanas de estatuas griegas nos invita a que veamos lo auténtico. Es bonito estar en el círculo de estos seres de mármol sin verlo más exactamente, y sin recoger todas sus fuerzas para observar la maravilla que nos espera en las salas de los siglos V y IV, y las de la época tardía y los romanos. En el piso de arriba se recogen piezas antiguas: miniaturas en bronce, oro y plata, los adornos y las grotescas y graciosas terracotas de los maestros de Tanagra y sus alumnos. Si quieres seguir mis consejos, extranjero, en el Museo Nuevo de Stüler no te pares demasiado tiempo en la escalinata adornada con los enormes frescos de Kaulbach, que, como se sabe, tratan de los momentos más importantes de la historia del mundo y que tal vez no hagan mucho daño en una clase con ejemplos visuales en una escuela popular. En la sección egipcia encontrarás enormes estatuas y sarcófagos y las dulces y pequeñas cabezas de las reinas Tii y Nefertiti, y ante las vasijas con figuras negras y rojas te sumirás en un estado crepuscular en el que no sabrás si ahí afuera fluye el Sena o el Tíber, si desayunaremos en el Posilipp o en el Savoy, si existe en realidad el presente. Déjate tiempo para observar el gabinete de grabados en cobre, no

mires sólo lo que hay colgado de las paredes o lo que está depositado en las urnas de cristal. Se te dará con gusto una de las muchas carpetas buenas que hay allí, se te dará un buen lugar y puedes comportarte una horita como un entendido en arte. Merece la pena. Cuando estas líneas lleguen a tus manos, tal vez haya culminado la reconstrucción del museo que ha empezado Alfred Messel. Entonces podrás ver montado el magnífico altar de Pérgamon con sus dioses y sus gigantes. En lo que toca a la Galería Nacional, como guía tuyo por Berlín, debo indicarte que veas las imágenes en las que está eternizado lo berlinés. La admirable sala del balcón de Menzel y su dormitorio, el baile de la ópera cortesana, el jardín de palacio del príncipe Allbrecht, el antiguo ferrocarril entre Berlín y Potsdam. También te recomiendo a los pintores de la antigua imagen de Berlín y de la vida del pueblo, sobre todo los retratos de Theodor Hosemann y Franz Krüger y sus grandes cuadros de desfiles. Al romanticismo berlinés lo encontrarás en los cuadros de paisajes del gran Schinkel, que de hecho no era un pintor sino un arquitecto. Él los pintó para una de las casas patricias en la calle de los Hermanos, y si tienes tiempo libre léete lo que escribió Hans Mackowsky en su *Casas y personas del antiguo Berlín* y léete lo que cuenta de esta casa y de otras: construirá una ciudad del pasado en el presente. No tengo nada que decir sobre el museo Emperador Federico, al que se le llama museo Wilhelm von Bohde, nombre por el que es conocido en todo el mundo —en lugar de relacionarse con ese señor tan enemigo del arte, cuya deplorable estatua ecuestre está desgraciadamente a la entrada de esta cámara de tesoros—. Y no tengo nada que decir sobre este universo de pinturas y obras de arte; no he escrito nada aquí, pues, aunque contribuye sin duda a la más alta fama de Berlín, no tiene nada que ver con nuestra ciudad. Se está aquí más lejos de ella que en las salas de las esculturas griegas, cuyo modelo hizo tender al clasicismo prusiano hacia la nostalgia: sobriamente insulso, contenido, enfrentado al lujo y sincero.

Pero volvamos, desde estas bellezas lejanas, al jardín de recreo y a nuestro coche de gira. La amplia llanura de esta plaza tiene también algo propio de isla y lleno de tranquilidad. De la larga fachada con su amplio portal no se distingue la presencia de nadie, espero que por mucho tiempo. La única ruptura de la tranquilidad en este sereno lugar es la catedral con

sus peculiaridades del alto renacimiento, los nichos, las salas, los coronamientos de las cúpulas. Se fue ampliando en el lugar donde todavía en los años noventa había una, más pequeña, de la época de Federico. Ésta cubre una superficie de 6270 metros cuadrados, mientras que la catedral de Colonia sólo ocupa 6160. Sin embargo, es superfluo entrar allí pues, dentro, la gigantesca estructura de vano exceso, material y mal empleada erudición hiere todo sentimiento religioso y humano. Por lo demás, se dice que la acústica es excelente y para hacerla más intensa están colgadas una serie de cuerdas de la cúpula interior del edificio central. Con razón nos anuncia un ángel de mármol: «No está aquí, ha resucitado». Verdaderamente él no está aquí. Es una pena para dos sarcófagos que están relacionados con los nombres de Peter Vischer y Schlüter. Tal vez vuelva a darse una época en la que se decida demoler este edificio y otros tan rápidamente como ahora se hace con casas particulares que han pasado a ser feas y estorban. Entonces este lugar podrá estar totalmente dedicado al pasado y a la tranquilidad.

Éste sólo cobra vida cuando aquí se reúnen multitudes populares. El lugar es muy adecuado desde que el jardín de recreo ya no es una gran plaza de tierra. Su nombre recuerda una época muy distinta, la del arte de los jardines, las grutas y los «grutescos». En los días del gran Príncipe Elector y su hijo, aquí había, junto al jardín de recreo de Meinhardt, un Neptuno colosal rodeado de grutas y de chorros de agua, misteriosas fuentes y enormes moluscos. Entonces los «maestros en grutas, los creadores de chorros y los estucadores» tuvieron mucho trabajo como más tarde bajo el mandato de Federico el Grande, al que le construyeron en Sanssouci una gruta de Neptuno y en el Palacio Nuevo una sala de los moluscos. En la isla Remus de Rheinsberg le construyeron la casa china. Y, más tarde, el constructor del sencillo palacio de Paretz en un extremo del parque y, a modo de reliquia de la época rococó, le construyó un templete japonés recubierto de moluscos de colores. En medio de la gran ciudad, los lúgubres adornos estalagmíticos en las salidas de clubes nocturnos que se han quedado antiguos y las decoraciones de los escenarios de los cafés cantantes son las últimas reminiscencias de este arte de las grutas. Al sobrio y razonable Federico Guillermo I le desesperaban los parterres de flores y las pérgolas de este paraíso de su antecesor. Él las llamaba «chiquilladas», e

hizo de la Casa del Azahar una fábrica de alfombras con una especie de Bolsa en el piso de arriba, y de los parterres de flores hizo un patio de instrucción para sus granaderos. Desde que aquí ya no se hace instrucción, el pueblo libre puede reunirse en este lugar. Se puede ver, por ejemplo, a los comunistas con sus banderas y banderines manifestándose y acampando. Es un Pentecostés rojo: han venido de muy lejos, de todas las partes de Alemania, proletarios textiles de los montes Metálicos, camaradas de los minas de carbón de Hamm o de la ciudad armera de Essen, que se ha convertido en una fortaleza del frente rojo, además de la marina roja del litoral. Pero también la lejana Europa y el resto del mundo mandan sus representantes; la defensa obrera suiza, la defensa obrera checa aparece con banderas y pancartas, y con todos los honores se recibe al estandarte soviético. Marchan en largas procesiones desde todos los puntos de la ciudad, una serie de extraños instrumentos de música pasan por delante de ellos, trompetas con varias bocas, tubas de *jazz* y tambores de negros. Estos luchadores están uniformados como lo estuvieron los que los quisieron aniquilar. Provistos de cinturones guerreros llevan blusas grises y monos marrones. Y, al igual que antes la imagen itinerante del desfile estaba marcada por los galones de los estudiantes, ahora lo está por los brazaletes rojos de los hombres del servicio de orden. Incluso los niños tienen su uniforme. Con blusas blancas y corbatas rojas al viento, se han encaramado a un camión cuyo mensaje exige la desaparición de los castigos físicos deshonrosos. He acompañado a una de estas procesiones que van desde el paseo Bülow en el sudoeste, luego han subido por la calle York bajo los puentes del ferrocarril, donde resuenan fuertemente los lemas «Frente rojo» y «Estad preparados». Desde los balcones burgueses de las grandes avenidas hombres y mujeres mayores observaban algo contrariados al dinámico pueblo; tal vez sean funcionarios jubilados que reciben pensión y que todavía no «se han hecho a la idea». En las bocacalles ondeaban banderas rojas desde las casas, y un par de jóvenes que iban haciendo equilibrios sobre ruedas de llantas rojas se unieron al cortejo. Se siguió avanzando por Planufer y, pasando sobre el puente del canal, se entró en la ciudad antigua. En la antigua calle Jacob, sobre una azotea, había una vieja de pelo gris, melena al viento, como una parca del destino del mundo o

como una furia del nuevo entusiasmo. Los más jóvenes apoyaban con una lentitud dominical sus brazos sobre los poyos de la ventanas y disfrutaban de la música y del gentío como antes con las marchas de las compañías militares. Las tiendas de la calle de los Margraves estaban totalmente vacías. Sólo sobre un alto techo se movía un ser y hacía visajes con una minúscula banderita. En la calle Oberwall el cortejo es recibido por un profundo silencio procedente del arco de la puerta que protege de toda presencia la rampa de ensueño y los viejos balcones y ventanas abuhardilladas del palacio de la Princesa. El cortejo pasa por la puerta para encontrarse en la plaza de delante del arsenal con las procesiones procedentes de otros barrios de las afueras de la ciudad.

Una enorme multitud va llenando en pequeños grupos y procesiones, desde el puente del palacio hasta el puente del Emperador Guillermo, todo el jardín de recreo y el dominio del castillo. Pasando por delante de la fachada del Castillo se desplazan por las verjas banderolas rojas detrás de las cuales casi desaparecen las estatuas de bronce de los príncipes holandeses y del almirante Coligny como de los dos liberales domadores, tapados por las cintas de letras multicolores. En el último peldaño de la escalera de la estación hay un orador cuyas últimas palabras proclamadas son repetidas por la multitud que se encuentra abajo tal y como hacen los fieles con la letanía de las palabras del sacerdote. En tomo a la subida al monumento de Federico Guillermo el justo, que continuó angustiadamente su cabalgada por el aire, y en torno a la base de granito y en la escalera del museo bajo la amazona que defiende al tigre y el hombre que lucha contra los leones, las masas se acumulan y miran hacia abajo a los muchos cortejos que van de aquí para allá con sus banderas, pancartas y muñecos en caricatura que se mofan de la Federación popular ginebrina, y miran hacia arriba a la gente que va al mitin del monumento nacional al Emperador Guillermo en los dominios del castillo.

El guía de la gira no prescinde de que veamos la catedral de la que yo aparto la vista siempre que me es posible. Nos hace parar un horroroso medio minuto delante de ella y dice que es «muy bonita, especialmente por dentro». Para mi consuelo, al borde de la acera en la que nos encontramos para un elegante pequeño vehículo. Sobre las ruedas de un coche de niño

están montadas dos plataformas con unas lunas de cristal. Dentro de ellas hay máquinas de níquel reluciente con platitos y cucharitas. Un carrito de helados: una graciosa tienda enana, resplandeciente como el ataúd de Blancanieves.

Ahora, por la orilla, le echamos una ojeada a la Bolsa, que está en la calle de la fortaleza. A sus «formas renacentistas» se puede aplicar lo que ya se dijo del Banco Imperial. Es el primer edificio construido en auténtico gres del nuevo Berlín. Para nosotros el interior del edificio es mucho más interesante que su arquitectura y escultura. En una ocasión obtuve la autorización para ver las tres grandes salas en las que se reunían en asamblea los comerciantes de Berlín a mediodía. Vi a los corredores jurados detrás de sus mostradores, la salvaje multitud que se agolpaba alrededor de sus colegas en movimiento, los gestos de compra y venta, las manos levantadas que hacían el signo de «vender», o los dedos índices arriba, que significaban «comprar»; vi los nichos de los grandes bancos, las mesas de los pequeños; vi mucha vida en la sala de los valores industriales, algo más tranquila en la sala de los bancos y en la de los cereales los sacos y los pequeños cofres azules con muestras de centeno y trigo en las manos de los comerciantes. Se podría estar contemplando durante horas este mar de calvas, hombros inquietos, manos que se agitan, las cifras fatídicas que van cayendo y cambiando sobre las mesas, las luces amarillas y azules con significados concretos que se encienden en las esquinas. Ante la entrada de la calle de la fortaleza esperan los comerciantes y los mendigos; y, según la forma como su presencia es considerada por los señores de las finanzas, se pueden sacar conclusiones acerca de los buenos o malos negocios que acaban de hacer.

Pasamos con el coche por el puente de palacio, cuyos bellos trazos y barandilla de hierro hay que atribuírselos a Schinkel. Los famosos ocho grupos de mármol: las diosas de la guerra y la victoria que enseñan a los jóvenes guerreros y acompañan a los adultos; nunca la he podido contemplar seriamente pues, en mi época juvenil tan inolvidable, se hicieron no pocas bromas acerca de su especial forma de desnudez. Ahora

leo en los diarios de Varnhagen que el ministro de Cultura Raumer le había hecho al rey Federico Guillermo IV la petición de quitar del puente del castillo las desnudas estatuas y guardarlas en el arsenal. Es más divertido que Bettina von Arnim le dijera a Varnhagen que ella también reprobaba los grupos del puente del castillo pero no por su desnudez. Él mismo señaló que probablemente estuvieran bien labrados. «Pero el estilo antiguo no es suficientemente antiguo; es, a pesar suyo, moderno sin armonizar con las otras columnas labradas de los generales. Están situadas muy altas». Refunfuñado, continuó: «Una desgracia cae sobre nuestro arte: nunca hay nada correcto, pleno, adecuado». Ya no queremos seguir tratando esto, sino que preferimos echarle una rápida ojeada a un lugar berlinés digno de verse pero que no aparece consignado en ninguna guía de viajes.

Me refiero a un lugar que se encuentra a la derecha junto a la rivera cuya orilla pasa por delante del arsenal: la barcaza del Spree allí amarrada. A ésta la he visto hace poco por primera vez. Pasé casualmente por allí y en el embarcadero de tablas por el que se accede a la barcaza había un par de jóvenes de la calle que tenían ganas de ver la gran ballena que desde debe de hacer unos años habita en la barcaza. Cuando yo tenía la edad de aquellos jóvenes, sentía mucha curiosidad por saber si allí había una auténtica ballena pero nunca había satisfecho esta curiosidad. Así puede entenderse que me fui con los pequeños a la taquilla. Era muy barato y además me dieron un programa gratis; es especialmente bonita y recomendable para todo visitante, también para todo aficionado a los caracteres antiguos. En un letrero se leía: «El mayor mamífero del mundo y su captura. Con 22 metros 56 centímetros de longitud en una preparación absolutamente inodora. Editada por la dirección de la exposición de la ballena». ¿No es éste un bonito comienzo? Y después aprendemos que este coloso tiene sangre roja como nosotros y trae al mundo crías que son amamantadas por la madre y defendidas hasta el sacrificio de la propia vida. Allí está ella, preparada según un nuevo método de aquel entonces, y parece como si fuera de papel maché, no huele en absoluto a aceite de ballena, sino sólo a barcaza. Hay que tocarla para convencerse de que no es de cartón. Pero hay un letrero que pone: «No tocar, ¡venenoso!». Durante un rato miramos el interior de su garganta y las famosas barbas que absorben los

pequeños peces. Después entramos en una exposición especial en la que se nos explica a las grandes capas populares, de forma asequible y al detalle, enormes partes de su anatomía. Allí está por ejemplo el enorme saco de los arenques donde el animal es capaz de retener de dos a tres toneladas de ellos. «Pues —así nos lo dice el programa— la alimentación supone un aspecto fundamental para este animal». En una urna aparte vemos la aleta de la cola, de la que —siempre según el programa— se extrajeron ideas para la invención de la hélice a vapor. Y, además de los cartílagos, las aletas dorsales, los oídos y los ojos de la ballena, se ven otros animales de las profundidades marinas, entre ellos algunos nombres que harían las delicias de un versificador estilo Christian Morgenstern, como el lagarto con cresta y el toro de mar o el pez maleta. Que me detenga tan detalladamente en esta curiosa exposición de la ballena tiene su motivo: no me atrevo a decir nada del arsenal de enfrente. Es demasiado perfecto como para poder ser valorado. Es prusiano y barroco, berlinés y al mismo tiempo fantástico, de medidas bien articuladas y adornos bellamente distribuidos, la amplia falange de la victoria y el esbelto trofeo. Son soberbias las panoplias de Schlüter en la balaustrada y las piedras clave de los arcos de las ventanas. En las cuatro caras externas él dispuso cuatro cascos que son antigüedad viva, y dentro, en el patio acristalado, las cabezas de los guerreros moribundos, cuyas macabras muecas en los nudos de piedra de los salientes de las ventanas son broches de túnicas, adornos.

Para los entendidos en armas y en guerra se encuentran bajo los travesaños de las bóvedas en salas oscuras los más antiguos cañones, los sables orientales, arneses de lujo para hombre y para caballo, estandartes, uniformes de mariscales de campo y reyes, gorros de marta cebellina y piel de pantera de Zieten, y el último uniforme de soldado del gran rey.

El antiguo palacio del príncipe heredero frente al arsenal no tiene un aspecto muy agradable. Unas altas columnas sostienen un amplio balcón detrás de las cuales la planta baja parece pequeña. Especialmente si lo miramos desde un edificio tan bien proporcionado como el arsenal. Y no lo remedia en absoluto saber que el palacio estuvo en otra época mejor construido y que su forma actual la recibió por primera vez en los años cincuenta, cuando fue reformado para el príncipe heredero y futuro

emperador Federico III. Dentro, desde que allí no es albergado ningún príncipe, lleva a cabo una digna tarea. La sección moderna de la galería nacional se ha traído aquí. Con el objeto de, en calidad de guía de extranjeros, sólo señalar lo específicamente berlinés, se encuentra algún valioso fragmento de panoramas de la ciudad, historia berlinesa y paisaje de la Marca en las innumerables hojas de las carpetas de Menzel, en algunos cuadros de Liebermann de Lesser Ury y de nuevos artistas, también algún retrato de significativas personalidades berlinesas dentro de la rica colección de la pintura impresionista y contemporánea. Un flanco del palacio se topa con la plaza de Schinkel, en cuya cara sur, en el piso superior de un edificio más bello, hay otra parte de la Galería Nacional, la gran colección de retratos que en sus pintores y en sus retratados refleja buena parte de la historia del arte y la cultura berlinesa. La casa que alberga estos tesoros es la academia de arquitectura que Schinkel construyó en ladrillo rojo con terracota añadida y que habitó en los últimos años de su vida. La plaza que está delante de la academia lleva el nombre del maestro y, aparte de su estatua, hay otras dos de bronce, una del «Fundador de la agricultura científica» y otra de un hombre que hizo méritos por el desarrollo industrial. Éstos son hombres cuyo nombre nosotros, personas parcialmente formadas, sólo conocemos como nombres de calles, y que, por tanto, prefiero no mencionar aquí. Pero hay que ver los relieves en sus zócalos. Son curiosos ejemplos de la auténtica mezcla berlinesa de clasicismo y realismo de máquinas de estilo antiguo y de señores con levitas similares a las togas. Él que esta mezcla sienta mejor de uniforme que de civil queda de manifiesto en los mariscales de campo en bronce de Rauch ante los que llegamos, pasando por el palacio de las princesas y cruzando el túnel de los tilos. Es difícil deducir de la multitud de informes, imágenes y juicios cómo fue en realidad el viejo Blücher, pero para nosotros su ser está perennemente realizado en esta figura metálica con uniforme empuñando el sable y con el pie puesto sobre el tubo del cañón. Los reflexivos y, tal como nos enseña la ciencia de la guerra, importantes estrategas Gneisenau y York, a su derecha y a su izquierda, miran sin envidia su bravura guerrera. Bülow y Scharnhorst, que se hallan en el nuevo cuerpo de guardia frente a los tres bronces, están trabajados en mármol.

¿Por qué? Esto ya de niño me lo he preguntado y planteado, y ahora pienso que le da otro grado de heroicidad, una clemencia superior. Pero probablemente, toda vez que las dos primeras fueron expuestas antes que las otras tres, haya razones más plenas de sentido y más razonables. La Nueva Guardia, en la que ya nadie hace la guardia además de ellos dos, el bello *Castrum* romano de Schinkel con las poderosas columnas dóricas —sólo han quedado los armeros—, es todo un monumento y parte de la antigüedad. Es mejor así, pero algunos berlineses recuerdan con cierta nostalgia las horas en las que la guardia se hacía aquí.

Es entretenido leer lo que apuntó el francés Jules Laforgue, que, cuando trabajaba de lector de la emperatriz Augusta, servía en el palacio de las Princesas, que está enfrente de aquél, e igualmente tuvo oportunidad de contemplar este fenómeno. A él le gustaba ver a los jovencitos callejeros que esperaban junto a la verja y los gorriones que desde arriba se posaban en el relieve del frontón. Él describe cómo, desde la Puerta de Brandenburgo, se acercaba la tropa:

> Los pífanos tocan las ásperas y monótonas melodías que los jovencitos de la calle silban *en flânant*. Poco antes de llegar al Palacio (concretamente el del antiguo emperador más allá de la plaza de la Ópera), el tambor mayor hace una seña, los pífanos dejan de sonar y comienza la música. Es curioso el estandarte que va por delante de la banda de música. Imagínese una estrella plateada sobre la que planea un águila con las alas extendidas, encima del águila se agitan las campanillas de un *chapeau chinois* que, por su parte, lleva una media luna de cuyos extremos cuelgan dos colas de caballo, una alazán y otra blanca. A la altura de palacio los soldados hacen el paso de parada, en el que hacen retumbar furiosamente las suelas en el pavimento y miran con el cuello en tensión hacia la ventana del emperador. *L'heure culminante, l'heure militaire…*

También describe con detalle qué ocurría cuando la guardia hacía la maniobra de salida. En primer lugar la situación de descanso.

> Delante, entre la verja y el pórtico, en dos filas están situados cuarenta piquetes, todos con un soporte para el fusil. Estos piquetes marcan la plaza a cada uno de los soldados y facilitan la colocación exacta de las filas y las secciones. Van ataviados de los colores de Prusia al igual que las garitas. Finalmente se cuelgan un tambor, el pequeño tambor prusiano que suena tan seco. Un centinela, que no va de arriba abajo sino que está quieto, presta atención a su izquierda y a su derecha. Tan pronto como aparece un coche real, ya reconocible de lejos por los tirantes y el sombrero del cochero y el cochero por la posición del látigo señala que el coche no va vacío, el centinela se dirige al pórtico, se pone la mano a la altura de la boca y grita «Raus!» (abreviatura de «*heraus!*», «¡afuera!»). Todo continúa ordenado por filas y

secciones. El tamborilero se ha colgado su tambor de la cintura, el oficial se detiene preparado a saludar con el puñal. El coche pasa por delante. La guardia presenta armas, el tamborilero hace redobles. ¿Y quién se sienta en el coche? Dos gobernantas con niños reales en su regazo. Los tambores sólo suenan para la familia imperial. Para hacerle los honores a un general sólo sale media guardia.

Laforgue describe acertadamente el aspecto y carácter militar que esta plaza, la calle Unter den Linden y todo Berlín tuvieron en los años ochenta. En una ocasión se queda en un momento de torpeza involuntaria como en un sueño en la esquina de la calle Unter den Linden y la de Federico. Allí oye el ruido dominante en la calle: el de sables que se llevan a rastras. Estos tiempos en los que en Unter den Linden los cómicos y pequeños cadetes saludaban rígidamente, pues en todas las clases sociales se frecuentaba y se hacía el saludo militar, han sido ya —salvo en algunos casos— superados.

Todo el tiempo que nos paramos en la Nueva Guardia, échale también una ojeada al pequeño templete del arte de ahí detrás, parcialmente cubierto por los árboles. Ésta es la academia de canto de Zelter, el taller del amigo de Goethe, en el cual el maestro masón se convirtió en maestro de música. El pequeño busto de la pradera de delante del edificio es del profesor de Zelter y fundador de la asociación de la que surge la academia de canto, mucho tiempo antes de que ésta tuviera su sede en plena ciudad en esta casa agradablemente apartada. La vida de este hombre que se llamó David Christian Fasch la ha descrito con un alemán clásico por su rigor el propio Zelter. Y por su librito sabemos cómo el músico de la corte en la cámara privada de Federico el Grande y de su sucesor le dio clase y acompañó a una joven y exquisita *demoiselle* Dietrich. En la casa de esta noble melómana había a menudo dos o tres aficionados a la música; de ello surgió muy rápidamente un pequeño grupo vocal para el que Fasch compuso obras para cinco y seis voces. Esta compañía, que sólo se formó «como por azar» fijó ciertos días para realizar ordenados ejercicios de canto y creció con el ingreso de nuevos miembros. Finalmente la compañía recibió por parte del consejo de administración de la Real Academia una sala del edificio de ésta.

En el año 1796 el tesorero con una honesta y diligente acción hizo que por una módica contribución a la caja las mujeres de la compañía fueran recogidas de su casa y devueltas a ésta en coche.

Y pronto la academia de canto tuvo entre sus miembros y oyentes «a la flor y nata del bello Berlín. A la juventud y a la gente de edad madura, a la nobleza y a la clase media». A esta compañía y su sede artística, un tanto escondida entre los árboles, está ligada una buena parte de la historia de la música de Berlín de la época de Zelter y Mendelssohn y, aún más, un fragmento de la vida de la mejor sociedad berlinesa que hasta ahora ha habido: la de aquellos burgueses de los primeros decenios del siglo XIX con una vida relativamente limitada, en cuyos álbumes los mejores pintores dibujaban paisajes y los mejores poetas, con la escritura límpida y graciosa que caracterizaba la época, dejaban sus poemas. Ser un aficionado a todas las artes, ser un «diletante» en el buen sentido del término, era una costumbre social, natural y apasionada que de vez en cuando rayaba en lo patético-cómico, pero que participaba de la alegre unidad del sentimiento y el comportamiento y contribuía a perfilar la imagen de la ciudad. En esta época surgió del siguiente edificio, del antiguo palacio del príncipe Enrique, el hermano de Federico el Grande, la Universidad. Y los hombres que hoy están cómodamente sentados en sus sillones de mármol, los hermanos Humboldt, elevaron, ya fuera desde la cercanía, ya desde la lejanía de Roma o de ultramar, el nivel de exigencias espirituales y científicas de la sociedad berlinesa.

El edificio es el cierre norte de la plaza del Emperador Francisco José, que por aquel tiempo era una plaza junto a la ópera cuyo nombre era *Forum Fridericianum*. La mitad sur del edificio está flanqueada por la antigua biblioteca, hoy salón de actos de la Universidad y la ópera. El arquitecto jefe de Federico, el gran Knobelsdorff, hizo unos planos del palacio mejores de lo que luego fue construido. Él quería hacer en la ópera que está enfrente una construcción de templo y palacio y darle a toda la mitad norte de la plaza una forma tan monumental como tiene la ópera. Aunque su gran proyecto no se llevó a cabo, bajo la dirección de obras de Boumann el Viejo se hizo realidad algo imponente gracias a sus planos. Pero este palacio permaneció la mayoría de las veces vacío. Al príncipe no le gustaba Berlín y prefería quedarse en su *solitude* de Rheinsberg. En 1810 se fundó la Universidad Federico Guillermo, cuyo primer rector elegido por el senado fue Fichte. De los trescientos estudiantes que había el primer año, se llegó a

los diez mil con el tiempo. Si la ciencia ha ganado mucho con este crecimiento es algo que preferimos abstenemos de juzgar; sólo diremos tímidamente que hace dos o tres decenios era mucho más agradable estar en las aulas del *Alma Mater*. Todavía no había tantas caras de personas preocupadas por los exámenes. Tampoco estaba el jardín delantero tan lleno de hombres famosos de mármol y de bronce que ni tienen la noble serenidad de los simpáticos Humboldt, ni el dinamismo en piedra que tienen las nuevas estatuas de Savigny y de Fichte que hay delante del Aula Magna. Este edificio, otrora biblioteca, lo mandó construir Federico el Grande según un modelo vienés, concretamente según el proyecto de fachada del gran Fischer von Erlach. La tradición popular lo llama «la vieja cómoda», y una anécdota cuya verdad es dudosa nos dice que el rey le presentó a su arquitecto como modelo un mueble rococó abombado. Esto armoniza con la historia que la tradición cuenta de la iglesia de Santa Eduvigis, circular y similar a un panteón, que está en la parte de detrás de la plaza. En una ocasión los católicos de Berlín llegaron ante el viejo Fritz y le pidieron que les hiciera una bonita iglesia en su ciudad. El rey que tomaba sentado el desayuno, estaba de buen humor y con buena predisposición. Cuando ellos después le preguntaron qué aspecto tendría la iglesia cuya construcción les había prometido, tomó Federico su taza de café, la volvió boca abajo y dijo: «Éste debe ser su aspecto». Así ocurrió que el arquitecto hizo una iglesia circular a la que proveyó de una cúpula también circular. La linterna y la cruz que vemos sobre la cúpula provienen de los años ochenta del siglo pasado. De esta época también proviene la fabulosa cobertura verde de la cúpula, una de las más cálidas manchas de color en la todavía demasiado gris imagen de Berlín.

En nuestra Ópera, la obra maestra de Knobelsdorff, los siglos y las personas han provocado cambios y no todos para su bien. De todos modos podemos alegramos de que en la última reforma se derribaran las horrorosas escaleras de hierro que el último dueño imperial hizo instalar para la protección contra el peligro de fuego, y que, como Mackowsky dice, «le daban al noble edificio el aspecto de una construcción para ejercicios de entrenamiento de bomberos».

La Ópera fue inaugurada en el año 1742 con *César y Cleopatra* de Graun, uno de los artistas predilectos de Federico. El rey, que participó de la forma más activa en la representación, solía situarse detrás del director de orquesta, tenía la partitura delante de él y la revisaba atenta y aplicadamente. «Realmente es tan buen director general de música aquí como generalísimo en el campo de batalla», dijo un contemporáneo. Él hizo representar muchas obras francesas en consonancia con su gusto. Recordemos que aquí se representaron obras como *Le mercure galant* y *Le Cadi dupé*. Ahora, en tiempos posteriores, se oyen obras musicales más significativas que lo que pudieron ser aquellas óperas. Pero los reyes y emperadores no han vuelto a mirar en el atril del director de orquesta. En lugar de ello tenemos en el piso de arriba estudiantes del conservatorio sentados con la partitura abierta y siguiendo todas las notas, nosotros de jóvenes nos sentábamos junto a ellos y podíamos mirar. La vieja ópera y esta vieja plaza nos son muy queridas a los niños berlineses a pesar de todas sus modificaciones. Después de que se quitaran el monumento de la emperatriz y sus espacios verdes, la plaza con su vacío pavimento despierta a menudo y claramente la imagen de los tiempos antiguos. Uno puede imaginarla como nos la muestran los grabados de alrededor de 1800, puede hacer pasear por el adoquinado a viejos señores con tricornio y medias junto a jóvenes en frac, que por aquel entonces estaba de moda, y con botas de piel vuelta acompañando a señoras con vestido estilo imperio de talle alto y un gran chal.

Puerta con puerta con la «cómoda» está el palacio del emperador Guillermo I un discreto palacio de príncipes. Guillermo I, ya en su juventud, fue un administrador ahorrativo, por lo que el arquitecto que en los años treinta le reformó esta casa al príncipe de Prusia, que antes era un palacio privado, hubo de alejarse de todo adorno innecesario. Como siempre se dice que dentro no parece haber nada de particular, no he entrado nunca, hasta que leí las descripciones berlinesas de Laforgue. Recuerda con tanta delicadeza la tranquilidad de estas habitaciones en las que sólo vivía la pareja real con media docena de mujeres de la cámara de la emperatriz, mientras que el resto de la corte residía en el gran palacio, en el palacio de la princesa y en el palacio holandés que estaba cercano.

Cuando él se dirigía a la morada de la emperatriz para leerle algo y entraba en el palacio, oía el tictac de los relojes y la caída de las gotas de agua en el invernadero. Todo el día duraba la tranquilidad, que sólo quedaba interrumpida durante algunos minutos por el sonido que hacía al entrar un ordenanza que siempre se anunciaba previamente. Entonces leía a la princesa lo más importante de los periódicos de París: *Le temps*, *Les Débats*, *Figaro*, así como de la *Revue des deux Mondes*; también le leía a veces novelas y libros de memorias. Pocas veces llegó a ver al emperador. La pareja real vivía bastante lejos entre sí, bajo el mismo techo. A las damas de la corte oyó decir que el viejo señor era «una joya» y que cuidaba y respetaba a su esposa, que tenía los nervios muy sensibles, como a un ser superior. Aunque había controversias y Augusta demostraba mucha vehemencia, Guillermo decía comprensivamente: «Vuelve a despertarse su sangre rusa». La mayoría de las veces ella estaba rendida y posaba su mano larga y pálida sobre la frente. La vieja dama era muy refinada y no muy popular. Los berlineses decían: «No es de aquí». Lo que cuenta Laforgue me hizo sentir curiosidad por la vida íntima de ambos ancianos, y por eso entré allí con un grupo de visitantes. Nos dieron pantuflas de fieltro para caminar y los más curiosos, que lo observaban todo como si tuvieran la intención de alquilar el palacio, se convencieron con discreción —atendiendo a la guía que representaba al casero (tal vez estuviera de viaje o tal vez viviera al lado)— del estado de las habitaciones y dudaban de cuáles eran los objetos que eventualmente podrían llevarse consigo.

Sí, allí estaba realmente el despacho de trabajo con la ventana en la esquina por la que el emperador se asomaba cuando la guardia pasaba por delante. Siempre que oía la música, en medio de una conversación solía ponerse el abrigo abotonado encima del chaleco blanco y llevar preceptivamente prendida entre las charreteras del uniforme la Orden *pour le mérite*. Es la misma orden que vemos en muchos retratos de sus contemporáneos; ésta ofrecía un buen aspecto junto al cuello de estos hombres respetables, que se comportaban tan íntegramente que hoy apenas se puede pensar que sea posible hacerlo así. Se cuenta de uno de ellos que poco antes de morir evitó apoyarse en su silla y explicó a sus parientes que no quería hacer eso porque podría convertirse en una mala costumbre. Al

igual que este hombre, su viejo rey se mantuvo en pie entre todos estos incómodos muebles que inundan su despacho. Todavía se conserva en el estado en el que él lo dejó, para dejarse caer muerto dos puertas más allá en un modesto cuarto al que la sombra del edificio vecino oscurecía la luz. Las mesas, los estantes, los aparadores *vertikow*, la silla y la mesa están cubiertos de recuerdos, carpetas y libros. El viejo señor mantuvo todo esto a su lado, se orientaba por todo este conjunto de cosas con estricta exactitud.

Raras veces un viejo moribundo como este simpático anciano ha recibido, enmarcados y como pisapapeles, una cantidad tan grande de fotografías, vasijas, cojincillos y estatuillas sin valor y sin gusto y las ha guardado con tan conmovedora piedad. Lo que no cabían ya en la mesa o en la pared lo había amontonado en el suelo y allí está todavía. Creo reconocer los óleos tan detalladamente acabados y las pinturas sobre porcelana, la campesina romana con los brazos en jarras, la muchacha de los Alpes de aspecto virtuoso con el corpiño adornado de galones y la dulce cara ovalada bordeada por los rizos de su cabello, la miniatura que presenta un pequeño príncipe con pantalones cortos por debajo de su levita y una corona en su mano. Y más allá la mujer con el pelo suelto que sueña delante de una flor está muy bien situada entre los abuelos y los tías abuelas. Y sobre los cojines de la buena habitación la mayoría de las veces había fundas del tipo que encontramos aquí. Sólo que aquí las pequeñas coronas están bordadas porque el ciudadano residente en este lugar era rey. En la habitación contigua vemos encarnado en persona el antiguo cuento de Thumann. En un marco de terciopelo, mira de reojo y, con la blancura resplandeciente de su codo izquierdo sosteniendo su cabeza, se sume en la oscuridad del bosque. En el saliente de la librería hay fotografías de miembros de la familia como recuerdo de fiestas de disfraces, el íntimo baile de máscaras de las buenas familias. Y en el mismo saliente se le sirve al emperador el segundo desayuno, que se toma de pie. De la biblioteca sube una estrecha escalera de caracol a las habitaciones de arriba. Estos fatigosos escalones los subía Guillermo I todavía en avanzada edad para llegar a las cámaras de su esposa. Tomamos ya hacia un camino más largo y más cómodo, vamos a través de la sala de conferencias, donde, sobre una de las sillas con el águila prusiana tallada en la parte de detrás, Bismarck hubo de sentarse algo

incómodamente cuando tuvo que insinuarse a su apreciado señor como fiel servidor de su política. Vamos por la escalinata de mármol, allí las victorias de Rauch elevan sus coronas, son diosas pacíficas y graciosas de guerras que acabaron hace mucho tiempo. Arriba las habitaciones de la emperatriz son más solemnes y fastuosas de las que aquí hemos dejado. Ya como princesa Augusta se ocupó de los interiores y se dice que con ella se echó a perder un decorador. Nosotros, extranjeros, vamos algo anonadados por la presentación y el gusto de estas luminosas habitaciones, por la malaquita y el alabastro de los tradicionales regalos rusos; miramos mucho por la ventana y volvimos a despertar cuando vino a nosotros un eco que por azar, por así decirlo por equivocación, quedó aprisionado aquí cuando se construyeron estos muros. Algunos individuos quisieron comprobar tímidamente lo que nuestro guía toleró con una sonrisa.

El guía de nuestra gira despachó está siempre noble casa con un par de palabras para así referirse con más detalle a las horribles «moderadas formas barrocas» de la enorme y nueva biblioteca municipal. Allí, sobre la puerta, entre sus abuelos con peluca y con coleta, se puede ver al último príncipe Hohenzollern representado por un busto con los bigotes retorcidos. Dentro hay una increíble cantidad de libros y una gran colección de manuscritos, secciones de música y de mapas, discos de gramófono con grabaciones en doscientos idiomas, todo tipo de departamentos que se pueden visitar. Lo mejor es sentarse detrás de una muralla de libros en la sala de lectura circular y observar a los diferentes hombrecitos y mujercitas que estudian, toman nota, desayunan y sueñan en círculos concéntricos alrededor de un centro que está vacío.

¡Ah!, desayunar. Ya hemos llegado de nuevo ante el viejo Fritz y a nuestro punto de partida. ¿No estaría bien que nos fuéramos a la patriarcal bodega de Habel que está en esa bella casa centenaria, sentamos a una de esas mesas bien barnizadas y estudiamos las gran carta de vinos? Desgraciadamente tenemos que seguir la gira, nuestra lección todavía no ha acabado. Sólo podemos echarle una rápida ojeada a las vasijas, máscaras y vides que hay sobre la entrada.

Para hacerle todos los honores a la calle Unter den Linden —que todavía tiene sus cuatro filas de árboles, bonitos comercios, embajadas,

ministerios y bancos en medio de la capital— y para vivir en el presente lo pasado, hay que citar todas sus épocas desde que el gran príncipe elector la prolongara como avenida de las afueras que condujera a su finca de caza. Para informarse acerca de la época de Fritz, hay que leer la excelente descripción de Friedrich Nicolai de la capital, Berlín, y del sitio real, Potsdam. Allí se describen todas las casas de la calle, posadas como la de Ciudad de Roma, que luego fue Hotel de Roma; la esquina de la callejuela del establo, que hoy es la Charlottenstrasse, cuya reforma tuvo que hacer sitio recientemente a casas y oficinas; palacios como el del margrave de Schwedt, con la mención de todos sus dueños, del que luego se construyó el viejo palacio del emperador; o el de la princesa Amalia de Prusia, abadesa de Quedlinburg, junto a la Wilhelmstrasse, donde actualmente tiene su sede la embajada rusa; o el de un tal Von Rochow, o el del conde de Podewil, etc. Además hay que contemplar, en el museo de la Marca, el famoso friso de los tilos, que reproduce todas las casas de Unter den Linden del año 1820. Si pones al lado una foto reciente con las rampas de entrada del Hotel Bristol y Adion (su última reforma no deja ver el excelente palacio de Redern), junto al imponente Ministerio de Cultura y los viejos edificios bien conservados de otra época dentro de los que hay famosas y antiguas tiendas y almacenes, quizás te ocurra como a Varnhagen que, acerca en un paseo de ida y vuelta por los tilos al portón, anotó lo siguiente:

> La visión despertó en mí una gran serie de imágenes del pasado y el futuro, un magnífico desarrollo de la historia, que llevaba como el oleaje del mar al pequeño barco del propio ser.

También son recomendables los tilos como un paseo para sentir la alegría de vivir. Así, junto a los famosos versos de Heinrich Heine: «No me comprometas, mi bello niño / no me saludes bajo los tilos» (bajo los tilos: *Unter den Linden*), hay testimonios de poetas menos conocidos, por ejemplo la *Berlinada* o *Canción de los tilos* de un tal F. H. Bothe, que cita el último bello calendario berlinés de Adolf Heilborn:

> Bajo las acacias
> gustan de pasear las gracias
> y la más bella de las muchachas
> podrás verla bajo los tilos,

en Berlín, en Berlín,
cuando los árboles vuelven a florecer.
Los amados van del brazo
solos entre la multitud,
y se dice que cogerse de las manos
y un roce de sus labios los embelesa,
en Berlín, en Berlín,
cuando los árboles vuelven a florecer.
Bajando y subiendo bajo los tilos
peregrinan al paso o al trote,
bellos señores y guapos señoritos,
grandes locos y pequeños loquitos,
en Berlín, en Berlín,
cuando los árboles vuelven a florecer.
No es tal vez aquella mamá,
también papá de pronto está allá.
Y es que no es tan frecuente encontrarse.
¿Y por qué aquí sí? Es que aquí se sabe vivir,
en Berlín, en Berlín,
cuando los árboles vuelven a florecer.

Un fragmento de las canciones cómicas de un llamado Karl Müchler del año 1820 ofrece curiosas variantes de esta canción:

Bajo los tilos, como sabéis,
merodean los que dicen: psst,
siempre corazones de modistilla
encontrar podrás bajo los tilos,
en Berlín, en Berlín,
cuando los árboles vuelven a florecer.
Por ocho monedas, mamá,
en la casa de ahí atrás,
al señor y a Juanita
les alquila habitación, luz y camita,
en Berlín, en Berlín,
cuando los árboles vuelven a florecer.

En qué medida desde entonces se ha mantenido intacto el carácter de nuestro respetable paseo principal o se ha modificado es un problema que les dejamos afrontar a experimentados investigadores de la historia de las costumbres. Preferimos quedamos en la mera contemplación del presente.

El extranjero curioso se interesa sobre todo por la famosa esquina con la calle Federico y pregunta por los cafés Bauer y Kranzler. Ahora bien, el Bauer ya no se llama Bauer, sino simplemente Café Unter den Linden, las buenas pinturas murales dionisíacas y elíseas han desaparecido y de hecho hay más movimiento en el Café König —con lo que no se quiere decir nada en contra de lo agradable de una estancia en el café Unter den Linden, ¡más bien al contrario!—. ¿Y el Kranzler? Allí están todavía los curiosos barrotes de hierro y las cadenas en los cuales los elegantes oficiales del antiguo regimiento de *Gens d'armes* colgaban sus ajustados pantalones en la época de la reina Luisa. Pero desde sus últimas reformas ha perdido su antiguo *cachet*, con lo que tampoco quiero decir nada contra los pasteles que allí se pueden degustar.

De la calle de Federico, a la que rápidamente echas una ojeada tú, extranjero, no quiero decirte nada. Debe reservarse a un paseo vespertino el ver todos sus antiguos, anticuados y todavía vivos secretos y evidencias.

Pero bien me gustaría pasar por debajo del arco y entrar en la pequeña calle de la muralla. Es pasado conservado en estado puro la visión de los abovedamientos de las puertas desde la parte interior de este antiguo mundo de piedra, que es más un pasaje que una calle, la de la rotonda aneja, la de las rejas del balcón, la de la galería de vidrio en voladizo, el gris claro y el café con leche de las casas del vecindario. El arco actual te lleva a la «Central de las transacciones financieras alemanas», en la calle de la muralla y los aledaños. Sobre todo encuentras allí los sólidos edificios del Banco Alemán, que están unidos por «puentes de los suspiros» de nueva construcción.

Después de haber pasado por delante de pequeñas casas de aspecto noble, que se mantienen dignas con sus marcos de ventana clásicos entre sus más nuevas y más grandes vecinas, y por delante de filas de automóviles particulares de calidad aparcados en mitad del dique, hemos llegado a la plaza de París. La forma de esta plaza con la puerta que la cierra, la fachada en retroceso del palacio simple y el fresco verdor de su césped a la derecha y a la izquierda preservan la tranquilidad de un espacio cerrado que el ruido y el movimiento circundante no pueden perturbar. Es agradable el estilo unitario del edificio que sólo queda interrumpido por el

palacio Friedländer, mientras que el barroco de la embajada francesa se integra bien en el conjunto. Y es agradable saber que aquí, junto a las academias, embajadas, los ricos y la nobleza, vivieron un pintor y un poeta.

La Puerta de Brandenburgo, con sus dos templetes que Schinkel añadió al soberbio edificio del viejo Langhans, es una copia de los Propileos atenienses —algo inexactamente, y, como dice el arquitecto sólo según descripciones de sus ruinas—, pero con su recto y robusto gres, le parece a nuestro gusto más de estilo viejo prusiano que de la antigüedad. Es la puerta de Berlín. Y con la Victoria que conduce su cuadriga, nosotros, niños de aquí, no pensamos sólo en aquella vez que Napoleón la mandó retirar y en su victorioso retomo, sino también en el papel que desempeña en el «cumpleaños del diablillo», en el encantador cuento berlinés de Walther Gottheil, en los que el gran príncipe elector, el estanque de los peces del oro y el Spree son tan inolvidablemente inmortalizados.

Ahora bordeamos la plaza por delante de la puerta. No mires, por favor, a las balaustradas de mármol, bancos, saltos de agua y personalidades principescas que debemos a los arquitectos y maestros de obras guillerminos. ¡Considera este estridente blanco ante el encantador verde como un deslumbramiento y una agresión para los ojos! Te prometemos que, con la ayuda de Dios, la próxima vez que vengas a Berlín se habrá quitado de en medio a la malograda pareja imperial de Federico III y su esposa Victoria. Mira los bellos árboles y arbustos de la avenida. Pero allí vuelve a brillar irritantemente el estridente mármol en la pradera, y ahora estamos ya en la avenida de la Victoria. Allí, a la izquierda y a la derecha hay treinta y dos monarcas brandemburgueses y prusianos, y detrás de cada uno hay un banco de mármol, y en cada banco se sienta… —No, ahí no se puede sentar nadie, está muy frío—, sobre cada respaldo están apoyados dos Hermes que representan a sendos contemporáneos del monarca en cuestión. Da igual, nuestro coche sigue ininterrumpidamente pasando por toda la fila y se te van diciendo los nombres. ¿Habremos conseguido quitar esto de en medio para la próxima visita? Berlín está ahora muy ocupado en lo relativo al trabajo de limpiar espacios, pero el mármol labrado no debe de tener mucho valor. Habría que poder vender el material. ¡Treinta y dos monarcas con sus bancos y sus contemporáneos! No sé cuál puede ser la

solución. Quizás te hagas una idea de lo bonita que era esta avenida cuando se prolongaba hacia arriba y llegaba a la antigua y brava Columna de la Victoria y hacia abajo a la calle de la Victoria. Así hemos trazado una cara que lleva hasta Federico *dientes de hierro*. Aquí estamos en la plaza Kemper, y ése debe ser, porque no tenemos ninguno viejo, el nuevo Rolando de Berlín. Aquí, a la vuelta de la esquina, podríamos ir al lujoso Café Schottenhaml (cuando se oye este nombre, se piensa en algo agradablemente muniqués) y arriba está el gabinete de porcelana, vieja muestra de la manufactura berlinesa. Pero nuestro coche gira y se ocupa de la segunda fila de dieciséis del grupo de treinta y dos. Allí le echamos una ojeada a Otto el vago, el único de estos señores que disfruta de cierta popularidad. Él tiene una forma muy simpáticamente enfadada de participar de modo negligente en la representación. Y, ahora, extranjero, ¡persevera hasta que lleguemos a la Columna de la Victoria! No es precisamente bonita, esto no se puede replicar. En todo caso, la alta columnata con sus cañones recuerda a un junco de la especie «cola de caballo». Y estos juncos son bonitos. Y el conjunto pertenece a nuestra caja de juguetes de Berlín. Has de reconocer que la columna, a pesar de los cañones, tiene un aspecto muy inofensivo. Si te gustan las vistas circulares aquí hay una marcada con estrella por la guía Baedecker, allí puedes ver todo el Tiergarten en dirección sur y oeste, hacia el norte Moabit, y al este, más allá de la cúpula del Reichstag, podrás volver a observar lo que ya hemos visto de cerca.

Algo menos inofensivo es allí el gigante sobre el zócalo rojo, que tiene el activo patetismo de Begas. El coracero en bronce, sin duda su obra más trabajada, con el puño sobre el documento fundacional del Imperio, contempla, además de todo lo conquistado, las lejanías que no se han conquistado, pero que están situadas después de aquello. Él hace poco caso del pueblo que está en su zócalo, del Atlas con su bola del mundo, del Sigfrido de la ópera con su espada imperial y de las diversas damas que representan la prudencia y el poder estatales. Y el robusto edificio del Reichstag, que está detrás, parece inclinarse con sus cúpulas y sus torres. La cúpula del Reichstag no llegó a ser tan alta como planeó el arquitecto Wallot. Pero, aun así, como ha llegado a ser, esta fiera gigantesca rugiente y atrapada tiene una belleza ingente, y para la época en la que se erigió fue un

considerable logro. ¿Te gustan las vitrinas con las águilas imperiales?, ¿los frescos de ciudades y paisajes?, ¿las virtudes cardinales?, ¿los emperadores en mármol y en bronce?, ¿los tapices de cuero repujado de los mejores vagones restaurantes del mundo?, ¿ricos ornamentos del renacimiento o damas alegóricas?, date una vuelta por el transepto, por las salas de lectura, la gran sala de conferencias, el área de descanso, los vestíbulos y las salas de comisión. De todas formas se emplean tres cuartos de hora. Si tienes algún amigo entre los diputados o entre la gente de la prensa, dile que se agencie con una entrada para la tribuna para ti y ten la experiencia de asistir a una sesión parlamentaria. Allí tendrás que prestarle atención a todo para no confundir a la derecha con la izquierda. Como ciertas instrucciones de escena, está considerado desde el punto de vista de los actores, no de los espectadores. Vamos, oriéntate bien, y no confundas a los comunistas con populares, y viceversa. Siguiendo las imágenes de los periódicos, los semanarios cinematográficos y las caricaturas, podrás reconocer a nuestros grandes y pequeños políticos y esto provoca placer. Por lo demás te recomiendo la lectura de algunas páginas del libro sobre Berlín de Eugen Szatmarin. Te introduce de una forma muy viva en este mundo en el que me encuentro algo ajeno.

No muy lejos del lugar donde en Berlín se erigió un Bismarck, hay un Moltke y, entretanto, tal vez quepa contar con un Roon. Nuestro coche te hace pasar por delante de ambos monumentos y, yendo de uno a otro, por la ópera de la ciudad hace algunos años reformada, que, en una ocasión, como ópera de Kroll, estuvo en un jardín exterior.

Este establecimiento tuvo una época especialmente brillante cuando todavía estaba en boga la luz de gas. Entonces el jardín estaba iluminado «de fábula», tal y como no podemos imaginarnos nosotros, desencantados contemporáneos de la semana berlinesa de la luz, de la AEG y de las lámparas OSRAM. Por aquel entonces, la luz atraía a este lugar como lo hace al Jardín de París y al Bal Mabile.

Pasamos por delante del Ministerio imperial del interior, que previamente fue cuartel general y casa de Moltke —allí hay una sala en recuerdo de Moltke—, y yendo por la calle de las alosas, por un tramo de la orilla del príncipe heredero, cruzamos el puente. Allí, a la derecha, redondo

y blanco, está el Teatro de Lessing. Y ahora el impresionante puente colgante del puerto Humboldt, a cuyas orillas se une al norte el comienzo del canal fluvial de Spandau, el camino fluvial hacia el Oder. De pronto surge una de las más simpáticas y viejas estaciones de Berlín, cuyo nombre lo recibe de la pequeña ciudad de Lehrte, pero los trenes no llevan allí, sino a Hamburgo. Éste es un bonito viaje por la planicie del Elba, los grandes bosques y campos de Mecklemburgo y la Baja Sajonia. Con las viejas cúpulas de cristal y toda la serie algo desordenada de edificios, panoramas y restaurantes ajardinados que lo rodean, se ve el parque de exposiciones al pasar con el tranvía. Antes, en verano, cuando la gran exposición de pintura llenaba las salas, era un punto de encuentro. Ahora está un poco pasado de moda, como detenido en su propio pasado, superado por nuevas actividades. Moabit, con su juzgado de lo criminal, la prisión, su lechería Bolle, las centrales eléctricas, constituye un capítulo por sí mismo. Volvemos a cruzar un puente sobre el Spree y llegamos a las «tiendas de campaña».

Allí se han instalado grandes restaurantes ajardinados, donde anteriormente había auténticas tiendas de campaña. El viejo Fritz asentó allí a colonos franceses, para que montaran tiendas de lona y vendieran degustaciones a los paseantes. Más tarde hubo aquí kioskos desde los que se tocaba música. En los días de marzo de 1848 el pueblo revolucionario se reunía en tomo a los kioskos, debatía propuestas para el rey referentes a la libertad de prensa y expresión, la representación popular, etc. Durante un tiempo se les dejó discutirlas, pero luego se los echó de allí con escuadrones de caballería. Todo se llevó a cabo con moderación y contención. Varnhagen cuenta acerca de las calladas masas que, en la oscura noche, fueron, pasando por la Puerta de Brandenburgo, de las «tiendas» a sus hogares. También en los días de noviembre de 1918 una multitud pasó calladamente por delante de los jardines de los grandes restaurantes y de nuevo las «tiendas» volvieron a ser la sede de una contenida y moderada revolución. En general, hoy en día hay pacíficas diversiones pequeñoburguesas con mucha música, representaciones, danza y los sólidos platos de «los pucheros de la tiendas» y «la comida del clan» o cenas frías que se traían preparadas. Aquí se bailaba decentemente; también las

representaciones eran bastante inofensivas. Por eso sigue habiendo aquí, en plena ciudad, una especie de zona de excursión para la innumerable multitud de familias, grupos y asociaciones pequeñoburgueses de Berlín. Pertenece al más bello y sereno Berlín la calle que, en la prolongación de los restaurantes, se estira a lo largo del Tiergarten. Pero esto no puede verse al pasar: hay que vivirlo de día y de noche. Aquí se vive de forma más tradicional y más íntima que en las conocidas calles del borde sur del Tiergarten. Con una rapidez cruel, nuestro coche pasa en tromba por el puente del Spree, dejando a un lado el jardín y el palacio Bellevue, y llega hasta la Gran Estrella. El Bellevue: en otro tiempo había que otear desde su muro para ver si por allí paseaban los pequeños hijos de los príncipes. Ahora puede uno pasear por las avenidas del viejo jardín, contemplar la sala circular que está a la misma altura del edificio lateral y, de esta manera, pensar en las fiestas reales del estío, descifrar las inscripciones de las tumbas del jardín, mirar hacia arriba la tradicional calle berlinesa que se llama avenida del Puente, en la que en balcones que se están desmoronando se pueden ver las flores de las viejas damas. En la terraza de palacio hacia el lado del jardín se sentó muchas veces en sus últimos años el comilón y triste Federico Guillermo IV. Quizás dibujara allí sus románticos proyectos de jardines, tal y como pueden verse en el museo de los Hohenzollern, recibiera a sus ministros que dudaban acerca de su estado mental y soñara en su perdido imperio, en el que «no debía haber ni una sola hoja de papel entre él y su pueblo», mientras que los liberales berlineses hablaban del parlamento y la libertad.

En tiempos del gran Federico, Knobelsdorff, el maestro constructor de Sanssouci, tenía aquí una lechería y una granja. Después de morir, ésta pasó por diversas manos, hasta que llegó a ser propiedad del príncipe Fernando, hermano de Federico y de menor edad que él. Para aquel Boumann el joven, se contruyó el palacio; el adornado pabellón con sus columnas corintias es obra de Schinkel.

Mientras pasamos por la Gran Estrella, la fuente de Hubertus y los grupos de caza, muy buenos bronces contra los que no se puede decir nada, intento imaginarme cómo sería esta plaza en tiempos antiguos, cuando estaban por aquí los auténticos guardias del parque de la cruz del camino de

los cazadores. Eran dioses de los jardines que más tarde se dejaron ver por la alta sociedad. ¡Oh!, ha habido muchos Tiergarten berlineses y muchas Grandes Estrellas antes de ésta en la que se desencadena el tráfico vial y en la que hace poco, como símbolo del luminoso Berlín, resplandecía una torre iluminada.

Subiendo por el camino de Charlottenburg, muestro rápidamente a los extranjeros por dónde lleva en la pradera el camino hacia el viejo restaurante ajardinado Charlottenhof. Éste era una bonita casa particular y es ahora uno de los pocos cafés que se encuentran en el propio Tiergarten que invitan a quedarse en él. El berlinés no ha conseguido implantar ni en su parque ni en la fronda iluminada cierto lujo y bienestar. ¡Qué hubiera hecho París con lugares tan bien situados como el Charlottenhof o el embarcadero del lago nuevo!

En la estación de la ciudad de Tiergarten encuentras en un pequeño escaparate las fuentes y los platos que allí muestra la manufactura de porcelanas. Te recomiendo encarecidamente que dediques un par de horas libres a la visita de la fábrica cercana. Esto es un fragmento del mejor Berlín antiguo. Aquí, a lo largo de un tranquila orilla se bifurca la calle de Wegely, llamada así por los fundadores privados de la manufactura, y nos lleva hasta los edificios de administración. Mientras que las salas de venta y exposición en la calle de Leipzig son conocidas en general, este retirado complejo, con su museo y todas las salas y habitaciones en las que están dispuestas las porcelanas, es mucho menos famoso y visitado de lo que se merece. Por el patio ajardinado, vamos pasando por delante del edificio desprovisto de adornos y por una puerta hacia la fábrica, cuya construcción todavía tiene un atractivo histórico. Allí se nos hace ver todo el trayecto que sigue la porcelana desde la tierra aluvial hasta el taller del pintor de flores. En los bajos sótanos fangosos van haciendo lentamente poso las partes sólidas de la viscosa masa en un gran sistema de vasos comunicantes; por ellos pasa lo líquido, que es depositado en recipientes en los que se separan las partes más finas del agua. La «tierra de Halle» se convierte en feldespato, que ante nuestros ojos es introducido en enormes molinos de muelas verticales que lo reducen a trozos grandes y en molinos de tambor a polvo. Toda la masa continúa su tratamiento, pasa por presas de filtro y

batidoras, la forma moderna de los antiguos bancos de amasar. Sobre mesas redondas es puesta bajo una rueda de amasamiento. Podemos ver a los formadores de escayola y a los trabajadores en los tornos. Visitamos las cálidas y luminosas habitaciones donde se deja que se sequen los objetos a los que se han dado forma, hasta que estén listos para pasar por el homo por primera vez, las cámaras crematorias de los hornos de gas, los estantes del horno circular, el compartimento de la alta cocción y de enfriado y el taller donde las vasijas se esmaltan. Es un extraño submundo, mitad homo, mitad de camino al martinete. Finalmente nos quedamos un rato ante los pintores, que con sus pinceles puntiagudos siguen hoy en día pintando flores con pintura metálica que se transforma al pasar por el homo. Se nos muestran los platos y las fuentes en todos los estados, antes y después de pasar por el homo, antes y después de su estancia en las muflas, en las que a fuego lento se van fundiendo los componentes líquidos de la pintura.

Un amigable bibliotecario nos lleva a las salas de lectura y nos deja consultar las órdenes reales del viejo Fritz, que, como dueño de la fábrica, cuidaba de todos los detalles en su *Porcellainfabrique*. Todas las noticias importantes debían pasar por sus manos: él las proveía de sus recordatorios. Era un buen vendedor y sabía presentar su mercancía. Si los judíos querían asentarse, abrir un negocio o casarse, tenían que comprar porcelana real. Al filósofo Moses Mendelssohn, cuando ya tenía un gran renombre, le fueron endilgados veinte enormes monos de tamaño natural. Por medio de grandes regalos, que él hacía con ayuda de su fábrica de porcelana, el rey aumentó su fama. Mundialmente famoso es el centro de mesa que ricamente adornó a la emperatriz Catalina II de Rusia. Bajo la tutela del rey la empresa prosperó, se abrieron nuevos hornos y los adelantos técnicos de principios del siglo XIX favorecieron a la fábrica real. Ciertamente tuvo que soportar las difíciles situaciones económicas por las que pasó Prusia, pero mantuvo durante todos los tiempos la calidad artística y el estilo peculiar de sus productos. Un paseo por las salas de exposición de aquí, ampliado por una visita a las salas comerciales de la calle de Leipzig que deben a Bruno Paul su nueva distribución interior y a él y a artistas como E. R. Weiss, Renée Sintenis, Edwin Scharff, Georg Kolbe su decoración, nos muestra la porcelana berlinesa a lo largo de todos los períodos estilísticos como fiel

imagen del gusto de la época. Allí están los angelotes y las parcas del rococó, los grupos alegóricos como el *Agua* en figura de pastora y con una minúscula jarrita o Cupido como caballero. Después de ver las más pintorescas flores de la época del nuevo servicio de palacio y del servicio de la ciudad de Breslau con su luminoso azul oscuro, aparecen los bellos dibujos de los *bouquets* estilo imperio, las Gracias de estilo clásico, las tazas de café, sus adornos que siguen modelos de los estilos griego y etrusco, los delicados en *biscuit* según esbozos de Schadow, los bustos de Luisa, la bella forma de las vasijas con asas según dibujos de Schinkel. En el palacio de la ciudad de Berlín, en el palacio Monbijou, en Potsdam, pero también en viejas colecciones familiares encontramos estas formas y estas figuras.

Allá donde la calzada de Charlottenburg craza el Landwehrkanal, se eleva un edificio de forma algo complicada, que probablemente deba ser apartado para que aquí surja una nueva ciudad. Para el sentimiento hay tan pocas fronteras aquí como en cualquier otro sitio. Como un hermano, Charlottenburg ha tomado prestado de su vecino mucha ciencia y arte; por ejemplo, a nuestra izquierda la escuela técnica profesional. El sólido edificio celebra con todo el esplendor de las columnas, las comisas y las esculturas un mundo que no tiene nada que ver ni con columnas, ni con comisas, ni con esculturas. En el vestíbulo al *demón* del vapor se le ha dedicado un monumento de bronce representado por un héroe del Renacimiento. Un pequeño tramo más allá, la calle de Berlín hace un acodamiento al que se le llama la rodilla de Berlín. Ya Fontane dijo de esta rodilla: «su redondez es hoy en día carente de atractivos». No se ha hecho mucho más atractiva desde entonces. Y su forma desaparece en el gran batiburrillo de automóviles y tranvías que cruzan pasan por la intersección de varias calles. La más tranquila de todas estas calles sigue siendo la continuación de la calle de Berlín. En ella, junto a las nuevas, hay una serie de pequeñas casas antiguas más pequeñas, procedentes de la época en la que el camino de Berlín hacia Charlottenburg era una excursión, un viaje en coche de caballos. Desde la Puerta de Brandenburgo se partía en coche y ya se adentraba uno en el campo. Se ocupaba una vivienda de verano en las idílicas casas que estaban por el camino y que unían la capital con la

residencia de verano que había creado el primer rey de Prusia para su esposa en el pueblecito de Lietzow y que, según el nombre de ella, se llama hoy Charlottenburg.

La llegada ante el bello palacio de esta reina está algo dañada por un gran monumento ecuestre del emperador Federico con edificios adyacentes que datan de 1905 y dioses sobre los pilones. ¡Olvídate de ello! ¡Se recomienda al público que se proteja de las amenazas de esta plaza! Frente al palacio hay dos agradables edificios con cúpula, que —¿quién lo diría?— fueron otrora cuarteles. Estos edificios recuerdan a la algo indefinida arquitectura de jardines que dibujara el romántico Federico Guillermo IV, y miran orgullosamente a la cúpulas del Eosander que tienen al dios de la danza en todo lo alto.

En el palacio hay habitaciones estilo imperio, bellas pero algo vacías, pertenecientes a la reina Luisa con muchos sillones sin ocupantes y las graciosas estufas de cerámica. En el ala este, que construyó Knobelsdorff para Federico el Grande, hay una gran sala de baile que se llama la «galería dorada». Y una fastuosidad más antigua se encuentra en el ala del jardín, en las habitaciones, en la capilla y en la cámara de porcelana del primer rey. Desgraciadamente se seguía por todo el conjunto llevando pantuflas. Puedes caminar, extranjero, sin que nadie te moleste por el parque. De camino hacia allá hay un corredor. Las pilastras y los ricos capiteles y medallones están esculpidos en estuco, que tiene el aspecto de que fuera a caerse al próximo golpe de viento, aunque lleva allí en pie doscientos años. Esta habitación, a la que se presta poca atención, es plenamente pasado en un sentido especial. En el jardín pasas por delante de la bonita fachada de palacio y los bustos de los emperadores romanos, y del tranquilo camino que te lleva al mausoleo. Éste es todavía, en su forma ampliada en los últimos tiempos, un noble edificio, pero es inolvidable para aquel que conoció el primer templete de la muerte construido según los planos de Schinkel, que sólo protegía el sueño de mármol de la reina Luisa y de su Federico Guillermo. Se tendría que haber construido otro lugar de descanso para su hijo y su nuera y haber dejado sola la obra de Rauch. En este parque hay otro curioso edificio más allá del estanque de las carpas y junto al río, el Belvedere, en el que en los años noventa del siglo XVII, Federico II se

puso a los pies de su «Condesa Lichtenau». Fontane visitó «el extraño edificio, rico en celosías, con las cuatro casas abalconadas, adosadas y lisas» (hoy es una especie de casa de funcionarios inaccesible). Él estuvo en la habitación redonda que hay a modo de sala y en el oscuro gabinete donde el rey invocaba a los espíritus de los que se habían ido que le recomendaron que volviera al camino de la virtud. Hoy los fantasmas que todavía percibe Fontane dan testimonio de cierto presente banal; hay más pasado en algunos y arbustos del parque que se extiende hacia el norte y el oeste.

Nuestro coche tuerce hacia el sur en los barrios más nuevos de Charlottenburg por la calzada del emperador hasta la plaza del canciller del Reich. Por la calle del Imperio tan sólo echamos una ojeada y ya presentimos la cercanía de la colonia de la calle del Ejército, que está en construcción. Al sur de la calzada conseguimos ver los grandes edificios para exposiciones, la sala de las telecomunicaciones y la torre de la radio. Toda esta calle, que nos lleva desde la puerta de Brandenburgo hasta aquí y más allá, es testigo de un urbanismo audaz y orgullo del nuevo Berlín. De vuelta por la calle de Hardenberg pasamos por las escuelas superiores de música y artes plásticas, un complejo de edificios unitariamente planeado, y construido en bello gres. Después la calle prosigue hasta el viaducto del ferrocarril urbano y llega a la iglesia en memoria del emperador Guillermo, ante la que se para nuestro coche. El guía explica que este edificio es una de las más bellas iglesias de Alemania.

Todavía es muy de día y se la ve muy claramente. ¡Ah!, si aquí hubiera una auténtica iglesia antigua —que procediera de una época que transmitiera lo inacabado de sus sueños para que pudieran cumplirse— y en sus muros y en sus agujas grises, entre los cuerpos de ángeles y las caricaturas del diablo, el salvaje tráfico de los automóviles, los autobuses y las masas de gente resonara con un eco de piedra vieja, el *Broadway* de Berlín-Charlottenburg con sus cafés, cines, letreros luminosos y móviles, tendría un corazón, un centro, una resonancia. En lugar de ello, desde hace treinta años tenemos ésta. He aquí el ejemplo clásico de «edificio central románico tardío» con una torre central y dos torres adyacentes, que es un inmenso obstáculo para el tráfico en medio de la plaza. Frente a la torre principal, por una parte, y al coro, por otra, hay dos casas románicas

edificadas por un mismo arquitecto cuyo nombre preferimos olvidar. Por la tarde hay que dejarse embriagar por el resplandor de la luz poderosa del *Capitol* del *Palacio de la Gloria* y de la *UFA* que está junto al Zoo, para disipar un poco tanta sabiduría escolar convertida en piedra. Nosotros, algo mayores, recordamos la época en la que uno de los más maravillosos árboles que quedaban del antiguo Tiergarten extendía sus ramas aquí (todavía hay contemporáneos de este magnífico árbol, uno en la calle de Wichmann, otro en la calle de la Victoria), pero esto ya no tiene importancia, hoy es hoy. Pero a esta catedral, con su largo nombre, le haría bien estar un poco más vieja y destruida. Entre el estruendo y la circulación está allí imperturbablemente prusiana y levanta los ojos hacia el buen Dios.

¿Y el interior? Ya en el vestíbulo, que probablemente debe recordar al nártex de las auténticas iglesias románicas, empieza a haber mármol. Cuando era niño, Guillermo recibe de su padre la espada de mármol, cabalga como joven príncipe heredero por el campo de batalla de 1814 detrás de los tiradores acampados, que, esculpidos en mármol, apuntan contra el portal de la iglesia, despacha con Bismarck y Moltke entre flores estilizadas ante un mapa del campo de batalla y, esculpido en mármol, está sentado entre su hijo y su nieto para ser homenajeado. De las numerosas ventanas de la iglesia hay que decir que debajo de casi todas figura el nombre de los donantes. Hay muchos príncipes entre ellos, pero también hay ciudades y mecenas individuales. Hasta que un buen día los letreros se borren o desaparezcan, sus nietos podrán enojarse de que el abuelo o la bisabuela donaran un ridículo satán esmaltado que arde en rojas llamas ante un tranquilo Salvador. En el gran rosetón unos pequeños profetas se esfuerzan, empuñando una serie de pancartas, por tomar una apariencia ingenua y medieval y sobre el fondo dorado de los mosaicos unas personas con su aureola de santidad tienen mucho interés en parecer tan católicas como se lo permitan sus miembros protestantes. Todo esto tiene que bendecirlo un salvador iluminado eléctricamente. Él hace inventario de este noble grupo. Además de las estatuas, alrededor de una pila bautismal de costoso material, hay una corona circular de cinco metros y medio de diámetro, un órgano con los cañones en cobre repujado, ochenta registros y cuatro mil ochocientas notas. Bueno, quiero apearme aquí antes de que el

coche siga, no para ir a la iglesia, sino al café románico. La tarde ya va avanzada y no está muy lleno. Allí encuentro a los antiguos amigos muniqueses y parisienses. ¡Seguid sin mí, extranjeros auténticos!

Los palacios de los animales

«En un camino que, cruzando el Tiergarten, llevaba a Charlottenburg y que, para pasar por él, había que pedir autorización y la llave de una barrera móvil, porque por este camino se rodeaba la casa de la calzada y se evitaba pagar la pequeña cantidad que había que satisfacer, se encontraba en los años veinte la faisanería real», nos cuenta Eberty en sus recuerdos de un viejo berlinés. Ésta faisanería había sido montada en 1742 por Federico el Grande por medio de su maestro de caza. Cien años después la finca fue utilizada a solicitud del famoso zoólogo Lichtenstein para montar un parque zoológico. Lichtenstein y Alexander von Humboldt le hicieron al rey Federico Guillermo IV la propuesta de abrir al público berlinés esta faisanería y los fondos de animales de la isla de los pavos reales junto a Potsdam. Por entonces el recién fundado zoo estaba bastante lejos de la ciudad; visitarlo suponía para las familias hacer una excursión de un día. Por tres lados la creciente ciudad lo ha rodeado y sólo al norte un fragmento del Tiergarten mantiene su lejanía de viviendas. Pero incluso allí donde las casas están extremadamente cerca, y el ruido de las bocinas y la luz de los faros y los anuncios se refleja en sus muros, una vez que se pasa el portal con el elefante de piedra protector, se entra en un mundo diferente. Para no hablar, en primer lugar, de los animales, que son los principales protagonistas aquí, diré que hay un estanque lleno de nenúfares y juncos al que se le llama «lago de los Cuatro Cantones». En las orillas de éste se siente una especie de frescor estival, y ciertas mañanas de primavera las avenidas se convierten en paseos termales de los bebedores de agua de las

fuentes que hacen su saludable paseo con su vaso de Karlsbad en la mano. El zoo es también un magnífico reino para los animales. Los bebés son paseados, los niños vociferan en las zonas de juego. Y en la llamada «avenida de los Vicios», al sonido de la música, la juventud puede iniciarse en los fundamentos del flirteo, al menos así era en tiempos de nuestra juventud.

Se ha escrito tanto de la variedad y las costumbres de los animales, que no me atrevo a añadir nada más. Por el contrario, quiero hablar de las curiosas viviendas que ocupan en el parque. Como se les ha convertido en prisioneros para nuestro placer y nuestra instrucción, se han hecho esfuerzos para montar su prisión de la forma más acogedora posible. Cuando entran en este calabozo, deben tener la sensación de deslizarse por su madriguera, su desfiladero, su hueco de árbol. El buitre tiene aquí su nido, una auténtica roca con hierbas alpinas y pinos carrascos que echan raíces en las grietas. Y, sin embargo los bloques de roca son como bastidores, como trozos de encaje. Y, como ante el guiñol, los niños se apostan ante los barrotes detrás de los cuales está el ave de rapiña salvaje. A sus ojos, la inmensa jaula no es mucho más grande que la estrecha jaula del pájaro de la ventana. El zoo es una prolongación del aula de estudio. Las piedras rojas y amarillas de la osera, las blancas y azules de la casa de las aves, las amarillas y azules de la leonera nos recuerdan las piedrecitas de los juegos de construcción. A la piedra, a la madera o al acero de las piezas de construcción se añade el *puzzle* del mosaico y tenemos el estilo moro, Venecia y las mil y una noches en los bellos edificios del zoo.

Junto a otras, éste tiene la noble tarea de prolongar el antiguo culto a los animales, y por eso se ha construido un templo a ellos: el camello tiene su mezquita. En su honor, aunque él no tenga ninguno, se ha adornado la blanca pared con un balcón absolutamente inutilizado, y a esta pared la sobrepasa una media luna. Desde allí arriba un muecín, después de haberle dado de comer, podría convocar a la oración de la tarde. Las avestruces tienen un auténtico templo egipcio antiguo. Cuando salen de sus portones al aire libre, están rodeadas de jeroglíficos y de estatuas de faraones. De la clave del arco de sus puertas penden los soles del reino santo. En las columnas de la entrada se mueven entre flores, bailarinas y tocadores de la

cítara y la flauta, y el dios con cabeza de gavilán va de un lado a otro. En una representativa habitación de su casa en la que nunca entran, se ha dispuesto para las avestruces, como recuerdo de su patria, unas columnas que representan a Memnón junto al Nilo.

Sin embargo, el hipopótamo tiene su propia casa. El interior es un siniestro antro de ídolos, en el que los niños temen, ante el amplio espacio de los barrotes de la jaula, que la enorme masa se mueva. Visto desde fuera, esto tiene el aspecto de una casa de baños de ladrillo con una piscina por la que el monstruo se desliza cómodamente como una vieja dama. Para el mono todo se convierte en instrumento de ejercicio y de juego. No se preocupa de las *logias* de sus casas de palmeras con sus adornos de flores. Esto lo deja para sus espectadores.

¿Se interesa el elefante índico de los dragones en mosaico dibujados en las puertas de su palacio? ¿Le gusta a la cebra su quinta africana y al búfalo su palacio de cortezas? De todas formas al reno le tiene que agradar que en su casa de adornos, en el techo, todo se ramifique como en su propia cornamenta. Los bisontes americanos y europeos deben de tenerles respeto a los tótemes, en los que, con pico de ave, las divinidades grotescas tragan ranas.

Los ratones blancos apenas saben que en las ventanas de su villa hay bellas vidrieras. Para ellos son suficientes como casa los agujeros del pan que horadan y por los que transitan. Creo que las coquetas marsopas conocen perfectamente su minúsculo palacio barroco pues husmean en sus columnas de malaquita, ojean sus abovedamientos. Y las zancudas seguro que están orgullosas del lujo japonés de su casa, y las palomas, de las plataformas giratorias de su pensión familiar. También están orgullosas de su nombre las máscaras de su lujo: los frailecillos, los tejedores de búfalos, los estranguladores de flautas, los barbas perladas. Pero esto merece capítulo aparte.

¿Qué es esa vacía pagoda junto a los amueblados desfiladeros de la llama? Allí pone «sólo para adultos», es decir, eso no es para animales ni para niños. Para adultos es también el pabellón de música. En él se encierran de día a soldados que tienen que soplar y percutir. Por la noche —

esto se los dice a los niños un primo algo mayor— los flamencos del estanque de enfrente van a dormir al pabellón.

Entre los animales de residencia sedentaria se unen de vez en cuando nómadas que sólo se quedan durante un tiempo: son pueblos salvajes. Los somalíes, con túnicas blancas y que flotan al viento, inclinan sus lanudas cabezas ante el candente fuego del campamento y asan con ayuda de espetos un carnero recién sacrificado. Los tripolitanos bailan al sonido de los tamboriles. Los indios deambulan dignamente con sus enjutas piernas puestas en alto.

El acuario; me acuerdo del antiguo que estaba en una bocacalle de los Tilos. Un tío muy viejo vivía cerca de su *garçonnière* y me llevó con él un par de veces a la casa donde viven los animales del mar. Y precisamente allí donde nadaban los peces de las profundidades entre algas y corales, plantas animales, y animales vegetales, había un *buffet* instalado para los visitantes. Y allí me comí yo un *sandwich* de jamón submarino, y el tío bebía cerveza que a través de su vaso borbotaba como la hidromiel que le dieron a Tor en el reino de los gigantes del mar.

Mientras el antiguo reino de animales marinos tenía algo de cavernoso y de laberíntico con sus sorpresas y sus aventuras como el *Mundo animal* de su fundador Brehm, hoy hay aquí en el zoo un edificio bien erigido, articulado en sectores, cuyos pisos corresponden a los tres elementos: agua, tierra y aire. El piso de abajo es el acuario, el primer piso el terrario y el segundo el insectario. Y todos los seres viven, nadan y reptan por piedras, arena y plantas de su patria, que está contenida en cajas de exposición o en piletas de cristal. Una alta sala intermedia se ha instalado a modo de Nilo semiseco o de Río Grande, y desde un puente de cañas de bambú puede verse cómo los cocodrilos, saliendo de aguas poco profundas, reptan por sus cálidos y tropicales bancos de arena. Los lagartos viven en sus peñascos; la serpiente de cascabel, en su seco fragmento de tierra brasileña. Para que la enorme serpiente se sienta bien, se ha dispuesto un sol meridional y artificial. No menos acomodados a un hábitat autóctono viven los pequeños y los más pequeños de todos. La langosta de Helgoland habita en auténtica piedra de Helgoland; la trucha, en un arroyo de la sierra que discurre entre los guijarros. La abeja trabaja en su colmena, al grillo se le ha amurallado

un hogar, y se ha puesto a disposición de la cucaracha una auténtica mesa de cocina con la vajilla sucia. El escarabajo encuentra excrementos de vaca y de éstos las pelotas que hacen rodar y en las cuales sus huevos se convierten en larvas. «Hierba de mar, rosa de mar y sable de mar» como para el esturión de San Antonio de Cristian Morgenstern crecen en un ondulante paisaje de algas. Incluso hay cohombros de mar, y bajo las anémonas una que, con hojas de blanca cera como un crisantemo, por magia se ha convertido en un animal que repta y que se alarga con glotonería; alguna mujer bien podría llevarla en su vestido en lugar de la inofensiva flor artificial.

Pero lo más bello en el puro reino de los peces es el lugar en donde las hojas de las aletas, finas como el papel, mueven sus branquias, donde los grandes siluros lo van palpando todo con sus barbillas, donde el caballito de mar inclina su delicada cabeza huesuda, donde los colores cambiantes y los ejemplares vagabundos sobrepasan la fantasía de cualquier artista decorativo donde se les llama *Cichlasoma facetum, Cichlides, Idus melatonus* y Brema, Proteo y Breca. Allí el aficionado encuentra también los sorprendentes carasios dorados, una raza de cría de peces de adorno que, de lo distinguida que es, con el colorido manto que arrastra no puede vivir en libertad.

Bulevares de Berlín

La calle de Tauntenzien y el Kurfürstendamm tienen la alta misión cultural de enseñar a los berlineses a «flanear», a menos que esta ocupación urbana caiga totalmente en desuso. Pero quizás no sea muy tarde. «Flanear» es una forma de lectura de la calle en la que las caras de las personas, los acristalamientos, los escaparates, las terrazas-café, los ferrocarriles, los automóviles y los árboles se convierten en letras con el mismo derecho, que juntas dan lugar a palabras, oraciones y páginas de un libro que es siempre nuevo. Para «flanear» adecuadamente, no se debe tener preconcebido ningún plan concreto. Y como en el tramo que va de la plaza Wittenberg al Halensee hay tantas posibilidades de hacer compras, de comer, de beber, de ir a ver teatro, películas o *cabarets*, se puede uno aventurar en el paseo sin una meta muy fija y buscar la aventura imprevista del ojo. Dos grandes colaboradores son el cristal y la luz artificial, esta última especialmente en lucha con un resto de luz del día y el crepúsculo. Todo se hace más sencillo, surgen nuevas cercanías y lejanías, y la afortunada mezcla,

> où l'indécis au précis se joint.

Los anuncios luminosos, que resplandecen y desaparecen y que van de un lugar a otro, van modificando la profundidad, la altura y el perfil de los edificios. Esto es de gran utilidad, especialmente en ciertas partes del Kurfürstendamm, donde todavía quedan muchos horribles apilamientos y

terroríficos ensanchamientos y sobrecargas de los peores tiempos de la vivienda privada que han de ser paulatinamente eliminados.

Estos horribles antecuerpos, comisas y saledizos de las «casas ulceradas», tal y como en otros tiempos las llamábamos, desaparecen tras las arquitecturas publicitarias. Los entrantes de las tiendas, que simplifican generosamente las plantas bajas, arremeten contra los salones de recepción demasiado elevados, al lado de la calle, y las oscuras habitaciones traseras para la vida privada. Continuamente surgen nuevas tiendas, pues los grandes almacenes de la *city* fundan aquí sus coloridas modernas filiales y a éstas se les unen los mejores comercios minoristas. Se da cabida a nuevos trabajos en cristal, metal y madera, y en lugar de los antiguos gris y amarillo pálido berlineses aparecen colores. Y tan pronto como una de las casas está caediza o al menos necesita reparaciones, la nueva arquitectura le hace un peinado a lo *garçon* al edificio con una fachada de líneas netas y elimina todas las trenzas superfluas. Muchos cafés sacan sus terrazas a las aceras ocupando buena porción de ellas y convierten la casa y la calle en una unidad. Uno incluso ha colocado unas estufas de carbón para la estación fría, para no interrumpir esta unidad tampoco en invierno.

En esta vida de nuestro Bulevar que se va haciendo cada vez más meridional, se muestra también lo que Wilhelm Speyer denomina los impulsos hacia un sentido de la alegría cosmopolita y democrática en su novela neoberlinesa titulada *Charlott algo loca*.

> En los miembros de esta ciudad otrora inmovilista —dice él— esta ciudad de filosofías estatal y militar totalmente protestantes se desencadenó un fuego incandescente. Una voluntad de ligereza, sobre todo en los meses de primavera y verano, empezó a compartir con el cuerpo de la ciudad los primeros movimientos, que habían dejado de ser absolutamente torpes. Incluso los funcionarios de policía habían aprendido a reír de vez en cuando al presentarse tumultos. No gruñían con los pelos de su bigote erizados sobre sus labios fruncidos. Eran criaturas adultas, realzadas por los gestos de sus expresivos brazos, eran figuras disciplinadas, y sin embargo, y en un sentido antiguo, no militares. La alegre y ágil belleza diariamente creciente de las mujeres y los niños de todas las clases estaba fuera de toda duda. Así la ciudad no destrozaba la belleza, sino que la despertaba, la fomentaba y la dejaba desarrollarse en su esplendor. En las calles ya no se veía al fastidioso ciudadano con la ropa demasiado cepillada y la ropa interior demasiado planchada. El sentido de la vestimenta era menos dramático, era más democrático y, por ello, más elegante.

En el nuevo oeste es interesante para el *flâneur* observar o percibir en qué sentido el tráfico, o, dicho con un estilo más berlinés, el trasiego, se hace más o menos intenso y cómo una calle le sorbe la vida a las otras; con frecuencia en el mismo flujo callejero una parte de una calle se la sorbe a otra. La calle de Tauentzien, que es la continuación de la calle de Kleist, ha dejado a ésta vacía y tranquila. El último tramo de la calle de Kleist entre la calle de Lutero y la plaza de Wittenberg es el tránsito por antonomasia. En esta parte se tiene la sensación de estar ya en la calle de Tauentzien. Esto no sólo puede depender de que las casas se modernicen, también debe haber una especie de ley subterránea de la ciudad. La calle de Lutero tiene una parte tranquila, que llega a la esquina de la calle de Augsburgo, a partir de la cual, alrededor de la Scala, el tráfico es más intenso. Se pueden encontrar razones al respecto. Por una acera de esta parte hay una serie de villas privadas con jardines de una época más antigua. Pero ¿por qué la acera de enfrente es más tranquila? El Kurfürstendamm le ha absorbido el tráfico a la calle de Kant, que empezando a la altura de la Iglesia memorial va alejándose lentamente de aquél hasta ir discurriendo paralelamente. En un principio la calle de Kant sigue intentando equipararse; tiene todavía un poco de cine y de teatro, pero, una vez que se alcanza la plaza de Savigny, renuncia a la lucha y se va haciendo cada vez más pequeñoburguesa. No sólo está el famoso paso hacia el oeste que separa la serie de barrios de comercio y barrios de viviendas, sino que hay muchas vías de tráfico. Hay prolongaciones que después de un tramo de camino vuelven a interrumpirse y otras que logran mantenerse. La especulación con fincas urbanas y con casas es una de las más curiosas mezclas de juego de azar y sagacidad. El puente del ferrocarril circular al final del Kurfürstendamm está donde termina la Colonia Grunewald. Antes de que allí comiencen las villas y los jardines, vemos un tramo de diversiones populares con los cines, las salas de baile y, sobre todo, el Luna Park. Este notorio establecimiento reúne todo aquello que en otras ciudades se exige a los llamados Luna-Parks, *magic-cities* y similares, con una necesidad específica de los berlineses: el parque de atracciones. Esta necesidad es antigua. En su «antiguo Berlín del año 1740», Consentius describe los comercios de verano que había a la orilla del Spree, junto al actual Schiffbauerdamm, así como los laberintos, los

carruseles con sus picos y sus columpios llamados «Weiffen». Un «Weiffe» era, según Consentius describe en los antiguos textos, «un león de madera con una cobertura de cuero; sobre él se sentaba un hombre, que se dejaba empujar por uno o mejor por otros dos, hasta que era llevado tan arriba que podía meter cinco o seis bolas en un saco situado a tal efecto a la altura de seis mujeres o dos hombres. Una mujer puede también sentarse y dejarse balancear y empujar». También describe el juego de la fortuna, en el que «hay excavados en la tierra nueve agujeros; el agujero de en medio gana, pues hay una fortuna pintada sobre él». Muchas estampas divertidas nos hacen ver la época del Tívoli en Kreuzberg alrededor de 1830. Allí apareció por primera vez el circuito cerrado, llamado tobogán. Los arbustos en macetas estaban esparcidos por la explanada del ferrocarril, los vagones tenían flecos de felpa y dentro se sentaba, con sus gruesas piernas, la señorona berlinesa y le gritaba a su esforzado y delgado marido: «¡Brennecke!, ¡sosténme!, ¡que me mareo!». Y así hasta nuestros días. Por todos los lugares de los suburbios en los que había enormes espacios entre unas casas y otras, durante un tiempo, un parque de atracciones llenaba el vacío con sus barracas de tiro al blanco, sus ruedas de la fortuna, las plataformas de danza de madera, los grandes concursos de comedores de salchichas.

Aquí en el Luna-Park todo es más moderno y de mayores dimensiones. Sobre los columpios aéreos, el mar de hierro, los circuitos de montaña y de valles, resplandecen unos enormes fuegos artificiales, un Halensee en llamas, que rivaliza con el ardiente Treptow y otros pueblos a los que les gustan estos festejos.

Heisse Wiener y *Lublinchen* tiene sus barracas. Se oye cómo se venden «chocolate, galletas y barras de nuez», pero también se puede comer distinguidamente en terrazas. Todo Berlín viene aquí, las pequeñas muchachas de los comercios y las grandes damas, los burgueses y los bohemios. El Luna-Park es «para todos». Últimamente hay aquí otra atracción especial: el gran baño de olas, donde se puede chapotear hasta bien avanzada la noche.

Allá donde el Halensee colinda con Sankt Hubertus y la «Mandíbula del perro», comienza la bella Colonia de Grunewald, a la que el monte ha

entregado muchos de sus pinos, que ahora, en arboledas bien cuidadas y arriates de flores, mantienen ligeramente el recuerdo del bosque.

En otro tiempo había un largo camino que llevaba al Grunewald, era una excursión como la que se ha de hacer para ir a Tegel o a Grünau; ahora viven allí un buen número de personas de clase acomodada y personas prominentes. Y nosotros, los otros, estamos a veces de visita en el Grunewald; nos apeamos de los tranvías que, intimidados y con muchas dificultades, van pasando por sus raíles entre los automóviles que circulan con facilidad; subimos y bajamos por un par de sendas ajardinadas y tenemos permiso para ir a un té musical en casa de un joven artista y aficionado al arte, en cuya estirpe se hermanan y se «encuñadan» amigablemente desde hace más de cien años los artistas y los banqueros, o a una reunión nocturna que celebra un gran editor, que une a los luchadores de 1890 y a los de 1930 en su casa y en su corazón.

Para encontrar bosque en el Grunewald, tenemos que seguir andando un poco más, por ejemplo hasta la Krumme Lanke o en dirección a Paulsborn. Allí hay bellos caminos para paseos vespertinos que a uno le crean cierta añoranza de nuestros paseos en el bulevar. Y así volvemos a encontrar el camino por el que habíamos venido. Junto a la invitación a cuidar nuestra belleza con Elida, a comprar Frigidaire y Elektroluxe, una serie de pancartas: «Y la noche, en el Scala». Obedecemos y vamos a las *varietés* que están en el límite del viejo y el joven oeste.

Cuando allí elevas tu vista por encima de tu butaca de patio y miras al cielo poblado de nubes blancas de la pintura del techo, notas que hay una serie de placas de color claro, desde las cuales un reflector hace caer un cono de luz por encima de los artistas. Sobre los palcos abalconados se pueden ver aparatos metálicos iluminados y en el marco del escenario hay aberturas a modo de escotillas de barco. En una ocasión fui a ver a aquel que administra todas estas fuentes de luz, la luz de la rampa y las arañas de la sala. En lugar de entrevistar a los directores y a las estrellas, busqué al maestro de iluminación y a sus subordinados. Me recibió en su cuartel general, junto a los aparatos de sala de distribución. Allí hace que se enciendan y apaguen alternativamente las rampas y las arañas. Desde allí parten los alambres que van hacia las resistencias de regulación y los

teléfonos del equipo de este comandante de la luz. Tuvimos que subir innumerables escaleras para llegar a la cámara de las resistencias, después seguimos por el caos de madera del desván hasta los «puentes». Así se llaman los cuartos de trabajo de los hombres en los reflectores, que crean en tomo a los artistas un círculo luminoso que camina con ellos. Y, mientras fuimos dando una vuelta por allí, me describió cómo el telón que hay detrás de los artistas es de color rojo, negro o marfil, según sean sus vestimenta y números, cómo se evitan las sombras bajos los ojos y las desfiguraciones, cómo antes de cada programa se celebra una reunión y después tiene lugar una prueba general para la luz, en la que él se sienta ante el director de la orquestina y se telefonea con su tropa que está situada ahí arriba.

Detrás del escenario, pasando por el patio desde el que se ve, tras un jardín abandonado, nuestro panteón, el gasómetro de Wilmersdorf, llego ante las sabias personas que se ocupan de la insensata tribu de los artistas, los que tiran del cordel para hacer posible que parezca que el payaso lance las bolas desde el armazón. Aquí actúan manos, invisibles para el público, que lanzan y atrapan neumáticos y botellas, y confiados hombres con bata de médico y mono de labor, que mitigan el fuerte cotorreo de las *girls*; tienen que vociferar cuando estéis en el escenario como niños al aire libre. Y, aunque los niños estén fuera, siguen siendo controlados por los adultos que me parecen los verdaderos actores de la comedia. Ellos les dan nuevos artilugios a los niños que juegan cuando los que hay ya no les hacen gracia, sostienen el telón de fondo con alambre para que los balones de los más inseguros no lo golpeen. Y cuando vuelven jadeantes, agotados y sudorosos, los niños vanidosos y llenos de talento, que siempre se pasan de la raya, son secados y arropados por sus protectores.

Vuelve otra vez a fijarte en los visibles ayudantes y protectores que no figuran en el programa, cómo se sacrifican. Al maravilloso y pintoresco malabarista, al payaso musical grotescamente vestido lo acompaña un serio caballero en traje de calle. Él mismo hace un par de trucos de cierta perfección clásica, pero sólo para que queden realzadas las innovaciones de su compañero. Él cuida celosamente de su colega que tanto resbala y se tropieza. Está atento de que el otro no vaya secretamente a beber de la botella de espumoso, tiene cuidado con objetos que el mimado tira por la

borda. Él se deja ridiculizar, embadurnar, torturar, y siempre mira al público con una sonrisa sufrida y orgullosa, sin rencor, y sus manos piden aplausos para el otro. Como hombre de un solo uso, como zángano, acompaña a la mujer forzuda y es su ligero acompañante. Antes de ponerse a trabajar, ella cena con él. Curiosa cena: apenas ha comido un bocado y ha bebido un trago, tiene ganas de levantar las patas de la mesa y las sillas y empieza a hacer halterofilia con todos los objetos. Entonces el caballero que conoce el humor de su mujer debe salvar los vasos, recoger los platos y salvaguardar el mayor tiempo posible su decoro de comedor feliz y enamorado. Antes que se dé cuenta, lo agarra por el cuello y lo pone a dar vueltas en el aire, y tampoco allí pierde la compostura y debe seguir sonriendo. Finalmente se encarama al piano que la bruta apoya en su pecho para cantar, desde abajo y con voz de ruiseñor, *El lago está tranquilo*. Desde arriba él se pone la mano junto al pabellón auricular y escucha como una ninfa.

Totalmente ninfa, ángel y Peri (hada legendaria persa) es la ayudante. Ella, vestida con un peplo amarillo y unos pantalones turcos, permanece impasible esperando entre bambalinas a que el ilusionista la reclame junto a la caja traspasada por espadas que él ensambló y en la que ha metido a un jovencito. Su juego mímico nos distrae la atención de los sortilegios de su acompañante que nosotros no debemos descubrir. Y la modesta muchacha no sonríe para complacemos, sino para que él nos guste. Mira, ahora es ella misma la víctima del mago y entra en el caldero del que vuelve a salir con la lenta sonrisa que llena las pausas del artista. Y ahora viene la que lleva botas de montar. Detrás de la escena sostiene al pequeño perrito que tiembla de miedo. Ella sabe cuándo el impaciente y piafante *pony* debe recibir azúcar y cuándo es preferible que no. Ella aparta los taburetes, tiene en el momento justo los aros en vilo, y hace todo esto como si fuera un placer y no un duro trabajo, cuya fama sólo se la lleva aquel que está en el medio chasqueando el látigo. De vez en cuando bailotea o da una voltereta, pero todo esto sólo es decorativo, sólo es un apoyo, una pincelada.

Los animales no pueden agruparse en el conjunto de los subalternos y de los innombrados. Trabajan sólo cuando están amaestrados, y cosechan algo de la fama de su dueño y tal vez sean muy vanidosos, especialmente las focas. Acerca de los sentimientos de los caballitos, de los osos y de los

elefantes no me permito hacer ningún juicio. Y acerca de los monitos creo que se sienten irritados con su pariente zoológico que ha salido mejor parado que ellos.

Habría que hablar largo y tendido de los objetos de *varieté*, de los resplandecientes estantes y mesas metálicos, un mobiliario de salón que presta su distinción para ser balanceado, lanzado y ridiculizado. El distinguido diván que de pronto sólo es una caja cuando la equilibrista se sube a él. Los minúsculos silloncitos de felpa que aceptan que los elefantes se encaramen a ellos. El armazón de cama dorado que permite que un payaso haga música sobre sus botones dorados, el ganchillo de un tapete sobre el que brincan los vasos y los cuchillos, el banco de campo sobre el que se elevan los excéntricos y que permanece vacío como pegado al fondo del escenario mientras ellos lo mueven desde la parte anterior. Y este fondo mismo, los candelabros pintados, sobre la pared del salón y el paisaje heroico, tienen el atractivo de las cosas a las que no se atiende que, desinteresadamente, los otros, los subalternos, hacen resaltar en la varieté más que en ningún otro sitio.

El viejo oeste

El viejo oeste, prescindiendo del barrio del Tiergarten —que, pese a haber sufrido mucho, se ha mantenido perseverante—, ha perdido también mucho. Esto es lo que se dice de las bellezas que han pasado de moda. Ya no «se» vive en el viejo oeste. Ya alrededor de principios de siglo las familias acomodadas se mudaron al barrio del Kurfürstendamm y más tarde más hacia el oeste, a Dahlem, si es que no les alcanzaba para comprarse una villa en Grunewald. Pero algunos de nosotros, que fuimos niños en el viejo oeste, hemos mantenido un apego por sus calles y casas, que no tienen nada especial que ver. Y es una experiencia subir una de sus escaleras que por aquel tiempo nos llevaban a casas de amigos y parientes. Hay tantos recuerdos prendidos de los sobrias y robustas subidas, con repechos de madera marrón, la pared sin pintura y las siluetas de vidrio dibujadas en gris, así como en ciertas escaleras de palacio con su patio elevado y escarpado, un falso muro de mármol, y la pomposa pintura sobre cristal. Si una ocasión o un pretexto —por ejemplo, el de visitar un cuarto amueblado — nos lleva a una de esas casas que fueron conocidas nuestras, volvemos a encontrar el antiguo mundo con una nueva mirada. Detrás de los armarios que hacen las veces de barricadas está la puerta corredera acristalada que en otra época separaba el salón de la sala berlinesa, sobre el diván se proyecta claramente la sombra del piano, que por aquel entonces estaba aquí con su cubierta de seda y sus fotografías familiares. Junto a la ventana, en el mísero armazón de la maceta queda algo del mundo tropical de la palmera de interior. Desde el poyo de la ventana de la sala berlinesa miramos al

patio con su hierba pálida que brota entre las piedras como antes. Sólo el establo de caballos y el pescante del coche del viejo general que estaban en la planta baja han sido remplazados por un taller de reparación de automóviles.

Hay unas cuantas casas de la época antigua que permanecen sin modificación en las calles de Maassen, de Derffingler y de los Príncipes electores y que le prestan a sus jardines una maravillosa existencia insular. Otras, a pesar de sus jardines, han degenerado, por ejemplo en Karlsbad, junto al puente de Potsdam. Allí una figura de una fuente recubierta de musgo que está tan en ruinas que pronto habrá que ir a recoger los escombros. En el más vital barrio comercial, en la calle de Potsdam al lado de la calle Link, en el jardín delantero de una casa de familia, hay una figura similar que se mantiene en perfecto estado, a pesar de que ya un periódico, con un enorme cartel publicitario, ha cubierto el friso de estilo antiguo de la casa y ocupa las habitaciones delanteras del primer piso.

El viejo oeste, incluso en las calles renegridas por el humo junto a las estaciones, conserva por aquí y por allá un friso de uvas, una máscara femenina junto a unos adolescentes desnudos, que llevan el tirso apoyado sobre los hombros y se inclinan sobre los sarmientos, un marco de puerta con la forma del atrio de un templo, todo ello construido y modelado en un material de baja calidad o mediocre de la antigua escuela de Schinkel, antiguos restos del helenismo prusiano.

Antes de que pueda ver, en los museos y en países extranjeros, la auténtica Antigüedad, el niño de la gran ciudad entra casualmente en contacto con una pequeña cantidad de mito de segunda mano. Por ejemplo, en la casa paterna, con un Apolo de bronce, que desde el escritorio del padre señala a la puerta, o un busto de Venus en el salón que refleja el mármol de sus muñones en el oscuro cristal: es un extraño ser desnudo, no se sabe si mirarlo o apartar la vista de él. Si el niño sale al aire libre, en el camino a la escuela o en su paseo se encuentra a uno y otro ser de este mundo en espera. Detrás de la verja de un jardín, una Flora porta una corona o una copa. En una hornacina una Hebe vierte de una jarra un contenido invisible. En la escalinata de la carbonería, con la rodilla derecha ligeramente flexionada y un vestido lleno de pliegues, hay una de las

muchas Gracias que parecen sostener u ofrecer algo que la mayoría de las veces no está presente. Alguno de nosotros, niños del oeste berlinés que ya hemos crecido, se acuerda quizás de las cuatro o seis musas que había en un jardín delantero de la calle de Magdeburgo. Entretanto éstas han desaparecido. Antes estaban allí afortunadamente para tallistas de piedra que sostenían prudentemente, si es que no se les caían de las manos, su esfera o su lápiz. Ellas nos perseguían con sus ojos blancos de piedra cuando íbamos por el camino y se ha convertido en parte de nosotros el que éstas muchachas de piedra nos hayan mirado.

¿Sigue estando en algún lugar del Tiergarten aquel Apolo barbudo, que por aquel entonces estaba en una zona de juegos que no he vuelto a encontrar? Jugábamos al frontón golpeando la pelota contra su parte posterior que sobresalía del torso. No era muy respetuoso pero esto hizo que estableciéramos una relación con él.

Hemos dejado en nuestro camino algunas esfinges; por ejemplo, las cuatro que en el puente se alejaban de dos trabajos de Hércules que están representados, a la altura de la mitad del puente. Ambas llevan tiernamente sendos niños, con sendos cuernos de abundancia y dejan pasar delante de ellas a los autobuses. Los Hércules de ambos trabajos causan cierta intranquilidad. Tienen una postura tal que uno siempre teme que ellos mismos o sus contrincantes, el león y el centauro pudieran caerse al agua si siguen actuando de esa manera. Por el contrario, las esfinges inspiran tranquilidad. No proponen enigmas. Conozco otra mucho más inofensiva sobre el portal de una cosa anexa al muro del Jardín zoológico. Ella espera como una amigable portera y, sin embargo, tiene alas y garras. Sólo este gato pertenece parcialmente a la esfera del Kurfürstendamm y ya no al viejo mundo en el que nos queremos quedar. Volvemos a encontrarnos con calles tranquilas, y, a la vista de pequeños capiteles en los diversos pisos de algunas casas, nos viene a la mente la primera clase acerca del orden de las columnas que nos dio en un paseo el padre o el hermano mayor: nos enseñaron a distinguir el disco dórico, el caracol jónico y el cáliz corintio con sus múltiples hojas. Y esta introducción fue continuada ante columnatas completas hasta que llegábamos a Unter den Linden y avanzábamos desde la Puerta de Brandenburgo hasta el Teatro de la ópera y la Nueva Guardia.

Tan pronto como se llega al templete de la puerta de la plaza de Leipzig, hay en la cercanía algo que descubrir que había permanecido inadvertido. Me refiero a los ocho grupos de gres distribuidos por la pradera —antiguamente eran portalámparas en un puente que hace tiempo fue derruido— que han sido dispuestos sobre la hierba. No sabíamos que lo que llevaban fueran linternas, sólo los veíamos secretamente en busca de unos objetos muy poco claros y asociados los unos con los otros. Siempre me han interesado mucho más que los dos generales: el conde Brandenburg y el conde Wrangel, que, más cerca de la calle, intentan atraer el interés hacia sí. Si tuviera un voto en el consejo de la ciudad, haría reemplazar toda una serie de héroes de guerra y otros hombres famosos similares, con sus caras semejantes a las de un retrato y sus vestimentas de bronce, por indefinidos dioses del jardín que fueran ligeros de vestiduras.

Mientras que llegue este momento nos contentamos con lo que tenemos, aunque esto sea tan sólo los detalles arquitectónicos en las antiguas casas, los medallones con cabezas de muchachas, con unos cabellos poblados o caras de adolescentes y un gorro frigio, pequeños arcos de sacrificio o de triunfo en bajorrelieve sobre una planta baja y angelotes que entre las hojas y los arabescos se inclinan bajo las puertas o sobre las ventanas. Estos angelotes siempre inspiraban confianza porque se asemejan a nuestros propios cuerpos de niño. Sin embargo, éstos se volvían enormemente seductores delante del Arsenal, donde con un tamaño mayor que el natural están a los pies de las gigantes y podían meterse entre los numerosos pliegues de su túnica mientras que ellas, allá arriba, los subían a la altura de sus imponentes pechos para instruirlos.

Si se ve sólo muy raras veces a estos angelotes y diosas, hay otro tipo de personajes mitológicos, toda una *plebs deorum* que a menudo nos acompaña: las cariátides y los atlantes. De estos nombres tan eruditos el niño no sabe nada; él ve muchachas que con ligeras vestimentas caseras sostienen su pequeño capitel como tocado de su cabeza. Ya desde el regazo, se transforman en un muro. Los otros deben afanarse inclinándose por sostener las vigas de un tejado. Allí los brazos se intercambian, unas veces se utiliza el derecho, otras el izquierdo y la mano libre se apoya en la rodilla. Los hombres barbudos sostienen la casa con sus brazos alzados y

sobre su nuca. Los jóvenes hacen fuerza con un brazo contra el arco de la portada y extienden el otro hacia el compañero, sobre una cabeza de león. A algunos parece que les resulta difícil realizar su trabajo de soporte pues tienen muchos pliegues en el vientre; por el contrario, otros parecen exagerar su esfuerzo y hacen más juego de músculos del que es necesario. Mientras estos hombres y mujeres desarrollan su existencia al aire libre, algunos nos esperan, en escasas ocasiones festivas, en espacios cerrados. A veces se es invitado a ver *El cazador furtivo o La flauta mágica*, y se ve cómo las blancas amigas de la calle cotidiana sostienen los palcos de la sala. Y en otra sala de arte hay dos que siempre me han gustado especialmente y están bajo su carga sin apariencia de esfuerzo como sus modelos de un templo de Atenas. Son las dos que se encuentran en los grandes órganos de la Filarmónica, que se elevan a la izquierda y a la derecha de la reja con filigranas del poderoso irradiador de música. Llevan liras en las manos, pero no las tocan, y miran al frente con caras inexpresivas. Y toda nuestra emoción podría reunirse en la máscara de sus caras si la música nos hiciera ir flotando a ellas. También más cerca que estas dos severas diosas hay dos ángeles cristianos que con las alas cargadas se inclinan bajo el abovedamiento de la sala y nos miran con mucha más atención. De todas formas seguimos siendo fieles a las lejanas mujeres paganas.

El Tiergarten

Domingo de otoño. Crepúsculo… La tierra exhala un ligero vapor, no tanto como el campo abierto, más que los campos de patatas. En los muchos y muchísimos bancos esparcidos por la penumbra y la semipenumbra de los serpenteantes caminos están sentadas parejas de amantes. Algunos me parecen muy poco peritos en las carantoñas amatorias, podrían aprender mucho de un obrero parisiense cuando acaricia a su pequeña amada. Algunos han conseguido para sus juegos de dos un banco entero, pero tampoco se molestan entre sí los que deben compartir su banco con otras parejitas.

Voy en busca del Apolo barbudo de nuestra zona de juegos infantiles. Acerca de él he aprendido entretanto que procede del siglo XVIII; originariamente estaba delante del palacio de Potsdam, y después delante de la Puerta de Brandenburgo. También aparece en el Baedecker, aunque sólo sea impreso en letra pequeña. No lo encuentro, voy a dar a un estanque de peces dorados. Dejo a un lado el monumento a los tres músicos, que está allí al final, con sus figuras de medio bulto en los nichos, y voy a ver a los angelotes situados en nichos naturales que forman las malezas. Allí hay un Mercurio niño con su sombrero alado y su caduceo que acaricia a una minúscula campesina desnuda que parece sostener una gavilla. Esto significa sin duda la asociación entre el comercio y la agricultura. En la orilla de enfrente me encuentro un angelote tocado con un casco en punta prusiano que sostiene una especie de bayoneta junto a un congénere que lejos de él toca la tuba. Ambos recuerdan las atractivas alegorías de la

manufactura de porcelanas. Un tercer grupo ha perdido sus brazos en tan gran parte que no puedo decir ni qué sostienen ni qué significan. Son especialmente bellos tal como son. Esto no tiene la pretensión de ser un juicio estético. Como no avanzo con la Estética, voy a intentarlo de otra manera.

Por un camino lateral resplandece un pequeño fragmento del margrave situado en la avenida de la Victoria. Lo dejo que luzca a lo lejos, pero me cuido mucho de no acercarme a los desafortunados treinta y dos con sus variadas posturas de piernas. De nuevo un matorral y una parejita en gres, ella vestida de lino, él apoyado sobre una rueda. ¿Es un timonel?, ¿pertenece a la marina mercante prusiana?

Y desde aquí un camino nos lleva desde el estanque hasta la pradera, a la amazona de Tuaillon, una gran copia del original, que está en la Galería Nacional. Ella está montada a su caballo tranquila y relajada. Es la primera berlinesa que mantiene su espalda con una ligera curvatura no encorsetada, en contraposición a la princesa contemporánea a ella, que no lejos de aquí, oprimida, y con un sombrero que cada día se echa más a perder, espera que la recojan junto a las flores del jardín.

Continúo sin llevar una dirección determinada. No sé si he de ir a la isla de Rousseau o a la isla de Luisa. Y, felizmente perdido, me encuentro de pronto ante el Apolo al que no había visto desde hacía años. Lo veo de perfil. La luz de la luna mueve su mano con la que sostiene su lira de piedra. Tiene una manera poderosa de agarrarla, no distinguidamente clásica, sino como si procediera del principio de los tiempos. No necesita esforzarse por hacerse el antiguo, pero también conoce el barroco, él, el gran músico campestre de nuestra zona de juegos, aunque allí ya no hay ninguna zona de juegos.

Después, en la penumbra que toca a su fin, aquí es todo tan boscoso y laberíntico como hace treinta o cuarenta años, cuando el último emperador convirtió el parque natural en algo más visible y representativo. Que por su mandato se desbrozaran malezas y se hicieran más amplias las sendas fue meritorio, pero de esa manera el Tiergarten perdió muchos atractivos íntimos, un encantador desorden de cuarto de niños, el ruido de las ramas al quebrarse por las pisadas y el crujido de muchas hojas no apartadas de

estrechos senderos. De la espesa fronda emergían por aquel entonces los estanques. Y entre los monumentos sólo había algunos amigables mármoles, como, por ejemplo, el del señor Von Goethe. Es curioso de éste que sólo para casualmente aquí para probarse un nuevo traje, una especie de dominó premiado, y asistir a una clase sobre sus poemas que una dama ataviada a la griega imparte a unos niños pequeños. También estaba aquí, por ejemplo, el bueno de Federico Guillermo, que mira a la isla de Luisa. Él debía de haber mirado hacia allí ya antes de que se le erigiera a su Luisa el monumento que a todos los niños les gusta. Los entendidos nos han enseñado que la figura y la vestimenta del rey fueron labradas con especial exactitud y detalle. No faltan los remiendos en las botas del ahorrador monarca, que de vez en cuando debió de utilizar calzado remendado.

En esta ocasión me gustaría contar algo que he aprendido de la historia del Tiergarten. Según un documento de 1527, la comunidad de Colín del Spree regaló al príncipe elector Joaquín el Joven el terreno para que en él «se dispusiera un jardín para los animales y las diversiones». Todavía bajo el mandato del gran Príncipe elector el Tiergarten, con su gran reserva de caza se extendía hasta el que hoy es Mercado de los Gendarmes. Y el llamado pequeño Tiergarten incluía todo Moabit y el barrio de Wedding. Paulatinamente Dorotheenstadt y Friedrichstadt se fueron adentrando en el terreno del bosque. Fue trazada una gran avenida detrás del castillo de la reina Sophie Charlotte. Así comenzó la transformación del coto de caza en un parque de esparcimiento. Cayó la valla que antes rodeaba todo el terreno. Surgió la gran estrella y las avenidas que de ella partían. Federico segundo hizo rodear esta plaza con setos y hayas dispuestas en forma piramidal. Allí se colocaron más de una docena de estatuas, pero ninguna era de margraves, sino de pomones, floras, Ceres, Baco y similares. El pueblo los llamó los muñecos y al ancho camino que allí llevaba lo llamó «Hacia los muñecos». Del estanque de los peces dorados leí que se llamó «Estanque de las carpas» hasta que allí mismo E. Th. A. Hoffmann enterrara a su querido gato Murr. Quizás entonces sonriera la diosa de la gran pileta, o la pileta de Venus, a su Cupido como en la época en que el joven Philipp Hackert pintara sus *Vistas*. No lejos de la Gran Estrella construyó Knobelsdorff su laberinto, un jardín a partir del cual empezaba a

serpentear la senda de los poetas. De este laberinto hay un sucesor en el camino que lleva al monumento de Federico Guillermo.

Alrededor de 1790, siguiendo el modelo del lugar donde se halla enterrado Jean-Jacques, en una zona pantanosa del parque está la isla de Rousseau, nuestra isla de Rousseau, hacia la que remábamos y en la que patinábamos y llamamos por su nombre mucho antes de que supiéramos de quién recibía aquel nombre. Las villas y las finas casas de campo se van aproximando al parque, la hospitalaria mansión de Jacob Herz Beer, que fue el padre de Meyerbeer, y el bonito jardín de Iffland. En la calle del Tiergarten, que por aquel entonces se estaba trazando, vivía la amiga de Schleiermacher, Henriette Herz. Una conocida caricatura de la época la presenta paseando por el borde del Tiergarten con la cabeza de Schleiermacher en su redecilla. En el letrero que había debajo se leía: «La señora esposa del consejero Herz se ha hecho una redecilla». El parque era todavía muy silvestre, sólo la llamada zona inglesa era cuidada. El parque fue transformando sistemáticamente por Lenné en los años treinta. Sin embargo, él dejó todavía cierta sensación salvaje que permaneció hasta nuestros días. Lo que más me recuerda a aquel tiempo son los diminutos puentes elevados sobre los arroyos que a veces son vigilados por atentos leones de bronce con cadenas que a modo de barandilla iban de boca a boca. Y plenamente como por aquel entonces me parece que está el Lago Nuevo. Es muy tarde para ir allí hoy, por eso pinto en mis pensamientos los entrantes que estaban alrededor de sus islas boscosas, que nosotros describíamos sobre el hielo grandes ochos a la holandesa y en otoño desde el puente de madera del embarcadero subíamos a la barca con la dama de nuestro corazón que guiaba nuestros remos. Y más tarde leíamos el famoso poema que probablemente está dedicado a un parque más meridional:

> en barca vamos describiendo amplios arcos
> alrededor de grupos de islas de un broncíneo marrón.

Entonces, nosotros, los niños de Berlín, pensábamos en nuestro Lago Nuevo.

El Landwehrkanal[72]

Comienza y finaliza con chimeneas de fábrica y tiene que unir las zonas más laboriosas del Spree superior e inferior, pero de camino pasa por tantos barrios idílicos que su nombre tiene un dulce eco a nuestros oídos, como si fuera el viejo pastizal que otrora bañaba a la altura de las puertas sur de la ciudad, o la «ciudad verde», como se le llamaba en los años ochenta, antes de que sus orillas fueran recubiertas con sillares mediante las cuales pudo aceptar embarcaciones de cuatro diferentes anchuras.

Lentamente van deslizándose por su agua las muy cargadas barcas. En la borda uno va haciendo avanzar la barca con un bichero, un perrillo se acurruca, una pequeña hoguera está encendida. Éste procede de una pequeña cocina como ocurre en las barracas de gitanos. Otras embarcaciones son dispuestas en algunos puntos de la orilla y venden manzanas rojas como las mejillas de los niños de los marineros.

Poco después de que el canal haya dejado atrás las plantas químicas y los institutos técnicos de Charlottenburg, las avenidas con árboles empiezan a ser bañadas por él, y sus bordes son denominados durante un tramo concreto «la orilla del jardín». Los puentes lo cruzan al igual que los puentecillos de los jardines lo hacen con los arroyuelos. Allí está el puente de Lichtenstein, que lleva de la salida trasera del parque zoológico al Tiergarten, no muy lejos de la esclusa. A los niños les gusta mirar la espuma que forma el agua al pasar por ella deslizándose. Que la tranquilidad de este puente fuera en una ocasión profanada por canallas que un par de pasos más adelante arrojaron al agua el cuerpo moribundo de una

noble luchadora que tuvo que pagar con su vida por su bondad y su arrojo[73], es algo que apenas se puede imaginar cuando se ven las copas de los árboles reflejadas en el agua. Es más comprensible que algunos desesperados, algunos abandonados, hayan buscado la muerte en las atractivas aguas del canal.

En el puente de Cornelius el paisaje de parque propio de la «orilla del jardín» penetra con una marejada de verde en el paisaje urbano. Y la atmósfera que en este lugar une el aliento del parque, la ciudad y el agua, es de una suave riqueza de colorido que difícilmente puede verse en el Berlín de contornos gris claro. Ningún amanecer en los montes, ningún atardecer en el mar puede hacerle olvidar al que vivió de niño en Berlín el alba y la aurora sobre las hojas primaverales y otoñales de los árboles del canal.

Luego va del puente de Hércules hasta un puente arqueado similar al de una pintura china, que curiosamente se llama puente de Lützow (pero sólo por el pueblo, no por el héroe de guerra); más adelante hay un tramo de camino de arena que lleva a un minúsculo parque junto al club de la calle Von der Heydt. La mayoría de las puertas traseras de las casas dan a este sendero de la orilla. Y accesos a casas, que han dotado a esta región encantada de un nombre de calle numerada, parecen puertas de la fortuna. Los castaños recubren un sendero siempre oscuro, y siguen yendo por la orilla; son castaños con el que el niño del oeste berlinés está en contacto en todas las estaciones del año. Él recibió su primera y más agradable clase de botánica junto a sus pimpollos húmedos, sus cálices y sus frutos marrones, que se sacan de una vaina espinosa. Ante la pequeña explanada del parque, en la que el canal, se ensancha convirtiéndose en una especie de estanque de patos, los pequeños árboles se inclinan sobre el agua. El niño pregunta por el nombre de éstos y escucha por primera vez la expresión «sauce llorón». Desde la orilla norte del canal de la calle de la Reina Augusta todas las bocacalles llevan al Tiergarten. Lo que hay en los jardines de las casas, provistas de pequeñas columnas y frisos, lo ha preservado el bondadoso y viejo tiempo. Entretanto hay un par de ligeras desviaciones hacia lo gótico y hacia lo nórdico exuberante, pero esto tiene el mismo efecto que las pagodas y las ruinas artificiales en un buen jardín. Cuanto más estrechas

son o se hacen las calles, más agradable resulta su aspecto, como ocurre con la calle de Hildebrandt o la calle de los Regentes.

Una de ellas se va ensanchando hasta formar una pequeña plaza alrededor de la iglesia de San Mateo; esta angosta casa de Dios con su torre en aguja y sus torretas puntiagudas, construida en ese ladrillo amarillo rojizo que a tantas iglesias en Berlín da el aspecto de estaciones, se eleva por encima de los ramajes de hiedra y los setos de saúco. Todavía mantiene cierta alambicada distinción de la época en la que era lugar de encuentro de las personas piadosas que bailaban y rezaban juntas. Por aquel entonces popularmente se la denominaba la «iglesia de la polka».

El agradable carácter privado de la calle de la Reina Augusta es perturbado en unos cuantos puntos por pretenciosos edificios oficiales, Ministerios del Ejército Imperial, oficinas de Seguridad del Imperio y similares, pero sigue siendo un amigable paseo junto a la orilla. También lo es la orilla de Schöneberg, en la que en general se adecúan bien los edificios nuevos y reconstruidos con la tranquila presencia de las viejas casas. Poco antes de llegar a la esquina de la calle de Potsdam había hace poco una pequeñísima sinagoga, un minúsculo muro orientado al este. Ésta ha sido derribada junto a sus casas vecinas para hacer sitio a una gran casa angulada, similar a aquellas que se elevan en las otras esquinas del puente doble. En este puente doble el agua tranquila baña por un instante la más populosa gran ciudad. Ésta es iluminada de noche por anuncios luminosos y de día se ve estremecida por la frebilidad y el embotellamiento del tráfico. Este ruido de la gran ciudad preocupa poco a cuatro señores en bronce situados sobre los pedestales de los extremos externos de ambos puentes con una serie de aparatos. Cada uno tiene a sus pies un pequeño niño desnudo que puede jugar con estos instrumentos de una factura sutil. Gauss y Siemens trabajan con ardor y sin mirar sus inventos y experimentos, mientras Röntgen, calzado con unos genuinos zapatos de cordones, muestra a su pequeño lo que ha acabado, y Helmholtz, el teórico, reflexiona obsesivamente. La gente de gusto, y con ella el Baedecker, piensa que los monumentos no están muy felizmente situados. Yo creo que son de los más inofensivos. Su presencia resulta confortante: siempre que cruzando la calzada se llega a su altura, estamos en puerto seguro. También es

regocijante ver que las inclemencias del tiempo no afectan a estos señores vestidos ligeramente con las mismas batas ni a los niños desnudos.

Dejamos durante un breve instante la orilla de Schöneberg y entramos en la casa de la esquina de la calle de Potsdam. Por fuera está pintada de amarillo y simplificada en un estilo arquitectónico a bandas. Por dentro la escalinata y los pasillos recuerdan la época en la que era una vivienda de la alta burguesía. Ahora se ha convertido en una gran sede de oficinas. Las sociedades limitadas tienen aquí sus sedes con nombres abreviados como Hibado, Raweci y similares; hay despachos de abogados y consultas de médicos y una gran editorial y, como tenemos amistad con ésta, podemos entrar en sus oficinas y mirar los adoquines de color pan de especias de Karlsbad de esta antigua calle lateral que con sus jardines delanteros asilvestrados y los balcones derruidos añora su pasado esplendor. Allí, más lejos, ya casi en la calle Flotwell, conozco el arco por el que los raíles llevan a una fábrica que está instalada en un patio, y en el mismo patio de la moderna fábrica, frente a un pabellón de jardín que quizás sea resto de una casa de campo en la antigua calzada de Potsdam; hay un diminuto *trianon* burgués con un par de escalones que llevan por suerte a una anteplaza con enramados y jarras de piedra en la balaustrada y que va hacia la barandilla de cristal desde la que hoy se ve, en lugar del jardín, el corral de gallinas del portero de la casa y el muro recubierto de verde del vecino. Esta casa tiene que ser muy parecida a aquella en la que se refugió el príncipe de Prusia en los días de marzo del 48 cuando escapó en el crepúsculo por la Puerta de Potsdam. Aquí, en el viejo Karlsbad, pudo sentirse seguro. Escuchamos música de organillo y una voz, y vamos por el pasillo hacia una de las ventanas de la casa que da al patio. Debajo de nosotros hay uno de esos patios de profundidad abisal que se encuentran dentro de miles de casas berlinesas. No se ven nada más que ventanas desnudas detrás de las cuales se observan las siluetas de las máquinas de escribir, estantes y ficheros. Pero un par de ventanas se abren y las muchachas con los manguitos negros miran durante un instante hacia abajo, a la música.

Cuando el canal pasa bajo el puente de Potsdam, todavía puede seguir fluyendo por orillas tranquilas. Después lo ensombrecen los viaductos, él cruza entradas y salidas de estaciones, y cuando se ensancha para formar el

puerto cuadrado es bordeado por las oficinas de los ferrocarriles. En la plaza del puerto, desde hace años hay unos cuantos bellos plátanos. Aquel que quiera viajar desde el oeste de Berlín al sur de Europa, pasa, de camino a la estación de Anhalt, delante de estos árboles y recibe de sus troncos claros y del temblor de sus hojas un presentimiento de troncos de eucalipto y hoja de olivo.

Desde aquí un corto tramo de calle nos lleva al triángulo de rutas de la estación principal que se forma sobre la impresionante tela de araña de los raíles, por los que van los trenes de mercancías, de largo recorrido y los suburbanos, ya sean propulsados por vapor o por electricidad. Lo que allí se ve aparece en el viaje en tranvía, en tren periférico y en metro que nos recomienda Baedecker, el viaje que traza una espacie de nueva muralla alrededor del viejo Berlín y que, en parte, sigue las huellas de antiguas murallas.

Ahora seguimos la senda de agua que durante un tramo describe una línea ligeramente arqueada que es paralela al viaducto del metro, y al final se aleja de ella en la puerta de Halle. Ahora surgen torres circulares recubiertas de cinc: depósitos de gas, los más antiguos de Berlín, que fueron inaugurados en los años veinte por la Imperial-Continental-Association inglesa. Y frente a éstos se prolonga la orilla plana, que en tiempos antiguos era un barrio de viviendas suburbial y sigue siendo cómodo y amplio para andar por ella. Nos lleva a calles y lugares cuyos nombres contienen mucho pasado: la mesa de Juan, la calle de los caballeros hospitalarios y los templarios. Aquí se transmite un pasado singular: una sala de la misión urbana que aquí tenía una dependencia dirigida por Stöcker, el famoso pastor de la corte. En ella se encontraba la «iglesia de los panecillos», en la que los mendigos y vagabundos recibían dos panecillos, una taza de café y unas palabras para el alma. Una sala de esta misión fue durante una época teatro de una compañía burlesca que dirigía Carli Callenbach, «el director marsopa».

El puerto urbano: un canal lateral bordea una isla con forma de trapecio, en la que se efectúan cargas y descargas; los puentes de elevación y las grúas están en acción. Hacia el norte, pero algo más allá del agua, se abre un campo de batalla en el que se excava, se desescombra y se construye. Es

una ciudad que se va creando y otra que se va haciendo. Todo el terreno de la antigua orilla de Luisa, desde la antigua laguna del ángel hasta la laguna del portón de otrora, ha sido cegado para hacerle sitio a una gran avenida que se construye de norte a sur. Atraídos por el caos de arena y chatarra, andamos un tramo en dirección a la puerta de Cottbus. Allí se están haciendo actualmente obras para el metro y damos con una estridente red de soportes de hierro miniado. La calle de Cottbus nos lleva al canal y llegamos a los tenderetes de un mercado, que cubre toda la orilla de Maybach. Parece que, desde el sur, todo Neukölln ha venido aquí de compras. Hay de todo: pantuflas y lombarda, sebo de cabra y bramante, corbatas y arenques en vinagre. Junto a la vieja judía que extienden unas pieles y empaca seda, la vecina se come una zanahoria de su carro de verduras. Frente al áspero hedor del pescado, unas botellas con esencia de lirio de los valles prometen un suave aroma a buen precio. Los otros escaparates se ven interrumpidos por las franjas de un puesto de medias de gasa de seda o de la indestructible «seda acorazada». Esporádicamente las tiendas de la calle desembocan en el mercado. La tienda de esmaltes expone su mercancía en la calzada. Se proclama «Bulbos de tulipán excepcionalmente baratos antes del cierre», «Oportunidades, joven mujer», «Auténticas bayas blancas». Hay uno que valora sus patatas: «Las rojas del invierno, todas harinosas». Junto a él hay algo realmente digno de verse que nos parece un objeto de museo, auténticas diademas y peinetas como las que hace tiempo las mujeres se prendían del pelo.

La intersección del canal de Teltow y el ángulo derecho que forma nuestro canal están llenos de almacenes y muros de madera y, como en otros lugares, se puede distinguir la vida de la ciudad a través de los letreros: «empresa de montaje y alquiler de andamios», «se corta el pelo y se descola a los perros», «tubos, soportes, hierro moldeado, barrotes para verjas, todo tipo de hierro útil», «tradicional baño de estudiantes». Sobre este letrero ondean banderas blanquinegras, pero lo que se anuncia ya no está allí.

Otra vez vuelve a dividirse nuestro canal y llega con dos brazos al Spree. Pasamos por delante de la fosa del arco libre ante la algo mísera

pradera del bosque silesio. Un sendero nos lleva al río que forma aquí el amplio puerto del este.

Se opina que el Landwehrkanal debe ser cegado pues ya no es rentable. En ese caso una parte de nuestra vida se convertiría en un pálido recuerdo.

Kreuzberg

Es obligatorio. Es algo digno de verse. Es el promontorio más elevado sobre la llanura del Spree. Como hace mucho tiempo que no lo visito, decido en esta ocasión verlo a conciencia y me dirijo hacia el sur. De camino, en una calle que desemboca en la Grossheerenstrasse había un par de escaparates ante los que me tuve que detener, tanto tiempo como me pudiera esperar Kreuzberg. Uno prometía la confección de ropa de todo tipo con material ya disponible o comprado a tal efecto. Allí, sobre el lienzo con unos pañuelos de encaje, una ensimismada muñeca de trapo apoyaba sus brazos de color gris mármol. Bajo su gorro rojo tenía unos rizos gris azulado, antiguos colores como los de los cuadros de los antepasados. Era difícil que te pasaran desprevenidos sus incitadores ojos y sus brazos. Algunos pasos más adelante había una pajarería que también vendía comida para pájaros. Allí también iba gente a comprar comida para peces y productos contra los insectos, y yo leía palabras como Piscidin, Wawil, Dermigin, Radicalin, Milbin. Sobre todo recuerdo unos versos de contenido más general que me llamaban la atención:

De un pajarito en su casa
disfrutan los mayores y los pequeños.
Gran selección de pájaros
cantores y de cría.

Yo no sé si las dos últimas líneas se entendían como versos, pero yo las recojo así.

Es comprensible que todo esto me retuviera, pero definitivamente llegué a los pies del monte, ante la gran poza de la cascada del parque de la Victoria. En el agua se ríe un lascivo pez en bronce que una ondina pescadora atrapa en su red. Además de mí, contempla esto una gigantesca mujer de un cartel publicitario desde el siguiente cortafuegos de la carretera de Kreuzberg sin por ello abandonar su trabajo. Tiene que seguir lavando la ropa en su enorme pila con estas recomendables pastillas de jabón. Sin embargo, yo sigo a un niño que sobre su triciclo sube a una zona de juegos de arena. En el Lido, en Ostende y en la Riviera debe estar muy desarrollada la vida de playa, pero en Berlín hay en diferentes parques populares muy buenos arenales. La mayoría de las veces tienen una protección de madera sobre cuyos parapetos los pequeños hacen sus figuras con moldes, mientras dentro, en el inmenso desierto de arena, los más grandes construyen montes con túneles y cráteres para volcanes. Adulto y envidioso observo a los niños y llego a un banco a sentarme con dos señoras mayores de cuya conversación sólo oigo como si se tratara de un estribillo o de un pedal de un piano: «Ella ya ha… ella también va a… ella lo ha hecho todo». Pero tengo que seguir visitando el parque y la montaña, y busco en primer lugar, fielmente, los monumentos de los poetas cantores de la libertad que están distribuidos por la pradera. Sólo son agradables Hermes que, inofensivos entre los matorrales y sobre los arriates, hacen poesía como los que la hacen en el parisiense jardín de Luxemburgo. Allí está Rückert con el pelo largo y su pajarita. En un cuaderno de notas que es suficientemente grande para él, Ghaselen compone una estrofa cuyas complicaciones provocan que se le formen arrugas en su frente sobre sus reflexivos ojos. Debajo, en su zócalo, un *bambino* toca su lira. Estira el cuello para ver, no lejos de él, las patillas de la cabeza de Körner que está girada hacia la izquierda. El uniforme militar de éste está drapeado en forma de toga y, a la vez que el pliego de poeta, empuña la espada. Más allá, también Heinrich von Kleist no sólo necesita la mano izquierda para sostener sus instrumentos de poeta pues también empuña los chapeados de su regazo, mientras con la derecha toma una pluma de ganso y acaricia su

mentón meditabundo. Sobre el pliego de Uhland se lee: «El antiguo derecho». Él mira convencido hacia delante. Unas bonitas florecillas azules tienen un exuberante aspecto en el arriate de su zócalo. Éstas florecen más y más juntas unas de otras en el arroyo lateral de la cascada, por el que paso agradecido por todo lo que voy viendo a un lado y a otro. Todavía hay algunas derivaciones zoológicas y botánicas. Detrás de unas alambradas hay faisanes dorados y corzos. No se les puede dar comida ni hostigar. Pues, como aquí está escrito, así se pone en peligro la salud y la vida de los animales. Ante los arriates de flores con sus eruditos letreritos de porcelana escucho voces cercanas que discuten: «Te digo que ésta es también una rosa de los Alpes, sólo que de otra clase; ahí pone Oriente». Ante las peonías una pálida pelirroja me pregunta: «¿Puede usted decirme qué hora es?», y con ello me incita a apresurarme. Por ello no me paro junto a los retratos tipo que un fotógrafo expone, en mitad de la subida al monte, donde el camino pasa por el puente de la cascada. Tampoco me paro en el jardín de tratamientos curativos a base de leche en el que podría pasar mis veraneos. No, en lugar de distraerme, subo, junto a las rocas artificiales, por los escalones de granito, sesenta escalones de la terraza superior que llevan al gran monumento.

Junto a mí, un padre de familia les explica a su mujer e hijos lo que hay que ver alrededor de las torres y los tejados, les muestra las naves de la estación de Anhalt, las cúpulas del Reichstag y la columna de la Victoria; cerca está la iglesia de la Misericordia y más lejos la iglesia de Lutero. Cuando habla de las cúpulas verdinosas junto al mercado de los gendarmes, de la iglesia de Santa Eduvigis, de la catedral y del palacio, la hija pequeña pierde la paciencia y pregunta: «¿Por qué no nos vamos junto al pequeño río?». Se refiere a la cascada. El padre consigue seguir su explicación sobre las iglesias de la ciudad vieja. Al escuchar los nombres, pienso en quién, en tiempos pasados, querría ver desde esta altura las iglesias de la ciudad vieja. Entonces me viene a la memoria la anécdota del príncipe elector Joaquín, que aquí pasó unas cuantas horas de extraño miedo y tensión. A él su erudito astrólogo Carion, que había instalado un observatorio astronómico en su palacio de Colín del Spree, le profetizó que el 15 de julio de 1525 una horrible tormenta se tragaría bajo las aguas a Berlín y Colín. El día

comenzó, según cuentan los cronistas, sin nube alguna; a mediodía reinaba un ardiente calor, el cielo se tomó de color gris amarillento pálido y en el horizonte apareció una nube negra. Entonces hubo intranquilidad en el palacio, los coches de la corte fueron rápidamente enjaezados y el príncipe elector iba de un lado a otro de sus cámaras con el gesto desfigurado. Y, cuando el muro de nubes se hizo mayor y aparecieron los primeros relámpagos, las puertas de palacio se abrieron de par en par, el príncipe elector, su mujer y los niños cruzaron con un coche de cuatro plazas la explanada del castillo, los más importantes consejeros, oficiales y servidores de la corte los siguieron a caballo o a pie con sus enseres rápidamente empacados.

El cortejo fue hacia el sur donde se elevaban los montes de viñedo de Colín. Aquí había antes montes de viñedo de los que realmente se fabricaba vino. Era bastante ácido, pero no sólo se bebía en la Marca, sino que también era exportado a Polonia, Rusia y Suecia. Antes de que el aguardiente pasara de ser un medicamento contra la ronquera, la gota, la migraña, las lombrices y la halitosis, a convertirse en una bebida apreciada, que no sólo se compraba en farmacias, sustituyó al cultivo de vino de estos montes. Al más alto de estos cerros, que hoy se llama Kreuzberg, llegó el cortejo del príncipe elector buscando cobijo contra la riada amenazante. Aquí esperaron a la tormenta que no llegó.

> Después de que estuviera un tiempo esperando y no llegara nada, su mujer le pidió (pues debía ser una princesa cristiana y temerosa de Dios), que volviera abajo y permaneciera con sus súbditos […]. Lo conmovieron las palabras y alrededor de las 4 de la tarde volvió a Colín. Antes de llegar al palacio se presentó una tormenta y cuando llegaba a la puerta del patio vio a cuatro caballos muertos junto a los lacayos. La tormenta no provocó ningún daño más.

Así se lee en el *Mikrologikon* de Peter Haffitz.

¿Qué vio el asustado monarca cuando, huyendo de la nube amenazadora, miró a su residencia? Detrás del pantano y la arena vio un muro con torretas y pináculos detrás del que estaba su castillo, la «plaza fuerte de Colín», como la llamaba el pueblo, y de la que hoy sólo queda el «Sombrero Verde», esa torre circular al lado del Spree con el techo de cobre verdinoso; más allá, en Colín, habría visto las cúpulas y los pináculos de las torres de los relojes de San Pedro y junto a ellas el convento de dominicos,

donde hace algunos años se había hospedado Tetzel para describirles con mucha exactitud los tormentos del infierno a los habitantes de Colín y de Berlín y venderles indulgencias… Y más allá su visión hubiera ido sobre la casa del Espíritu Santo en Santa María y San Nicolás, hasta los hermanos grises y más allá de los molinos que estaban a la orilla del agua hasta la puerta de Köpenick, que cruzó cabalgando para ir a cazar aquel mal día en el que los terratenientes conjurados lo estaban acechando en la llanura. Allí, junto a la puerta, mandó clavar en la picota la cabeza del más osado de los rebeldes y durante un año ésta, con una mueca en la cara, se fue descomponiendo. Entre las iglesias y las orgullosas casas anguladas del callejón grande y el del monasterio, tan sólo podían verse unos cuantos bajos techos de caña y unos cuantos tejados de ladrillo con musgo, y mucho campo abierto, sembrados, praderas y charcas en plena ciudad.

Desde este cerro los suecos y los imperiales miraron alternativamente a la ciudad asediada que el Gran Príncipe Elector convirtió en una fortaleza amurallada y protegida por cañones. En la guerra de los Siete Años los austríacos y los rusos estuvieron aquí. Bolas de fuego y regueros de azufre y de betún bombardeaban la ciudad desde aquí arriba. Después este pobre cerro de arena tuvo un momento de tranquilidad respecto de la historia mundial. Ya, *atino* 1813, los berlineses cavaron, para la protección de la ciudad, trincheras en el monte de Tempelhof y en los montes Roll. Pero el enemigo no llegó a la ciudad, tan sólo el retumbar de los cañones de Grossbeeren. Y pronto sonaron las campanas dando gracias por la victoria de Leipzig. En el año 1818 se puso la primera piedra del monumento a la Victoria que ahí sobresale por detrás de mí. Las majestades de Rusia y de Prusia echaron cal de la paleta del albañil sobre el suelo de piedra. Y después se erigió, en hierro fundido, el monumento de Schinkel en «estilo antiguo alemán», y como un contemporáneo cuenta:

> sobre una base octogonal que daba lugar a una terraza elevada con una plataforma de piedra alrededor del monumento que constaba de once escalones que circundaban el octógono. En las partes y en el conjunto la arquitectura se sirvió del modelo de la catedral de Colonia. El conjunto daba lugar a un baldaquino en forma de torre que se elevaba sobre doce capillas o nichos, con las cuales se constituye la planta de cruz del conjunto. Estas capillas en forma de nichos están dedicadas a las doce principales batallas de la Gran Guerra, y en cada una de las capillas hay un genio de la victoria cuya figura se corresponde con el evento por él

personificado. La bella función de estas formas para el escultor es felicísimamente resuelta en unas figuras acabadas por los profesores Rauch, Tieck y Wichmann Jr.

Los genios guardan similitudes, atenuadas por el clasicismo, con los príncipes y los héroes de la época. Culm, con su piel de león y su maza se asemeja a Federico Guillermo. Dennewitz tiene los rasgos de Bülow. Blücher ha sido representado dos veces, impetuoso en Katzbach y con una coraza nórdica en La Rothière. A la diosa de la Victoria de París, Rauch le dio rasgos del rostro de la reina Luisa y le puso sobre su mano derecha una pequeña cuadriga que recuerda a la de la Puerta de Brandenburgo, ésta, claro está, de tamaño mayor. Aunque era una *belle-alliance*, la victoria final les quedó reservada a los indispensables aliados: la cabeza tiene los rasgos de la emperatriz rusa Alexandra Feodorowna y, por añadidura, en el pliegue central de su manto, a modo de bordados, están repetidos los once genios en relieve. Más tarde se construyó una base más alta para el cimiento y éste fue elevado a su altura actual por medio de unas prensas hidráulicas.

Mareado por los antiguos tiempos y el viento de la tarde, que desde las cervecerías trae un aroma a malta como el que se huele en Munich, le hubiera preguntado a alguien: ¿dónde está aquí la bodega? Antiguamente tenía que estar en esta pendiente. En tiempos antiquísimos éste era un paso estrecho con urnas cinerarias; después vivió aquí en la época de Fritz un extraño eremita. Más tarde fue un lugar de huida preferente. Y, en los días más secretos de las guerras de liberación, los patriotas Turner Jahn y Friesen crearon en sociedad con sus amigos la Federación Alemana, en que siguió sobreviviendo la Federación de las virtudes que había sido disuelta. Pero allá veo aviones en el este, en Tempelhof, y con ello vuelvo al presente.

Tempelhof[74]

Sí, allí está nuestro gran aeropuerto. Allá puede verse aterrizar a los zumbantes pájaros de acero sobre una superficie verde y llegando a la pista alquitranada. Y de nuevo vuelven a subir en un vuelo circular para tomar todas las direcciones posibles en el cielo. En los hangares de Lufthansa se guardan éstos como locomotoras en cobertizos. La experta multitud observa la llegada y la salida, y los más pequeños jovencitos hablan con el tono de un hombre seguro acerca de planos de sustentación y envergaduras, ya estuvieron ahí fuera en la ILA (exposición aeronáutica universal), ya están informados acerca de todos los aerodeslizadores, monoplanos y biplanos, con tanta exactitud como con la que conocen todas las clases de automóviles; tan sólo hace falta escuchar las conversaciones que se oyen ante las salas de exposición de la muestra. También a menudo dicen las mayores tonterías, según me han asegurado los expertos, pero las dicen con una sobriedad tan majestuosa y tan convencidos… ¡Cómo son estos pequeños berlineses! Es curioso con qué poca envidia miran los más pobres los aparatos deportivos. En el zumbido de las hélices y en el gruñido de la gasolina en explosión debe de haber un sentimiento de felicidad común o compartida. Aquel que no puede comprarse un coche, se convierte en chófer. O tal vez piloto de aviones, piensa uno de los pequeños, cuando ve pasar a los pilotos con su traje de cuero y su extraño uniforme de murciélago.

Allí donde termina, al terreno del aeropuerto se le unen unas zonas deportivas y los jóvenes corren para ver a sus colegas futbolistas. Esta

amplia explanada les pertenece a los niños y a los aviones. Y no hace tanto tiempo esto era una pista de trasnochadas revistas militares y de desfiles y aquí reinaba lo contrario de la elasticidad deportiva: el rígido paso de la guardia. Aquí fue presentada en dos ocasiones la guarnición de Berlín a su comandante en jefe, aquí se hicieron desde los tiempos de Federico el Grande hasta la Guerra Mundial las últimas revistas antes de marchar al campo de batalla. Actualmente hemos acabado durante una época con los más tristes de todos esos campos, estas plataformas de instrucción, demasiado vacías o demasiado llenas, que son tan desoladoras como los cuarteles de los que se nutren. En lugar de los cuarteles se han construido nuevas colonias, como, aquí en la cercanía, Neu-Tempelhof, con sus tranquilas rotondas, sus bonitos porches de acceso a jardines, las calles y las casas que suben y bajan que recuerdan al viejo Potsdam.

No queda ya mucho del pueblo de Tempelhof, que recibe su nombre de los caballeros templarios de antaño. Incluso la pequeña iglesia de granito en el parque común ha cambiado su figura. Y además de ello no queda nada más que un par de casitas de un solo piso con un jardincito delantero, tal y como se encuentran una y otra vez en los suburbios berlineses. El actual Tempelhof es uno de las horribles construcciones rápidas de la época posterior a 1870 llevadas a cabo con un gusto propio de constructores y maestros de obras, como algunas que se ven todavía con demasiada frecuencia en los alrededores de Berlín aunque paulatinamente son sustituidas por los nuevos bloques de viviendas sin alas ni edificios transversales y que tampoco tienen salas berlinesas ni estuco en las fachadas.

A modo de ejemplo me referiré a dos «monumentos» de la nueva época: la imprenta Ullstein, con su orgullosa torre de dieciséis pisos, y el poderoso complejo de las plantas industriales Sarotti, ambas en el canal Teltow. En uno, todo el espíritu acumulado en las redacciones y los talleres de composición de la calle Koch son convertidos por las rotativas, las plegadoras, las engrapadoras y las ensambladoras en periódicos, revistas, folletos y libros; en el otro, los granos de cacao recolectados en el trópico son convertidos por los cepillos circulares, las trituradoras, las descascarilladoras, las depuradoras y las moldeadoras en un chocolate

perfectamente empaquetado. Es sorprendente cómo la turbia sedimentación y composición de nuestras ideas deriva en una serie interminable de masas de papel impreso y cómo los granos empolvados e introducidos en arrugados sacos se convierten en innumerables y limpias tabletas y *pralinés*. Todo esto lo hacen las inteligentes ruedas y cilindros, cuyos múltiples tornos, moliendas, cucharas autoprensoras y centrifugadoras superan nuestro entendimiento de profanos espectadores, mientras que sus miles de supervisores, operarios y empleadas del mantenimiento sonríen ante nuestros sorprendidos gestos. (Qué ejército de vivaces y tranquilas trabajadoras berlinesas he conocido estos días; la pena es que sólo fuera de paso. Me gustaría ser invisible para ellas cuando están sentadas en sus cantinas, y escuchar lo que se dicen unas a otras de camino a casa, qué es lo que piensan de la vida…). Permanecemos totalmente ensordecidos en la enorme sala de las revistas berlinesas y vemos correr los rollos de papel a la altura del techo, posarse en un soporte de hierro y girar para salir como una revista ilustrada, cortada y acabada. Entonces nos deslizamos por la sala de las «refinadoras» donde los cilindros pasan por la bandeja de frotado, granito contra granito, y mueve masas que van flotando hacia las moldeadoras, máquinas de rellenado y transportadoras, para convertirse, sin ayuda de la mano del hombre, en planchas de estaño, cera y pergamino que se mete en cartón y en cajas.

A Tempelhof se le une Mariendorf, adonde hubiera dejado de ir con gusto si uno de los competentes y alegres operarios que trabajan en la pantalla vibratoria no me hubiera llevado a la casa acristalada donde se ruedan las películas. Alrededor todo es un extrarradio desolado, es el final del mundo. Dentro hay un mundo extraordinariamente vital. ¿Son barracas o bambalinas, es un campamento o un cuarto de niño lo que surge en un claroscuro alternativo? Un par de pasos torpes nos llevan descendiendo de un paisaje alpino, ante el que, como si fueran de juguete, se han instalado un balneario, una estación y un atractivo pequeño ferrocarril. Una esquina más allá hay una reproducción de un fragmento del tren de tamaño natural. Entonces podemos subimos al coche-cama sobre cuyos cojines la esposa abandonada se despertará sobresaltada. Estamos en el pasillo y miramos la puerta y la ventana, la cama y la manta, todos los detalles de un

compartimento de coche-cama. Y junto a nosotros hay una joven de dulces miembros, que allí se encuentra alumbrada por el halo de luz de una lámpara furtiva. Ella nos lleva al compartimento donde en este momento se lleva a cabo una grabación. Nos coloca detrás de los focos de luz. Junto al operador está el director y le hace signos. El hombre del piano toca una melodía de baile. Y entonces, allí, en el bar los figurantes comienzan a bailar bajo una luz deslumbrante. Es una especie de fiesta de carnaval, las tiras de confeti son lanzadas sobre los fracs y los hombros desnudos. Unas máscaras irrumpen a gritos entre las parejas que bailan sobre la pista. Solo, en medio de los vociferantes, uno está sentado junto a su vaso, con los codos apoyados sobre la mesa y con la mirada fija y perdida. Se nos susurra al oído un nombre conocido. Ahora eleva la cabeza y nos mira: «Nos mira como si fuéramos sus fantasmas», digo sin pensar. «No —se me corrige— él no mira nada como si fuera una luz cegadora». La música cesa. El director se encamina hacia los clientes del bar y hace una crítica de su movimiento. Y después los pacientes deben volver a estar muy dinámicos y el del medio a quedarse hierático. «Es una ardua labor de artesanía», nos dice la experta que nos guía. «Y lo peor es la larga espera, el tener que estar siempre preparado. Es como en el servicio militar». Nosotros, los legos, tenemos muchas ganas de participar aunque fuera sólo como figurantes. Nos gustaría volver ante la pantalla y vemos actuar. Nosotros, los berlineses, somos apasionados visitantes del cine. El semanario cinematográfico nos proporciona un sucedáneo de toda la historia mundial que no vivimos. En el cine las mujeres más bellas de dos continentes nos pertenecen con sus sonrisas y sus llantos. Tenemos nuestros grandes palacios cinematográficos alrededor de la Iglesia Memorial, en el Kurfürstendamm, en la cercanía de la plaza de Potsdam, en los suburbios, y cerca de ellos miles pequeños cines, luces claras y atractivas en calles semioscuras de todos los barrios de la ciudad. Oh, hay incluso una serie de cines con sesión matutina, auténticas salas cálidas para el cuerpo y el espíritu. En el cine el berlinés no es tan crítico, es decir, no depende tanto de la crítica de su periódico como en el teatro. Él se deja inundar por la ilusión. Es un sustituto de la vida para millones de personas que quieren olvidar su monótona vida cotidiana. Allí no hay ninguna pausa para el

despertar del espíritu y la reflexión. En ningún lugar se experimenta en común la alegría popular y el placer colectivo como en los pequeños *Kientöppen*, en los que un quejumbroso piano proporciona el acompañamiento musical. A veces sería mejor, según mi opinión, para acompañar estas conmovedoras escenas ante las que nuestras lágrimas caen sin el obstáculo del pensamiento, una música de organillo similar a la que vibra y se oye murmurar por nuestros patios interiores.

Hasenheide
(La pradera de las liebres)

Aquí ya no hay liebres ni tampoco ninguna pradera, pero a aquel que quiera hacerse una idea acerca del significado original de los nombres de los barrios de la ciudad le interesará saber que en el año 1586, según la crónica del secretario del ayuntamiento de Colín, un decreto principesco ordenó:

> El 18 de mayo les fue ordenado por la gracia del Príncipe Elector a los ciudadanos de las dos ciudades que hicieran orificios en sus vallas de los jardines para que las liebres pudieran entrar.

Ya Federico Guillermo I contestó a una demanda de derecho a pastoreo en la pradera diciendo: «Ésta debe seguir siendo jardín de liebres». Bajo Federico Guillermo I surgieron las primeras explotaciones granjeras y, después de las guerras de liberación, aparecieron las terrazas de café, y entre ellas un enorme parque de atracciones, con sus barracas de tiro, sus juegos de fuerza, sus mujeres forzudas, sus funambulistas y sus animales extraordinarios; se extendía desde la calle de Bärwald hasta la zona de ejercicios gimnásticos. Ante los locales de esparcimiento pasaba de un lado a otro el vendedor de puros con su cajón de madera colgado del cuello, pues aquí podía venderse el tabaco en muchos lugares prohibidos, ofrecía yesca y mecha y proclamaba: «*Cigaro avec du feu*».

De los antiguos cuadernillos y grabados de los años cincuenta se conocen los viajes en ómnibus al Hasenheide, *Madame* Brösecke con su marido de camino de la plaza de Dönhoff hasta aquí. «En Streitz hay un concierto y en Happolt hay baile, en Höfchen se le hace la corte a las modistillas y luego se va a la zona de ejercicios gimnásticos»; Happolt fue claramente el lugar más fino: allí había salas de mármol, un salón acristalado, *trumeaux* a modo de mosaicos que iban del suelo hasta el techo pintado, «tantas arañas como en el palacio de un príncipe», etc. Y aún había rincones en los que los aristócratas se encontraban; los consejeros de la corte, los consejeros secretos, los superiores, los titulares y los contables. *Madame* Brösecke prefiere quedarse con sus madrinas en Höfchen donde «hay una legión de cafeteras que contienen el aromático moca-achicoria y cientos de tacitas parecidas a la escudilla para pinzones, en medio de todo ello en todas las mesas hay cerveza rubia y vasos de *schnaps*», mientras que su hija Pinchen encontraba el lugar demasiado «heteróclito».

Los jardines para tomar cerveza y café han permanecido hasta el día de hoy y se han ido haciendo mayores. Son demasiado grandes, han mantenido lo monstruoso de la época de las proporciones enormes y los conciertos dobles y se superan unos a otros en sus ofertas. «Diariamente gran concierto de ambiente en la terraza, entrada libre», se nos atrona desde una puerta, y no muy lejos de allí un local se arroga haber sido y seguir siendo «el café líder a pesar de las muchas nuevas inauguraciones». Se nos promete «baile diario sobre una brillante pista de baile acristalada», y a todo ello se le añade la música de la «orquestina Oro del Rin». Pero el antiguo parque de atracciones ya no está allí. El *Nuevo mundo* es hoy uno de los grandes locales con salas para reuniones y festividades. Las personas mayores se acordarán de la época en la que con las palabras «*Nuevo mundo*» se pensaba en los panoramas, en los llamados museos de ciencias naturales, en las fieras, en los domadores con las botas de piel vuelta y en los forzudos. Cuando era un niño vi aquí la boca sonriente y las mejillas rosas de la chica a la que se le cortaba la cabeza y luego se le volvía a colocar en su sitio; quizás también a aquella primera dama que no tenía cuerpo de cintura para abajo, y a la que, mientras movía delicadamente los brazos, su jefe recitaba los versos de la flor de loto que tenía miedo; sin duda, el primer lugar donde

oí el nombre de Dabte fue en una barraca donde de forma panorámica y en plástico se representaban algunas de las penas del infierno. Era horroroso. Ya no se nos ofrece nada igual.

Todavía queda un fragmento de Hasenheide: el padre de la gimnasia Jahn, sigue observando, aunque sea sólo como busto y desde su pedestal, a jóvenes que practican deporte, junto al lugar donde se formó la primera asociación de atletas. Él mira complacido a los bronceados jóvenes y muchachas en traje de baño que aquí, al igual que en otros muchos lugares de los alrededores de Berlín, golpean y lanzan sus balones. Este jardín, algo asilvestrado y poblado de pinos enanos, es uno de los muchos sitios donde los berlineses pueden disfrutar del sol y el aire. Si subimos un promontorio del mismo y nos ponemos detrás del monumento, podemos pensar en los jóvenes guerreros y los ejecutores de tiranos de aquel entonces, para los cuales la libertad, la patria y el cuidado fortalecedor del propio cuerpo era un conjunto de ideas hermanadas. Hasta entonces los libertadores y los jóvenes heroicos, y sobre todo su líder y modelo, tuvieron que sufrir la tiranía por parte de su querida patria. Aquí Jahn, en el año 1818, inauguró la primera zona de ejercicios gimnásticos, después de que ya antes de las guerras de liberación hubiera practicado el nuevo arte gimnástico con algunos estudiantes en la pradera que hay entre las puertas de Halle y de Cottbus. Cuando por aquel entonces la rama horizontal de un roble era la barra fija, había arenales para saltar y las empinadas paredes de los montes Roll eran utilizados para los ejercicios de asalto; en la pradera había auténticos instrumentos, barras, árboles simples dobles y cuádruples, etc. Pero ya al año siguiente los antidemócratas cerraron la pista deportiva, encarcelaron a Jahn y trasladaron de allí todos los aparatos gimnásticos. Incluso después de su liberación se mantuvo a Jahn bajo vigilancia policial. Y sólo después de 1848 se reconoció su obra y fueron fundadas muchas asociaciones gimnásticas que lo consideraban el padre de la gimnasia. Ellos enviaron piedras de todas las partes del mundo a partir de las cuales se construyó el pedestal de su monumento.

En el antiguo jardín junto al restaurante, donde las familias se hacían café, han quedado en ruinas partes del campo de tiro que ya no se utilizan. En sus dianas se ven las pálidas figuras de enemigos alrededor del centro.

Éstas se nos muestran como si ya se viviera en una época en la que sólo se entendieran como tradiciones y piezas de museo de un tiempo en el que los hombres fueron tan tontos como para disparar fuego de pólvora desde unos tubos. También tiene un aspecto totalmente antiguo ese cajón publicitario de un fotógrafo junto a la salida de una calle. Allí se ven las modelos premiadas de un concurso de peinados de una asociación de peluqueros en Neukölln. Vemos los complicados rizos de muchachas y mujeres de cabellos poblados tal y como no se encuentran en la realidad ni en las zonas más retiradas de Neukölln.

Yendo por Neukölln hacia Britz

Ir en busca de Neukölln expresamente es algo que no se puede recomendar a nadie. Quizás, detrás de los enormes andamios que de vez en cuando sobresalen de la plaza de Hermann, con la que empieza este barrio de la ciudad, surja aquí una nueva y bella arquitectura. Pero la Neukölln real es uno de los suburbios que en los años setenta apenas tenían diez mil habitantes y ahora tienen entre doscientos mil y trescientos mil. En la plaza de los Hohenzollern cabalga, claro está, un emperador Guillermo I en bronce. En las amplias calles hay muchos comercios, cines, tabernas, puestos de salchichas al vapor, tiendas para el radioaficionado e impresionantes fachadas que esconden la miseria de las casas de vecindad. Entre la calle de Hermann y la calle del Monte se encuentra un barrio donde la miseria es más visible: el llamado barrio del Toro, donde por las tardes el pueblo cansado del trabajo sube en tranvías abarrotados y muchos niños con un aspecto lamentable van rondando la calle. Es un barrio triste. Cuando todavía se llamaba Rixdorf y era un lugar de paseo, tenía que ser más interesante. *Musike* ya no está en Neukölln como, según la canción, estuvo en Rixdorf. Por cierto que sólo tengo conocimientos mínimos acerca de este suburbio. No me he podido decidir a ver sus más nuevos monumentos, una fuente dedicada a Reuter y un Federico Guillermo I (donado al rey en su condición de colono de la piadosa Bohemia). Siempre he pasado con el tranvía por Neukölln de paso para otro lugar, sobre todo a Britz. Cuando en este pequeño suburbio, y pasando por unas cuantas casas de conmovedor estilo antiguo y de la gasolinera con sus letreros de Olex y de Shell, se

tuerce por una esquina del pueblo, topa uno con una calle serpenteante que baja hacia una ladera boscosa. Cuando se lleva andado un tramo de camino, surge detrás de los árboles y el estanque —oh, bello espectáculo—, la colonia. Sus colores relucen, el amarillo, el blanco y el rojo y, en medio, el azul de los encuadramientos y de los muros de los balcones. Vamos, pasando por una de las radiantes calles, hacia el complejo redondo. Se trata del lado abierto de un cuadrado, en cuyos otros cuatro lados, las estrechas casas bordean una gran zona ajardinada. En ningún lugar se ven casas con pisos interiores, a las escaleras se les han añadido salientes redondos. Todas tienen su trozo de jardín como en las colonias obreras. Pero en tal caso éste está mucho más cuidado y dentro de un conjunto mucho más comunitario. Llegamos a la plaza interior y vemos finalmente el estanque, el centro alrededor del cual se reúnen las otras orillas, con su círculo de casas y en forma de herradura. Con bella regularidad, las casas presentan tragaluces, pequeñas y grandes ventanas y balcones profundos y coloridos. En el lugar donde se estrecha la herradura, la afortunada y pequeña ciudad tiene su plaza del mercado; son escaparates de cooperativas de consumo, que, tal y como se nos asegura, proveían a los colonos de alimentos de una manera socialmente razonable. Entramos en una casa. También por dentro es colorida, pero no tiene un solo adorno superfluo, todo es sobrio y, sin embargo, coqueto. Ésta es una de las muchas colonias que suponen la avanzada más fuerte en el caos del mundo intermedio que separa a la ciudad y al campo. La necesidad de vivienda, la nostalgia de la belleza, la tendencia de la época hacia lo comunitario y el encono de la joven generación de arquitectos se pusieron aquí en marcha como en Lichtenberg, Zehlendorf y otros extremos de la ciudad, para construir lugares dignos donde vivir. Es una obra que es constantemente continuada y probablemente es lo más importante que ahora ocurre en Berlín. No puedo describir todavía este Berlín que se está haciendo nuevo: tan sólo puedo valorarlo.

Música en el vapor

«Aquí pueden llevarse gratis los ladrillos. Solicitudes al maestro de obras». Éstas son las piedras del antiguo puente Janowitz, que está siendo derruido, porque en medio de la antigua ciudad portuaria de Colín am Wasser hay mucho que renovar. Se están haciendo túneles para el metro. Se oyen chirridos y golpes en tomo a andamios de acero y rodillos. Por los escombros y pasando por las barreras, voy serpenteando hasta el lugar de salida de los vapores que surcan el Spree. Son embarcaciones de vapor de placer con música. Tengo que verlo, figura en el Baedecker, que ahora estudio con tanta curiosidad, «en la mañana del cuarto día: viaje en vapor a Grünau». Pero el hombre de la taquilla de la compañía de viajes en barco quiere que, en lugar de a Grünau, vaya a la esclusa de Woltersdorf. No sé por qué, pero es muy estricto conmigo como muchos de sus colegas en Berlín. De todas formas me permite que coma en un restaurante situado a la orilla. Entretanto se llena el vapor, las mejores plazas quedan ocupadas. Pienso ir en el segundo que tiene prevista su salida un cuarto de hora más tarde, pero en el momento decisivo soy enviado y fletado en el primero. Una vez allí retomo a los viejos tiempos. Allí están sentados los gordos. En rápidas motoras pasa la delgada y deportiva juventud de hoy por delante de nosotros; nosotros, los obesos señores en nuestros mejores años y las señoras envueltas en tisú, estamos allí sentados como auténticas caricaturas del antiguo Berlín. Con una lentitud abominable avanzamos, fútiles y ociosos, ante el esfuerzo que vemos en las naves de acero, las chimeneas y las grúas de las orillas.

Allí hay molinos de trigo con poderosos elevadores que sacan el cereal del transbordador, hay otros que lo aspiran con exhaustores de las canoas. Así éste llega al molino, es pesado, cribado, lavado, secado, prensado, molido y de nuevo cribado, metido en sacos, depositado en la cinta giratoria y de la misma manera, y como harina acabada, devuelto a la canoa para su ulterior transporte. Pasamos bajo el puente de Oberbaum. Desde la atalaya construida en ladrillo en un nuevo estilo «brandemburgués antiguo», miro a la gran planta frigorífica, que está detrás de los andamios ya casi acabada, y orientada hacia el puerto este. En un amplio almacén deben ser depositados en cámaras refrigeradoras miles de huevos, grandes cargamentos de verdura, fruta y carne hasta que sean consumidos. Más allá, en la playa de Treptow, el verde parque llega hasta la orilla. Prefiero bajarme y encaminarme hacia los niños, que allí detrás se divierten con sus cajas volantes suspendidas en cables. Y es que ese ferrocarril liliputiense, que avanza circularmente en sus raíles, tiene que ser igual que aquel que se construye y se pone en funcionamiento en el cuarto de los niños. Había tres vagones abiertos y panorámicos, que haciendo dos veces un recorrido circular por las praderas, y detrás de una pequeña cortina de humo, pasaban por los dos túneles. La locomotora en la que estaba sentado el conductor se llamaba «*Klettermaxe*». El establecimiento se llama «La casita de los huevos», y la calle que está detrás lleva al gran Observatorio astronómico. Allí también se extiende una pradera de hierba en la que el pueblo puede acampar libremente, como en Versalles las zonas de hierba no prohibida. Me gustaría bajar, pero nuestro vapor no se para. A nuestra izquierda emerge la *Gelsenkirchen del Spree,* Oberschöneweide y detrás Rummelsburg. En la orilla las lanchas cargan la escoria. Detrás de éstas vemos la industria metalúrgica, la fábrica textil de color rojo, la estación de transformadores y en la lejanía más allá las enormes chimeneas de la gran central eléctrica de Klingenberg. Todo este esfuerzo humeante y evidente le avergüenza a nuestra grasienta tranquilidad, a nuestro mísero tempo de caracol. ¡Ahora, hagamos música!

Se pasa por Köpenick. Uno se siente poco atraído como para bajar. Sé que detrás de la vieja zanja, que ahora es un charco para patos, se elevan el palacio y la capilla. Es el palacio donde se alojó el príncipe elector Joaquín

con la bella de Spandau, Anna Sydow. El palacio en cuya puerta su enemigo mortal, el caballero de Otterstedt, escribiera las famosas palabras:

Joaquinito, Joaquinito, cuídate,
que cuando te atrape, te colgaré.

Pero para llegar hasta allí hay que pasar por los monótonos y tristes bloques de casas de alquiler y por las plazas del emperador Guillermo. Detrás del palacio se vería el barrio de placer de Wende, con las barracas de pescadores, las nasas y las redes y el muro descompuesto alrededor del antiguo mercado… Pero la gente que me rodea está sentada tan inmóvil, tan totalmente abandonada a la música del vapor y al día festivo que no puedo salir de aquí. Con cierta compasión la gente joven nos hacen visajes desde los muchos embarcaderos, zonas de baño y piscinas al aire libre. Y alrededor de mí se devuelven una y otra vez estos visajes. Hacer visajes es la principal ocupación del pasaje de un vapor.

Ahora somos llevados a un restaurante, donde comeremos unos enormes codillos. Así está dictatorialmente prescrito. Y, como aquí bajan muchos, no necesito seguir esperando hasta llegar a la esclusa de Woltersdorf; bajo con los otros por la escalinata. Renunciando a mi billete de vuelta, esquivo el codillo y me adentro en al bosque yendo por un sendero de arena bajo pinos, que al sol de la tarde forman sombras chinescas.

Cuando después alcanzo la carretera, tengo suerte. Aparece un automóvil que conozco: es un Graham-Paige de un amigo. Le hago visajes como un náufrago. Y ahora, después de haberme sentado con la compañía más gorda posible en el vapor, puedo estar ahora junto a la más delgada de las jóvenes berlinesas que deja flotar en el aire un globo de niño que se ha comprado en Treptow. A una velocidad refrescante pasamos por pequeñas casas de campo que se encuentran entre cultivos de cereales y agradables promontorios. Allí está Königswusterhausen y la torre de la estación de Telefunken, una tela de araña de metal. También vemos el bonito y amarillo edificio situado delante del palacio de caza, en el que celebra sus reuniones el consejo del tabaco. Gracias a las salas del museo Hohenzollern,

conocemos la mesa de los colegas fumadores. Yo describo a mi acompañante al loco de la corte real, el profesor Gundling con su parodiado traje de maestro de ceremonias, con su levita roja forrada de terciopelo con ojales dorados, un chaleco de punto y una imponente peluca de hombre de Estado de pelo de cabra blanca. Encima de todo llevaba un sombrero de plumas de avestruz y, debajo, unos pantalones color paja, unas medias rojas con cuadradillos dorados y zapatos con tacones rojos. Mientras que hablábamos sobre ese pobre loco y su mundo, continuábamos el trayecto por la larga carretera de Storkow y casi anocheciendo por el camino forestal del lago Scharmützel.

A una hora tardía nos sentamos en la terraza del hotel Von Saarow. Arriba se baila; en el agua se refleja la iluminación de la pista que hace emerger un trozo de lago de la oscuridad nocturna en la que se halla sumido.

Pernoctaremos aquí, y mañana veremos el lago por nuestras ventanas. Y después, pasando por Pieskow, nos apearemos junto a las bonitas casas, escondidas en el verde de la colonia de actores de *Meckemdorf*. Y también haremos una visita en el propio Saarow a una de las casas de audaces frontones de la colonia de pintores. ¿Surcaremos el lago hacia lejanos rincones de sus orillas en una motora? ¿O iremos a pie por los bosques hasta las rocas del Margrave? ¿O pasearemos lo más cercamente posible junto al agua?

Qué pena que esta época del año sea tan avanzada que uno no pueda bañarse.

Hacia el este

¿Merece la pena todavía hablar de la actual y la antigua Alexanderplatz? Es posible que ya haya desaparecido antes de que estas líneas se impriman. Ya los tranvías, los autobuses y las masas de gente merodean por las zanjas de amplias zonas de obras y profundos socavones. La buena y obesa diosa de la ciudad, Berolina, que aquí, desde un alto pedestal, regulaba el tráfico, ha emigrado. El barrio de Scheunen, cercano a éste, con sus calles y callejuelas oblicuas y rectilíneas, algunas de mala reputación y otras pobres pero honestas está derruido en gran parte. Al sur se elevan sombríamente los muros del comisariado de policía sobre las ruinas de la plaza. Al noroeste sobresale de las casas y las zanjas la gran torre de la iglesia de San Jorge. Aquí dejamos a la Policía y a la Iglesia. Todo lo que, aparte de esto, hay aquí está siendo derribado o reformado. La mayoría de las parcelas y los solares está en poder de los ferrocarriles y el metro, que va cavando sus galerías en dirección al este. Lo que ahora está siendo ocupado no podrá ser edificado según el criterio del nuevo dueño: todas las futuras edificaciones estarán reguladas por los planos de la oficina municipal de urbanismo. Por ello no hay ningún peligro de que la especulación ponga en pie y pegue, unos con otros, horribles bloques de alquiler con oscuros y poco luminosos edificios transversales y adosados, umbríos y con poca ventilación. Los bloques de pisos tienen que ser construidos en una isla en forma de herradura en medio del tráfico circular.

Allá donde lo viejo desaparece y lo nuevo surge, en las ruinas crece un mundo transitorio de azar, de inquietud y de miseria. El que conoce este

refugio puede guiamos a lugares donde se vive, que son una horrorosa mezclas de nido y de caverna. Allí, por ejemplo, en los sótanos de un bloque de alquiler derruido que contiene una de la grandes fruterías que mandan a la plaza del mercado cercana sus carros y sus canastos, entre los escombros y la argamasa del «sótano de los plátanos», se oculta un triste lugar en el que duermen los mendigos que no pueden o no quieren ser recibidos en los asilos nocturnos. Van arrastrándose a su rincón cuando están cerrados los locales de alrededor de la plaza y las calles aledañas. Tan sólo flexionan las piernas para ponerlas más cerca del vientre y estiran la chaqueta para ponerla sobre las rodillas, cuando nosotros, intrusos desautorizados, irrumpimos allí. Otros sótanos contienen pequeños bazares, que recuerdan el mercado ambulante de París. Allí se venden botes de cristal de conservas y lámparas de acetileno, jaulas para pájaro y canastos de papel, antiguos sombreros de copa, de vidrios de lámpara, blusas estilo ruso, zapatos «recién estrenados», cinta y pinturas al óleo con marcos dorados, *plumeaux* e incluso plumas de avestruz. También el mundo superior está lleno de comercio ambulante. A la salida de la plaza de la iglesia de San Jorge, en el lugar en el que, cuando llueve, las prostitutas ateridas van de hurtadillas hacia las esquinas y allí permanecen estáticas, vi, por una de las grietas del vallado de la obra de demolición, a una vieja que les ofrecía a las pobres criaturas unas sólidas medias en lana blanca. Se ponían esto sobre la raída «ropa excitante» para combatir el frío.

Al pasar por las ruinas, que recuerdan a los restos de ciudades bombardeadas, llegamos a la calle Münz y a mayores aglomeraciones. Ante la taberna hay una mujer en el suelo; sobre ella, todavía con postura pugilística, uno de los individuos con gorra y jersey que dominan la zona. Los transeúntes miran interesados. Nadie se atreve a intervenir. Tampoco se presenta por aquí ningún poli. La justicia que aquí se imparte disfruta de reconocimiento general. Somos apartados de allí. «¿Sois de los que quedaron ayer, o qué?», grita uno a nuestro pequeño grupo. En la calle siguiente, no sé si estamos más cerca o más lejos de la ciudad, la gente se agolpa ante unos comerciantes callejeros. Ahí está aquel de las corbatas sobre el brazo: «Todas a un marco. Todo el mundo del cine lleva mis corbatas». El que vende lazos parece dotado de una gran elocuencia, pero

no podemos hacemos paso a través de su numeroso auditorio. «Palillos mágicos», oímos gritar desde un puesto de tarjetas de visita, recientemente elaboradas, con la tinta fresca de la imprenta. El vapor sube alrededor del letrero «albóndigas de carne de caballo, 5 chelines la pieza». De aquí sobre todo me interesan los mensajes y los letreros de las tiendas: «Clínica y baño para perros, lugar de corte de pelo y crines a perros y caballos», y más pequeño debajo: «Descolamiento, castración y muerte sin dolor», «El nuevo sombrero tiene que ser un sombrero cosmopolita», «Cortinas de jardín» (¿qué tipo de telón tiene que ser ése?). Y sobre todo me llama la atención un mensaje: «¡Atención, aquí en el sótano hay raticida!». Un establecimiento incluye dos negocios: gabinete de traducción y taller de zurcido.

Voy de vuelta a la zona de la plaza y al este. ¿Lo he soñado? ¿O estaba aquí el rincón en el que en otro vagabundeo me encontré sobre la ventana del balcón patas arriba el letrero de «hotel»? Aquel JHTOH tenía un raro aspecto tenebroso que hacía que la casa pareciese fantasmal.

Todo un tramo más allá no puedo mirar a la calle y a las personas, sino que mi mirada se fija en los gigantescos caracteres de las palabras laudatorias en los tableros y en los escaparates de las pequeñas tiendas y los grandes saldos. En el escaparate de la tienda de tabacos una ninfa, vestida con una enagüilla, permanece arrodillada detrás de un árbol de hojas estilizadas; junto a ella, además de una jarra, hay un cenicero con un cigarrillo de loza. Éste es *Flora-Privat*, suave, dulce, aromático el vencedor de los cigarrillos de a dos peniques. En la tienda de papelería y artículos de fantasía, se encuentran, entre las canciones renanas dedicadas al vino y las curiosas cajas de sorpresas, «las cintas con cascabel para bailar, un atractivo regalo». Algunas formaciones de palabras son sorprendentes. La *naturange* también llama la atención en otras zonas de la ciudad, pero *Stilla Sana*, el vermut de vino reconstituyente, sólo lo he visto aquí. Está situado, «para la confirmación y la iniciación a la juventud[75] con un 5% de descuento», junto a los vinos afrutados de reconocida calidad y los más económicos. También es sorprendente el «laxante Rodolax». En esta sección las mujeres más robustas encuentran sus corsés; por ejemplo, los nuevos moldeadores de caderas con faja. El «caballero» puede comprarse el elegante zapato de

baile que en su extremo superior es puntiagudo. Sobre la mitad de la calzada, de color marrón escarabajo, se cierra el contrafuerte negro como unido por una cinta adhesiva. También hay mensajes pequeñoburgueses: el dueño de una taberna tiene escrito a la puerta de ésta: «Conceder crédito es una desgracia; se pierde la mercancía y el cliente», y, en la *Fuente verde*, sobre el piano eléctrico está colgada la fotografía de un león y debajo de ésta se lee: «Ruge como un león si no te llenan el vaso hasta arriba». Junto a los chillones colores de las semanas de ofertas de *Küchenhimmel* y *Möbelcohn*, el pálido letrero de una jardinería comercial hace el efecto propio de canción popular: «Flores para la alegría y el dolor».

Haciendo estas lecturas, vamos a parar a la gran calle de Francfort. Se escucha un ensordecedor ruido de cadenas y de sierras que procede de detrás de una valla de madera que se cierra alrededor del centro de la calzada. Desde una tienda de trajes de máscara para fiestas de la cosecha e infantiles y de trajes populares y regionales, una muchacha de cera, con un corsé reforzado y una cofia blanca, mira sonriente a los hombres que dan martillazos y tiran de las cuerdas que accionan las poleas. La estructura metálica del martinete se eleva a la altura de cuatro pisos. Y allí donde el pavimento ha sido quebrado, en la calle otoñal, relucen, de color verde primavera, unos sacos de cemento. Uno de los trabajadores que van vaciando uno detrás de otro lleva una chaqueta igualmente verde que es iluminada por la llama de gas que se encuentra junto a la máquina, al igual que la hoja de los árboles de los parques es iluminada por los candelabros de las avenidas distinguidas. Él va dejando caer el cemento en un punto en el que otro va mezclando con la pala una masa marrón. Y la mezcla es introducida en un recipiente que se mueve circularmente como una excavadora, y vierte su contenido en un orificio, del que va cayendo la masa húmeda en la vagoneta que está allí situada. Ésta lleva el material al lugar donde se está secando la capa que previamente se dio sobre el muro, y la húmeda se superpone a la seca. Algunos niños observan boquiabiertos la comedia del trabajo. Y también los mayores permanecen allí de pie. Los berlineses pueden seguir contemplando todavía cómo en los viejos tiempos, cuando no tenían tanta prisa como ahora. Sin embargo, parece que sus conocimientos han aumentado. Ya no son los ingenuos que Hosemann

dibujó mientras permanecían ante las grandes tuberías de la compañía británica de gas y dicen: «Si tan sólo supiera cómo se puede conseguir sacar el petróleo de este cañón».

Al final de la calle nos esperan nuevas promesas. *Hackebär* tiene su propia fábrica de embutido. Allí está su nueva orquesta de campesinos. Volverá a haber la antigua animación, el ambiente, el humor. Mucha gente espera bajo las banderolas ondeantes. En un salón de la vivienda interior nos atraen desde el muro del pasaje un peluquero y una peluquera de cartón blanco. Unos enormes carteles nos anuncian al *cowboy* más famoso de América y al conde de Cagliostro. Éste sonríe sardónicamente por encima del abanico de una morenita con la frente dolorosamente arrugada. Las calles adyacentes, con nombres procedentes de una suave época antigua, interrumpen nuestro chillón camino. Ah, la antigua bodega con las estrofas que nos invitan a entrar allí y que figuran en la pared diagonal sobre los amplios escalones. Y ahora estamos en la entrada del teatro de la Rosa. Ahora se representa «*El despilfarrador*, obra popular romántica de Ferdinand Raimund». Dentro de diez minutos tendrá su inicio. Podemos ir hasta el final del pasaje y situarnos ante los esqueletos otoñales de las arboledas, que antes formaron aquí un toldo estival. Allí, apoyada sobre un gigantesco muro cortafuegos —como una bambalina antes de la sesión de teatro—, hay una casa de estilo antiguo con pilastras y marcos de ventana de color verde. Quizás vivieran aquí los dueños del teatro, y tal vez, por aquel entonces, la entrada era por la parte del jardín, y aquí los amplios escalones de una antigua terraza llevaban a la casa de comedias.

Hemos tomado nuestro asiento en la sala y miramos a nuestro alrededor. Hay numerosas muchachas con blusas rosa y azul celeste. Llevan los brazos desnudos, pero no del todo, tal y como los tienen las muy arregladas damas del oeste, sino con unas amplias hombreras de raso. Mirad en el proscenio la serie de caras que todavía esperan que les llegue su Daumier de Berlín. El antiguo empleado que, debido a esta misma corbata y a su alto cuello, tuvo una contrariedad en 1900 de la que le quedó una arruga en la frente y, junto a él, su severa esposa que recuerda en sus enérgicos rasgos a su antiguo monarca, el gran príncipe elector Federico Guillermo. Y el obeso propietario de inmuebles. Y el delgado peluquero de cabellos rizados.

Mirad abajo, a la orquesta, lo profundamente que está situada en su cajón rojo como sangre de buey. Mirad arriba, a los argentinos cisnes que doblan sus cuellos bajo el saliente del anfiteatro.

El telón se eleva ante la lujosa sala del despilfarrador que tantos amigos y lacayos tiene. La pared y los muros están pintados de unos colores parecidos a los de nuestros libros de cuentos, y entre las personas distinguidas que se mueven y se hablan hay pequeños sofás como en las casas de muñecas de nuestras hermanas. Es un mundo fantástico el de las rocas y el cielo tras el hada Genistane, que se mantiene estática y benigna como un caramelo. Al igual que en nuestras tarjetas de felicitación, las flores más bastas se abrían sobre las más delicadas, unas grandes flores de cartón se abren delante de su doméstico azur. Junto a sus manos orantes hay un pequeño altar de piedra estrictamente clásico y sin mácula como un monumento funerario del antiguo Berlín. Esta hada tiene una voz de niño, la voz de un niño aplicado que recita una lección. Recitando, mira al público, no a su protegido cuando se despide de éste. Y tanto cada uno de sus gestos funerarios como cada uno de sus versos nos conmueven por sí mismos. Esto es más conmovedor que muchas escenas famosas. Una serie de figuras, que ella dice que se le aparecen, van flotando por la parte superior del escenario. Y ahora ella se hunde por una trampilla que tal vez lleve más abajo, hasta la altura de la orquesta. Cuando ella ha desaparecido, se aproximan al abandonado unas muchachas con velo que lo consuelan. Son las mismas muchachas que en el palacio bailaban *ballet* ante los sonrientes huéspedes. Era un lento *ballet* con unas pausas muy marcadas entre cada una de las figuras. Las bailarinas inclinaban la cabeza en cada una de las cesuras de la música. Llevan sus blancas vestimentas con dignidad. Y también con otro colorido vestido, una especie de vestido de campesina española, ellas bailan al ritmo de jubilosos tamboriles. En el palacio del rico Julius von Flotwell (¿no es inevitable ser un despilfarrador teniendo ese nombre?) podéis conocer lo que eran las reverencias cuando Julius saluda al presidente, que no le tiene mucho aprecio, a Amalia, la amada, y a su rival, el barón Flitterstein. Tiene que contener, con estas reverencias de hombre de mundo, la desconfianza, la pasión y el odio.

Éste es el antiguo y buen teatro, donde los mendigos tenían hábitos de monje y sostenían temblorosamente bastones. Donde los relámpagos caían sobre un barco a la deriva en medio de una tempestad y las nubes galopantes irradiaban una luz mucho más mágica que la empleada por la Semana berlinesa de la Luz para iluminar sus monumentos. Ninguno de vuestros escaparates está tan atrayentemente iluminado como el tesoro que, situado en el acantilado rocoso, un enviado de Genistane le dona a su empobrecido Julius como último regalo.

No dudéis de ir al este mientras, detrás de los cines y las *varietés*, siga existiendo este antiguo teatro rojo y dorado.

Por ello hemos omitido referimos a los numerosos cines y *varietés* de los alrededores. Se puede entrar en el palacio de baile *De la gaviota*, donde hay un baile alemán antiguo para la juventud. Pero el empuje de los espectadores de teatro que vuelven a sus casas nos lleva en dirección contraria y nos mete durante un tramo en la avenida de Francfort. De pronto emerge un recuerdo. Los días de enero de 1919: de un lado a otro iban y venían las granadas. La lucha por Lichtenberg. Y, mientras soy arrastrado, veo en las angostas callejuelas a los contrabandistas con brillantes, jabón y tabaco inglés; veo también soldados vestidos de gris marcial, artículos de fumador y chocolate de los territorios ocupados, cajas de música con la Marsellesa; oigo punteos de guitarra…

Un destartalado taxi nos lleva hacia Alexanderplatz y, avanzando dos calles más hacia el norte, para ante un ruidoso y lleno local. Por encima de los vasos y las jarras de cerveza, la fisonomía venda[76] de las mandíbulas de las muchachas y los rostros tiernamente insolentes de los muchachos sobresale la trompeta de un hombre de cabello crespo y de carrillos hinchados al que acompaña al piano una dama con encajes en el cuello. El obeso dueño nos hace trabajosa y desconsideradamente sitio entre sus clientes cotidianos. «Beso su mano, *madame*». Esto complace oírlo tanto aquí como en el lugar más elegante del oeste, pero después es contrarrestado y se desvanece por una especie de marcha militar que canta toda la concurrencia con celo prusiano. No nos hace falta que nos digan que hemos caído en terreno nacionalista. En ese momento viene a nuestra mesa un individuo que hace una colecta para nuestros reservistas que luchan en el

oeste y nos muestra una lista para que firmemos. Una canción sentimental renana se eleva hasta la banderola que pone: «Enorme salchicha al vapor, 50 chelines». Dos muchachos se sientan en un extremo de nuestra mesa y se van acercando lentamente, todavía desconfiados pero ya dóciles. De todo lo que van diciendo exagerada y agotadoramente se deduce que no tienen donde dormir. No quieren pernoctar con el colega casual que encontraron anoche. Dormirán en el suelo si no se presenta otra oportunidad. En algunas casas hay benignos dueños que a aquellos que acampan en el suelo les ofrecen café caliente. Tal vez en su juventud han dormido bajo los arcos del puente del tranvía. Saben lo que es no tener ningún rincón. Uno de los jóvenes nos lleva por una confusa sucesión de rincones deslumbrantes y oscuros. Conoce por aquí un local de baile «macanudo». Se llama *Estrella Polar* o algo así. Es una profunda sala berlinesa. A la entrada de la sala adyacente hay un penacho raído y empolvado. Del fondo de la sala vienen parejas de chicas y de chicos a la pista de baile, en la que dos músicos engurruñidos tocan el piano y el violín. Se baila entregadamente, tal y como ya hemos visto en salones y vestíbulos similares, pero de manera más desesperada, o eso es lo que nos parece a nosotros, más ansiosos de placer, como una miseria y un peligro más amenazante.

Nuestro guía (allí los paseantes elegantes y descamisados de Berlín son iguales unos a otros) debe seguir su camino hacia la zona de la calle del Comandante y detrás de la puerta de Halle. De camino nos quiere mostrar algo cerca de la *okaza* del mercado. Estamos de nuevo frente al comisariado de policía. Nos empuja pasando por un portal bajo hacia el calefactorio. Él nos instruye acerca de las siluetas inclinadas o erguidas. Él distingue las conocidas de aquellas que están de paso. Aquí no se puede ni fumar, ni cantar, ni jugar a las cartas, ni comerciar. Pero sí que se comercia un poco, y la mayoría de las veces se hace una especie de trueque. Son prendas de vestir regaladas o «encontradas» que le sientan mejor a otro. Cerca del homo uno cambia libros viejos por pan. ¿Son polainas o periódicos lo que se saca de la bota puesta sobre el banco de madera? Al salir veo que estamos bajo el arco de un puente del tranvía. Llegamos a una calle en la que huele a fruta, pero los almacenes de fruta tienen el aspecto de oficinas. Aquí de día no se les vende a particulares. El mercado de Berlín no se

despliega por la calle como el de Les Halles de París. Hay maravillosos escaparates en cada una de las ventanas. En uno no hay nada más que cartón y papel de embalar, «papel para los carniceros y para el pan con manteca», «platos de salchichas de todos los tamaños y precios», platos de balanza, cajas y puestos, una cabaña de negros de corteza de árbol vigilada por un gato nocturno. Torciendo la esquina, hay un pulcro restaurante y un hotel con misteriosas cortinas. En un muro sin ventanas, hay una hoja que parece un cartel electoral donde se lee: «Carpas tempranas de Alemania para la estación otoñal». Pasamos por debajo de las columnas de hierro del viaducto. La arquitectura del ferrocarril urbano tiene hoy un aspecto muy antiguo. Echemos una ojeada tan sólo a la sala de espera. Los hatillos y los sacos les sirven de almohada a los que allí duermen. Veamos las vitrinas vacías y la hojalata de tonos mate de los aparadores abandonados. Fuera, delante de los coches que esperan, están los caballos semidormidos con las patas abiertas y estáticos. Veamos la taberna donde unos operarios del mercado esperan su trabajo y unos desempleados que les llegue su oportunidad. Dos chóferes remueven su caldo con sus cucharas. Los conductores del mercado se muestran unos a otros piezas de sus canastos y hablan, desde un punto de vista de comerciante, de la situación. El que está en mangas de camisa y pasa por las mesas saludando a los conocidos y desconocidos es según la opinión de nuestro guía, el «apagabroncas». Hoy no tiene nada que hacer. Situado entre el viejo que va farfullando palabras que salen de detrás de su barba, y la obesa mujer del mercado, inclinada sobre su canasto, aparece apoyada sobre el respaldo del banco la cabeza perfectamente tallada de un joven con la camisa abierta. Él duerme profunda y serenamente sobre la dura madera como si estuviera en un paisaje paradisíaco. Por encima de él se lee un mensaje escrito a mano: «Se traspasa durante la temporada una tienda de casquería de gansos (zona peatonal)». No somos admitidos en una cervecería que todavía está abierta. Debe de estar reservada para los representantes. Éstos son los intermediarios entre los pequeños agricultores y las tiendas de verdura de Berlín.

Ahora es el momento de pasar a la sala. Allí somos tolerados como personajes ociosos, pero no de una manera tan irónicamente

bienintencionada como el *noceur* de París ante los puestos de delante y de dentro de Les Halles. Las peladoras de patatas observan nuestro grupo con una mirada algo fastidiada. Junto a su carro, el muchacho con su gorro de terciopelo y sus buenas botas de piel vuelta, y en el otro carro el muchacho de la chaqueta de color verde brillante, que resplandece en el gris amanecer, giran tenebrosamente la cabeza hacia nosotros. Sólo el señor pequeño de pelo cano, que viene por la entrada lateral y se topa con nosotros bajo el cartel de «Resi todavía mejor que Rahma», inclina amablemente la cabeza y nos susurra en dialecto sajón unos obscenos versos alusivos a los distintos tipos de margarina. Salimos fuera, donde nos rodea el puerro, el ajete y la remolacha.

Estoy de nuevo en casa. Unas cuantas horas de sueño. A las seis tengo una cita para visitar la otra sala central del mercado de flores.

La luna sobre el asfalto vacío y azul. Las luces cambiantes del día y la noche se van reflejando en las viseras acorazadas de la estación principal. Brillo nocturno en la estación. Tomo plaza entre las cabezas descubiertas y los gorros, los delantales y los monos, las espuertas y los canastos. Estoy yendo por las redes de hierro del cruce de raíles y la fosa del canal que hay entre el puente de Möckern en dirección a la puerta de Halle.

Durante un intervalo de tiempo me quedo ante las heladas estatuas del puente que intentan ser alegoría de un sector de la industria o la agricultura. La imagen de la auténtica puerta de Halle surge de lo que he leído y de viejos grabados: la muralla baja de la ciudad, más muro de jardín que de defensa (su cometido era menos defender que propiciar el control de los extranjeros y de los aranceles y dificultar la deserción), los dos contrafuertes de la puerta están unidos en su parte superior por un barrote de hierro. Hay también unas vasijas de piedra decorativas. Mientras que siga siendo de día, las hojas de la puerta se hallan abiertas. Los recaudadores de aduanas y los dragones están sentados jugando a las cartas hasta que venga un rebaño de ovejas. Entonces el recaudador tiene que cobrar el impuesto de la matanza. Hay que pagar por cada rebaño que es introducido en la ciudad. Ambas hojas de la puerta deben ser cerradas, tan

sólo queda abierta una portezuela. Y, mientras fuera la gente y el ganado se amontona, el jefe de la manada es introducido. Tras éste los otros, cabeza por cabeza, tienen que pasar ante el empleado de aranceles que va haciendo el recuento. Mientras permanezco en el espacio comprendido entre el puente y la plaza, veo cómo se aprietan y se agolpan. Entonces viene, procedente del puente del ferrocarril, con un montón de personas con chales, gorras, canastos de rafia y sacas, mi conocido, el joven florista que me quiere llevar con él.

Pasando por la rotonda de la plaza de la Belle Aliance y subiendo por la calle de Federico, vamos hasta el recinto de color marrón estación, de cuya entrada pende un escudo de la ciudad con el oso. En la salida del patio son visibles, tras unos desvencijados escaparates, algunos arreglos de flores artificiales tal y como se ven en los cementerios franceses. En la sala mi guía es saludado por todo el mundo. La buena mujer de Zosen, acurrucada sobre su verde mercancía, le toma su canasto para levantarlo. Su vecina de puesto le cuenta que «hay dos niñas que han nacido entre nosotras esta noche». «Es un barrio fecundo Mariendorf», dice mi acompañante. «Pues tú ya tienes que apresurarte, Karl», dice la de Zossner. Un colega que pasa por aquí concierta unas citas comerciales con Karl y le pregunta luego: «¿Tienes flautas de mono?», y él le da un cigarrillo. Aquella de allá, me señala, es la gente rica, de esos es todo Werder y de aquellos de allá medio Teltow. Él va rápidamente de puesto en puesto, elige, comercia, pide y recibe pedidos. Entre los montones de flores otoñales autóctonas de colores pálidos, hay unas rosas empaquetadas muy prietas unas contra otras que proceden de Holanda y han venido por correo aéreo. Se comercia con audacia, y de un lado a otro se cruzan bromas entre los jóvenes muchachos y las viejas mujeres.

Los hombres también se embroman entre ellos. Con las mujeres jóvenes hacen mucho menos ruido y son más considerados. Pero aquí todos sienten un dinamismo matutino. Se está de buen humor a pesar de las vicisitudes. Esta noche heló. En Britz todas las dalias se congelaron, nos cuenta una mujer que viene con un cazo de café y una tarta de ciruelas delante de los que, de pie, desayuna. Esto lo dice en un tono de fatalismo rural. De pronto me siento como si estuviera entre campesinos urbanos de los tiempos

antiguos, como si intramuros todavía hubiera huertas y campos de cereales. Avanzamos un par de pasos más y llegamos a la sala de las macetas, a los crisantemos. La sala de las macetas fue construida porque la grande estaba demasiado saturada. Pero pronto el nuevo recinto no tendrá suficiente capacidad. La sala será trasladada a las afueras. El viejo jardinero del cementerio de Westend saluda a mi acompañante. Él mira de una manera despectiva a los vendedores ambulantes, que compran a la mujer de la puerta del extremo «mierda», es decir, basura. Lleva mucho tiempo aquí establecido. Ya su padre se ocupaba de una jardinería en una villa del Tiergarten en la que trabajó durante sesenta años. Pasamos por delante de brazos con sus macetas de violetas envueltas en papel y los ramos de crisantemos no muy bien envueltos. El bravo compañero que mete las compras de mi acompañante en su camión va con nosotros por la calle hasta una destilería donde nos tomamos una jarra de cerveza. Fuera, entre los carros, los coches y los gordos percherones los limpiadores de las calles ya están trabajando. Volvemos a la gran nave a recoger la mercancía. Allí ya se está colocando todo mientras que un par de ancianas pagan sacando el dinero de unos arrugados monederos y los jóvenes de los bolsillos de las chaquetas y los pantalones. Ni la suciedad ni los restos se quedan por mucho tiempo esparcidos por Berlín. A la ciudad le gusta recoger.

Ya hemos acabado con las verduras y ahora nos queda la carne. Es decir, vamos a la nave de ganado y el matadero central que están en el este. Ya el antiguo mercado de ganado que se mantuvo en pie hasta 1871 estaba en la calle de Landsberg. Un tramo más allá en dirección al este, se extiende en un enorme complejo de más de ciento noventa fanegas con establos lugares de compra, salas de matadero, edificios de oficinas. Está dividido en dos por la calle de Thaer, cruzado por unas vías de conducción, limitado por los largos andenes del ferrocarril periférico cuya estación de ganado incluye quince kilómetros de vía y una gran cantidad de plataformas de descarga. Primero veo a los hombres; los funcionarios, los veterinarios y en el edificio de la bolsa encontramos comerciantes de ganado con grandes abrigos, agentes, carniceros mayoristas. Mi guía me explica el trabajo de la comisión que fija los precios, la llegada, el control y el mantenimiento de los animales y los contratos verbales. Él me muestra las naves contiguas entre

sí. La nave del ganado vacuno, la de las ovejas y la enorme nave de los cerdos, en cuyas plataformas caben alrededor de quince mil cabezas. Se extiende hacia el norte hasta los andenes de las vías en las que se transporta el ganado procedente de la provincia. Y a lo largo del andén se extiende la larga y angosta nave de los terneros. Allí, al este, se encuentran los establos, los cargadores de estiércol, las zonas de cuarentena, los saladores de pieles, etc. Los días de mercado se abren las naves, y por las tres puertas las vacas, los temeros y las ovejas son conducidos al matadero. Los cerdos siguen su particular camino a lo largo de la vía. Vamos al matadero, que está más allá, y vemos una piara de cerdos que trota hasta el nuevo matadero, un sólido edificio rojo. Vemos la espalda gris rosada y los pequeños rabos con forma de tirabuzón avanzar por la cinta del conductor y desaparecer por el hueco. Ahora estamos en el interior de la gran nave. Un vapor blanco se eleva saliendo de una marmita en ebullición. Allí, del pequeño entabicado de madera sale deslizándose el primer cerdito y, sin hacer ruido y con plena confianza, va en busca de su matarife. Es un guapo y joven muchacho en mangas de camisa. Con seguridad le asesta al animal un hachazo en la nuca, y lo deja a un lado. Y, mientras otro hombre joven de aspecto simpático le propina el golpe de gracia, las patas todavía le tiemblan. Allí espera el segundo y ya se ve a un tercero más atrás. Me extraña que no chillen ni tras el entabicado ni aquí bajo el hacha. Quiero volver a ver la cara de los que asestan el golpe. Es curioso, los agentes y los patronos carniceros tienen un aspecto mucho más violento y ávido de sangre que estos jóvenes de suave color de tez que aquí inflingen la muerte… Llegamos a la nave del matadero de vacas. Allí hay un rincón ritual. Ante la vaca colgada cabeza abajo está el matarife que la ha degollado. Tiene una barba gris oscura y con los picos doblados hacia delante. ¿En qué antigua fotografía he visto esta barba? Hay que ver el esquilado de los corderos. Es sorprendente lo limpia y fluidamente que se realiza este proceso. En un momento son afeitados, un experto los agarra suavemente del pelaje, éste va cayendo con suavidad, y debajo aparece un ser de marfil claro. Todo se lleva a cabo con mucha limpieza en este recinto de masacres. La sangre y el horror son rápidamente ocultados; los despojos, las tripas y los trastos de faena son apartados. Rápidamente el suelo está de nuevo reluciente como un parqué espejeante.

De una sala a otra vamos hasta la salida. Los barrotes de hierro que aparecen a lo largo del muro son los carros de grúa en los que los animales son transportados en garfios. Echemos una ojeada en el gran recinto del mercado de carne. Tendría que haberlo visitado en las primeras horas de la mañana cuando los coches y las personas se reúnen allí. Los edificios de esta ciudad especial son de fecha reciente e imponentes criaturas. En el almacén de refrigeración y congelación se pueden ver las amplias salas con los miles de botes de hojalata galvanizada.

¿He de seguir avanzando hacia el noreste? Hoy en el Weissensee hay un mercado de caballos. Allí se venden tanto caballos de carreras como viejos jamelgos. También allí el comercio se realiza a base de apretones de manos. Una vez más.

El norte

Con todo lo que me gustan nuestros escaparates en el oeste con sus nuevas composiciones, sus iluminaciones, sus sorpresas, pienso que en la semana anterior a las Navidades todo me parece demasiado excesivo detrás de los cristales. Una vez más se ve esa cantidad de comestibles (medios de subsistencia que no pueden justificar ningún fin santo, más bien lo deshonran), esas enormes cestas de Navidad de las que manan botellas de *schnaps*, embutidos, piñas y uvas atados con lazos relucientes y apretados entre ramas de abeto. En todos los niveles de precio, con la mercancía se ofrece un embalaje muy expresivo, para ahorrar a los berlineses, que no tienen tiempo para nada, construir, disponer y atar el conjunto. Una vez más las librerías, con ese torrente de coloreados libros de cuentos para los pequeños. Y los bosques de pifias de abeto plateadas entre los objetos de níquel y de hierro: las hojas de pino salen de los zapatos, el espumillón dorado se precipita, como si fuera nieve, por los huecos. Allá donde hay buenos puestos todo es similar a un mercado anual. Junto a la decoración del árbol de Navidad se encuentran artículos de goma hinchable que son para ponerse a gritar, unos monos aplastados de color rojo y verde. Una mujer, delante de su puesto, suelta un gorrión mecánico, que hace sobre la acera el movimiento del picoteo. Mientras tanto proclama «lo más nuevo de la feria de Leipzig». Y, mientras me quedo observando este fenómeno durante un rato, el otro vendedor se acerca a mí y me dice: «¿Qué? ¿Empacamos otro, jefe?». Ésta es una curiosa modalidad del trato

reverencial. Antaño hubiera dicho «doctor». En Munich, sin más, «señor vecino».

Fue, creo, en la plaza de Leipzig. Cuanto más profundamente me adentré en la ciudad y me acerqué al norte, más propio de una ciudad pequeña y más auténtico se fue haciendo el mercado de Navidad. Y la oferta en los escaparates de los comercios ya no era tan horriblemente distinguida. Allí figuraba con letras gruesas (era en la zona de la puerta de Rosenthal) «Lo que ofrecemos» y «Precio triple: 25, 50 y 95 cts» y «Pechuga de ganso: el mejor regalo para las fiestas». Y las pequeñas pechugas de ganso esperaban colgadas y en fila sin ningún aditamento de abeto. Los coches en el borde de la calle estaban llenos de pan de especias barato y consistente. Los tenderetes de embutidos aúnan sus colores al ondeante vapor que de ellos sale. Siempre echo algo de menos el pequeño y apacible mundo del antiguo mercado de Navidad berlinés. No oí por ningún lugar el antiguo «El calendario de bolsillo por diez peniques» que decían los niños. En la época en la que oíamos esto, nuestros padres se acordaban de «el corderito por un tercio» de tiempos anteriores. ¿Y dónde están las carracas y los demonios de los bosques? Pero ninguna época suprime los abetos. Allá donde la acera se amplía a modo de plaza, se ponen en venta con su aspecto distinguido y conmovedoramente raquítico. También los hay totalmente diminutos con tres velas de colores. Se cuenta que ayer fue saqueado un almacén con doscientos árboles. ¡Qué ladrones más sensibles! ¿Cómo considera la ciencia jurídica este tipo de robo, esta leña con imponderables, esta necesidad no esencial para la vida? Incluso en las peores tabernas regidas por brujas con ojos en forma de ciruela hay un arbolito sobre el grasiento mantel. Al Niño Jesús también se le puede captar por la radio.

Voy por la calle de los Campos hasta Wedding. Incluso este triste lugar recibe algo del bosque navideño y el colorista mercado. Estamos en el patio del enorme bloque de casas de alquiler, en el primer patio —es posible que tenga cinco o seis pues aquí es como si viviera toda una ciudad de personas —. Los letreros permiten ver que aquí hay todo tipo de ramos profesionales: el apostolado, la fabricación de pan negro, la confección para damas y para caballeros, la cerrajería, la marroquinería, los baños públicos, las calandrias,

la carnicería… Y además las modistas, las costureras, los carboneros que habitan estos interminables, inmensos y grises edificios con cuerpos transversales y alas laterales. Desde el primer patio de este ejemplo de esas viviendas calabozo de otrora, vienen, cruzando el arco redondo tras muchachos, uno con una guitarra, los otros con velas que apagan cuando van de camino. Ellos, yendo de patio en patio, tocan y cantan canciones de Navidad mientras sostienen las velas con sus manos.

Los abovedamientos de estas entradas en arco al menos le dan un rostro a la miseria de la gran ciudad. En otros lugares del norte, como en las zonas proletarias de Schöneberg y Neukölln, en las casas vistas desde fuera no se nota cuánta pobreza albergan. Como las personas no llevan harapos de colores —es un ligero consuelo para los mendigos de los países mediterráneos que su pobreza lleve un manto—, sino raída ropa de burgués y uniformes desgastados del inagotable paño de guerra, los edificios tienen un espíritu burgués decadente. Aparecen en una serie interminable, ventana con ventana; los pequeños balcones están adheridos a los antepechos, y en ellos las macetas de flores llevan una existencia penosa. Para hacerse una idea de la vida de los habitantes hay que entrar en los patios, el primero triste y el segundo también; hay que ver a los pálidos niños que por allí vagan y suben los escalones que llevan a las tres, cuatro o más entradas de un cuerpo transversal de escasa luz, criaturas grotescas y conmovedoras tal y como las pintó y dibujó Zille. A veces se agolpan en tomo a un organillero que aquí tiene más posibilidades de que le den la voluntad que en los barrios burgueses, o también se reúnen alrededor de las cantantes del Ejército de Salvación, con sus sombreros de banda roja y sus uniformes militares, que prometen a los pobres de este mundo las riquezas del más allá. El que tenga la oportunidad de subir por los poco ventilados escalones y llegar hasta las miserables cocinas-vivienda con su tráfago de carbón y los dormitorios con su agrio olor a lactante, puede aprender. También hay mucho escrito en las caras de aquellos que, aproximadamente al final de la tarde, vienen de las naves de las estaciones del ferrocarril circular de Wedding y de Gesundbrunnen y, pasando por las calles o junto a las vallas y las zonas de obras, vuelven hacia el desconsuelo de su casa. Sin embargo, hay que mirarles algo más de tiempo. A primera vista no se perciben tantas

cosas en estas personas como en otros pueblos que encuentran una vía más sencilla, más inmediata del sentimiento hacia el gesto. Esta retención y esta impasibilidad reúnen tal vez más fuerzas para su lucha contra el mayor enemigo de la humanidad de hoy en día.

Humboldthain: sólo un par de niños creciditos se divierten en la zona de juegos. Para los pequeños a los que se ve en el verano entre montones de arena es ya muy tarde. Tampoco se ve nada ya del famoso banco de juegos de los parados que en el otoño, en la pradera, juegan sobre los bancos a las cartas utilizando pañuelos rojos y de colores como tapete de juego y gritan las cifras y hacen tintinear las monedas. Allí había caras de jugadores de camisas sin cuello tan serios y concentrados como los de las camisas de frac de Montecarlo.

¿He de tomar el ferrocarril circular que lleva a la avenida de Landsberg e ir a Friedrichshain a ver jugar a los niños? Allí se ve auténtico deporte invernal en estos días. Allí, en todo momento, dos o tres con un trineo descienden por el «Monte del cañón».

No, hoy prefiero seguir adelante, hacia el norte, hacia la naturaleza. En la calle de los Baños veo fluir entre las casas un estrecho arroyuelo. Éste es el bueno del Panke. Inmediatamente me acuerdo de la calle de Carlos, donde fluye todavía más ocultamente en medio de los muros traseros que otrora, cerca de su desembocadura en el Spree, tenía una casa de baños muy bien montada y ahora se ha convertido en una agüilla triste.

En un tranvía leo «Pankow-Niederschönhausen». Me subo de un salto y voy cruzando esta mezcla de gran ciudad y ciudad ajardinada donde hay ejemplos de todo, y a esto se añade el parque del palacio con sus viejos robles y el parque de los ciudadanos con su orgullosa entrada, las habituales calles de los suburbios, casi de pueblo, con las bellas casitas algo hundidas que hace cien años escasos estaban, aquí mismo, situadas en el campo; después, junto a villas de distinguidas familias de banqueros, se ven barracas que proceden del tiempo de la guerra y que están llenas de miseria y de niños, y más allá hay jardines obreros. Y después, en la soledad del parque, está el palacete de Niederschönhausen, totalmente abandonado y cerrado, con las altas ventanas recubiertas en el interior por tableros. Allí vivía durante el verano la esposa de Federico el Grande, la pobre Isabel

Cristina. De esta olvidada no se encontraría ni una huella aunque se pudiera entrar en el palacio.

De vuelta vuelvo a la calle de los Baños para ver la revista del teatro-cine. Es una revista de cinco bailarinas. En tomo a sus movimientos bruscos se ven restos de cáscaras de huevo de un ensayo más concienzudo. Es un espectáculo ver cómo las cintas de oropel están por encima de ellas y se mantienen a buena distancia sobre las perchas de la crinolina al cantar «Cuando las estrellas van vagando por la noche sobre el manto del cielo, uno dice a otros, ¡oh, el mundo es bello!». ¡Y aquella con el vestido de pliegues que se queda fija en el telón trasero como si fuera una mariposa! ¡Y la mujer de generosos pechos vestida con un traje meridional que canta la canción *Cuando en Sevilla*…! ¡Y su acompañante que lleva su traje español de lacayo y que al cantar señala con el dedo a ella y sus pechos! Y finalmente el desfile de moda histórica que va de la hoja de parra de Eva y pasa por el cinturón de castidad que llevaban las esposas de los antiguos caballeros, cuando éstas, según el canto de acompañamiento, se volvían de carácter agrio y malo. El desfile continúa hasta llegar a las combinaciones de hoy en día. De vez en cuando un soldado puede meterse en una cocina y hacer una cínica actuación con bromas que casi serían dignas de *Gaité Montparnasse* (nos estamos convirtiendo en cosmopolitas). Finalmente unas estrellas plateadas coronan las cabezas durante la apoteosis; son estrellas plateadas como las del árbol de Navidad, y las buenas muchachas se convierten en la corte de ángeles que se apareció a los pastores. Todavía no me había saciado de teatro. Estaba aún en la senda de Weinberg, donde prosperara en otro tiempo el célebre Stullentheater de la madre Gräbert y todavía florece uno que, aunque se llama escena de la risa, en su amplio programa que va de las ocho a medianoche contiene una obra musical seria, y precisamente ésta es la que logré ver. Se llamaba «*Gitanos*». Ora aparezca la bella Elsa von Felsing con un traje de caza para reparar al hijo de una gitana el mal que le hizo a su madre, ora haga entrada el guardabosques Wolter, con la mano en el gatillo de la escopeta y con sus estrictas exigencias, ora huyan los amantes o los músicos gitanos canten, casi todo el tiempo la vieja Minka estará moviendo la sopa sobre un fuego de leños. Después cae el telón sobre el escenario, que también está bordeado a los

lados por el patio de butacas. Fue una tarde de sábado. El teatro estaba lleno de agradecidos habitantes de una de las pequeñas ciudades de Berlín.

El noroeste

Donde hoy se encuentran los museos de la calle de los Inválidos (entre la escuela de ingenieros agrónomos y la geológica se encuentra el museo de ciencias naturales en el que se pueda admirar al famoso arqueoptérix y a todos los saurios contemporáneos de él ya sea en esqueleto o en vaciado), allí el viejo Fritz hizo plantar moreras para que los inválidos pudieran practicar la cría de gusanos de seda. Avanzando un pequeño trayecto en dirección al norte está todavía la casa de los inválidos que se erigió *laeso et invicti militi*. Estuvo antaño en una zona desierta que se llamaba Sandscholle. Allí la arena había llegado a un nivel tan alto de la muralla, que se podía franquearla a caballo y entrar en la ciudad. Es muy bonita la entrada a la casa de los inválidos con la puerta de madera de arco de medio punto y con su *oeil de boeuf* por encima. En el patio se veían los cañones que eran herrumbrosos recuerdos de guerra. Y muchos guerreros famosos descansan en el cementerio de los inválidos. Éste es uno de los cementerios del viejo Berlín, donde todavía se ve una serie de bellos monumentos funerarios. Cascos antiguos con escudos o una vasija de piedra de proporciones extraordinarias y simples sobre las lápidas de los coroneles y los comandantes de la casa de los inválidos, la cruz negra de Friesen, el alto mármol de Scharnhorst con su león moribundo, los trofeos sobre la tumba de Winterfeldt y la placa de cinc sobre la tumba de Tauentzien. También tenemos uno de los baldaquinos neogóticos prusianos que fueron hechos según los planos de Schinkel en las fundiciones reales.

Es bonito ir de piedra en piedra. En muy pocos sitios se concentran tantos monumentos del arte funerario berlinés, hay monumentos de la época de Schadow y Schinkel y de la última época de Federico, que de tan singular modo une la gracia y el rigor. En la Chaussestrasse, junto a la puerta de Prenzlau y al sur de la puerta de Halle y en algunos cementerios que todavía están en pie en la ciudad vieja, se pueden seguir estos caminos rodeados de hiedra para ver el antiguo arte funerario en tumbas de famosos y de olvidados. Desgraciadamente, allí uno tiene que encontrarse con las cúpulas, baldaquinos y las salas arqueadas para cuya «esmerada» fabricación en el mejor material y en todos los precios se fue desarrollando una gran industria.

Fui a dar con este bello y pequeño cementerio, en lugar de ir, como pretendía, al juzgado de lo criminal, situado en el otro extremo de la calle de los Inválidos, para asistir a una vista oral lo que supuse sería muy instructivo. Esto lo tuve que hacer muchos años antes, cuando se llevó a cabo un proceso de blasfemias, en el que los testigos, el juez y el acusado tuvieron una estupenda actuación; sólo el que hizo de fiscal exageraba demasiado y su papel era de una inverosímil comicidad de semanario humorístico. Intenté convencerme de que tal vez llegara todavía a tiempo. El tranvía me llevó con rapidez pasando por la antigua estación de Hamburgo, que tenía un aspecto agradablemente poco desgastado (ahora es un museo de transportes), por el muelle Humboldt, por la estación de Lehrt y el parque de exposiciones. Echemos una ojeada al complejo de la prisión, que tiene un aspecto de fortaleza con su imponente torre; después bajé ante el león que a la entrada de los juzgados combate a la hilera de criminales. En el zócalo de este león está el mismo nombre de artista que en el de su primo, que se encuentra en la conocida avenida del Tiergarten que lleva su nombre; se dirige amenazante a proteger a su leona herida. Sin embargo, este buen marido no es nada temible para nosotros, especialmente para los niños, que con tanta frecuencia pasean por delante de él, de tal manera que en el recuerdo permanece como si de un juguete se tratara. Pensé en este león y no tuve más ganas de entrar en la gran casa de color rojo que vigila el matador de serpientes. Me deslicé, como si fuera por detrás de la escuela, por un lado del enorme pentágono; llegué a los agradables recintos del

pequeño Tiergarten y vi la actividad febril de la granja Molle, ante la que en aquel momento llegaban y paraban un montón de esos carros de leche tan conocidos para todo niño berlinés. Con sus monos azules las muchachas y los chicos se bajaban de los sillines traseros. Habría que mezclarse entre aquellos para aprender costumbres populares. En lugar de ello me dejé llevar al norte por los espacios abiertos hacia una calle transversal a la larga calle de la torre.

Y allí fui a parar de forma totalmente casual en un lugar auténticamente berlinés. Allí, a la entrada de uno de los establecimientos que unían los nombres de pila y los apellidos de los Hohenzollern con el de la taberna del alcalde de Patzenhof, había mucha gente bajo el toldo con aire de fiesta. Y, a pesar de lo inmóvil que me quedé ante el león de la justicia y ante las muchachas de Bolle, aquí acopié confianza burguesa y entré en la fiesta del sexto año de la fundación de una asociación musical que organizaba una representación de aficionados. Se ofrecería una opereta por uno de los socios. Se sentaron en las mesas y recibieron café y tarta, era una tarde de sábado. La representación empezó con una reverencia, una reverencia cortesana de las que difícilmente se ven hoy. Después hizo una presentación la dama que había hecho el discurso de bienvenida. Más tarde el maestro de orquesta y el compositor se dirigió al respetable y les habló de las dificultades que supone para «diletantes que tan sólo pueden dedicar las horas de ocio de su vida profesional al arte» ensayar una opereta en su totalidad y representarla con medios insuficientes. La opereta discurría en esa zona propia de operetas comprendida entre Viena y el reino de Turquía, donde viven tantas condesas, vividores, gitanos, campesinas vestidas con trajes polícromos, contrabandistas y elegantes tenientes. Y las muy delgadas damas del coro actuaban tanto de campesinas como de distinguidas invitadas de la velada palaciega. Los protagonistas eran fuertemente aplaudidos después de cada *solo* y cada *duetto* y se veían obligados a repetir la mayoría de ellos, pero no sólo los cómicos sino también los cargados de sentimiento como «Muchacha, dime una palabra, / muchacha, ahora mismo». Y esto se lo merecían tanto como nuestros famosos cantantes de cámara que, representando a famosos personajes del siglo XVIII,

aprisionaban como un fuelle a sus compañeras a su poderoso pecho cincelador de sonidos y les repetían lo mucho que las amaban.

Allí se encontraban aquellos artistas ocasionales ante oyentes muy críticos que habían asistido a los ensayos de la asociación musical y entendían de los diferentes matices. A mí me llegaron a los oídos opiniones muy sutiles. Así, por ejemplo, una mujer en una mesa vecina me habló de una de aquellas aficionadas que no tendría que haber ido vestida de negro, lo cual la hacía muy mayor, sino de lila… Tal y como es habitual en un estreno, una revista de moda no sólo hubiera hablado de los artistas sino también del público: examínese a las dignas damas del chal de ganchillo cómo han puesto rosas sobre sus escote, qué discretos son los vestidos de seda negra de las corpulentas madres, así como los tonos pastel de los vestidos de las delgadas hijas. Habría que elogiar la extremadamente correcta vestimenta de los caballeros que dejaría en evidencia a muchas veladas de teatro en el oeste de Berlín. Guillermo II, que, vestido de almirante y desde un puente de mando, miraba a sus antiguos súbditos, podría estar contento de sus moabitas.

En cuanto a las *czardas* el compositor y el director habían insuflado a sus fieles la dosis de fuego necesario en la sangre. Éstas se bailaron con chasqueo de dedos y con las manos en las caderas. También tuvo éxito el mundano *onestep* con sus movimientos de cintura y de cabeza de adelante hacia atrás, pero sobre todo el vals por el que aprendimos de una canción, que es la más bonita de las danzas.

Y, después de la sesión, el público y los artistas continuaron bailando en la otra sala, de donde cuelgan los retratos de Guillermo I y Federico III. No me atreví a mezclarme en estos placeres.

Desviándome por los arcos del ferrocarril periférico y cruzando los puentes del canal, llegué a una zona en la que la Chaussestrasse desemboca en la calle Müller, y subí un tramo de esta interminable calle de la ciudad y de los suburbios. Allí, en cada esquina y también de vez en cuando, había comercio callejero con los más diversos objetos. Un joven de poco cuello y de grandes ojeras sobre sus pálidas mejillas ofrecía revistas con desnudos en foto. Él decía:

¿Qué es esto? Esto es sexualidad. ¿Y qué es sexualidad? Algo totalmente natural. ¿Qué aspecto tiene el ser humano? Éste y no otro. Uno se preocupa siempre de qué dirán los otros. Si no, todo el mundo que no fuera un apóstol de la moralidad se compraría una… Tú, vete mejor a casa —se dirige de pronto a un menor de edad—, para ti todavía es pronto. Mamá te busca en su moto.

Un tramo más lejos, detrás de los remates de los puños y los molinetes de viento para los niños, uno con sombrero y bastón se paró y empezó a reflexionar, lo cual despertó una atención generalizada. Después señaló con el dedo a su cabeza como si se le hubiera ocurrido algo. Él elevó el bastón que le sostuvo un joven. Hace que atornilla algo, cuelga el sombrero, la chaqueta y el abrigo y proclama: «un armario ropero por diez peniques», y le cuenta a la asamblea un discurso tan bonito que he intentado reproducirlo en verso:

Un armario ropero por diez peniques

Noté que me hacía la pregunta:
¿qué va a pasar con este trasto?
Todos llegan a la situación
a ésta en la que ahora me veis.
En el bosque no hay bancos,
la hierba arruga la chaqueta y el pantalón,
en la piscina no hay armario,
adonde irá la ropa.
Al hombre se le debe ocurrir algo
que a ustedes les voy a mostrar
que se puede clavar en cualquier árbol,
vean cómo se hace.
Pequeño, sosténme el bastón,
ya ven ustedes que no marea,
de un golpe sin martillo y sin palanca
y ya tienen el armario ropero.
Aparte de éste no hay más gastos,
todo queda colgado sin problemas
si quieren que quepa algo más,
un golpe y el clavo va fuera.
Y para que no se clave en las piernas
ni traspase el forro del pantalón
tenemos este pequeño
para que todo funcione bien.
Aquí está para que lo prueben,
no se oxida y está siempre nuevo.
Lo pueden arreglar con papel de lija

un armario ropero por diez peniques.

Allí había después uno vestido con una bata blanca como un asistente de clínica. ¿Era el que tenía auténticos diamantes de o el del quitamanchas universal o el del equipo continental? Tenía un micrófono y un altavoz frente a él, porque la propia voz no le valía para nada. Desde su mesa huía un ruido atronador como si se tratara del ruido creado por un ventrílocuo iracundo. También volví a ver aquí al viejo tintorero del que Hans Ostwald soltó la siguiente perorata:

> Se han observado las capacidades de estos tintoreros y se han ganado el reconocimiento. En esta época en la que todos deben parecer limpios, el cuidador de ropa interior es un ángel de la guarda […]. Ellos toman el cuello vuelto y blando, lo suben, lo apoyan en su tabla, le aplican el protector de ropa rígido y lo pliegan. ¿Y qué aspecto tiene? Planchado y elegante. Y, si el cuello estuviera en otro caso sucio, a las pocas horas pueden ahora llevarlo durante ocho días. El que lleva estos protectores de ropa vencerá a todos sus competidores tirándolos por el suelo.

También emergió el más novedoso sujetacorbatas. «Un golpe y ni la corbata de nudo hecho ni la de lazada libre se deslizan del cuello. El sujetacorbatas perfecto. Cuidamos nuestras corbatas». Y más allá está el coche de libros. Aquí tiene menos compradores que en los barrios de la alta burguesía. De todos modos hay mucha concurrencia. Algunos leen de pie durante un buen rato libros viejos y fascículos. Y el buen cuidador del coche lo permite sin problemas. Algunos pasan por aquí todos los días y leen un pequeño fragmento más. Es una biblioteca itinerante.

Allí donde el pavimento está levantado, con la arena amontonada, los niños han construido montañas con túneles. Las madres los ven desde las casas con los brazos sobre los poyos de las ventanas. Desde Spandau unos bellos caminos forestales y unos canales llevan a Tegel. Pero para conocer este curioso mundo intermedio, al que se llama periferia urbana, arrabales, «tierra de espera», es recomendable el trayecto que realiza el tranvía, y sus alrededores próximos y no tan próximos. En esta zona se da sólo raramente la transición suave que en un pueblo o una pequeña ciudad se produce entre la zona de viviendas y la de paseo. La mayoría de las veces la serie de casas se interrumpe bruscamente por un muro ciego. Y lo que queda rodeado por

el campo y sobresale del terreno hace que el vacío se haga más vacío: los cobertizos, las verjas de alambre de espino, los tubos de arcilla apilados, las chimeneas de fábricas aisladas, los almacenes y los rieles para el transporte de mercancías. Pero el pueblo de Berlín teme y lucha instintivamente contra lo caótico e indeterminado, intenta siempre que puede limpiar y ordenar. Trabaja febrilmente para llenar todo lo que está vacío. Allá donde ha permanecido libre durante mucho tiempo zona edificable, se han dispuesto los pequeños jardines, los jardines obreros, estos lugares conmovedoramente tranquilos con un poco de casa y de terreno, de huerto y de jardín para cada familia. Y, a pesar de que —o tal vez porque— este mundo tiene una existencia sujeta a eventualidades (pues siempre lo amenazan la nueva ampliación de la ciudad y la fiebre de edificar de los empresarios), estos jardines obreros no tienen nada de provisional o nómada, tienen el aspecto de paraísos perennes, son campiñas proletarias o pequeñoburguesas para los bienaventurados. Los hombres en mangas de camisa que siembran, las madres que riegan, las hijas que desgranan no parecen haber hecho otra cosa en su vida. Su vida en los jardines no tiene el aspecto de un período de descanso vespertino o dominical de personas que están todo el día dándole el pedal de una máquina de coser, estiran alambres y clavan estacas, accionan grúas y turbinas, empacan lo ligero y cargan lo pesado. Parece que, estando a lo largo de su vida entre rosales trepadores y girasoles, sólo tienen que ver con el perejil, la zanahoria y el haba. E invitan a pensar que su idílico trabajo sólo sería disipado por fiestas en las que todos los vecinos se reúnen. Los mensajes de la asociación hortícola *Descanso* invitan a una noche italiana, se les asegura a los niños que «el tío vaina aparecerá», la colonia pradera del bosque promete una noche de diversión musical. Al igual que en este lugar, al sur de la calle de Müller hay en Berlín innumerables jardincillos que en su conjunto forman una franja verde alrededor de la ciudad, que mantiene en su interior algunas ramificaciones, intenta cerrarse por fuera a modo de cinturón, y una y otra vez se ve algo desplazada y de vez en cuando interrumpida. Algunas porciones de esta franja de la fortuna permanecen a veces en medio del mar de las casas y junto a los parques y las zonas ajardinadas constituyen la fortuna verde de los habitantes de la gran ciudad. Algunos de estos parques,

tanto en el norte como en el sur, están unidos a la periferia y ayudan a mitigar los horrores de los arrabales. Allá donde estaban los pelados cerros de los ciervos, que eran un desierto de arena tan sólo interrumpidos por los campos de tiro y los vertederos, hay ahora, hasta el borde del pinar, una amplia superficie de césped y laderas llenas de amapolas y arbustos de rosas silvestres, campos nevados de margaritas. Sobre la arena marrón los niños corren con sus bañadores, los de más edad juguetean en la zona de deportes, los más pequeños son paseados por la arenilla clara. En un alto banco de arena desde el que la vista, más allá del cementerio y del agua, alcanza a atisbar las chimeneas y detrás de ellas el lago Plötzen, unos viejos están apoyados en sus bastones en un sembrado de flores plagado de abejas.

También al norte de la calle Müller hay un bonito mundo ajardinado, el parque Schiller. Y si, en lugar de seguir el trayecto del tranvía, me hubiera adentrado más en el amplio sector de la Jungfernheide, de nuevo me habría topado, detrás del canal navegable de Spandau y yendo hacia Westend, con un gran parque popular. Pero ahora voy en tranvía hasta el pueblo de Wittenau, donde las calles provincianas retroceden ante las fábricas y los almacenes y, por así decirlo, comienza la vida seria. Y también Tegel, si se llega a ella por esta zona, tiene en un aspecto de ciudad. Allí están el penal, la planta de gas y la gran fábrica de máquinas y fundición de hierro de Borsig. La puerta y las partes del complejo por las que pasamos son ya algo antiguas. Pero detrás de ella destaca la nueva torre de doce pisos, toda una sobria, orgullosa y angulosa atalaya del trabajo. Finalmente llegamos al terreno de los jardines y las arboledas. Me apeo y voy al parque de los Humboldt. El palacio se lo construyó Schinkel a partir de una casa de caza del gran Príncipe Elector. En él hay una serie de ventanas soñadoras y distinguidas. En los nichos hay estatuas de los dioses. Y encima de ellos, inscripciones griegas. En un cuarto hay luz. Ahora en una ventana de la gran serie de salas se enciende una luz. Este noble edificio no es pasado perdido. Allí viven personas para las que las estatuas y los cuadros, y quizás también los muebles del patrimonio familiar, son «tradición y gracia». Acompañado por el calor de esta luz, voy por un sendero del parque, me encamino hacia las tumbas de los Humboldt y sus sucesores. Sobre las

pequeñas superficies de hierba cubiertas de hiedra se eleva una alta columna con la estatua de mármol de la esperanza.

Después no quiero volver inmediatamente a la ciudad, vagabundeo largo tiempo por estas profundas sendas de arena entre ralos pinos y rodenos en la zona Saatwinkel. Ahí se da una mezcla propia de la Marca de desierto y bosque primitivo estropeado, hasta que finalmente emerge una valla y detrás un local ajardinado vacío. En el muro se leen unas inscripciones pálidas: «No se preocupen, entrada al palacete del bosque». Y mucho más claramente sobre un letrero de tablas: «Construcciones Continental, S. A.». La calle lleva por el canal de Spandau hasta desembocar en los edificios y en los rieles del tranvía.

Y después me voy pasando por Siemensstadt a casa dejando a mi lado las torres; los bloques, el edificio de la conmutación eléctrica y la fábrica Werner, con la torre del reloj, cuyas cifras luminosas indican la hora a distancia.

Friedrichstadt

Tarde de noviembre. Una luz gris plateada se refleja en el Schiffbauerdamm. Desde la acera opuesta, la del Reichstag, veo la serie de casas y, como remate, un fragmento de la sala de la estación de la calle de Federico, detrás de la cual, más cercanas o lejanas, unas cúpulas con vaporosos contornos se desvanecen en el aire. De esta zona he leído, en *Los recuerdos de un viejo berlinés* de Eberty, el aspecto que tenía hace cien años cuando el muchacho paseaba por aquí con su preceptor y miró a la acera opuesta, que por aquel entonces estaba llena de jardines. Allí se veían alamedas y pérgolas, unas veces de estilo chino, otras de estilo griego. Éstas resplandecían a través de los huecos del arbolado y le parecían al pequeño Eberty el compendio de toda la belleza. Preguntó al profesor por los habitantes de aquellos pequeños y deliciosos palacios y éste le contestó en tono serio que allí estaba el cielo al que iban los niños buenos, que en la tierra se habían comportado bien y que habían hecho felices a sus padres. Allí les esperaban unos encantadores ángeles con alas doradas para jugar con ellos los juegos más bellos. Sí, por aquel entonces debía de haber un bello más allá del Spree. Era la época en la que la cercana calle de Dorotea todavía se llamaba «la última calle», en la que a Rahel le gustaba tanto pasear. De esa época sólo nos quedan el palacio y el jardín Monbijou, unas cuantas casas vecinas y una más junto al mercado de Hacke. Ahora la zona es cualquier cosa menos propia de cuentos. Se llama «gran sala de espectáculos»; fue primero un circo y antes una nave de mercado. Su interior, sede primero de jinetes equilibristas y tambaleantes payasos, y

después del coro tebano al que Reinhardt hizo acudir en tropel ante los escalones del palacio de Edipo, acoge ahora las mil y una noches y las mil y una piernas de las grandes revistas. Los maestros de estas representaciones infantiles para adultos (y ésta es la máxima alabanza que puedo expresar, pues estas criaturas satisfacen tanto nuestras placeres maduros como nuestro amor de niños al mundo de los cuentos sobre las pasarelas oníricas) han dado lugar a un nuevo género entre revista y opereta, unas imágenes y una música bailadas y deformadas por la danza, tan pronto pensadas para un gran espacio como aquí, tan pronto para pequeños escenarios emparentados con éste. Y nuestros mejores artistas de la interpretación los han ayudado. No me refiero a los cantantes de cámara, que con unos refinados trémolos interrumpen el placer de la danza y la decoración; me refiero a Max Pallenberg y a Fritz Massary. Con los maderos arqueados y sus torretas en forma de embudo hemos visto cómo se erigía Titipu, la ciudad de cuento del Mikado, con sus farolillos itinerantes, sus árboles de porcelana, y entre los dragones y coloridas escoltas, entre pavos reales y duendes, están los coros de danza vestidos de hule y de seda. Y Pallenberg, en el papel de Koko, hipócrita y ladino sube a pasitos las escaleras, destroza y escupe rimas ante los árboles de porcelana. Y en el marco del nuevo siglo resucitado, con los vestidos de cola, los talles de corsé y los enormes sombreros, los mantos de seda y las plantas ornamentales, con el balanceo de los valses y la machicha, la maravillosa mujer entona su canción con un áspero rigor y un brillante orgullo con un arte austero y una alegría temblorosa; mantiene y demuestra sobriedad y libertad en cada gesto.

Unas cuantas esquinas más allá de la gran casa de comedias escuchamos, silbada y cantada y con una nueva rima, el antiguo juego coral de la miseria inveterada, la balada de los harapientos llamada *Opera de la perra gorda*.

Más allá, detrás del puente de Weidendamm hay un ensayo de música y danza en la ópera cómica y en el palacio del almirante. Los jardines encantados de Eberty están entre bastidores, y de día la pradera no es un sitio especialmente alegre. Detrás del Schiffbauerdamm, comienzan a aparecer grandes y pequeñas clínicas, librerías científicas, escaparates con artículos quirúrgicos y ortopédicos en el barrio de la medicina. Pero, en el

interior, bien protegido y un tanto apartado reconozco el Teatro Alemán y el Teatro de Cámara. Cuando hace algún tiempo volví a pasar por allí y me senté en una magnífica localidad de palco donde tenía cerquísima las caras de los actores, que me hicieron una famosa y brillante representación de un drama americano sobre artistas, tuve que mirar furtivamente y de vez en cuando a las localidades intermedias del segundo piso. ¿Os acordáis de ello, gentes de mi generación? Eran las localidades comprendidas entre el 19 y el 26. Había que pasar por la taquilla dos días antes de la representación prevista para conseguir las mejores localidades. Allí uno se sentaba justo bajo los medallones de Devrient y Döring, que se encuentran en el techo. Se veía a Josef Kainz. El teatro era enormemente importante y central en nuestra vida. ¿Por qué no lo es ya? ¿Es ésta una pregunta propia de la edad o es que la época ha cambiado? De hecho los berlineses fueron siempre grandes entusiastas del teatro. ¡Qué pasión se sintió con Schmeling, que estaba representado en mármol en el escritorio del rey y colgado como litografía barata en el taller del artesano o con Henriette Sonntag! En la vida de la ciudad el teatro sigue desempeñando hoy un gran papel. En el tranvía y en las tertulias se habla mucho de teatro. Pero al tratar los nuevos problemas de la puesta en escena, de la renovación de lo antiguo, de las tendencias revolucionarias, los berlineses no son un auténtico pueblo teatral como los vieneses. Esto no sólo depende de la situación actual del teatro, sino del carácter del pueblo. Los berlineses, especialmente los mejores, a los cuales no los caracterizo situándolos en un nivel de educación sino en un grado de autenticidad, son algo desconfiados con lo que les gusta inmediatamente. Por eso no tienen como público la ingenuidad del que busca disfrutar sin más ni más. Por añadidura, no asisten afablemente al teatro después de comer como lo hacen los parisinos con la esperanza de una agradable prolongación de la conversación en las mesas, sino con hambre y críticamente. A ellos se les ofrece probablemente lo mejor que hay hoy en dirección y arte escénicos. Los nombres son tantos que no quiero mencionar ninguno. Pero mira al público. En sus rostros hay una mezcla de fastidio y contención aristocrática. Si algo no les place, arman un escándalo, no se ríen de lo fallido sino que se indignan de que se les obligue a ver eso. Y cuando algo les apasiona lo manifiestan con una especie de

disgusto contra un supuesto antagonista que no se ha entusiasmado suficientemente. ¿Son felices de corazón en el gran teatro? ¿Tan felices como el público de los teatros de barrio? ¿Tan felices como al disfrutar en casa?

La calle de Dorotea. Por una casualidad afortunada me abrieron las puertas de la iglesia de Dorotheenstadt. Por fin logré ver la tumba del hijo del rey, del Conde de la Marca muerto a los nueve años, la primera y afamada obra de Schadow. El muchacho dormido, con la espada y una corona de ramaje, y sobre él en semicírculo unas parcas paganas que le han infligido la muerte al niño cristiano. Frente a la iglesia, rodeada de edificios municipales más altos que ella, se encuentra la última creación de Schlüter, una casa de campo que primero fue el «Buen Retiro» de un ministro, y desde hace más de ciento cincuenta años pertenece curiosamente a una logia francmasónica, la Royal York. La parte media y saliente parece hacer un suave movimiento que se prolonga apasionadamente en los gestos de las figuras del tejado: dos de estas estatuas se mueven casi como bailarinas. Hay un maravilloso juego en estas ventanas laterales, en estos antepechos de ventanas tallados en piedra. Los contemporáneos pensaban que «era una casa de recreo agradable y erigida según la más novedosa arquitectura». Un historiador del arte de los años setenta del siglo pasado tenía la impresión de que los caprichos y los juegos que antes servían para producir efectos pintorescos cuando todavía subsistía en los alrededores un aire semicampestre, ahora son ajenos a las calles de la ciudad. Pero un historiador del arte de nuestra época, Max Deri, lo llama el único «edificio histórico auténticamente bello y europeo» que tiene Berlín. Se sienten impulsos de meterse en el pabellón encantado del jardín, pero esto está reservado a los miembros de la logia. Y por eso, en lo que toca a la sala del jardín, he de contentarme con la descripción de Friedrich Nicolai. Él alaba las elegantes proporciones de la sala y sus bellos paneles en el techo. «Sobre las cuatro puertas están representadas las cuatro partes del mundo de Schlüter en escayola. En el muro cuatro bajorrelieves representan las cuatro principales virtudes de un ministro: la diligencia, la sabiduría, la precaución y la discreción». En los tiempos de Nicolai, el jardín llegaba hasta el Spree y en él «eran curiosos un gran salón de altos castaños y olmos y un bonito

montículo boscoso, y era atractivo mirar de frente hacia las praderas plagadas de árboles».

En la parte de enfrente de la calle de Dorotea, tras la biblioteca y la universidad reconozco, en la cercanía de la pequeña plaza con el colosal busto de Hegel —este rostro de una atronadora dulzura que mantiene firmemente que todo lo real es racional—, algunas casas. Me es especialmente familiar de mis días de estudiante el edificio del seminario, cuyos muros de colores brillantes están adornados por un delicado friso y unos relieves. Pero hoy no quiero pasear tanto. Junto al museo oceanográfico dejo a los dos hombres representados en bustos descubrir tranquilamente el azúcar de remolacha y fundar su industria. Tuerzo por la esquina de la calle del invernadero con la calle Federico. Echo una ojeada al café del hotel Central, donde, alrededor de esa hora del mediodía, está sentada gente muy curiosa: hombres de negocios extranjeros, damas que viajan solas, grupos de familias de levante, artistas, dudosos vividores, un agrupamiento enigmático. Como hace poco que fue reformado y reinaugurado festivamente el invernadero, la antigua *varieté* de Berlín, merece la pena recordar su historia. En primer lugar, tal y como su nombre indica, un lugar de tranquilidad y descanso de los clientes del hotel. Las *logias* estaban dispuestas de tal suerte que podían alcanzarse cómodamente desde los cuartos del hotel. Desde allí los clientes veían la exuberancia de las enredaderas, los laureles, las palmeras en las grutas de estalactitas y los acuarios, y, entre todo esto, había, a la luz de los pórfidos y los candelabros, un escenario en el que de vez en cuando se representaban obras musicales. Después vino la época de los directores cuyos nombres se aparejan insistentemente en la firma Dorn & Baron. La época de Loie Fuller, de Barrison, de Otéro, de Cléo de Merode y todas las celebridades europeas del trapecio y la cuerda floja. El cielo estrellado en su manto azul se reflejaba como un universo de sensaciones sobre los berlineses. Era colosal lo que aquí se ofrecía. Y, según el superlativo actual, hoy es «encantador».

La calle de Federico. Allí estaba entonces el centro de la pecaminosidad berlinesa. La angosta acera estaba cubierta con una alfombra de luz sobre la que las peligrosas chicas se movían como entre seda. Conforme a la moda, su recto caminar tenía algo de solemne que era cruelmente parodiado

cuando abrían la boca para hablar el idioma urbano. Su separación de la sociedad como si se tratara de una casta, el pecaminoso brillo de sus joyas falsas y de su auténtica miseria, todos los contrastes con los que la joven fantasía podía trabajar al ver a estas hadas malas con sombreros de plumas de la princesa que en consejo supremo de sus torpes consejeros espirituales expulsó a estas mujeres de sus casas obligándolas a ir a la calle. La imagen y el concepto de todo esto hace tiempo que pasó a la historia. Y en la actual calle de Federico hay pocos fantasmas de este pasado. Su vida nocturna hace ya mucho tiempo que es superada por la del bulevar del oeste. Y lo que allí aparece atrae más a los provincianos que a los paseantes berlineses. En algunos locales nocturnos la juventud actual puede estudiar irónicamente lo que les gustaba a las anteriores generaciones. Por la tarde, cuando algunas fachadas de casas de placer están iluminadas como ahora, ciertas puertas y ventanas tienen un aspecto muy atractivo como bambalinas de teatro dispuestas detrás de la escena. Aquí florece una especial forma de literatura publicitaria. Porteros y grupos de eventuales te dan una hoja con recomendaciones de locales interesantes, se recomiendan puntos candentes de la vida nocturna, que siendo mundanos son decentes, también representaciones de danza internacional, desnudos en escultura en el café Pilsator, una auténtica cueva de artistas, «La música del cuerpo, siluetas estéticas, visiones históricas, danzas indias sacrificiales, así como voces primaverales y números humorísticos de toda la compañía: la noche en Sevilla y el corazón tonto». Últimamente estos locales celebran instructivas conferencias de éticos sexuales, que, en una curiosa competencia con los nuevos escritos de divulgación, justifican diferentes ensayos y posibilidades sexuales y conquistan nuevos territorios para nuestros pobres, inhibidos y reprimidos instintos. Pero para esto hay que esperar a la noche. Entretanto se pueden escuchar en el gran programa de cinco horas «las ocho bromas picantes del famoso cómico Sascha Soundso». Es recomendable entrar en una de las pequeñas pastelerías que participan aprovisionando a la vida de la noche, y a mediodía somnolientos se sientan en corro con los colegas y comentan acerca del estado de los negocios y de la vida. Yendo allí se aprendería mucho sobre el mundo y sobre Berlín. Las salas de té con baile de la calle de Federico ofrecen su hora más instructiva antes de que se vaya

la clientela cuando en la cercanía del crepúsculo, con los instrumentos musicales todavía enfundados; la bailarina toma un bocado y charla con la mujer del guardarropa o el encargado del bar. Como un audaz investigador, hay que ir por la mañana a ciertos locales de la calle adyacente cuando crece la gruta de las ondinas. También deben de ser sorprendentes en esta hora los museos de las tabernas de aldeanos en el caso de que todavía permanezcan, la cabeza de Gottfried von Bouillon, muerto a los tres años, y cosas similares… En un letrero colgado a la altura del vientre, un obeso portero vestido con levita y gorro de cocinero sobre la cabeza; brillan las palabras «Mar Blanco». Nos invita a un conocido local donde se sirve cerveza rubia. Ésta casi se ha convertido en una especialidad. Hace tiempo la rubia con chispa o sin ella (jugo de frambuesa) domaba la sed de los berlineses. En calles más tranquilas de la ciudad vieja se encuentran algunos de los antiguos y auténticos locales de cerveza rubia. Allí uno se sentaba a las mesas de madera ante los enormes vasos de cerveza y bajo los cuadros del antiguo emperador y el príncipe heredero de por aquel entonces, y de Bismarck, de Roon y de Moltke. Pero aquí, en Friedrichstadt, estos locales y tabernas han sido desde hace medio año sustituidos por los palacios y catedrales de la cerveza que ahora reciben el trato de lugares históricos. Laforgue los describe como nuevos lugares de visita turística. Le llaman la atención las torres y torretas de estas *curiosités architecturales* y él conoce una disposición municipal que prohíbe que se construya más alto de un nivel; en caso contrario las torres berlinesas de la cerveza crecerían, como en Babilonia, hasta el cielo. Él se deleita con las pinturas «al fresco» de fuera y dentro. «El estilo de estos establecimientos» es el que se denomina «renacimiento alemán». Éstos tienen revestimiento de madera en el techo y en la pared; también las pilastras están pintadas y alrededor de la sala hay una vitrina en la que están dispuestos todos los tipos de barriles de cerveza de porcelana, de piedra, metal y cristal de todas las épocas.

No sé cuánto tiempo se mantendrá detenido este Núremberg colosal frente a la banda móvil de las superficies de anuncios luminosos que ahora recorre las fachadas de Berlín haciéndolas planas e igualándolas. Históricamente ésta es ya como su contemporánea galería de los emperadores, construida según el modelo de los pasajes parisinos. En ellas

puedo entrar sin una ligera sensación de horror, sin el miedo onírico de no encontrar salida.

Apenas paso por delante del limpiabotas y del puesto de periódicos al pie de lo alto, comienzo a escuchar un agradable jaleo. Una vitrina me anuncia danza diaria y la presencia de ese tal Meyer sin el que no se celebra ninguna fiesta. Pero ¿dónde está la introducción? Allí, junto al peluquero, aparece un escaparate: hay sellos, y utensilios de extraño nombre del coleccionista, pliegues engomados con un material no ácido garantizado, y llaves dentadas de celuloide. «Atención, rebecas», proclama un letrero desde la siguiente vitrina, pero el comercio al que pertenece está en un sitio muy diferente. Me doy la vuelta y me topo con un fotomatón ante el que está un pobre y solitario escolar con la carpeta bajo el brazo, absorbido miserablemente por «la escena del dormitorio».

Hay tantos escaparates y tan pocas personas… Se siente el carácter anticuado del estilo renacimiento de la cervecería con sus altos abovedamientos con sus contornos de tonos marrones; las vitrinas de estas galerías ensombrecen el polvo de otros tiempos que no ha sido apartado. Los escaparates siguen siendo más o menos los mismos que los de hace veinte años. Figurillas, recuerdos de viaje, perlas, bolsos, termómetros, artículos de goma, papeles timbrados y estampillas. La casa Telefunken, con el convincente letrero: «Un golpe, y Europa toca para usted». En la óptica se puede estudiar en unas hojas explicativas y por etapas todo el proceso de fabricación de unas gafas como si se tratara de la conversión de una oruga en mariposa. «La evolución humana» nos saluda desde el Museo anatómico. Pero todavía me causa cierto horror. Me quedo un rato viendo a «Mignon, el encanto del mundo entero», viendo una lámpara de bolsillo en cuya luz una pareja de jóvenes refleja su felicidad, y los gemelos Knipp-Knapp, que sin duda son los mejores y las carabinas de aire comprimido Diana, que sin duda harían los honores de la diosa de la caza. Me quedo aterrado al ver unas calaveras, que ríen con una mueca y hacen las veces de inauditos vasos de licor de un servicio de mesa con la parte inferior de color blanco. Y en el rollo de papel del servicio con música está posada una histriónica cara de *jockey* tallada a mano en madera de nogal. Unas botellas de leche llenas de licor esperan a la «asociación de antiguos lactantes». Si

éstos ya fuman, encuentran boquillas en una cercanía confusa con los muñecos de gama que reinan, junto a los pantalones higiénicos, sobre los que se ve el letrero: «Sírvanse discreta y libremente». Quisiera quedarme ante los fragmentos de ámbar del «*first and oldest amber-store in Germany*», pero me sigue mirando de reojo la belleza anatómica del museo. Bajo su carne desnuda el esqueleto parece un cilicio. Sus órganos pintados, el corazón, el hígado, los pulmones… flotan en el aire, en el vacío. Me aparto de ellos y me acerco a un médico con bata blanca que se inclina sobre la cavidad abdominal, ya vaciada, de una rubia. Me voy rápidamente antes de ver la prótesis de la nariz hecha de piel de brazo. Por ello prefiero visitar la librería y papelería con los cuadernos sobre la sensualidad y el alma y el derecho al amor de la mujer, el pequeño mago de salón y perfecto artista de los naipes del que se aprende cosas que te hacen ser querido en toda sociedad.

La galería se toma en ángulo obtuso: aparecen las sillas, las mesas y las macetas de palmeras de un restaurante que se considera a sí mismo «*strictly kosher*». Por el contrario, parece «*strictly treife*» el estudio de un pintor retratista, al que lleva una entrada recubierta por una alfombra. Y detrás se le puede ver a él mismo con barba, tal y como pintó al presidente del imperio. Hindenburg está sentado en el salón, a sus pies se halla tumbado un perro y entre él y el pintor hay un cuadro en el que aparece pintado, por cierto, sin perro. Él sentado y el artista pintado tal como aparecen en las ampliaciones según fotografías que están colgadas. De cada una de estas fotografías se podría hacer un dibujo. A partir de cien marcos, en tamaño natural Los muertos son retratados según las fotografías más pálidas. Ahí no se pierde el tiempo sentado durante largas horas. Hay muchos certificados de importantes personalidades. En un impreso el pintor cortesano se dirige a nosotros, paseantes, y nos señala que, en lugar de seguir a los modernos retratistas que han promovido una confusión en el gusto, él sigue como hilo conductor la concepción de Goethe según la cual «el arte y la naturaleza son una misma cosa». Una joven muchacha y una matrona de la provincia permanecen bellas con perro e invernadero. Pechos llenos de condecoraciones, barbas honorables. Para no perturbar su admiración me dirijo a la competencia, a «los cuadros originales de artistas

diplomados por la academia a precios que no admiten competencia». El ojo va de los otoños y las primaveras originales, pasando por las murallas de Rothenburg, a los conocidos «ciegos por los sembrados de cereales» y «la esclava vendida». Sin embargo, mientras tanto me han estado observando. «Esto lo puede tener directamente con nosotros», oigo que se dice a mi lado, y miro en la cara de un pequeño viejo de barba rala. Él pestañea mirando a la vitrina de al lado donde las muchachas de los grabados originales, algo desvestidas, están ocupadas con sus ligas y sus tirantes. Para aumentar mis conocimientos, tendría que haberme quedado conversando un rato con él. Pero me horroriza mucho este lugar con sus luces de falsos reflejos y las sombras rasantes. Le dejo que vaya acercándose a unos sospechosos muchachos con deliciosas corbatas a los que él les hace trucos con un espejo de bolsillo.

Todo el centro de la galería está vacío. Me apresuro a ir a la salida y noto la presencia fantasmagórica de masas humanas de días pasados que están colgadas por todas las paredes con miradas libidinosas, bisutería, ropa interior, fotografías y apetecibles lecturas de antiguos bazares. Ante las vitrinas de la gran agencia de viajes, que están junto a la salida, puedo respirar al fin: ¡calle, libertad, presente!

La plaza Dönhoff

Estoy a los pies de una de las enormes damas de piedra que vigilan la entrada del almacén Tietz en la calle de Leipzig. En las manos tengo un libro recientemente capturado por mí: Gustav Langenscheidt, *La historia natural del berlinés*, Berlín, 1878. Como si fuera un provinciano que pasea por las calles más tranquilas de su ciudad, me pongo a hojear este instructivo libro en medio del tráfico de la metrópolis. Mientras soy empujado y arrollado, llego a una magnífica cita del capítulo «El alzado de Berlín» y la leo ante el asfalto brillante como un espejo y ante la iluminación resplandeciente:

> A pesar de lo bonita que son las calles al primer golpe de vista, el peatón no sabe de cuando en cuando cómo librarse de los coches que circulan a alta velocidad, del barro, de las alcantarillas. La acera para peatones tendría de hecho que ir acompañando al trazado de las casas como ocurre en las demás ciudades civilizadas, pero esto se ha hecho casi imposible debido a las altas rampas de entrada situadas delante de nuestras casas. El peatón es detenido en todo momento y se ve obligado a saltar sobre los sumideros hasta la calzada. En ningún lugar es más visible esta incomodidad que en la calle de Leipzig, una de las más bellas de todo Berlín [aquí tal vez se piense en la antigua calle de Leipzig detrás de la plaza de la Prisión, en el patio de Raúl, pero quiero disfrutar de este texto viendo la nueva calle de Leipzig]. Además, delante de las casas hay también dispuestas unas escaleras de piedra. Cuando hace mal tiempo, en medio de las calles o en las calzadas hay muchísimo barro y en el adoquinado mismo hay muchísimas grietas, que hay que imputar en parte al terreno arenoso, en parte a la irresponsable dejadez de los que dispusieron allí los adoquines, y en parte a los encargados de su conservación. Los adoquines desproporcionadamente grandes, dispuestos junto a pequeños y puntiagudo guijarros, provocan que en todo momento se corra el peligro de tropezar y caer al suelo. Los sumideros se hallan situados, como así debe ser, a ambos lados de la calzada; sin embargo, están dispuestos de tal manera que se convierten en un nuevo y peligroso puente levadizo para los peatones. Tan sólo parte de los profundos

sumideros, precisamente la de delante de las casas, está recubierta con tablas. Cuando una noche se decide dar un paseo por delante de las casas, a cada diez o quince pasos se topa uno con una rampa de piedra, que, para que el peligro sea mayor, está rodeada de una pequeña zanja. Si se continúa tesoneramente el paseo por los tableros que recubren los sumideros, uno se topa, antes de que se dé cuenta, con el propio sumidero. Pero si se va andando por el centro de la calzada, no se sabe adonde ir cuando se acerquen rápidamente uno o varios coches, pues en los sumideros hay montones de inmundicia altos y fangosos; saltar sobre ellos es peligroso, porque son profundos y escarpados; sin embargo, hay que tomar una decisión sobre la marcha para no ser atropellado por el coche. Los autóctonos berlineses están acostumbrados a estas incomodidades, y conocen los caminos laterales mejor que el foráneo, que está lejos de suponer la presencia de esos puentes levadizos. Hay algo hostil para el hombre en esa disposición de las calles porque sólo parece estar pensada para los ricos que pasan por ella con su coche. Para qué hablar de la iluminación nocturna, pues hasta ahora ha sido mísera, eso contando con que las farolas se enciendan lo suficiente. Estas últimas están hechas y colocadas de tal modo que sólo difunden una especie de sombra clara que no ayuda a nada.

Me parece muy divertido imaginar cómo este observador crítico va cruzando con fastidio nuestra ciudad y mira de reojo y con envidia a los «autóctonos» que encuentran los caminos laterales con conocimiento de causa. Nosotros leemos en *Eberty* cuál era el estado de la iluminación en los años veinte del siglo XIX.

A amplias distancias unas de otras, las lámparas aisladas se balanceaban en el medio de cadenas de hierro que estaban tensadas sobre las calles y cuando soplaba el viento chirriaban melancólicamente. De estas lámparas dimanaba una luz tan mínima que la mayoría de la gente iba con una linterna en la mano o se hacía preceder de una de ellas […]. Unos hombres cuya vestimenta goteaba de grasa limpiaban las lámparas.

Ludwig Pietsch recuerda el pavimento de los años cuarenta, cómo para desplazarse se recurría mucho al único medio público de transporte que había por aquella época: «el taxi de segunda clase, que todavía conserva su digno y antiguo aspecto». Los modelos más antiguos de nuestra época nos recuerdan a los últimos representantes de este género de vehículos con sus ruedas rojas y amarillas, su habitáculo de colores, y la barba hirsuta y la esclavina azul del conductor. Como a mi derecha está la amplia plaza de Dönhoff inundada de tranvías, automóviles y masa humanas y como ahora he ido a parar a los viejos tiempos, me figuro el aspecto que tenía cuando era una explanada delante de la antigua puerta de Leipzig y una plataforma de maniobra y de desfile del regimiento que mandaba el general Dönhoff.

Allá donde las bellas columnatas de Gontard cerraban la plaza, pasado el mercado del Hospicio, estaban las fosas de la fortificación del puente del Hospital. Federico el Grande las hizo erigir y eliminó todas las barracas y cuevas que a menudo ofrecían cobijo a los criminales. También hizo que la plaza de Dönhoff fuera rodeada de imponentes edificios. De éstos, hasta el principio de siglo, se mantuvo el palacio en el que viviera el canciller estatal Von Hardenberg y que más tarde fuera cámara de diputados prusiana. En 1904 se hizo sitio a unos modernos grandes almacenes. A la época del canciller tan sólo recuerda su monumento, que, situado en el lado sur de la plaza, da enemistosamente la espalda a la escultura del barón Von Stein, que obstinadamente mira los tranvías de la calle de Leipzig. La plaza de Dönhoff fue también mercado anual y estaba llena de barracas. Y, antes de que fuera allí dispuesto el monumento de piedra, se elevó en el centro un obelisco, que medía la distancia a Potsdam en millas. Delante de él había un estanque de fuente con un león que escupía agua y al que los berlineses llamaban gato de aguas. Ellos le hicieron una rima:

Cuando el gato salvaje
de la calle de Dönhoff
escupe agua,
la primavera
no está lejos de Berlín.

Alrededor del gato de aguas y del estanque jugaban muchos niños, y las *nurses* se sentaban con los niños pequeños en los escalones del borde del estanque; hacían punto, y charlaban tal y como se ve en antiguos grabados.

Pero ya basta de los tiempos antiguos. Voy por la calzada, llego ante la entrada del teatro y quiero ver qué es lo que hoy se ofrece. ¡Los cantantes de Stettin! De nuevo algo antiguo y distinguido. Pero, como todavía existe, entro.

¿Cuándo acabarán de pintar las flores en los muros de la escalinata? Ellas tienen algo de estilo de primeros de siglo atenuado. Los pilares altos y rojos sobre los que se sostiene la sala y el desaparecido lujo del techo nos remiten a un esplendor pasado. Sí, hubo un tiempo en que aquí estaba la *varieté par excellence* y vinieron también de visita los miembros de la alta

sociedad. En una urna de cristal, junto al aparador, hay un segundo vestigio del pasado. Allí se conservan los retratos de dos precursores del teatro cómico, uno alto y delgado, otro bajo y grueso, ambos con un uniforme de colores, pantalones blancos de la guardia y un chacó sobre la cabeza. De la época de estos cantantes ha quedado una sacrosanta costumbre que se mantiene hasta nuestros tiempos: los que aquí cantan son exclusivamente hombres. Incluso en las obras de teatro los papeles femeninos, tanto el de esposa del consejero judicial como los de las chicas del servicio, son interpretados por hombres, al igual que ocurría en los antiguos teatros griego e inglés.

Este lugar es importante, sobre todo como flor tardía del canto masculino alemán. El cuarteto de honorables señores en frac constituían la base del espectáculo, y lo que suena como cuplé humorístico y escenas características aisladas es sólo *intermezzo*. Pero también estos señores tan honorables pueden ser más joviales. Después se empiezan a embromar entre ellos y nos embroman a nosotros con *pot-pourris* sorpresas, en los que sólo se mantiene serio el razonable señor del piano Bechstein. Pero el público se mantiene en todo momento en una actitud respetable, los padres y las madres de familia y todas nuestras Ernas y Almas, que incluso al lavarse cantan recordando cuando estos cuatro entonan *a capella* una canción sobre el amor que vive en el corazón y es o debe ser tranquilo como la noche y profundo como el mar. Los cantantes permanecen inmóviles, con el cuaderno de partituras delante. Sólo las cabezas se giran y se miran durante un breve instante, cuando con los labios y los ojos el tenor le da la entrada al bajo y el bajo al barítono.

Después de estos placeres puramente musicales, hay que tener alguno visual. Por ello las imágenes de ensueño se ocupan de «la demanda general». Son vivas canciones populares, cantadas y representadas ante un decorado extremadamente rocoso. Allí una serie de velos gaseosos de nubes esconden y descubren todo tipo de paisajes y situaciones alemanas medievales. Allí un personaje disfrazado, ya sea solo, ya sea acompañado, canta *En el frío abismo* y *En el bosque y en la pradera*. De una estrofa a otra y, a veces, de una línea a otra cambian las imágenes. Cuando el amante se quita el sombrero junto a una fuente, se desencadena una tormenta y se

oscurece el paisaje. Incluso el escolar, con su traje de terciopelo y su barriga artificial, se convierte en los siguientes versos en el acompañante del cazador vestido de verde o en una abuelita en un pequeño salón invernal. Aquí he visto qué aspecto tiene el molinero cuya afición es el paseo. Éste no es un aprendiz harinoso, sino un joven diligente con una especie de jersey gris con un hatillo de fustán bajo el brazo. Pero en el cuadro final, después de todo el jugo de uvas y los bosques, todos nuestros sentimientos se sintetizan en una enorme lira en la que hay clavado un cartel con el letrero «¡Dios conserve la canción alemana!».

Y, mientras aplaudimos, los artistas toman repentinamente sus trombones y sus trompetas y nos tocan una marcha de despedida.

El barrio de la prensa

En la parte sur de Friedrichstadt hay un par de grandes casas, antiguas fortalezas del espíritu, que han sido reformadas y agrandadas, y que, con sus amplios ventanales, nos invitan a entrar y nos amenazan con sus balaustradas de piedra. Son casas que atraen y que repelen, son casas bellas y peligrosas. Pertenecen a sabios reyes y a familias de reyes, que se llaman Ullstein, Mose y Scherl. Cuando se desencadenó nuestra última pequeña revolución, los reyes de los periódicos fueron, junto a los otros reyes, expulsados durante un tiempo de sus palacios. Entonces estuvieron en sus patios de palacio; al fuego de campamento se calentaban perolas con guisantes y tocino, en los tejados se disparaba y por las salas de la redacción resonaban botas militares reforzadas con clavos. Pero, mucho más rápidamente que los otros monarcas, retomaron los reyes de los periódicos. En sus patios hay de nuevo carros de combate con munición de papel, y por las salas de la redacción van de un lado a otro sus damas de honor, secretarias de pies ligeros y taquimecanógrafas.

Las puertas del palacio están hospitalariamente abiertas. Nosotros, con nuestros ruegos y manuscritos, somos amistosamente recibidos por el portero. Unos rápidos ascensores nos llevan hacia los pisos superiores. Y allí está la recepción con muchos pequeños *boys*. Ellos ya conocen algo de nosotros, a pesar de que no pertenecemos a la casa. Ah, nosotros no queremos ir a las zonas serias donde se hacen las secciones de política, economía y local. Pertenecemos al suplemento literario y al de ocio. En una hoja escribimos a qué poderoso del castillo queremos visitar. Con la hoja en

las manos alza el vuelo un efebo. Y entonces nos sentamos a la larga mesa o en el banco situado junto a la pared. Cruzamos miradas con rostros que ya conocemos, a menudo sin saber a quién pertenecen. Hay muchas mujeres entre ellas, algunas algo tímidas y preocupadas; éstas son las que escriben acerca de los cotilleos atrevidos y mundanos. Miramos la red situada junto a la puerta en la que caen por un largo tubo unas cápsulas redondas. Parece como si fueran bulas papales. Allí hay importantes telegramas o confidencias mucho más importantes que nuestras «pequeñas y atractivas cosas». Después de haber estado sentados durante un tiempo, viene un muchacho con un encargo: el poderoso no está en la casa o se halla reunido. Hay que llamar mañana temprano («Llámeme en caso de urgencia»). Viene en nuestra ayuda y flotando hacia nosotros una amigable dama de honor procedente de la zona inaccesible que sabe cómo alimentar la esperanza y demorar los deseos. A menudo ella toma de los dedos temblorosos del autor el manuscrito acerca del que a éste le hubiera gustado mucho hablar con el poderoso. Habría que seguir haciendo lo mismo si es lo correcto. Él se lo hubiera dicho a alguien si pensara que había que cambiar algo. Se le querría hablar, si tuviera un par de minutos de tiempo, acerca de una serie que tiene *in mente…* Ah, pero ahora se está contento de que el ángel tome el papel y prometa recomendarlo con el mayor encomio. Alguna vez eres llevado al despacho del poderoso. Recorres unos largos pasillos detrás del muchacho seguro de su destino, que de camino intercambia bromas y novedades con aquellos con los que se va cruzando, y se vuelve de vez en cuando para ver si tú, perseguidor vacilante, todavía vives. Felizmente llegado encuentras al ser deseado rodeado de otros grandes del imperio. En un tono ligero y seguro, conversan entre sí. Estás allí sentado y apenas acopias coraje para presentar ante estos difusores del espíritu tu pequeña cosa. Se es muy amable contigo. Se supervisa muy rápidamente tu escrito. No se le podrá dar mucho espacio; a lo actual se le debe dar preferencia. El encanto de tus pequeñas creaciones es precisamente que son inactuales. Pero ¿no es cierto que para lo eternamente humano, que es incuestionable y valioso, siempre hay tiempo porque no pasa de moda? Por eso haces de tripas corazón y señalas que te gustaría aventurarte en la sección de actualidad, si, por parte del periódico, recibieras una indicación y una sugerencia. Se espera que lo

propongas la próxima vez… Y después salimos del palacio, los hombrecitos, las mujercitas; y si tenemos suerte encontramos cuatro semanas después nuestro valiente producto, reducido a una proporción congruente en el periódico. Los parientes lo leen con detalle y nos dicen su opinión. Y tal vez algunas personas de la profesión se acuerdan del nombre y del título.

Si finalmente es reeditado, se toma más parte en otras publicaciones y se queda uno mirando los escaparates de libros y las librerías ambulantes en coche. En uno de esos carros me encontré recientemente, en ávida conversación con el dueño, a mi librero, doctor en medicina en negro al que le pertenece la curiosa librería junto al puente. Le llamo mi comerciante de libros, porque satisface a crédito mi pequeña necesidad de literatura, me cuenta además lo que hay en los libros que no compro y mira con gusto cuando hojeo bellos volúmenes que con toda seguridad no compraré. Como muchos clientes no lo consideran, él se sienta muchas veces conmigo en la trastienda de su comercio y me habla del destino de los libros y del comercio de libros. Esto no está precisamente de moda. Era posible y placía que algunos profesionales hicieran sus conversaciones y tertulias en las librerías o en sus edificios contiguos. El último que todavía lo hizo fue el finado Edmund Meyer, de cuyas conversaciones y bebidas se acuerdan todavía algunos fabricantes y aficionados a los libros. En el apresurado Berlín de hoy apenas queda ya algo de este tipo. En muchas tiendas hay un mostrador que separa a compradores y vendedores y se puede pasear, estar de pie, llamar según el modelo muniqués a las librerías cuartos de libros, gabinetes de libros y lo mismo (ha habido incluso un bar de libros en el que dos personajes importantes agitaban las cocteleras), pero la «nueva objetividad» de estos bellos espacios no deja sitio para el discurrir el tiempo auténticamente contemplativo. Esto es muy lamentable para los libreros que son bibliófilos. A ellos les gustaría acoger en su tienda a clientes que no sólo entren para ser servidos. Ellos envidian a sus colegas parisienses que en locales que en su mayoría no están bien acondicionados disfrutan de una atmósfera amigable sin que su negocio se resienta de ello. Incluso en América, a la que gustamos de copiar su consciente objetividad, debe de haber un buen ambiente librero. Ahora que el berlinés se hará más

cosmopolita y, conforme a ello, más relajado, cuando nadie podrá sacar partido de lo que no lleve a ninguna parte, se podrá uno sentir agradablemente como cliente en la tienda del librero. La famosa eficacia de la distribución berlinesa no sufrirá, esa eficacia en la que no la superan ni París ni ninguna otra ciudad del mundo. El librero berlinés está muy instruido y le consigue a cada uno cualquier libro que se pueda conseguir. En esto los jóvenes imitan a los más viejos, han crecido en la tradición y estudian febrilmente la bolsa alemana de libros. La tradición se une a los nombres de las grandes empresas del siglo XVIII, Nicolai y Gselius, que después Asher y Spaeth siguieron en la primera mitad del siglo XIX.

—¿Hay realmente gente original entre los libreros? —pregunté en una ocasión en la que un doctor me empezaba a parecer demasiado preciso y puntilloso. Él se lo pensó, sonrió pícaramente, pero no dijo ningún nombre.

—No, lo que se dice gente original —dijo él después— tan sólo la hay entre los anticuarios. Feliz aquel que pueda permitirse el lujo de pasar una hora de charla acerca de historia de la música y bibliografía con Martin Breslauer, el último erudito que todavía conserva auténticos parricidas. Nosotros, los distribuidores, no podemos permitirnos ser originales. Tenemos que luchar mucho por existir, igual que nuestros buenos amigos, los editores.

—Hay competencia entre ustedes.

—Entre nosotros poca, pero sí con los grandes almacenes. No obstante, esto es capítulo aparte, tendría que darle una conferencia sobre el concepto de saldo y sus matices. Y acerca del conflicto entre una organización moderna y objetiva y la siempre personal que exige el mantenimiento de valores espirituales.

—Y esos carros, los coches de libros, ¿no son una mala competencia?

—Oh, no. Ellos son un caso particular. Para empezar, la gente que empuja esos carros, encarga que se empuje por ellos y les pone caballos delante suele ser muy curiosa. No son tenderos. Hay personalidades maravillosas entre ellas. Hay antiguos actores, eruditos empobrecidos, fanáticos de distintas tendencias, para los que su interés de vendedores va por detrás de su participación en sus asuntos. Son muy variados y están muy mezclados al igual que su público. Junto a estos carros se ve al chófer

junto al bibliófilo, a la curiosa muchacha del servicio junto a los diligentes estudiantes obreros. Estos carros sirven en un sentido a nuestros intereses: acercan el libro a las personas más de lo que lo hacen los escaparates. Y como la policía de tráfico no nos permite que dispongamos nuestra mercancía en la calle, como ocurre en países más felices, hemos de estar agradecidos a los coches de libros de que, de una forma indirecta, lleven a los clientes a nuestras tiendas. Hacen para nosotros mucha mejor publicidad que puedan hacerla los famosos esfuerzos por el «Día del libro».

—De hecho los escritores tendrían que ponerse con su mercancía junto a anuncios de sí mismos en las esquinas de las calles y proclamar: diez tomos de poesías propias para acabar con las existencias.

—También se han intentado cosas así —dijo el doctor; a él no le pareció ridículo. Después se dirigió hacia sus colegas gitanos para hablar seriamente sobre libros.

El sudoeste

«En el sudoeste encontramos Wilmersdorf y Schöneberg, que están completamente unidos a Berlín y a Charlottenburg», nos instruye el Baedecker. Por ello no queremos buscar sus exactos confines, sino, cruzando el arco Bülow y subiendo de la calle de Potsdam, queremos ir a toparnos de forma imprevista con el suburbio.

Primera estación: palacio de los deportes.

Aquel que quiera ver febril al pueblo de Berlín, que no deje de vivir parte de las 144 horas durante las que los corredores de los «Seis días» dan vueltas a una enorme pista de madera en rampa. En el centro y en los palcos se ve vida social, «cabezas», hombres importantes, bellos hombros cubiertos de marta cebellina y zorro. Si se quiere sentar uno junto a auténticos conocedores entre los cuales su participación en lo más inmediato y lo más berlinés, hay que mezclarse en la grada entre los jerseys y los anoraks. Allí no se pasará por alto ninguna puntuación ni adelantamiento importantes. Allí se hará la crítica más estricta y se oirán los aplausos más sonoros. Si no ocurre nada que merezca la pena, se juega a las cartas. Después resuenan y silban los nombres de los favoritos a los que se anima y a los que, desde aquí arriba, se conoce, a través del tráfago, y sin tener que fijarse en el número ni el color de la camiseta. Aquí te encuentras a un vecino bonachón que te explica acerca de las fases de la lucha, de la persecución, de los relevos, de los puntos de penalización, de los *sprints* y del significado de la señalización luminosa: «verde = anotación, azul = premio, rojo = neutralización». El berlinés te explica con mucho gusto,

sorprendido de que haya alguien que no sepa nada de estas cosas de tan extremada importancia que aprendió cuando era un niño.

Cuando hay un matiz digno de tenerse en cuenta o una nueva e importante etapa de este frenesí reglamentado, él se aparta de ti, es todo ojos y oídos, profiere insultos o expresa el júbilo a los que le han hecho un envite al destino con sus compañeros o en su propio corazón. Él se olvida de ti, de los amigos, de la profesión, del amor, del placer y del fastidio. De las dos grandes necesidades del pueblo romano, *panem et circenses*, le dominan los *circenses*. Los londinenses y los parisinos en jersey y bufanda son también grandes conocedores y entusiastas del deporte. Pero ellos han tenido también experiencias, en parte en el deporte, en parte de tipo cosmopolita. Sin embargo, aquí te sientas junto a los más jóvenes habitantes de la gran ciudad. Todavía no está hastiado cuando relajadamente dice sus «evidentemente» y «es incuestionable» (la nueva forma para el antiguo «eso está excluido»). Él siente la fiebre de la masa. Él flota como en un profundo sueño cuando el sonido del gong anuncia el comienzo de una nueva hora. Durante un momento dedica una mirada al rastro de su corredor y mira de reojo al aparato que indica los kilómetros recorridos. Lo puedes ver en su paroxismo en una persecución repentina o en la última noche cuando su ardor es alimentado por los aparatos de recuento situados en la meta que les van dando a los corredores su resultado en minutos.

Pero también en sus momentos menos apasionados es entretenido mirarlo. Allí, por ejemplo, su orquestina, en lugar de su melodía preferida, toca una pieza mundana que le aburre. Inmediatamente «¿Dónde está el vals del palacio de los deportes?, eh, tocinos, eh, tragones. ¡Que venga otra orquesta! Dejad ya vuestro *Le beso su…, madame*». Y, cuando la orquestina toca el vals deseado, los que están ahí arriba silban a través de sus dedos y hacen florituras con las melodías. Entretanto se oye la cálida voz del barman: «¿Quién quiere más cerveza o más limonada?». Un bromista vendedor de periódicos dice: «El *Mottenpost*, que sólo una moneda *cost*». Los que llegan tarde son saludados: «Ahí viene el niño de la posta… Eh, tú, archicentenario, ¿dónde llevabas tanto tiempo escondido? Por Dios, pero ¿has desayunado ya?, tienes cara de cadáver».

El temor recorre las nubes de humo, los racimos de reflectores: un corredor ha caído. ¿Es grave la caída? No se sabe todavía. Los otros siguen dando vueltas. Se llevan al damnificado, que está sangrando, a su vestuario, situado en el interior de la pista. Quizás el masajista pueda ayudarle y no necesite ir al puesto médico. Las damas de la mesa del champán se inclinan sobre él apoyándose en la barandilla. Después lo olvidan.

Así es el palacio de los deportes en una de sus frecuentes grandes noches profesionalmente narradas. Tiene cierta belleza durante los «Seis días», también en algunas horas de la tarde más tranquilas cuando la luz del día de color azul lechoso cae sobre los tableros de la pista, por la que las ruedas se deslizan suavemente, e ilumina las vallas publicitarias de color amarillo y azul. Esto da al recinto de madera un color y una densidad que sólo se dan muy raramente en cualquier otro lugar de Berlín.

El deporte es internacional y no sabe nada de partidos políticos. Pero su palacio está abierto a la pasión política. Se anuncia un gran mitin de los nacionalsocialistas. Las salas se llenan. Ante las puertas patrulla la policía, pues se cuenta con una contramanifestación de los «rojos». Y, del pasar por delante a la agresión, el camino no es mucho más largo del que separaba a los Montescos y a los Capuletos, desde que agitaban las picas hasta que desenvainaban las espadas. De pronto, se escucha que los comunistas quieren irrumpir en el palacio. La policía recibe refuerzos. Las porras de goma cimbrean. Es difícil constatar quién ha empezado. Si no llevaran sus símbolos, las órdenes de la reacción o la revolución, apenas se podría distinguir a estos intrépidos jóvenes berlineses de ambos campos. Otras veces los del casco de acero esperan fuera al acecho mientras dentro están reunidos los rojos. Entonces la sala se halla repleta de amplias pancartas de color rojo. Los supervisores se encargan de que las escalinatas estén libres. Todo está lleno de gente desde los nidos de golondrinas de arriba hasta las puertas. La multitud se aparta dócilmente cuando entra el Frente Rojo acompañado de música. La música que entusiasma a los camaradas es de tipo guerrero como aquella que oyeron cuando eran colegas. Los muchachos muy jóvenes avanzan atizando los platillos, los flautistas los siguen al paso. El puño alzado de los hombres y las manos abiertas de los niños saludan a las banderas.

Todo el palacio de deportes, en sus redondas superficies, se ve dominado por una enorme bonachonería. Con un eco apartidista resuenan en sus muros *La cruz gamada en el casco de acero* y *Hasta la lucha final*, al igual que los vítores de los aficionados al deporte. Todo es el desbordamiento de una alegría de vivir indomable.

Segunda estación: el parque de Heinrich von Kleist.

Ahora está más adornada por las columnatas reales de Gontard, que anteriormente estaban en la zona de la actual estación de ferrocarril de la Alexanderplatz. Aquí no están todavía en casa, no están incluidas en el entramado de la ciudad como las columnatas del mismo maestro al final de la calle de Leipzig, cuya redondez desemboca en una ampliación en forma de plaza y pone, en medio del más ruidoso barrio de negocios, un tranquilo pasado. (Es como si se pudiera pasar a habitaciones de épocas pasadas por los portones y puertas que se abren por detrás de las columnas). Las columnatas situadas tras el parque de Kleist deberían de ser ruinas en este marco o al menos desgastarse con más rapidez. Al menos habría que ocuparse de los nidos de pájaro… De todas formas disfrutamos de los festones labrados y los capiteles en forma de caracol de las columnas y los relieves que tienen el efecto de viñetas de un libro. Entre las estatuas hay una oronda ninfa que, con toda su antigüedad rococó, tiene el aspecto de una «fulana» berlinesa. Esto ha de ser más antiguo que el concepto. Dentro del parque una arquera apunta de la manera más estilizada posible, por encima de los nenúfares del estanque, al pequeño resto de flora del antiguo jardín botánico que aquí había antes de que fuera trasladado a Steglitz. Los niños no pueden acercarse a aquello que brota entre piedrecillas, tienen que quedarse en las zonas de arena o dirigir sus patines hacia las zonas más amplias. Los más afortunados de los pequeños son los que bajan por los enormes montones de arena situados junto a la valla en canalones de la conducción de agua que no han sido utilizados. De los adultos nos interesan los jugadores de cartas sentados en el banco entre la maleza. Creo que son desempleados del tipo de los que hemos visto en Friedrichshain. Ellos olvidan durante un par de horas su miseria. Expectantes quieren recibir las cartas del que baraja, al igual que los estudiantes de medicina de Rembrandt están expectantes ante el cadáver situado bajo el cuchillo del médico de

anatomía. Un paralítico acerca su silla de ruedas a la partida del banco y curiosea con fervor.

Y ahora estamos en el auténtico Schöneberg. Ésta es la calle principal, donde hay de todo: casas con torres con forma de cebolla y con rampas de acceso destinadas sólo a autoridades, tiendas con quemadores dobles, latas de provisiones con compartimentos regulables y otros artículos prácticos. No quiero quedarme mucho tiempo aquí. Esta zona pone muy triste. Por eso pasemos por la plaza del canciller Guillermo —¿cómo podría llamarse de otra manera?— de camino al triste barrio oficial de Schöneberg, la «isla», tal y como la llaman sus habitantes: con calles próximas a los raíles del ferrocarril circular. Allí se puede ver de día y por la tarde, entre ambas estaciones, la de Schöneberg y la de la calle de Grossgörchen, que no están comunicadas entre sí, al presuroso y pobre pueblo ir avanzando por el «corredor polaco». Detrás de las tristes fachadas se intuye la presencia de los patios traseros privados de la luz del sol, «las superficies de hierba» en las que los niños no pueden cavar, los cubos de basura y el impremeditado *duetto* de un altavoz de radio junto a la ventana y un organillo abajo, las vecinas gruñonas y la fina voz del cantor mendigo. La barraca recubierta de rojo que hay en la esquina de la calle adyacente que desciende, que alberga una oficina de propaganda del KPD[77], puede encontrar aquí con buena afluencia… De Tempelhof viene, por una cuesta que empieza en el paso a nivel, el tranvía que recorre el tramo entre las estación de mercancías y el almacén de recogida de basuras. Nos lleva rápidamente al otro extremo de Schöneberg, a la profunda hondonada del parque municipal. En caso de necesidad se puede localizar en éste la canción del querido «Schöneberg en el mes de mayo», lo que apenas es posible en otras partes de este lugar de nombre prometedor.

Al norte del parque municipal está el afamado y conocido barrio bávaro. Ignoro qué proporción de éste les corresponde respectivamente a Berlín, a Schöneberg o a Wilmersdorf. No tiene tantos ángulos de noventa grados y líneas rectas como el oeste de Berlín. Y, en lugar de alegramos por ello, huimos desagradecidos e ingratos y no queremos perdemos en todos estos Heilbronn, Ratisbona, Landshut y Aschaffenburg. No nos contentamos con nada. Sólo soportamos las superficies arboladas y con fuentes sin, por otra

parte, prestarles mucha atención. En algunas esquinas nos topamos con intentos de imitar una ciudad alemana medieval que fracasan patéticamente. De todos modos no hay que ser excesivamente exigente con el barrio bávaro. Cuando fue construido todavía no existían las cadenas de montaje uniformizadoras y beatificantes.

Por Wilmersdorf y Friedenau va la larga avenida del Emperador, rodeada de barrios residenciales que se han formado a partir de pueblos y colonias de villas. De Fridenau se opina, al igual que de ciertas partes de Steglitz y de Lichterfelde, que se convirtieron en lugar de huida de muchos antiguos funcionarios reales y de rentistas de rancio abolengo que perdieron su renta. Estas figuras, con un gesto facial crónicamente irritado sobre sus barbas, que reciben algo como pensionistas y algo de los restos de su patrimonio, deben de ser consejeros privados y secretarios de cancillería; los acompañan sus esposas, que a menudo llevan auténticas plumas sobre su sombrero, como las llevaban las mujeres de mundo en tiempos ya desaparecidos. Estas nobles matronas viven en amigables casas ajardinadas algo anticuadas. Habría que creer que en su plácida casa se sentirían mejor de lo que están aquí. Claro que para sus hijos desearíamos que…

Allá donde la avenida del Emperador desemboca en la calle del Castillo comienza Steglitz. Comienza de manera totalmente moderna con un orgulloso Palacio del Cine, a cuyos flancos la luz fluye por tubos fluorescentes. En su interior unas líneas severas y unos abovedamientos audaces perfilan el patio de butacas y el escenario. Pero, más allá, la buena Steglitz es una de las pequeñas ciudades berlinesas y muchas de las casas de las calles adyacentes que conducen al parque municipal se conservan con el mismo aspecto que a comienzos de siglo, pues aquí se visita a amigos de la escuela y de la Universidad que eran especiales y que, para un mejor conocimiento de la ciudad cosmopolita, necesitaban el contraste de la tranquilidad de este apartado barrio de las afueras. Lo más antiguo aquí es probablemente el Restaurante del Castillo, un edificio que después de 1800 fue erigido por Gilly como casa de campo.

Con el ferrocarril que bordea el Wannsee llegamos a la próxima estación del Jardín Botánico, una maravillosa creación de ciencia y gusto. Allí se puede pasear por la flora de las altas cumbres en diminutos Alpes y

cordilleras. Los Cárpatos son recorridos en su totalidad en medio minuto. No hay mucha distancia del Mediterráneo al Himalaya. Detrás de una casa con palmeras surge como una colina secreta el monte de los pinos de Dahlem. Las calles y las plazas junto a los jardines tienen bellos nombres: hay una plaza de las Begonias, una plaza de las Margaritas y una calle de las Malvas.

Los institutos científicos en las cercanías de Dahlem están bellamente situados como los museos botánico y de fisiología de las plantas del borde del parque. Allí la estricta ciencia disfruta de la arquitectura luminosa y alegre para estas casas de la biología, la entomología, la etnología, la química. La escuela superior de ingenieros agrónomos tiene su amplia y cómoda sede en una especie de finca. Incluso el Archivo Secreto Prusiano, que aquí tiene su sede, está pintado de colores campestres y su tejado es de un rojo vivo. Incluso las estaciones del metro de Dahlem y junto a Dahlem poseen una gracia estival. Este barrio de las afueras es una de las zonas donde viven los berlineses del mañana, una estirpe de hombres que parecen cambiar el apresuramiento de los padres que no llegaban a ningún sitio porque había demasiado que hacer en un movimiento libre y sereno.

Quizás tengamos suerte y nos encontremos con una de las jóvenes berlinesas de Dahlem. Ella aparca su coche aquí delante de un bonito café junto a la estación y va con nosotros hacia dentro del bosque hacia la Krumme Lanke, y después bordeando el agua hasta la cabaña del Tío Tom o hacia el viejo palacio de caza de Grunewald, que construyera Kaspar Theyss para el Príncipe Elector Joachim. Allí nos paramos ante un curioso relieve de piedra que reúne a tres personas puestas de pie alrededor de una mesa. En el medio está el Príncipe Elector como anfitrión o bodeguero con la camisa arremangada y un imponente *embonpoint*; junto a él está el arquitecto vestido de cortesano escancia en la copa de su mecenas, mientras que la tercera figura sostiene una jarra con más bebida. Intentamos averiguar qué significan los versos cómicos que, en alemán antiguo, figuran debajo de la imagen. Sin embargo, pronto nos hartamos de una época antigua y un suave paseo, y la hospitalaria chica de Dahlem nos lleva en un tiempo rápido a la nueva colonia de la calle Riemeister junto a las antiguas calles de la villa de Zehlendorf, donde otra vez en medio de construcciones

nuevas somos cautivados por la iglesia octogonal del pueblo con su techo puntiagudo que procede de la época del gran Federico. Después, a través del lago de los Combates y el lago de Nicolás, se llega hasta el Wannsee. Nos tomamos nuestro té en una casa algo apartada a la orilla del lago. Una pequeña orquesta nos invita a bailar. Nuestra acompañante nos puede instruir por medio de vivos ejemplos acerca de la participación del mejor Berlín en las nuevas modas de verano. Pero también sabe de veleros. Ella conoce al dueño del bonito yate y sabe a quién le pertenece la rápida motora. Quizás todavía tengamos tiempo de navegar por el Stölpchensee y de mirar desde la terraza a los botes de remos y a las rodillas fuertes y delicadas de las muchachas que están en los botes mientras que el compañero o la compañera llevan el timón. Al pasar por Schildhorn vemos a gente que vino en autobús, que se baña al aire libre, que juega al balón y hacen corretear a los perros. Es conmovedora la pequeña zona de arena fina al borde de la pendiente del bosque por la que serpentean unos caminos entre madrigueras de conejos.

Quizás nuestra acompañante sea miembro del club de golf y nos acompañe, si nos lo merecemos, a las más bonitas instalaciones deportivas. Para describirlas citaré palabras de un poeta, de Wilhelm Speyer en su *Charlott algo loca*:

> Entre las nuevas zonas deportivas en la joven vida de Berlín ninguna llegó a ser más bonita que el campo de golf situado entre el Wannsee y Potsdam. Las superficies de hierba y los bosques de pinos con aislados y apartados *bungalows* descienden con una suave inclinación brandenburguesa hacia un pequeño lago o a nuevos bosques y nuevas superficies de hierba. Si uno se encuentra sobre la terraza de la casa del club, los jugadores, dispersos por las amplias superficies, y sus *caddies*, vestidos con atuendos multicolores, se concentran abigarradamente en ciertos puntos del campo de visión del observador en el aire seco y puro de la Marca, como si, con sus útiles de juego posados o en movimiento, fueran personajes representados laboriosamente por tallas de madera japonesas. Con la sola compañía de su porteador, el que está jugando, algo distanciado de los otros jugadores, tiene en su actitud algo de la piadosa y recogida actitud de un eremita de la Tebaida.

Nuestra protectora nos dice el nombre de algunas de estas figuras, mientras que nosotros nos sentamos en la bella terraza del jardín, y de esta manera aprendemos a conocer la alta sociedad berlinesa, este cuerpo es de difícil representación y a su formación han contribuido tantas ambiciones

tan diversas y curiosas que al mismo tiempo surgió como la sociedad más libre y la más convencional. Hay que concentrarse mucho para relajarse tanto como les gusta a los grandes berlineses. Por medio de nuestra Atenea (creo que Atenea es mucho más diosa protectora de las jóvenes berlinesas que Diana o Venus) conocemos a aquel que nos lleva a ver jugar al polo en la ciudad ajardinada de Frohnau, a las carreras al trote de Mariendorf, al hipódromo de Grunewald, etc.

Después de todo esto, Atenea, para regalamos todos sus dones, nos lleva a casa, concretamente por la Avus, la famosa calle del tráfico y el entretenimiento del automóvil. Mientras pequeños árboles situados detrás de los muros y de las vallas publicitarias se agitan oblicuamente a nuestro paso, Atenea nos dice quién es el dueño o la dama al volante de ese gran Hispano, ese elegante Buick, de ese fino coche rojo y aquel pequeño coche totalmente blanco. Más despacio vamos hacia la puerta norte, y, detrás de la torre de la radio, circulamos por la amplia calle a ochenta o más kilómetros a la hora.

Epílogo para los berlineses

Esto fueron unos tímidos intentos de pasear por Berlín, alrededor, a lo largo y a lo ancho. Queridos conciudadanos, no me tengáis en cuenta lo importante y lo llamativo que haya pasado por alto; por el contrario, id como fui yo, sin meta, hacia los pequeños viajes de descubrimiento del destino. ¿No tenéis tiempo? Ahí se esconde una falsa ambición, diligentes.

Conceded a la ciudad un poco de vuestro amor al paisaje. No he dicho nada de este paisaje, tan sólo he franqueado superficialmente y con un par de palabras las fronteras de la ciudad. Ya se ha descrito y pintado muchas veces la curiosa región en la que habita nuestra ciudad, el paisaje de la Marca, que, hasta el día de hoy, ha conservado algo de prehistórico. Tan pronto como los turistas dominicales lo han abandonado, el bosque de pinos, el pantano y la arena tienen, especialmente en el este, el mismo aspecto que en los tiempos de los primeros colonos. En el oeste tenemos un fragmento de paisaje en la que ha participado la mano del hombre. Ésta es la zona a la que Georg Hermann llama en su *Paseo por Potsdam* «un enclave del sur». Tenéis que leer en este librito cómo la fisionomía de la ciudad se une a la del parque en esta tierra virgen del siglo XVIII. Y después dejaos llevar por él en la plaza cercana al palacio de la ciudad, «el sueño arquitectónico desencadenado», y a las columnatas de Knobelsdorff en el jardín de palacio, las enormes columnas con balaustradas suavemente quebradas. Los vallados y los arriates de Sanssoucci. Él nos enseña a comprender el aspecto personal de la creación real, la forma en la que Federico «hace que la imagen total de la ciudad fuera unitaria, como si

estuviera constantemente a su vista en su totalidad». De la mano de este guía vagabundead por las calles de la ciudad con vuestras alegres miradas y conclusiones; vivid con todas las vasijas, guirnaldas, flautas y liras, armas y esfinges de la escultura arquitectónica, pues, incluso en el barrio de los pescadores, unos cupidos remiendan las redes en los tejados. Hermann diferencia así los diferentes tipos de casas: las casas de angelotes, las de vasijas, las de urnas, las de máscaras, las de medallas, las de trenzas y las de azulejos y sus formas mixtas. Por otra parte, nos describe una calle que es «una gorjeante pajarera de todos estos tipos» y nos lleva, mientras paseamos plácidamente, a dedicamos a lo que él llama «estilística peripatética».

Fontane nos lleva al próximo y al lejano país del Havel. En él leemos, por ejemplo, la historia de la antigua isla de los Pavos Reales y una descripción del aspecto que ella adquirió más tarde. Y lo que allí percibimos de los patrones de flores de la tapicería, los baldaquinos y los muebles del mundo de la reina Luisa, nos lleva a Paretz junto a patrones similares, los árboles que se inclinan y que gotean en los murales, a cómodas y divanes en los que hay tanta atmósfera de esta mujer y de su mundo.

No es difícil que a uno le gusten estas perfectas bellezas de Potsdam, pero tenemos que aprender a que nos gusten las bellezas de Berlín. Finalmente tendría que confesar algunas «experiencias formativas» y reconocer de qué libros he aprendido aquello que es difícil ver con la mera ayuda de los ojos, y por los cuales aprendí a ver mejor algunas cosas que vi. Una aseada y pequeña bibliografía de este tipo daría a mi libro mucha de la dignidad que le falta. Ah, pero también con las bibliotecas y las colecciones voy más a la aventura y al azar que como un científico ortodoxo, y quiero incitar a otros a pasar en zigzag por este mundo de los libros.

Uno de los grandes conocedores de la historia en general y de las historias de la cultura y el arte berlineses (sus nombres se encuentran en la guía Baedecker) tendría que reunir una descripción de la ciudad a partir de antiguas descripciones y dejar que cada uno de los monumentos fuera descrito por contemporáneos al momento en el que se erigieron. Acerca del monumento funerario del ministro Johann Andreas Kraut en la iglesia de

San Nicolás tendría que hablar el rector Küster, del Instituto de Bachillerato Friedrich Werder; acerca del Teatro de la Ópera habría que citar palabras del diario de los viajes musicales de Carl Burney, el doctor en música; acerca de Schinkel tendría que hablar uno de aquellos que lo nombraron director real de Urbanismo. Esto daría lugar a un bello paseo bibliográfico por la ciudad, y se nos presentaría visiblemente un siempre nuevo pasado de la ciudad y podríamos disfrutar de las cosas desaparecidas en las todavía visibles.

Hasta ahora Berlín no ha sido suficientemente amado, como se quejaba un gran amigo de la ciudad, el alcalde Reicke. Todavía se siente en muchas partes de Berlín que no han sido lo suficientemente observadas como para ser visibles. Nosotros, los berlineses, tenemos que habitar más en nuestra ciudad. No son tan fáciles ni la observación ni el habitar una ciudad, que siempre está de paso, qué siempre está en trance de convertirse en algo diferente y nunca descansa en su ayer. En su libro *Berlín, el destino de una ciudad*, lleno de inteligencia pero demasiado pesimista, Karl Schleffer se queja de que Berlín es hoy, como hace siglos, una ciudad de colonos levantada sobre una vacía estepa. Por ello no hay ninguna tradición, por esa razón hay tanta impaciencia e intranquilidad. La ciudad tiembla ante el avance del futuro. Cómo entonces se puede incitar al habitante a que se recree en el presente y a asumir el amigable papel del escenario en la figura de la ciudad.

Queremos forzamos, queremos aprender un poco de ocio y de placer y observar durante mucho tiempo esa cosa llamada Berlín, con sus cercanías y su trasiego, con lo precioso y lo feo, con lo sólido y lo inauténtico, con lo cómico y respetable que hay en ella, para que nos guste y nos parezca tan bella que se haga bella al fin.

El retorno del *flâneur*

por WALTER BENJAMIN

Si se quisiera dividir en dos grupos todas las descripciones de ciudades que existen, entonces se concluiría que las escritas por sus habitantes autóctonos son una minoría. La oportunidad superficial, lo exótico y lo pintoresco sólo tiene efecto en el foráneo. Llegar a hacerse una imagen de la ciudad siendo autóctono de ella exige motivos distintos y más profundos. Son los motivos de aquel que viaja hacia el pasado más que a la lejanía. El libro sobre la ciudad que escribe el autóctono está siempre emparentado con los recuerdos, no en balde el escritor ha vivido su niñez allí. Franz Hessel vivió en Berlín la suya. Y, aun cuando él se abre y va por la ciudad, no conoce el impresionismo exaltado con el que el que describe aborda su objeto. Pues Hessel no describe sino que cuenta. Más aún, él vuelve a contar lo que ha oído. Éste es un libro absolutamente épico, un recitado mientras se pasea, un libro para el que el recuerdo no fue la fuente sino la musa. Ella va por las calles y cada una de éstas baja en pendiente. Ella va hacia abajo; si no hacia la madre, sí hacia un pasado que, con todo lo fascinante que pueda ser, tan sólo le pertenece al autor y es privado. En el asfalto por el que él avanza, sus pasos despiertan una sorprendente resonancia. La luz de gas que se refleja en el pavimento dimana una ambigua luminosidad sobre este doble suelo. La ciudad como recurso mnemotécnico del paseante solitario, ella incita más que la propia niñez y la juventud, más que su propia historia. Lo que ella abre es la inmensa escena de la *flânerie* que nosotros creíamos definitivamente suprimida. ¿Y es

precisamente aquí, en Berlín, donde nunca floreció especialmente, el lugar en el que se renueva? Además es preciso conocer que los berlineses son ahora distintos. Lentamente su problemático orgullo de fundadores de la capital fue haciendo sitio al sentimiento de Berlín como patria. Y al mismo tiempo en Europa se ha ido aguzando el sentido de la realidad, el sentido de la crónica, del documento y del detalle. En esta situación sólo entra justo aquel que es suficientemente joven para experimentar este cambio y lo suficientemente mayor para estar vinculado personalmente a los últimos clásicos de la *flânerie*, un Apollinaire o un Léautaud. Sin duda fue París el que construyó el tipo del *flâneur*. Lo milagroso es que no fuera Roma la que lo hiciera. Pero, en Roma, ¿no trazan los sueños mismos esas calles demasiado trajinadas? ¿Y no está la ciudad demasiado llena de templos, plazas valladas, santuarios nacionales, para poder incluir éstos con cada uno de los adoquines del pavimento, con cada uno de los letreros de las tiendas, con cada uno de los escalones y cada una de las puertas en el sueño del paseante? Las grandes reminiscencias, los escalofríos son una limosna que el auténtico *flâneur* deja con gusto al viajante. Y todo su saber acerca de cláusulas de artistas, lugares de nacimiento y domicilios principescos él lo abandona por el olor de una sola brizna de aire o el tacto de un solo azulejo como si lo trajera el mejor perro doméstico. También algo de ello depende del carácter de los romanos. A París no la han hecho los foráneos, sino ellos mismos, los parisienses, la alabada tierra del *flâneur*, la han convertido en «el paisaje construido a base de vida», tal y como Hofmanstahl lo llamara en una ocasión. Paisaje, esto es lo que es en realidad para el paseante. O para ser más exactos: para él la ciudad se presenta en sus polos dialécticos. Se le abre como un paisaje, se cierra en torno a él como una habitación.

«Conceded a la ciudad un poco de vuestro amor por el paisaje», les dice Franz Hessel a los berlineses. ¡Ah, si sólo quisieran ver el paisaje en su ciudad! Si no tuvieran el Tiergarten, este sacrosanto bosque de la *flânerie* con sus sagradas fachadas de las villas del Tiergarten, las tiendas en las que cuando suena el *jazz* las ramas de los árboles dejan caer su frondosidad con más pesadez que nunca, si no tuvieran el Nuevo Lago del que desde aquí se dibujan mentalmente sus brazos y sus islas arboladas, «En el que en invierno nosotros describíamos en el hielo grandes ochos a la holandesa y

en otoño en el puente de madera del embarcadero subíamos a la barca con la dama de nuestros pensamientos que llevaba el timón», si todo esto no existiera, la ciudad seguiría siendo paisaje. Si sólo percibieran el cielo sobre el puente del ferrocarril tan azul como si estuvieran sobre las cadenas de la Engadina, el silencio surgiera del barullo como una oleada y en las pequeñas calles en el interior de la ciudad quedaran reflejadas las horas del día tan claramente como en un valle de montaña. Evidentemente la existencia auténtica del habitante de la ciudad, aquella que hay que llenar hasta el borde, sin la que este saber no existe, no tendría nada de mágico. «Nosotros, los berlineses —dice Hessel—, tenemos que habitar más nuestra ciudad». Él quiere entender esto de una manera literal y referido más a las calles que a las casas. Pues ellas son las viviendas del ser eternamente inquieto y móvil que vive, experimenta, reconoce e imagina entre los muros de la casa tanto como el individuo entre sus cuatro paredes. Para la masa —y el *flâneur* vive con ella— los brillantes letreros esmaltados de una empresa son tan buenos e incluso mejores como adornos de pared como lo es, para el burgués en su salón, un cuadro al óleo. Los muros cortafuegos son sus escritorios, los kioskos de periódicos su biblioteca, los buzones sus bronces, los bancos su tocador, y la terraza del café el mirador desde el que observa su ajuar doméstico. Allá en la verja donde los trabajadores del asfalto han colgado su mono está su vestíbulo y el portón que, desde la salida del patio, lleva al aire libre el acceso a sus cuartos de la ciudad.

Ya en la magistral *Introducción al periodismo* se reconocía que se había hecho una investigación de qué significaba habitar un lugar como un tema subyacente. Como toda experiencia concluyente y sólida incluye su actividad contraria, el arte del *flâneur* incluye el saber habitar. El arquetipo del habitar es la *matrix* o la cáscara. Se puede decir que esta es la silueta del ser que la habita. Apenas uno quiere recordar que no sólo viven los hombres y los animales, sino también los espíritus y sobre todo las imágenes, se hace visible ante los ojos lo que ocupa al *flâneur* y lo que él busca. El *flâneur* es el sacerdote del *genius loci*. Este discreto paseante con la dignidad de un sacerdote y el sentido detective. Tiene, con su ligera erudición, algo del padre Brown de Chesterton, este maestro del criminalísmo. Hay que seguir al autor por «el antiguo oeste», para

conocerlo en esta faceta: cómo le sigue el rastro a los lares bajo los umbrales, cómo celebra los últimos monumentos de una cultura de vivienda. Los últimos: pues para este siglo está escrito que le ha llegado la hora a la vivienda en el sentido antiguo en el que, sobre todo, primaba ocultarse. Giedion, Mendelssohn, Corbusier hacen de la morada de los hombres un lugar de tránsito de todas las fuerzas y ondas imaginables de luz y aire. Lo que viene está marcado por el símbolo de la transparencia y no sólo del espacio, si hemos de creer a los rusos, que propugnan la supresión de los domingos y su sustitución por etapas móviles de vacaciones, e incluso hablan de la supresión de las semanas. No se quiere decir que una visión piadosa, ligada a lo museístico, sea suficiente para descubrir toda la antigüedad del antiguo oeste, por el que Hessel lleva a sus lectores. Sólo un hombre en el que lo nuevo se anuncia, aun con serenidad, tan vivamente, puede hacer una mirada tan original, tan prístina a este viejo.

Entre la *plebs deorum* de las cariátides y los atlantes, de los pomones y lo angelotes con cuyo descubrimiento propone al lector, sus preferidos son los que fueron hace tiempo dominantes. Figuras que ahora se han convertido en penates y dioses en transición. Ellos van apoyados en bastones sobre los escalones y anónimamente alojados en los nichos del pasillo. Son los vigilantes de los *rites de passage*, que por aquel entonces se acompañaban de un paso por un umbral ya fuera de madera o metafórico. Él no puede librarse de ellos y su arrastre lo lleva a un territorio donde las imágenes ya han desaparecido o son irreconocibles. Berlín tiene pocas puertas, pero este gran entendido en umbrales conoce los accesos para pasar de la ciudad al campo abierto y de un barrio a otro de la ciudad: las obras, los puentes, los arcos del ferrocarril y las plazoletas. Todas son aquí ponderadas y consideradas. Y para qué hablar de las horas-umbral, esos santos doce minutos o segundos de la pequeña vida que se corresponden a unas macrocósmicas *twelfth nights* y que a primera vista tienen un aspecto tan impío.

> Los tés de danza de Friedrichstadt —dice el autor— tienen su hora más instructiva antes de que se abra el negocio, cuando en el crepúsculo, junto a los instrumentos todavía enfundados, la directora del *ballet* toma un bocado y charla con la mujer del guardarropa o el barman.

Baudelaire dijo lo más cruel acerca de una ciudad: «que cambia más rápido que el corazón de un hombre». Hessel está lleno de consoladoras fórmulas de despedida para sus habitantes. Ofrece un auténtico manual de la separación. Y a quién no le gustaría despedirse si con sus palabras pudiera penetrar tanto en el corazón de Berlín como lo hace Hessel con sus musas de la calle de Magdeburgo.

> Entretanto han desaparecido. Allí hay unas piedras gastadas que sostienen, si todavía tienen manos sus bolas y sus lápices. Ellas siguen con sus blancos ojos de piedra nuestro camino y se ha convertido en parte de nosotros el que estas muchachas paganas nos hayan mirado. Sólo vemos que nos miran. Sólo podemos porque no podemos nada.

Nunca se ha comprendido más profundamente la filosofía del *flâneur* que como lo ha hecho Hessel con estas palabras. Él va alguna vez a París y allí están las porteras que por la tarde están sentadas y cosen en la frescura de sus vestíbulos y se siente observado por ellas y por las nodrizas. Y nada es más característico de la comparación entre ambas ciudades —de París, ulterior y madura patria, y Berlín, primera y estricta— que para los berlineses estos grandes paseantes llaman antes la atención y se hacen sospechosos. Por eso el primer capítulo de este libro se llama «El sospechoso». En él calibramos las resistencias ambientales que en esta ciudad se le hacen a la *flânerie* y qué amargamente en ella la mirada acusadora de las cosas y los seres amenaza con caer sobre el soñador. Aquí se comprende y no en París, porque el *flâneur* se distingue del paseante filosófico y pudo recibir los rasgos del ogro errante en la jungla social que Poe fijó para siempre en su «Hombre de la multitud». Esto es lo que le corresponde al «sospechoso».

Sin embargo, el segundo capítulo se llama «Aprendo». Ésta es de nuevo una de las palabras preferidas del autor. Los escritores la denominan la mayoría de las veces «estudiar» a cómo pueden entrar en contacto con una ciudad. Entre ambas palabras dista un mundo. Todo el mundo puede estudiar, aprender sólo puede el que está ávido de lo permanente. Una soberana tendencia hacia lo permanente, una resistencia contra los matices está presente en Hessel. La vivencia quiere lo que sólo se da una vez y la sensación, la experiencia lo que siempre es igual a sí mismo. «París —así

decía él hace años— es el estrecho balcón con barandilla delante de miles de ventanas, el cigarrillo rojo y metálico ante miles de estancos, la plataforma de cinc del pequeño bar, el gato del conserje». Así rememora el *flâneur* como un niño que al igual que un viejo se atiene sólo a su sabiduría. Ahora también ha compilado para Berlín un registro similar, un libro egipcio de los muertos para los vivos. Y, cuando el berlinés busque en su ciudad otras promesas diferentes de las de los anuncios luminosos, le cogerá a éste mucho cariño.



FRANZ HESSEL (Stettin, 1880 – Sanary-sur-Mer, 1941) fue uno de los más destacados intelectuales alemanes de la primera mitad del siglo XX: poeta, narrador y traductor de Stendhal, Balzac, Casanova y, junto a Walter Benjamin, Proust. Fue también uno de los primeros creadores que encarnó la figura del «flâneur» baudeleriano, y quien, precisamente, enseñó a Benjamin a pasear, descubrir y vivir París desde esa perspectiva, influyéndole e impulsando su obra sobre la capital francesa, el determinante «Libro de los Pasajes», uno de los textos fundamentales de la Modernidad.

Hessel vivió entre Berlín y París. Su comprensión de las dos grandes metrópolis europeas y de la mitología que se producía en torno a ellas, así como de todos los personajes que surgieron en ambas, fue excepcional, y marcó de tal manera la tradición literaria berlinesa que es conocido como «el constructor de Berlín». En 2011, se publicó su novela «Romance en París», y en 2013, «Berlín secreto». Fue autor también de «Marlene Dietrich», uno de los primeros y más conocidos retratos de la actriz,

aparecido por primera vez en castellano en 2014. En 2015 se ha publicado «Paseos por Berlín».

Notas

[1] No se ha insistido suficientemente en el papel desempeñado por Bemd Witte en el redescubrimiento de Hessel en Alemania. Sus investigaciones sobre Walter Benjamin le han llevado a reconstruir su biografía principalmente gracias a unas conversaciones con Helen, su mujer, por aquel entonces todavía viva (las conversaciones tuvieron lugar escalonadamente entre 1970 y 1980). Más tarde, hizo grandes esfuerzos para que fueran reeditadas las obras de Franz Hessel, acompañándolas de excelentes introducciones. Que encuentre aquí nuestro reconocimiento, así como Karin Grund, autora de un notable estudio, todavía inédito, acerca de Franz Hessel: *Tras el rastro de Franz Hessel poeta y escritor* (trabajo que ella ha tenido la deferencia de facilitamos y que leyó en la Universidad París III en 1986 para su diploma de estudios superiores de filología alemana). Le hemos tomado prestadas un gran número de precisiones sobre la vida de Hessel, las citas del diario inédito de Henri-Pierre Roché y las charlas de su mujer Helen, a la que pudo entrevistar pormenorizadamente. Como no hemos tenido la oportunidad de conocer a Helen Hessel, lo esencial de los materiales biográficos nos ha sido suministrado por sus hijos Ulrich y Stéphane, que, sin poner reparos por el tiempo empleado, nos han concedido largas entrevistas grabadas que evocaban la vida y la obra de su padre. <<

[2] Manfred Flügge ha reunido en un volumen documentos de gran interés sobre Franz Hessel y su familia durante su exilio en París con el título de *París como destino. Franz Hessel y los suyos*. Éste aparecerá en 1989 en la editorial Das Arsenal de Berlín. Manfred Flügge igualmente ha organizado en 1987, con motivo del 750 aniversario de la ciudad de Berlín, un seminario sobre Hessel en la Universidad Libre de Berlín con la participación de los hijos de Franz Hessel. <<

[3] *Infancia en Berlín*, en *Calle de sentido único*. <<

[4] Ibíd. <<

[5] Ulrich Hessel, su hijo, considera que esta diferencia de percepción de la ciudad obedece en parte a sus distintas relaciones con el judaísmo. Hessel, profundamente asimilado a la cultura alemana, no conoció límite alguno en su relación con Berlín y se apasiona por todos los barrios populares de la ciudad. Benjamin, aunque su familia hubiera comenzado desde hacía mucho un proceso de asimilación, sigue siendo prisionero de cierto gueto de la burguesía judía, el del Viejo Oeste y el Tiergarten (Comunicación oral). <<

[6] Walter Benjamin, *Charles Baudelaire, un poeta lírico en la época del capitalismo*. <<

[7] Walter Benjamin, *Das Passagen-Werk*, tomos 1 y 2, Suhrkamp, 1982. <<

[8] La amistad entre Franz Hessel y H. P. Roché finalizó en 1934, cuando Helen le anuncia su ruptura. A pesar de la intensidad de su relación, Hessel no quiso verlo de nuevo por respeto a su mujer. Con todo, la amistad que unía a los dos hombres era sin duda más profunda que el amor entre Helen Hessel y H. P. Roché (Comunicación oral de Ulrich Hessel). <<

[9] Henri-Pierre Roché, *Jules et Jim*, Gallimard, 1953, reed. Folio, p. 11. <<

[10] Hemos tomado prestado lo esencial de estos datos biográficos de las novelas de Franz Hessel. Cierto número de precisiones se han tomado del estudio de Karin Grund que ha tenido el mérito de haberlas recopilado. La paciencia y la meticulosidad de su trabajo no ha sido suficientemente resaltada; cf. la nota final de Bemd Witte al volumen de Franz Hessel *Ermunterung zum Genuss*, Berlín, 1981. Por último, los dos hijos de Franz Hessel, Ulrich y Stéphane, nos han aportado su ayuda para esclarecer diferentes aspectos de su vida y han aceptado releer este prefacio y nos permitieron entre otras cosas confrontar la historia de *Jules et Jim* con la realidad que ellos vivieron. Nuestro reconocimiento a ellos no tiene límites. <<

[11] El hermano mayor de Franz Hessel se casó con la hermana de Helen Hessel (Comunicación oral de Stéphane Hessel). <<

[12] Aunque esta abuela permaneciera ligada a la tradición judía ortodoxa, Ulrich Hessel se acuerda de que su madre hablaba de la invisibilidad de la madre de Franz el día de Yom Kippur. Partidario de la asimilación, Heinrich Hessel hizo bautizar a sus hijos y les mandaba a la catequesis. Sobre las analogías entre el universo de Benjamin y Hessel, cf. *Der Kramladen des Glücks (op. cit.*, p. 42) y el texto de *Infancia en Berlín*, n.º 12, Blumeshof (*op. cit*., p. 66). La relación de Hessel con el judaísmo fue siempre bastante contradictoria y él se sentirá profundamente influido por el cristianismo. Como tantos intelectuales de origen judío de su época, Hessel se vio desgarrado por exigencias irreconciliables: la fe en la asimilación a la cultura alemana, de la que sin embargo se sentirá rechazado por ser judío, la voluntad de aproximarse a la tradición judía a la que, sin embargo, era ajeno. Gerhard Scholem describió admirablemente dichos conflictos en su autobiografía *De Berlín a Jerusalén*. En casa de los Hessel se celebraba la navidad. Para el padre de Hessel la asimilación constituía la prolongación de la emancipación. Parece como si Hessel sólo hubiera tomado conciencia de su condición de judío con la llegada de los nazis al poder. Aún ironizará declarando que era un cristiano no ario, adscribiéndose a un linaje del que Cristo fue fundador. Los hijos de Franz Hessel consideran que su familia es protestante. <<

[13] Se interesa en particular por la egiptología y estudia los jeroglíficos. Por su parte Benjamin seguirá en Munich con R. M. Rilke un seminario sobre los aztecas proyectando incluso aprender su lengua Cf. *Der Kramladen des Glücks (op. cit.*, p. 176) y G. Scholem, *Walter Benjamin. Historia de una amistad*. <<

[14] El Círculo de Stefan George se había constituido hacia 1895 y agrupaba en tomo a la revista *Blätter Für die Kunst* a personalidades muy diversas, algunas de origen judío. Entre los discípulos más famosos hay que citar a Karl Wolfskehl, Friedrich Gundolf, Ludwig Klages y Alfred Schuler. Si Karl Wolfskehl será siempre un discípulo del maestro, Klages y Schuler desarrollarán sus propios círculos y ejercerán una profunda influencia sobre la generación muniquesa. Benjamin frecuentará, como Rilke, el Círculo de Schuler y abrigará una duradera admiración por Klages hasta principios de los años treinta, por más que hubiera conocido muy pronto su antisemitismo. Este antisemitismo separó a menudo a los partidarios de Klages de los de George. El Círculo estalla en 1904 a consecuencia de una disputa entre Klages y Schuler, de una parte, y George y Wolfskehl, de otra. <<

[15] Karl Wolfskehl emigró después de 1933 a Nueva Zelanda. Hessel después de la muerte de su padre vuelca sobre él gran parte de su afecto y le dedica un emocionante texto en 1929 *Hermes* en Nachfeier. <<

[16] Estas novelas siguen siendo uno de los mejores testimonios de esta época. Th. W. Adorno cita un extracto en *Jargon der Eigentlichkeit*. <<

[17] Esta actitud de Hessel se plantea de lleno en *Jules et Jim*. Ciertas frases de H. P. Roché la caracterizan con exactitud: «Jules era un amigo delicioso, pero un amante o un marido sin consistencia», subraya Jim (*op. cit*., p. 18). <<

[18] Cf. Karin Grund, *op. cit*., p. 22, quien reconstruye con detalle esta extraña comunidad. <<

[19] Nacido en 1879, llevó, según parece, una vida de diletante apasionado por los viajes, la poesía y la pintura. Él mismo era pintor y posibilitó que Picasso y Gertrud Stein se conocieran, Roché era amigo de Albert Dreyfuss, originario de Viena, a quien Hessel también frecuentó y estuvo muy relacionado con Marcel Duchamp. <<

[20] «Jules y Jim se vieron todos los días. Cada cual enseñaba al otro hasta la madrugada, su lengua y su literatura. Se mostraban sus poemas y los traducían juntos» (*op. cit.*, p. 11). «Roché se sentía fascinado por la cultura alemana y en no sé qué circunstancias exactas conoció a mi padre. Desde 1913 ya eran amigos. Mi padre halló a través de Roché la apertura hacia la cultura francesa. ¿Por qué quedó tan ligado a Roché? No sabría decirlo. Roché no tenía gran cosa que buscar en Franz salvo su personalidad. Tenía una extraña relación con las mujeres. Roché era acaso lo que mi padre, en cierto momento, había soñado ser, si no un donjuán, sí al menos un hombre que seducía a las mujeres por su físico. Mi padre no era un conquistador. Roché era extremadamente seductor. Guardo el recuerdo de un hombre perspicaz, inteligente, sensible, al que no se olvida. Podría haber sido un gran escritor. ¿Simpático? Más o menos. Tenía una faceta muy anglosajona, le gustaba el golf, el boxeo, los caballos. Su amistad con Marcel Duchamp es muy significativa. Duchamp no se hubiera interesado por un cualquiera». (Comunicación oral de Stéphane Hessel). <<

[21] Roché la llama en su diario «Gisèle». Luise Bücking era estudiante y aparece en Jules et Jim con el nombre de Lucie. El diario de H. P. Roché es de momento inaccesible. Karin Grund tuvo la oportunidad de consultarlo por medio de François Truffaut. <<

[22] «Fabia» en el diario de Roché, se convertiría en amante suya. <<

[23] «Jim introdujo a Jules en los cafés literarios donde era habitual la presencia de celebridades. Jules era allí muy apreciado y esto contentó a Jim» (*op. cit.*, p. 12). En estos encuentros participan Walter Bondy, Rudolf Levy, Erich Klossowski, Wilhelm Uhde, Paul Stern, Franz Dühlberg, K. Wolfskehl, la Condesa zu Reventlow, Jules Pascin, Friedrich Sieburg, Thankmar von Münchhausen. Este último estará también relacionado a Walter Benjamin y su nombre aparece cierto número de veces en su *Correspondencia*. <<

[24] Los mejores recuerdos de estos años son los de André Salmon, que rescató admirablemente en su autobiografía *Souvenirs sans fin* (2 vols., Gallimard, 1955). Él estaba relacionado con H. P. Roché. Acerca de las discusiones sobre los pintores de Montparnasse, véase también A. Salmon, *Montparnasse* (André Bonne, 1950). También se encuentran interesantes recuerdos de estos años en Paul Fort, *Mes Mémoires. Toute la vie d'un poète 1872-1944* (Flammarion, 1944), y en Francis Carco, *Bohème d'artiste* (Albin Michel, 1950). Entre los escritores que frecuentaban esta bohemia encontramos a Paul Fort, Léon-Paul Lafargue, G. Apollinaire, J. Moréas, Pierre Louys, Paul Claudel, Maurice Barres, Émile Verhaeren, André Gide, Arthur Cravan, Max Jacob, Blaise Cendrars y R. M. Rilke. La tradición de pintores de Montparnasse se remonta sin duda a Kesling y Gaughin. Posteriormente allí se encontraron Matisse, Van Dongen, Friesz, Picasso, Soutine, Chagall, Pascin, Modigliani, Diego Ribera, R. Levy, W. Bondy y Marie Wassilief. <<

[25] Hessel tradujo su primera novela, *Tendres Canailles*, sin que se llegara a editar. <<

[26] Helen había estudiado pintura por gusto. No expondrá nunca, incluso aunque continúa pintando y mantiene una muy elevada sensibilidad artística. En los últimos años de su vida vivió con la hermana del pintor Wilhelm Uhde. Franz la conoció en el Café del Dome. Era una mujer muy bella, de largos y rubios cabellos (se los hizo peinar a la moda de la época: *à la garçonne*), muy exuberante y de temperamento apasionado. Nacida en 1886 en el seno de una familia burguesa y protestante, era hija de un banquero que pintaba y tocaba música en sus ratos libres. La familia de su madre era de origen suizo pues su abuelo materno, expulsado de Alemania a consecuencia de la revolución de 1848 se había refugiado en Zúrich donde había adquirido posesiones. «Mi madre era fuertemente inconformista, rechazaba la moral burguesa, pero en el interior de este inconformismo consiguió hallar si no una moral, al menos una ética muy rigurosa. Mi padre, por el contrario, aunque era capaz de trabajar con encono —aún lo veo en su habitación llena de humo todo el día—, era un puro bohemio». (Comunicación oral de Ulrich Hessel). «Yo la consideraba una semidiosa. Era brillante, exigente, voluntariosa, un poco autoritaria, con muchas ambiciones literarias. Tenía un bello estilo. Pero prefería sacrificarse para educar a sus hijos hacerse una muy concienzuda periodista y sostener materialmente a la familia. Sentía mucha admiración por mi padre, aunque también debía considerarlo una persona no del todo responsable. El personaje literario que le inspiró a Roché no es exagerado ni en cuanto a su carácter ni en cuanto a su encanto físico». (Comunicación de Stéphane Hessel). <<

[27] Ulrich Hessel nació el 27 de julio de 1914. Helen se quedó hasta octubre en Ginebra, donde vivía su hermana, por aquel entonces enfermera, por causa de este nacimiento difícil. <<

[28] Cit. por Karin Grund, *op. cit.*, p. 38. <<

[29] Suhrkamp, 1985. <<

[30] Traducido por Karin Grund, *Pariser Romanze*, *op. cit*., p. 34. <<

[31] Comunicación oral de Stéphane Hessel. <<

[32] El retrato que H. P. Roché hizo de la evolución de las relaciones de Franz y Helen parece bastante exacto si se confronta con los testimonios de sus hijos. Aun casados reinaba entre ellos una libertad total. Al darle su alianza de matrimonio, Franz le dijo: «Te entrego este anillo como símbolo de tu libertad». «Jamás exigió de ella la fidelidad conyugal. La amaba libre, independiente, fiel a sí misma y no quería intervenir en su vida. No sentía celos. Pero ella pareció acomodarse bastante mal a este estilo de amor y deseaba, sin duda, un marido más apasionado», señala Ulrich Hessel. «Cuando se conocieron, mi padre era un joven afortunado, que amaba la vida y las mujeres sin caer en el libertinaje. Vio en mi madre una mujer muy excepcional, a la que sin duda mitificó de un modo infantil. Lo que me sorprende enormemente en *Pariser Romanze* es que la describe como una chica muy joven. Ella admiraba su cultura, una apertura al mundo y a la libertad. Dado que ella misma buscaba la libertad, le dijo en cierto modo: "Casándome contigo, me das la libertad"». Él supo siempre que no sería el único hombre en la vida de Helen. No había previsto, sin duda, que su mejor amigo sería la gran pasión de la vida de mi madre, pero la evolución era inevitable. Sus relaciones se hallaban en un plano muy distinto. En la vida real las relaciones entre estos tres seres fueron, según mi parecer, menos antagónicas que en *Jules et Jim*. (Comunicación oral de Stéphane Hessel). <<

[33] Este episodio tuvo cumplida trasposición en *Jules et Jim*: «Tuve un ardiente deseo: […] un trabajo estricto y exigente en contacto con la naturaleza. Me puse a servir en una propiedad agrícola del Norte. Comencé por abajo, trabajé con los empleados de la granja. El agua de mi cántaro se helaba por la noche. Aprendí de cultivo y de ganado. Esa vida era hermosa» (*op. cit.*, p. 98). También se encuentra evocado en la novela de Hessel *Heimliches Berlín* (Suhrkamp, 1982). <<

[34] «Jules escribía un hermoso libro. Tenía el aspecto de un monje. No dormía en la misma habitación que Kathe. Ella lo trataba con gentileza y generosidad. Jules dejaba que Jim lo descubriera poco a poco: sí, era cierto, la flor del amor se había marchitado entre ellos» (*op. cit.*, p. 91). «Jim comprendió que Kathe concedía aún a Jules favores parciales. Pero se alejaba más de él. Jules renunciaba poco a poco a ella, a lo que había esperado de este mundo. De ahí la impresión de monje que daba. No tenía resentimientos contra Kathe. Jim se preguntó si Kathe se había casado con Jules por su dinero. Pero no, él estaba seguro: era por su mentalidad, su fantasía, su budismo» (ibíd., p. 94). <<

[35] Citado según Karin Grund, *op. cit.*, p. 55. Roché con su exigente donjuanismo, su culto a la virilidad, era el polo opuesto a Hessel. <<

[36] Benjamin tradujo *Ursule Mironet* a petición de Hessel. <<

[37] Sobre Ernst Rowohlt, cf. la monografía de Paul Mayer, amigo de Hessel y antiguo lector de las ediciones: *Ernst Rowohlt* (Rowohlt, 1968). Paul Mayer recuerda que esta edición de Balzac fue no sólo un negocio para el editor —Balzac se puso de moda en Alemania— sino que también Rowohlt se identificó de buena gana con Balzac, con quien compartía la energía, el desprecio por el dinero, la fuerza del trabajo. También se encuentran sorprendentes retratos de Rowohlt en la autobiografía de Ernst von Salomon, *La Questionnaire* (Gallimard, 1953). <<

[38] Cf. Paul Mayer, *op. cit.*, p. 96. <<

[39] *Vers et prose* se creó en 1905 inspirada en un libro de poemas de Mallarmé, a quien Paul Fort admiraba con pasión. La revista fue concebida, fundada y dirigida en la *Closerie des Lilas* de Montparnasse. Se proponía publicar a los mejores poetas y prosistas del simbolismo. Acogió principalmente a poetas y escritores. La revista duró quince años y fue retomada bajo la dirección de Valéry y de Paul Fort en 1927. Cf. Paul Fort, *Mes mémoires*, pp. 84 ss. <<

[40] Cf. Paul Mayer, *op. cit.*, p. 96. <<

[41] Recordemos que, en los años veinte y treinta, *Les Nouvelles Litteraires* era, por la calidad de sus colaboradores, por su apertura a las literaturas foráneas, al cine e incluso a la actualidad política, una de las mejores revistas de crítica literaria. Después de 1933, acogerá las contribuciones de cierto número de emigrados antifascistas. <<

[42] Acerca de la historia de la *Literarische Welt* cf. Willy Haas, *Die literarische Welt. Lebenserinnerungen*, Fischer, 1983. <<

[43] Citado por Karin Grund, p. 65. Charlotte Wolff, psicóloga y teórica de la homosexualidad femenina, vivirá algunos años con Helen Hessel, calle Malebranche, sin duda fascinada por su personalidad. Para vivir leía las líneas de la mano al grupo de amigos de Helen (Ravel, Breton, etc.). (Comunicación de Stéphane Hessel). <<

[44] Citado por Karin Grund, *op. cit*., p. 66. La explicación dada por H. P. Roché es muy diferente: «Kathe había dado recepciones cada vez más grandes a sus amigos, que Jules, debido a su trabajo, encontró demasiado frecuentes. Él había cambiado su despacho de habitación en habitación hacia las más pequeñas […]. Jules, enamorado de la soledad y abrumado por las actividades de Kathe, escogió entonces la única habitación que daba al patio y declaró que también le serviría de despacho. Hizo poner anaqueles hasta el techo por todas partes y allí acumuló sus libros» (*op. cit*., p. 171). <<

[45] Hessel fue amigo de Bertolt Brecht, Kurt Weill y Marlene Dietrich. <<

[46] Así Helen refiere lo que de él decía Benjamin: «Hessel es un mago. Y peligroso como el que más. Se debería poner coto a sus manejos. Tiene el poder de transformarlo todo. Pero al contrario que aquellas hijas del rey que, al contacto de la varita mágica, se convertían en piedras o en monstruos horrendos, sus refinadas artimañas nos han reservado una muerte mucho peor. Al contacto con él renacemos, alcanzamos nuestra verdadera identidad, una identidad cuyo descubrimiento nos colma de alegría y nos procura un placer e interés iguales al que él halla en nosotros. Y de repente, nos damos cuenta de que estamos completamente bajo su hechizo» (cit. por Karin Grund, *op. cit.*, p. 70). Stéphane Hessel encontrará por última vez a Benjamin cuando éste intentaba abandonar Francia, completamente desesperado. «Conozco a Benjamin de hace mucho tiempo, pero no con mucha profundidad porque no era alguien a quien pudiera conocerse íntimamente. Admiraba mucho a Helen y consideraba a mi padre como su iniciador en la ocupación de *flâneur*. Su relación con mi madre era un poco curiosa. Ella lo encontraba algo desaliñado. Era muy exigente en cuanto al físico de los hombres. Admiraba la inteligencia de Benjamin, pero le chocaban sus maneras. Helen gustaba mucho de escribir pequeños textos filosóficos. Stefan Grossmann, el editor de *Tagebuch*, publicó algunos y Benjamin los valoró muy positivamente. Benjamin sorprendía por una extrema profundidad. Nosotros considerábamos de niños a nuestro padre hombre sensato y comprensible. Con Benjamin, siempre estábamos seguros de que cuando comenzaba una frase sólo comprenderíamos una pequeña parte. Se paseaba por la habitación, siempre con el brazo tras la espalda, diciendo cosas que nos parecían tan importantes como poco comprensibles. Lo conocí en Berlín y su hijo Stefan fue amigo mío». (Comunicación de Stéphane Hessel). <<

[47] Como escribía Willy Haas en *Literarische Welt*, la traducción de Proust al alemán constituía un acontecimiento. Pero el resultado era bastante decepcionante. Rudolph Schottländer, el primer traductor, apenas si logró restituir la belleza del original. Por ello Hessel y Benjamin recibieron la proposición de traducir *A la recherche du temps perdu* para la editorial Die Schmiede. La editorial Piper recompró los derechos y quiso continuar la publicación. Pero, hartos de la ligereza de quienes habían emprendido el proyecto, Hessel y Benjamin, muy meticulosos en la traducción, iban a renunciar a continuar con la empresa que el editor alemán debió abandonar a consecuencia de dificultades financieras. <<

[48] Carta a Jula Radt, 22 de marzo de 1926. *Briefwechsel*. <<

[49] Helen fue a París en abril de 1925 para reencontrarse con H. P. Roché. Hessel, sus dos hijos y su aya Emmy Toepffer se reunieron con ellos en julio de 1925. Cuando Benjamin llegó a París, la familia Hessel vivía en Fontenay-aux-Roses desde el verano de 1925 (Comunicación de Ulrich Hessel). <<

[50] Cf. Karin Grund, pp. 74-75, que exponen el punto de vista de Helen Hessel. <<

[51] H. P. Roché se dedica a partir de entonces a la venta de cuadros. <<

[52] Gershom Scholem. *Walter Benjamin. Historia de una amistad*. <<

[53] Los dos hijos de Franz Hessel aprendieron de inmediato el francés con éxito ya que rápidamente fueron los mejores alumnos de sus clases. Stepháne hará la oposición de la Escuela normal superior y aprobará dos veces, como extranjero y como francés. Mantendrá con su padre una relación menos estrecha que Ulrich que volvió a vivir con él en Berlín. Stepháne se quedó con Helen en París: «Para mí seguirá siendo un hombre maravillosamente bueno, un sabio, un erudito, pero tuve con él menos relaciones que mi hermano. Mi madre nos llevó a mi hermano y a mí a un internado cerca del lago Constanza. A Ulrich le tentaban los estudios en Alemania, yo escogí quedarme en Francia. Sólo volví a Berlín por cortas vacaciones; y decidí tras mis estudios hacerme francés en 1937. Por tanto, a partir de 1930, he visto muy poco a mi padre, mientras que mi hermano se quedó con él a partir de 1931» (comunicación de Stéphane Hessel). Helen publicará sus impresiones sobre París en *Tagebuch* de Stefan Grossmann y trabajará como corresponsal de moda para el *Frankfurter Zeitung*. Joseph Roth, que admiraba su sentido literario, hizo que obtuviera este puesto. <<

[54] Comunicación de Ulrich Hessel. <<

[55] Citado por Karin Grund, ibíd., p. 81, y por Ulrich Hessel que comenta así estas palabras: «En lugar de concentrar su amor por una sola persona, tenía el arte de dar a cada mujer que conocía lo que ésta esperaba. En Berlín vivía rodeado de bellas mujeres de las que era confidente». «Mi padre era un ser extraordinariamente poco posesivo. Toda su obra se basa en la no posesividad. No hacía sombra a nadie, ni a los amantes de su mujer, ni a los rivales literarios. Nadie desconfiaba de él pues era profundamente bueno, quizá por cierta debilidad. Había renunciado a una cara de la existencia que era la ambición, el éxito. Era un sabio apartado de todo combate». (Comunicación de Stepháne Hessel). <<

[56] Jules Romains, partidario de la reconciliación franco-alemana, era estimado por las autoridades del Reich, y el Ministerio de Asuntos Exteriores alentó a su traducción. Ernst Rowohlt sugirió a Jules Romains que eligiera a Hessel como traductor. Así pudo evitar las medidas de desposesión dictadas por la Cámara de Cultura del Reich. <<

[57] *Op. cit.*, pp. 276-286. Franz Blei ha inventado una bella anécdota para simbolizar la nostalgia permanente que Hessel abrigaba en Berlín por París. Lo encuentra con un gran paraguas en la avenida Unter den Linden en un día veraniego de cielo despejado, Hessel tan sólo le dice: «Hoy he leído en el periódico que llueve en París». <<

[58] Ernst von Salomon afirma que Hessel fue a Francia y no pudo volver a Alemania a consecuencia de la guerra. Esta tesis es poco probable. Fue a instancias de Helen como consintió ir para allá, pues hasta el último momento rechazaba abandonar Alemania por amor a Berlín teniendo la certeza de que el régimen nazi se hundiría pronto o, como también se afirmaba, al rechazar sustraerse al destino colectivo de los judíos. Franz y Helen estaban oficialmente divorciados desde 1936, pues ella no hubiera podido escribir en la prensa alemana estando casada con un judío, aún procedente de una familia convertida al protestantismo. <<

[59] Hessel obtuvo este puesto gracias a Wilhelm Speyer. Por otra parte. Hessel era pariente lejano de la baronesa Alix de Rotschild. <<

[60] *Der alte*, novela inacabada, se publicó más tarde con el título *Alter Mann*. <<

[61] Pintora expresionista, antigua amiga de Rainer Maria Rilke, que estaba establecida en París desde 1928. Al parecer frecuentó bastante pronto a Helen Hessel (comunicación oral de su hija, también pintora, Ingo de Croux). <<

[62] Citado por Karin Grund, ibíd., p. 87. <<

[63] Aparte de con Benjamin, Hessel se relacionaba con el periodista comunista Alfred Kantorowicz, Alfred Döblin, Siegfried Kracauer, Alfred Polgar, Wilhelm Speyer. En Sanary y en el Lavandou, frecuentó a Kurt Wolff, Hans Siemsen, H. A. Joachim, E. A. Rheinhardt. Ulrich Hessel considera que su relaciones con los emigrados del sur de Francia no superaban en intensidad a las que mantenía con los demás habitantes de Sanary. <<

[64] Sobre este episodio remitimos a nuestro propio trabajo *Weimar en exil. Essai sur le destín de l'émigration allemande antinazie*, 2 vols., Payot, 1988. Recordemos que Lion Feuchtwanger, Heinrich y Thomas Mann, Ernst Bloch, Alfred Kantorowicz, Bertolt Brecht, René Schickele, Franz Werfel y Arthur Koestler pasaron temporadas en Sanary. <<

[65] Traducción francesa, edición Jean-Cyrille Godefroy, 1985. <<

[66] El tejar existe aún y ahí podemos ver los frescos pintados por artistas alemanes internados en la sala del refectorio. <<

[67] Feuchtwanger, *op. cit.*, pp. 51-52. <<

[68] Helen logró librarse del internamiento probando que su hijo era oficial francés y con la ayuda de un médico que declaró que su confinamiento era imposible. Vivió en la miseria ayudada por amigos franceses, entre ellos el padre de Pierre Klossowski. <<

[69] Vivían en una casa situada en las alturas del puerto con Mme Ebstein y H. A. Joachim. Hessel vivía en una especie de torre (comunicación oral de Ulrich Hessel). <<

[70] Citado por Karin Grund, *op. cit.*, p. 96. Cierto número de emigrados creerán erróneamente que se había suicidado. Hessel, debilitado físicamente por su detención y los sufrimientos del exilio, murió en espacio de media hora a consecuencia de un ataque de apoplejía. El texto de Helen Hessel ha sido recogido en el volumen de Manfred Flügge. Ella tuvo un destino excepcional. Tras su ruptura con Roché, vivió impedida de resulta de un accidente de caballo que le supuso la pérdida de la cadera. Stéphane Hessel fue hecho prisionero por los alemanes, se evadió y logró llegar a Inglaterra uniéndose al general De Gaulle. Luego fue alto funcionario de las Naciones Unidas (1946-1950). Helen pasó temporadas con Stéphane, fue a California y la contrataron como dama de compañía (hablaba admirablemente bien el inglés) a los sesenta y dos años y trabajó como chófer. Su coche chocó con un tren y sufrió daños en el cuello del fémur. Su vida parece apaciguarse, pero a los setenta y cinco años tradujo *Lolita* de W. Nabokov para la editorial Rowohlt. <<

[71] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[72] Literalmente, «canal del ejército de tierra». (*N. del T.*) <<

[73] Referencia a la muerte de Rosa Luxemburg, asesinada el 14 de enero de 1919. Su cadáver fue arrojado al Landwehrkanal, donde fue encontrado, meses después, el 31 de mayo. (*N. del T*.) <<

[74] Literalmente, «corte del Temple». (*N. del T.*) <<

[75] *Jugendweihe*, iniciación a la juventud: fiesta de origen pagano que celebra el final de la adolescencia, tiene mucho predicamento en ciertos países y suele festejarse a los quince años. (*N. del T.*) <<

[76] Los vendos eran el pueblo bárbaro aborigen de Berlín. (*N. del T.*) <<

[77] Partido Comunista de Alemania. (*N. del T.*) <<

Document Outline